



nicola yoon



Esta es la historia de una chica, de un chico y del universo. Natasha Soy una persona que cree en la ciencia y en los hechos. No en el destino. Ni en los sueños, que nunca se cumplen. Y tampoco soy de esa clase de chicas que se enamora perdidamente de un desconocido en una atestada calle de Nueva York. No cuando mi familia está a punto de ser deportada a Jamaica. El amor no tiene cabida en mi vida. Daniel Siempre he sido el niño bueno. El estudiante modelo. A la altura de las expectativas de mis padres. Nunca he sido el poeta. Ni el soñador. Pero cuando la vi a ella por primera vez, mi mundo dio un giro y todo eso dejó de importarme. La sola presencia de Natasha me hacía pensar que el destino nos deparaba algo mucho más extraordinario... para los dos. El universo Cada momento de nuestra existencia nos ha traído a este preciso instante. Ante nosotros se abre un futuro con millones de posibilidades. ¿Cuál de ellas crees que se hará realidad?

Nicola Yoon

---

## **El sol también es una estrella**



Título original: *The sun is also a star*  
Nicola Yoon, 2016  
Traducción: Xohana Bastida Calvo, 2017

---

Revisión: 1.0  
06/12/2019

*Para mis padres, por enseñarme  
qué eran los sueños y cómo atraparlos.*



## prólogo

SEGÚN CARL SAGAN, si quieres crear una tarta de manzana desde cero, primero tienes que inventar el universo. Cuando Sagan escribe «desde cero», se refiere a la nada. A un tiempo anterior a la propia existencia del universo. Si quieres hacer una tarta de la nada, has de empezar por el *Big Bang*, la expansión del universo, los neutrones, los iones, los átomos, los agujeros negros, los soles, las lunas, las mareas, la Vía Láctea, la Tierra, la evolución, los dinosaurios, las extinciones en masa, los ornitorrincos, el *Homo erectus*, los cromañones, etc. Hay que comenzar por el principio. Hay que inventar el fuego. Hace falta agua, terreno fértil y semillas. Hacen falta vacas, personas que las ordeñen y otras personas que hagan mantequilla con la leche obtenida. Hace falta trigo, caña de azúcar y manzanos. Hace falta química y biología. Para hacer un pastel de manzana realmente bueno, se necesitan las artes. Para obtener una receta que se transmita durante generaciones, se necesita la imprenta, la revolución industrial y quizá incluso un poema.

Para hacer algo tan simple como un pastel de manzana, hace falta crear el mundo entero.



## daniel

*Adolescente del barrio acepta su destino y accede a estudiar Medicina como está mandado.*

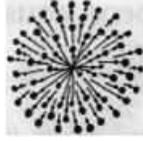
Es culpa de Charlie que mi verano (y ahora mi otoño) haya consistido en un titular absurdo tras otro. Charles Jae Won Bae, alias Charlie, mi hermano mayor, primogénito de un primogénito, sorprendió a nuestros padres (junto a todos sus amigos y a toda la chismosa comunidad coreana de Flushing, Nueva York) al ser expulsado de Harvard («La mejor universidad del país», según dijo mi madre cuando llegó la carta en la que le aceptaban como alumno). Y ahora que le han expulsado de la mejor universidad del país, mi madre lleva todo el verano ceñuda, sin acabar de creérselo ni de comprenderlo.

«¿Por qué has sacado malas notas? ¿Por qué te han echado? ¿Por qué no han dicho que te quedes y estudies más?».

Mi padre responde: «No le han echado, le han pedido que se tome un descanso. No es lo mismo».

Y Charlie refunfuña: «Es algo temporal, solo para dos semestres».

El chaparrón de perplejidad, vergüenza y decepción que emana de mis padres es tan abrumador que casi compadezco a Charlie. Casi.



## natasha

MI MADRE DICE que ha llegado el momento de rendirme y que mi actitud no tiene sentido. La irritación exagera su acento aún más de lo normal, convirtiendo cada frase en una pregunta.

—¿No crees que ha llegado el momento de rendirte, Tasha? ¿No ves que tu actitud no tiene sentido? —dice, alargando las vocales un poco de más.

Mi padre no dice nada. Está mudo de ira, o tal vez de impotencia. Su rostro no es más que un ceño permanentemente fruncido, hasta el punto de que resulta difícil imaginarlo con otra expresión. Si lo hubiera visto así hace unos meses, me habría entristecido, pero ahora me da igual. Él tiene la culpa de que estemos metidos en este lío.

Peter, mi hermano, que acaba de cumplir nueve años, es el único que está feliz con lo que ha ocurrido. En este momento anda haciendo la maleta al ritmo de *No Woman No Cry*, de Bob Marley. «Un clásico para acompañar una mudanza», en sus palabras.

A pesar de haber nacido aquí, en Estados Unidos, Peter prefiere marcharse a Jamaica. Siempre ha sido tímido y le cuesta mucho hacer amigos. Debe de imaginar que Jamaica es un paraíso en el que todo le resultará más fácil.

Estamos los cuatro en el salón de nuestro minúsculo apartamento. El salón que también es el dormitorio que compartimos Peter y yo. Tiene dos pequeños sofás cama que abrimos por la noche, con una cortina azul en medio para darnos algo de intimidad. Ahora mismo, la cortina está descorrida y se ve el salón entero.

No resulta difícil adivinar cuál de los dos se quiere marchar y cuál quiere quedarse. Mi mitad aún parece habitada. Todos mis libros siguen en el estante de Ikea. Mi foto favorita, en la que salimos Bev (mi mejor amiga) y yo, sigue sobre mi mesa de estudio (estamos las dos en el laboratorio de Física, con las gafas de protección puestas, haciendo morritos a la cámara. Lo de las gafas fue idea mía; lo de los morritos, de Bev). No he sacado ni una sola prenda de mi cómoda. Ni siquiera he despegado mi mapa de estrellas de la NASA. Es enorme (de hecho, son ocho posters que pegué con cinta adhesiva) y muestra todas las estrellas, las constelaciones y las áreas de la Vía Láctea que se ven desde el hemisferio norte. Incluye hasta instrucciones para localizar la Estrella Polar y orientarse mediante los astros. Los tubos que compré para guardar los posters para el viaje están apoyados contra la pared, sin abrir siquiera.

El lado de Peter se ve prácticamente vacío: casi todas sus cosas ya están guardadas en cajas y maletas.

Mi madre tiene razón, claro: nada de lo que estoy haciendo tiene sentido. Aun así, agarro mis auriculares y guardo en la mochila mi libro de Física y un par de cómics. Si tengo que esperar, quizá pueda terminar los deberes y leer un poco.

Peter me mira y sacude la cabeza.

—¿Por qué te traes eso? —pregunta señalando el libro—. Nos vamos a ir, Tasha. Nadie va a corregirte los deberes.

Peter ha descubierto el poder del sarcasmo hace poco, y lo usa en cuanto tiene ocasión.

Me pongo los auriculares y echo a andar hacia la puerta, sin molestarme en responderle.

—Vuelvo en un rato —le digo a mi madre.

Ella chasquea los labios y se da la vuelta. Hago un esfuerzo por recordar que no es conmigo con quien está enfadada. «Tasha, estoy furiosa, pero no contigo», me dice mucho últimamente. Me dirijo al edificio del USCIS, el Servicio de Ciudadanía e Inmigración que está en el centro de Manhattan, para ver si allí me pueden ayudar. Somos inmigrantes ilegales y nos van a deportar esta noche.

Hoy es mi último día para intentar convencer a alguien (o al destino) de que nos ayuden a quedarnos en Estados Unidos.

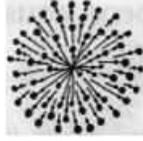
Y que conste que yo no creo en el destino. Pero estoy desesperada.



daniel

RAZONES POR LAS QUE PIENSO que Charles Jae Won Bae, alias Charlie, es un capullo (en orden aleatorio):

1. Antes de su épica, espectacular y satisfactoria (para mí) cagada en Harvard, era despiadadamente bueno en todo. Se supone que a nadie se le puede dar bien todo. Las matemáticas, la lengua, la biología, la química, la historia, la educación física... No hay derecho a que alguien sea bueno en todo. Con tres o cuatro cosas valdría de sobra, e incluso eso resultaría un tanto excesivo.
2. Se trata de un hombre hecho y derecho, un machote. Es decir, que se comporta como un capullo a menudo. O, mejor dicho, frecuentemente. O, aún mejor dicho, siempre.
3. Es alto y tiene los pómulos marcados, masculinos, esculpidos, cualquier-adjetivo-que-se-pueda-encontrar-en-una-novela-romántica-para-describir-unos-pómulos-me-sirve. Las chicas (todas las chicas, no solo las de la escuela dominical de la iglesia coreana) dicen que sus labios están hechos para besar.
4. Todo esto me parecería soportable (aunque seguiría siendo un pelín ostentoso semejante acaparamiento de dones para un solo ser humano) si Charlie fuera un tío majo. Pero no lo es. Charles Jae Won Bae no es un buen tipo. Es un creído y, lo que es peor, abusa de su poder. Es un abusón y un capullo inveterado.
5. No le caigo bien. Llevo años sin caerle bien.



## natasha

COLOCO EL TELÉFONO, los cascos y la mochila en la bandeja gris y luego paso por el detector de metales. La vigilante (Irene, según su placa de identificación) detiene la bandeja antes de que salga de la cinta transportadora, como ha hecho cada día desde que vengo aquí.

La miro sin sonreír.

Ella examina el contenido de la bandeja, da la vuelta a mi teléfono y contempla la funda, que lleva la imagen de *Nevermind*, un disco de Nirvana. Como cada día, las yemas de sus dedos se demoran en la foto del bebé que aparece en la cubierta, y, como cada día, a mí me disgusta que la toque.

El cantante de Nirvana era Kurt Cobain. Su voz (el dolor que contiene, su imperfección, la forma en que transmite todo lo que ha sentido alguna vez, la manera en que se debilita hasta que crees que se va a romper, pero no lo hace) es lo único que me ha mantenido cuerda desde que empezó esta pesadilla. Kurt Cobain estaba muchísimo más fastidiado que yo.

La vigilante se está entreteniendo mucho, y yo no puedo llegar tarde a mi cita. Me planteo decirle algo, pero no quiero enfadarla. Tal vez odie su trabajo, y no pienso darle una razón para que me retrase todavía más.

Vuelve a mirarme a la cara sin dar muestras de reconocermé, aunque llevo viniendo todos los días de la última semana. Para ella no soy más que otro rostro anónimo, otra solicitante de permiso, otra persona más que quiere obtener algo de los Estados Unidos.



irene

*Una historia*

NATASHA SE EQUIVOCA de medio a medio con respecto a la vigilante. A Irene le encanta su trabajo; más aún, lo necesita. Es casi su único contacto humano. Lo único que mantiene a raya su total y desesperada soledad.

Cada vez que interactúa con los solicitantes de permiso, su vida se aleja un poquito del precipicio. Al principio, apenas le prestan atención. Dejan sus cosas en la bandeja y observan cómo atraviesan la máquina. La mayor parte no quieren perder de vista sus pertenencias por si Irene se queda con su calderilla, su boli, sus llaves o cualquier otro objeto. En una situación normal, jamás prestarían atención a una vigilante; pero ella se asegura de que lo hagan, porque es su única conexión con el mundo.

De modo que aparta todas y cada una de las bandejas con su mano enguantada, retrasando el trámite el tiempo suficiente para que el solicitante de turno levante los ojos y cruce su mirada con la de ella; para que vea realmente a la persona que tiene delante. La mayoría masculla de mala gana un «Buenos días», y esas palabras proporcionan un poco de combustible a Irene. Otros añaden un «¿Qué tal?», y eso funciona aún mejor.

Irene jamás contesta porque no sabe cómo. En vez de hacerlo, vuelve a la bandeja y escruta cada uno de los objetos en busca de pistas, de fragmentos de información que pueda almacenar en su mente para examinarlos más tarde.

Lo que más le gustaría del mundo es poder quitarse los guantes para tocar las llaves, las carteras, las monedas sueltas. Desearía recorrer su superficie con la yema de los dedos para memorizar su textura, absorber un poco de la sustancia de todas esas cosas que pertenecen a otras vidas. Pero no puede entretenerse demasiado para no formar cola, de modo que acaba por dejar paso a la bandeja y a quien la ha depositado ahí.

Hoy es un día duro para Irene: la pasada noche, las fauces de su soledad han estado a punto de engullirla definitivamente. Ahora, esta mañana, necesita contacto humano para sobrevivir. Aparta la mirada de una bandeja y se gira hacia la solicitante de turno.

Es la chica que lleva viniendo todos los días de esta semana. No puede tener más de diecisiete años. Como todos los que pasan por allí, mira fijamente sus pertenencias, clavando en ellas la vista como si no pudiera soportar separarse de sus cascos rosa chicle y su teléfono móvil. Irene apoya su mano enguantada en el borde de la bandeja para evitar que salga del mostrador y de su vida.

La chica mira fijamente a Irene, y ella se siente revivir. Parece estar tan desesperada como ella. Irene está a punto de sonreírle; de hecho, se imagina sonriéndole.

«Bienvenida. Me alegro de verte una vez más», dice la vigilante, pero solo en su imaginación.

En la realidad, ha agachado la cabeza y observa la funda del teléfono de la chica. Muestra la foto de un bebé blanco y gordito, sumergido en una piscina azulada. Tiene los brazos extendidos como si volara en lugar de nadar. Sus ojos y su boca están abiertos. Delante de él flota el billete de un dólar prendido a un anzuelo. Es una foto impactante. Cada vez que Irene la mira, no puede evitar respirar hondo, como si ella misma estuviera debajo del agua.

Le gustaría encontrar una razón para confiscar el teléfono, pero no hay ninguna.



## daniel

SÉ CUÁL FUE EL MOMENTO EXACTO en el que dejé de caerle bien a Charlie. Ocurrió en el verano en que yo cumplía seis años y él ocho. Mi hermano iba montado en su bici nueva (reluciente, roja, de diez marchas, que molaba un montón) junto a sus amigos nuevos (blancos, de diez años y que molaban un montón). Aunque llevaba todo el verano lanzándome indirectas, yo aún no era consciente de mi estatus de mocos molesto.

Aquel día, mi hermano y sus amigos se marcharon en sus bicis sin esperarme. Yo los perseguí un buen rato gritando: «¡Espera, Charlie!», convencido de que se habían olvidado de invitarme a ir con ellos. Pedaleaba tan rápido que llegué incluso a cansarme (los niños de seis años jamás se cansan de montar en bici, así que debí de darme una paliza tremenda).

Aún me pregunto por qué fui tan cabezota, cuando era obvio que Charlie me oía perfectamente.

Por fin, se detuvo, bajó de la bici y la dejó tirada en la cuneta, sin preocuparse de poner la pata de cabra. De pie, esperó a que yo lo alcanzara. Se veía claramente enfadado; de vez en cuando, pateaba el suelo y lanzaba una nube de tierra sobre su bici nueva, para hacer su enfado todavía más evidente.

—*Hyung* —empecé a decirle, usando el apelativo coreano con el que los hermanos pequeños se dirigen a sus hermanos mayores.

Aún no había acabado de pronunciar la palabra cuando me di cuenta de mi error. Su rostro se encendió desde el cuello hasta la punta de las orejas; estaba tan colorado que casi brillaba. Entonces lanzó una mirada de reojo hacia sus amigos, que nos observaban como si fuéramos dos personajes de un programa televisivo.

—¿Cómo te ha llamado? —preguntó el más bajo de los dos.

—¿Es algún lenguaje en clave coreano? —quiso saber el más alto.

Charlie se encaró conmigo sin hacerles caso.

—¿Qué pintas tú aquí? —me dijo, tan furioso que la voz se le quebró a mitad de la frase.

Me quedé en blanco, pero daba igual: Charlie no esperaba que le respondiera. Por la forma en que abría y cerraba los puños, me di cuenta de que lo que quería, en realidad, era pegarme. Vi perfectamente cómo calculaba si podía hacerlo allí, en medio del parque, delante de dos chicos a los que acababa de conocer.

—¿Por qué no te buscas tus propios amigos y dejas de seguirme como si fueras un bebé? — dijo al fin.

Hubiera preferido que me pegase.

Agarró su bici, la levantó y se montó. Estaba tan furioso que, por un momento, pensé que reventaría y que tendría que decirle a mamá que su hijo mayor (y perfecto) había explotado.

—Me llamo Charles —les soltó a sus amigos con aire casi desafiante—. ¿Venís, o qué?

Y echó a pedalear sin molestarse en mirar si iban tras él.

Sus amigos lo siguieron aquella tarde, durante todo el verano y a lo largo de los años del instituto, de la misma forma en que muchas otras personas lo seguirían en el futuro. De algún modo, había ayudado a mi hermano a convertirse en un rey.

Jamás volví a llamarlo *hyung*.



charles jae won bae

*Una historia del futuro*

DANIEL TIENE RAZÓN acerca de su hermano: Charles es un capullo. Hay gente mezquina que madura y deja de serlo, pero no es el caso de Charles. A medida que se haga adulto, cada vez se encontrará más cómodo con su personaje.

Pero antes de eso (antes de entrar en política y casarse con una chica bien, antes de cambiar su nombre a Charles Bay, antes de engañar a su mujer y a sus electores a la menor oportunidad, antes de obtener demasiado dinero, demasiado éxito y demasiado de todo lo que se le antojase), Charles le hará un favor a su hermano. Será el último favor desinteresado que haga en su vida.



# familia

## *Una historia de los nombres*

CUANDO MIN SOO SE ENAMORÓ de Dae Hyun, no suponía que la sacaría de Corea del Sur para llevarla a Estados Unidos. Pero Dae Hyun estaba harto de ser pobre, y tenía un primo al que le iba bien en Nueva York y que había prometido ayudarle.

Para la mayor parte de los inmigrantes, establecerse en otro país es un acto de fe. Por muchas historias de oportunidades, prosperidad y buena vida que oigan, el separarse de su lengua y su entorno implica un desgarró. Supone dejar atrás su propia historia. ¿Y si todos esos relatos de éxito fueran mentira?, se preguntan. ¿Y si no logran adaptarse? ¿Y si el nuevo país los rechaza?

Al final, los relatos son verdad hasta cierto punto. Como todos los inmigrantes, Min Soo y Dae Hyun se adaptaron en la medida en que fueron capaces. Procuraron evitar los lugares y las personas que no los aceptaban. El primo de Dae Hyun cumplió su palabra, y la familia vio su fe recompensada con prosperidad.

Unos años más tarde, cuando Min Soo supo que estaba embarazada, lo primero que se preguntó fue cómo llamar a la criatura. Le daba la impresión de que en Estados Unidos los nombres no significaban nada, a diferencia de lo que ocurría en Corea.

En su país natal, el apellido se colocaba primero y contenía toda la historia familiar de quien lo llevaba. En su nuevo país, el apellido se colocaba en segundo lugar y, según su marido, eso demostraba que los estadounidenses daban más importancia al individuo que a la familia.

Min Soo le dio mil vueltas al nombre de su primogénito. ¿Le pondría un nombre occidental que resultara fácil de pronunciar a sus profesores y compañeros? ¿O tal vez sería mejor respetar la tradición y escoger dos ideogramas chinos con los que formar un nombre de dos sílabas?

Parecía que los nombres eran algo poderoso: anclaban la propia identidad y, al mismo tiempo, funcionaban como una especie de mapa que situaba a su portador en el tiempo y el espacio. Venían a ser como una brújula.

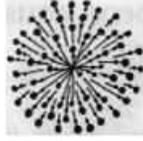
Al final, Min Soo llegó a una solución de compromiso: les puso a sus hijos un nombre de pila inglés, seguido de un nombre de pila coreano y rematado por el apellido familiar. Llamó a su

primogénito Charles Jae Won Bae, y a su segundo hijo, Daniel Jae Ho Bae.

Al final, eligió las dos opciones. Coreano y estadounidense. Estadounidense y coreano.

Así sus hijos sabrían de dónde venían.

Y así sus hijos sabrían adónde iban.



## natasha

LLEGO TARDE. Entro en la sala de espera y me dirijo al mostrador. La recepcionista me mira y menea la cabeza con ademán rutinario, como si ya hubiera pasado por esto mil veces. Aquí todo el mundo actúa así, sin importarles que, para ti, todo sea nuevo.

—Tienes que llamar al teléfono del USCIS para pedir otra cita —me dice.

—No tengo tiempo para eso —respondo, y le hablo de la extraña conducta de Irene, la guardia de seguridad.

Se lo explico en tono razonable y tranquilo, pero ella se encoge de hombros y aparta la mirada hacia el siguiente en la cola. En cualquier otra ocasión, me habría largado sin más. Hoy, no.

—Por favor, avise a Karen Whitney. El otro día me dijo que volviese.

—Tenías cita a las ocho en punto y ya son las ocho y cinco. La señora Whitney está ocupada con otro caso.

—Por favor... Si llego tarde no es por mi culpa. Me dijo que...

Su expresión se endurece. Está claro que no va a ablandarse le diga lo que le diga.

—La señora Whitney está ocupada con otro caso —repite con lentitud, como si el inglés no fuese mi lengua materna.

—Llámela —exijo, ahora en voz alta y casi histérica.

Todas las personas de la sala, incluso aquellas que claramente no hablan inglés, me están mirando. La desesperación suena igual en todos los idiomas.

La mujer le hace una seña con la cabeza al vigilante que nos observa desde la puerta. El echa a andar hacia mí, pero antes de que pueda alcanzarme, se abre la puerta que lleva a los despachos. Un hombre alto y delgado, de piel muy oscura, me llama con un ademán y se gira hacia la recepcionista.

—Tranquila, Mary —le dice—. Yo la atenderé.

Cruzo la puerta de dos zancadas antes de que se arrepienta. El desconocido se da la vuelta sin mirarme y echa a andar por el pasillo. Le sigo en silencio hasta llegar a la puerta del despacho de Karen Whitney, donde se detiene.

—Espera aquí —me dice.

Entra y, a los pocos segundos, reaparece con una carpeta roja entre las manos. Es la carpeta de

mi caso.

El hombre camina hasta el final del pasillo, gira y entra en otro despacho. Yo le sigo.

—Me llamo Lester Barnes —se presenta tras acomodarse en su silla—. Siéntate, ¿quieres?

—Llevo... —comienzo a explicar, pero él levanta la mano para interrumpirme.

—Este dossier contiene todo lo que necesito saber —dice, agarrando la cartulina roja por una esquina y agitándola para remarcar sus palabras—. Lo mejor que puedes hacer es quedarte callada un momento mientras lo leo.

Su mesa está impoluta, tan ordenada que parece que brilla de orgullo. Tiene un juego de accesorios de metal plateado: un soporte para bolis y plumas, una bandeja con compartimentos para el correo entrante y saliente e incluso una caja para tarjetas de visita con sus iniciales (LRB) grabadas. Y yo que pensaba que nadie usaba ya tarjetas de visita... Me inclino hacia delante, agarro una y me la meto en el bolsillo.

A su espalda hay un archivador abierto. Contiene un caleidoscopio de carpetas clasificadas por colores, y cada una guarda la vida de una persona. ¿Será el código de colores tan obvio como parece? Si es así, la mía es de color rojo expulsión.

Al cabo de unos minutos, levanta la cabeza y me mira.

—¿Para qué has venido?

—Karen... La señora Whitney... me dijo que volviera. Se ha interesado mucho por mi caso, y dice que tal vez haya algo que...

—Karen es nueva —me corta, como si eso explicase algo que yo no llego a entender—. El recurso que presentaron tus padres ha sido rechazado. Tu familia debe abandonar el país hoy a las diez de la noche como máximo.

Cierra la carpeta y desliza hacia mí una caja de pañuelos de papel para que me enjuge las lágrimas. Pero yo no soy de llorar.

No lloré cuando mi padre nos habló por primera vez de la orden de deportación ni cuando nuestros recursos fueron rechazados uno a uno.

No lloré el invierno pasado, cuando descubrí que mi exnovio Rob me engañaba.

Ni siquiera lloré ayer cuando Bev y yo nos despedimos oficialmente. Las dos llevamos meses sabiendo que esto iba a pasar. Y no, no lloré al decirle adiós, pero no me resultó fácil. Bev hubiera querido venir conmigo hoy, pero no podía. Tenía previsto ir a California con su familia para visitar Berkeley y un par de universidades más.

—A lo mejor sigues aquí cuando vuelva —me dijo después de abrazarnos diecisiete veces—. Puede que todo salga bien al final.

Bev siempre ha sido una optimista impenitente, aun cuando la situación parece desesperada. Es una de esas personas que compran lotería. En cuanto a mí, soy una de esas personas que se ríen de las que compran lotería.

Sea como sea, no voy a ponerme a llorar ahora. Me levanto, recojo mis cosas y me dirijo hacia la puerta del despacho. Necesito echar mano de todas mis fuerzas para contener las lágrimas. De pronto, la voz de mi madre resuena en mi cabeza: «No dejes que tu orgullo te domine, Tasha».

Me doy la vuelta.

—Entonces, ¿de verdad no hay nada que pueda hacer por mí? ¿Voy a tener que marcharme? —pregunto, en voz tan baja que apenas me oigo a mí misma.

El señor Barnes me entiende sin problemas; se ve que escuchar susurros desesperados es uno de los requisitos de su puesto. Tamborilea con los dedos sobre mi carpeta.

—Tu padre tiene una denuncia por conducir en estado de embriaguez, y eso...

—Eso es un problema de él. ¿Por qué tengo yo que pagar por sus errores?

Mi padre... Su única noche de fama le llevó a un control de alcoholemia, lo que llevó a que nos descubrieran, lo que me va a llevar a perder el único lugar que he considerado como mío.

—En cualquier caso, tu situación en el país es ilegal —replica, pero su tono ya no es tan duro como antes.

Asiento sin decir nada. Sé que, si hablo ahora, ya no podré contener las lágrimas. Me pongo los cascos y me giro de nuevo hacia la puerta.

—Conozco tu país, ¿sabes? —añade de pronto el señor Barnes, sonriendo como si saboreara el recuerdo—. Fui a Jamaica hace algún tiempo. Me lo pasé estupendamente... Allí todo es *irie*. Te gustará volver, seguro.

Los psicólogos dicen que no es bueno reprimir los sentimientos porque al final siempre acaban por salir de mala manera. Tienen razón. Llevo meses enfadada. Llevo tanta furia acumulada que me da la impresión de que estoy así desde el inicio de los tiempos. Estoy enfadada con mi madre. Estoy enfadada con Rob, que, sin ir más lejos, me dijo la semana pasada que podíamos seguir siendo amigos «a pesar de todo» (es decir, a pesar de los cuernos que me puso).

Incluso me enfadé con Bev porque llevaba todo el otoño preocupada por pedir plaza en una universidad cercana a la de Derrick, su novio. Comprobaba a cada poco la diferencia horaria entre distintas ciudades y me preguntaba, día sí, día también, si yo creía que las relaciones a larga distancia podían funcionar. Hasta que un día le respondí que quizá no fuera aconsejable condicionar todo su futuro al novio del instituto. Bev no se lo tomó muy bien, porque está convencida de que Derrick y ella van a seguir siempre juntos. Yo creo que seguirán juntos hasta la graduación, tal vez incluso hasta el final del verano. En fin, el caso es que a Bev le sentó tan mal mi comentario que tuve que ayudarle con los deberes de Física durante varias semanas para que me perdonara.

Y ahora, un tipo que (como mucho) había pasado una semana en Jamaica se permitía el lujo de decirme que todo sería *irie*.

—¿A qué lugar de Jamaica fue? —le pregunto.

—A Negril —contesta—. Un sitio precioso.

—¿Salió del recinto del hotel?

—Hubiera querido hacerlo, pero mi...

—Pero su mujer no quiso porque tenía miedo, ¿verdad? En la guía de viaje ponía que era mejor quedarse en el hotel, ¿a que sí?

Me vuelto a sentar, y él se acoda en la mesa apoyando la barbilla sobre los dedos entrelazados. Por primera vez desde que empezó esta conversación, soy yo quien lleva la iniciativa.

—¿Salir no le parecía seguro? —pregunto, haciendo un gesto al decir «seguro» como si quisiera quitarle importancia al asunto—. ¿O es que no quería arruinar sus vacaciones viendo lo pobre que es la gente allí? —insisto, notando cómo la ira reprimida tanto tiempo se eleva por mi vientre hacia la garganta—. Fuera por lo que fuera, se limitaron a escuchar canciones de Bob Marley y a fumar algo de hierba que les proporcionó un camarero. Ah, y alguien les explicó lo que

significa *irie*, ¿verdad? Y con eso ya se cree que sabe algo. Pero lo único que vio fue un chiringuito, una playa y un hotel. Eso no es un país.

El levanta las manos en un gesto defensivo, como si mis palabras pudieran rebotar en sus palmas.

Sí, me he puesto muy borde.

No, no me importa.

—No me diga que todo irá bien. No conozco ese lugar. Llevo en este país desde que tenía ocho años y no recuerdo a nadie de Jamaica. No tengo acento jamaicano. No mantengo relación con nadie de mi familia. Y este es mi último año de instituto. ¿Qué pasa con mi graduación, con mis amigos?

Cada vez estoy más furiosa. Tan solo quiero pensar en las mismas tonterías que preocupan a mis amigos. Apenas había empezado a rellenar los impresos de matrícula para el Brooklyn College. Mi madre se había pasado dos años ahorrando para viajar a Florida y comprarme una tarjeta «buena» de la seguridad social (una que llevara impreso un número real de otra persona, en vez de uno inventado). Según el hombre que se la vendió, las baratas (las que tienen un número falso) no pasan los controles de las universidades. Con la tarjeta «buena» podría haber solicitado una beca, y si mis notas fueran lo bastante buenas para obtener una ayuda de las más altas, incluso podría haber entrado en la Universidad de Binghamton u otra cercana a Nueva York.

—Quiero ir a la universidad —digo, sin poder contener ya las lágrimas.

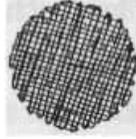
No puedo parar de llorar, llevo demasiado tiempo conteniéndome. El señor Barnes me acerca un poco más la caja de pañuelos de papel. Agarro seis o siete, me enjugo las lágrimas y vuelvo a sacar otros tantos para sonarme.

—No se imagina lo que es no encajar en ninguna parte —añado mientras vuelvo a ponerme la mochila.

Como antes, lo digo en un tono casi inaudible. Y, como antes, el señor Barnes lo oye.

Ya estoy delante de la puerta, con la mano en el picaporte, cuando él responde:

—Espera.



irie

### *Una historia etimológica*

TALVEZ NO SEA la primera vez que escuchas o lees la palabra *irie*. Tal vez hayas visitado Jamaica y sepas que el término viene del *patois*, el dialecto local. Quizá incluso sepas que el concepto se enraíza en la visión del mundo de los rastafaris. Bob Marley, un músico que llegó a ser muy famoso, era rastafari. Y, gracias a él, esta religión se conoció en el mundo entero. Y quizá por eso, al oír la palabra *irie*, te venga a la mente la historia de este credo.

Puede que sepas que el movimiento rastafari bebe de las tres principales religiones abrahámicas: el cristianismo, el islam y el judaísmo. Y tal vez seas consciente de que las religiones abrahámicas son monoteístas y se centran en diferentes visiones de Abraham. Es posible que, al oír la palabra *irie*, se despierten en tu mente imágenes de la Jamaica de los años 30, cuando surgió esta corriente. O quizá te venga a la cabeza el nombre de su líder espiritual: Haile Selassie I, emperador de Etiopía desde 1930 hasta 1974.

Si es así, estarás percibiendo las connotaciones espirituales de su significado original. Sabrás que *irie* es estar en paz contigo mismo y con tu dios, y, por tanto, con el mundo. Que significa habitar en un estado espiritual elevado y apacible. Y percibirás la esencia de lo que son las religiones.

O tal vez ignores todo eso.

Es posible que, al oír esta palabra, no pienses en dioses ni espíritus ni orígenes etimológicos. Puede que solo conozcas la definición coloquial, la que sale en el diccionario. Según eso, *irie* solo quiere decir «guay».

En el diccionario hay muchas definiciones que ya son obsoletas. Es algo en lo que Natasha piensa con frecuencia: ¿cómo puede ser tan escurridizo el lenguaje? Hay palabras que empiezan significando una cosa y acaban significando otra totalmente distinta. «¿Por qué ocurre eso?», se pregunta Natasha. ¿Será porque la gente las usa tanto que las acaba despojando de contenido, como cuando los trabajadores de los hoteles jamaicanos enseñan la palabra *irie* a los turistas? ¿Porque se usan mal, tal y como lleva haciendo el padre de Natasha desde hace semanas?

Antes de que les llegara el aviso de deportación, su padre se negaba a hablar con acento jamaicano o a usar palabras de allí. Desde que sabe que van a regresar, sin embargo, ha empezado a renovar su vocabulario como un turista que ensaya para poder encajar en el país de destino. «Todo va *irie*, hombre», les dice a los cajeros de los supermercados cuando ellos le desean buenos días. «*Irie*», le responde al cartero cuando este le saluda al dejar el correo. Su sonrisa es demasiado ancha. Se mete las manos en los bolsillos, echa los hombros para atrás y adopta un aire tan afortunado que a duras penas puede creer su buena suerte. Su falsa actitud es tan evidente que Natasha no comprende que la gente se la compre. Y, sin embargo, todos lo hacen. El llamativo bienestar de su padre hace que sus interlocutores se sientan bien por un momento, como si pudieran contagiarse de su actitud.

A Natasha le parecería mucho más lógico que las palabras fueran como las unidades de medida. Un metro es un metro. No debería permitirse que las palabras cambien de significado. Porque, a ver, ¿quién decide que cambian y cuándo lo hacen?

¿Hay un periodo de transición en el que aún significan las dos cosas? ¿O tal vez un tiempo en el que no significan nada?

Natasha sabe que, si se va de Estados Unidos, todos sus amigos acabarán por olvidarla, incluida Bev. Al principio se esforzarán por mantener el contacto, claro, pero no será lo mismo que verse todos los días. No irán juntas al baile, con sus respectivas parejas. No celebrarán juntas que las acepten en una universidad, no llorarán juntas cuando las rechacen en otras. No se harán fotos tontas en la ceremonia de graduación. No, lo que ocurrirá es que, a medida que pase el tiempo, la distancia irá pareciendo mayor. Bev seguirá en Estados Unidos, viviendo su vida. Natasha estará en Jamaica, viviendo una vida que le parecerá ajena incluso aunque esté en su país de origen.

¿Cuánto tiempo pasará antes de que sus amigos la olviden? ¿Cuánto tardará en hablar con acento jamaicano? ¿Cuándo olvidará del todo que alguna vez vivió en Estados Unidos?

Algún día, en el futuro, el significado de *irie* cambiará de nuevo, y se convertirá en otro término más con una larguísima lista de definiciones obsoletas y arcaicas. «¿Va todo *irie*?», preguntará la gente con un acento estadounidense perfecto. «Sí, todo *irie*», responderás tú, queriendo decir que todo va más o menos, pero que no te apetece hablar sobre ello. Ninguno de los dos pensará en Abraham ni en la religión rastafari ni en el dialecto jamaicano. La palabra habrá perdido toda su historia.



## daniel

*Adolescente del barrio queda atrapado en un torbellino familiar de expectativas y decepción. «No espero que me rescaten», declara.*

Lo bueno de tener un capullo superdotado como hermano mayor es que te quita la presión de encima. Charlie siempre ha sido tan perfecto que satisfacía él solito todas las esperanzas que mis padres depositaban en sus dos hijos. Y ahora que ha dejado de ser perfecto, la presión recae en mí.

Esta es la conversación que he mantenido unos mil trescientos millones de veces (más o menos) desde que Charlie regresó a casa:

Mi madre: ¿Tus notas siguen bien?

Yo: Sí.

Mi madre: ¿Biología?

Yo: Sí.

Mi madre: ¿Y matemáticas? No te gustan las matemáticas.

Yo: Sí, ya sé que no me gustan.

Mi madre: ¿Pero la nota sigue bien?

Yo: Notable, como siempre.

Mi madre: ¿Por qué no sobresaliente? *Aigo*. Es hora de ponerte serio, ya no eres un niño pequeño.

Hoy tengo una entrevista de admisión con un exalumno de Yale. Yale es «la segunda mejor universidad del país», pero, por una vez en la vida, me he plantado y me he negado a pedir plaza en «la mejor universidad del país» (que es Harvard). La idea de volver a ser el hermano pequeño de Charlie en un centro educativo me resulta bastante insoportable. Además, quién sabe si en Harvard me aceptarían después de expulsar temporalmente a mi hermano mayor.

Ahora estamos en la cocina. Para animarme antes de la entrevista, mi madre está cocinando unos *mandu* que tenía congelados (una especie de empanadillas coreanas al vapor). Yo voy abriendo boca con un cuenco de Cap'n Crunch (los mejores cereales de la historia de la humanidad), mientras escribo en mi libreta Moleskine. Estoy trabajando en un poema sobre la pena de amor que comencé hará unos mil años, más o menos. Lo malo es que jamás he tenido

penas serias de amor, así que el asunto no fluye.

Me parece un lujo poder escribir aquí, sentado a la mesa de la cocina. Si mi padre estuviera en casa, no podría hacerlo. Aunque nunca ha criticado en voz alta mi afición a la poesía, está claro que no la aprueba.

Mi madre me interrumpe para iniciar nuestro diálogo de siempre. Yo empiezo a seguirle la corriente, diciendo mis síes entre bocado y bocado de cereales, cuando ella se sale inesperadamente del guión. En vez del «Ya no eres un niño pequeño» de costumbre, va y me suelta:

—No seas como tu hermano.

Lo dice en coreano para reforzar sus palabras. Y no sé si por voluntad divina, por mi maldito destino o por pura mala suerte, mi hermano llega justo a tiempo de oírlo.

Dejo de masticar.

Cualquiera que nos mirase desde fuera pensaría que las cosas marchan viento en popa. Una madre que prepara el desayuno para sus dos hijos. Uno de ellos está sentado a la mesa, mascando cereales (a palo seco, sin leche). El otro entra en la cocina desde las bambalinas de la izquierda, dispuesto a desayunar también.

Pero en realidad ocurre algo muy diferente. Mi madre está tan avergonzada de que Charlie la haya oído que se ruboriza. Es algo sutil, pero innegable. Le ofrece unos *mandu*, aunque Charlie odia la comida coreana y se niega a probarla desde que tenía diez años.

¿Y Charlie? Él se limita a disimular. Hace como si no comprendiera el coreano, como si mi madre no le hubiera ofrecido las empanadillas, como si yo no existiera.

Casi me engaña, hasta que le miro las manos. Sus puños apretados le delatan. Ha oído a mi madre y la ha entendido. Si ella lo hubiera tachado de pringado total, de tonto del culo sin remedio, a Charlie no le habría dolido tanto como esto: que me pida a mí que no sea como él. Porque durante toda mi vida, hasta este momento, había sido justo al revés: «¿Por qué no puedes ser como tu hermano?». Y esta vuelta de la tortilla no era buena para ninguno de los dos.

Charlie saca un vaso y lo llena de agua del grifo. Lo hace para molestar a mi madre, que abre la boca para decirle su habitual «Grifo no, bebe del filtro», pero al final no dice nada. Él se bebe el agua en tres tragos y vuelve a colocar el vaso en el armario, tal cual. Se da la vuelta y se marcha dejando la puerta del armario abierta.

—*Umma*, no lo presiones tanto —le pido a mi madre cuando Charlie se aleja.

Estoy tan enfadado por lo que ha hecho como por la forma en que lo están tratando. Mis padres no paran de criticarlo. No puedo ni imaginar la mierda que tiene que ser para él trabajar el día entero en la tienda junto a mi padre. Estoy seguro de que le despelleja entre sonrisa y sonrisa a los clientes y entre consejo y consejo sobre cómo colocar extensiones, aplicar aceites reparadores y tratar el pelo dañado por los tintes (mis padres regentan una tienda especializada en productos para el cabello de los afroamericanos que se llama Productos para el Cabello Afroamericano).

Mi madre abre la cesta de vapor para ver si los *mandu* están listos y una nube le empañá las gafas. Cuando era pequeño, me moría de risa cada vez que le ocurría eso. Siempre dejaba que se le empañaran lo máximo posible y luego hacía como que no me veía para seguirme la corriente. Ahora se limita a quitárselas y secarlas con un paño.

—¿Qué le ha pasado a tu hermano? ¿Por qué falló? Él nunca fallaba.

Sin las gafas parece más joven, más guapa. ¿Es raro ver a tu madre como una mujer joven y

guapa? Quizá. Estoy seguro de que a Charlie jamás se le pasaría algo así por la cabeza. Todas las novias que ha tenido (seis, hasta la fecha) eran chicas blancas, monísimas y más bien redonditas, con el pelo rubio y los ojos azules.

No, eso no es cierto. Hubo otra: Agatha. Fue su última novia del instituto, antes de entrar en la universidad.

Agatha tenía los ojos verdes.

Mi madre se vuelve a poner las gafas y me mira como si esperase una respuesta. Le pone los nervios de punta no saber qué ocurrirá a continuación. La incertidumbre es su mayor enemiga. Creo que tiene algo que ver con la pobreza que sufrió durante su infancia en Corea del Sur.

—Él nunca fallaba. Algo le ha pasado.

Mi enfado sube un grado más. ¿Y si a Charlie no le ha pasado nada? A lo mejor falló porque no le gustaba su carrera. Tal vez no quiera ser médico. Tal vez no sepa qué quiere ser. Tal vez haya cambiado, simplemente.

Pero en mi familia no se contemplan los cambios. Mi hermano y yo tenemos un camino preestablecido: vamos a ser médicos, y eso es lo que hay.

—Los chicos tenéis todo demasiado fácil aquí. América os hace blandos.

Si tuviera una neurona por cada vez que he escuchado este comentario, ahora sería un maldito genio.

—Nacimos aquí, mamá. Siempre hemos sido blandos.

Ella resopla.

—¿Y la entrevista? ¿Estás preparado? —me examina de arriba abajo, obviamente disgustada por lo que ve—. Córtate el pelo antes de la entrevista.

Lleva meses intentando que me corte la pequeña coleta que llevo últimamente. Hago un ruido que puede interpretarse como un «de acuerdo» o como un «ni de broma». Ella me pone un plato de *mandu* delante y yo me los como en silencio.

Mis padres me han dejado faltar hoy al instituto para ir a la entrevista. Aún son las ocho (me queda tiempo de sobra), pero no pienso quedarme en casa para seguir hablando de estas cosas.

Antes de que pueda escapar, mi madre me entrega una cartera llena de justificantes bancarios.

—*Appa* se la dejó. Llévala a la tienda —me dice, y me doy cuenta de que pensaba dársela a Charlie, pero olvidó hacerlo tras el incidente de antes.

Me meto la cartera en el bolsillo, agarro mi libreta y me arrastro al piso de arriba para vestirme. Mi cuarto está al final del pasillo. Paso junto a la habitación de Charlie (cerrada, como siempre) y la de mis padres. Mi madre ha dejado un par de lienzos en blanco, aún envueltos, apoyados en el marco de la puerta. Hoy es su día libre, y debe de estar deseando que la dejemos sola para ponerse a pintar. Últimamente pinta cucarachas, moscas y escarabajos. Yo le tomo el pelo diciéndole que está en la fase de Insectos Repugnantes, pero lo cierto es que estos cuadros me gustan aún más que los de la fase de Orquídeas Abstractas que atravesó hace unos meses.

Doy un rodeo rápido para pasar por el dormitorio que usa como estudio, pues quiero ver si ha pintado algo nuevo. Sí que lo ha hecho: un escarabajo enorme que jamás había visto. El lienzo no es muy grande, pero el insecto ocupa casi toda la superficie. Las obras de mi madre siempre han sido muy vistosas, llenas de colores brillantes. Pero ahora la forma en que da color a sus insectos, tan complicados que casi parecen hechos por un entomólogo, las hace bellas de una forma especial. El escarabajo del cuadro está cubierto de verdes, azules y negros que relucen con una

opalescencia oscura. Sus élitros vibran como manchas de petróleo en el agua.

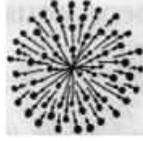
Hace tres años, mi padre nos sorprendió al contratar un ayudante a tiempo parcial para la tienda, de modo que mi madre no tuviera que ir todos los días. Lo hizo como regalo de cumpleaños, y también le obsequió con un set de pinturas al óleo para principiantes y varios lienzos. Hasta ese día, jamás había visto a mi madre llorar al recibir un regalo. No ha dejado de pintar desde entonces.

Ya en mi cuarto, me pregunto por diezmilésima vez (más o menos) cómo habría sido la vida de mi madre si se hubiera quedado en Corea. ¿Qué habría pasado si no hubiese conocido a mi padre, si no nos hubiera tenido a Charlie y a mí? ¿Sería ahora una artista profesional?

Me pongo mi traje gris hecho a medida (es nuevo) y mi corbata roja. «Demasiado color», dijo mi madre al ver cómo la elegía en la tienda. Parece que, en esta casa, lo único que puede rebosar de color son sus cuadros. Yo la convencí diciendo que el rojo me haría parecer seguro de mí mismo. Me miro al espejo... Sí, tengo que reconocerlo: el traje me da un aspecto de alguien seguro de sí mismo, como un galán de peli antigua (sí, sí, un galán).

Es una pena que lo estrene para esta entrevista y no para algo que me importe de verdad. Compruebo la temperatura de fuera en el teléfono y decido que no necesito abrigo. Máxima de veinte grados: un perfecto día otoñal.

A pesar de lo mal que ha tratado a Charlie, le doy un beso a mi madre, le prometo que me cortaré el pelo y salgo de casa. Esta tarde, dentro de unas horas, mi vida se montará en un tren con destino al doctor en Medicina Daniel Jae Ho Bae. Hasta entonces, sin embargo, el día me pertenece. Voy a hacer lo que el mundo me sugiera, ni más ni menos. Voy a imaginarme que estoy en una maldita canción de Bob Dylan y me voy a dejar arrastrar por el viento. Voy a hacer como si mi futuro estuviera abierto de par en par, como si pudiera ocurrirme cualquier cosa.



## natasha

LA GENTE DICE que todo tiene una razón de ser. Mi madre lo repite constantemente: «Las cosas ocurren por algo, Tasha». Esto suele decirse cuando algo sale mal, pero no demasiado mal. Por ejemplo, tras un accidente de coche muy leve o después de tropezar y hacerte un esguince.

No es casualidad que mi madre no haya vuelto a mencionarlo ni una sola vez desde que nos notificaron la deportación. ¿Qué razón podría haber para que nos ocurra esto? Mi padre, que tiene la culpa de todo este asunto, dice que Dios escribe recto con renglones torcidos. A mí me gustaría replicarle que no deberíamos dejar todo en manos de Dios: tener fe en que las cosas salgan bien, pese a que todo indica lo contrario, es una estrategia pésima. Pero para eso tendría que dirigirle la palabra, y no estoy dispuesta a hacerlo.

La gente dice esas cosas para intentar darle sentido al mundo. Secretamente, en su rincón más íntimo, casi todas las personas creen que la vida posee algún significado, algún propósito. Que hay justicia, que existe una base de decencia. Que a la gente buena le pasan cosas buenas, que las cosas malas solo le pasan a la gente mala.

A nadie le gusta pensar que la vida es aleatoria. Mi padre siempre dice que no sabe de dónde viene mi cinismo, pero yo no soy una cínica. Soy realista. Prefiero ver la vida como es, no como deseamos que sea. Las cosas no tienen razón de ser. Son y ya está.

Sin embargo, he aquí algunos Hechos Constatables: si yo no hubiera llegado tarde a la reunión, jamás habría conocido a Lester Barnes; si él no hubiera pronunciado la palabra *irie*, yo no habría explotado; y si yo no hubiera explotado, ahora no estrujaría en la mano un papel con los datos de un abogado conocido por arreglar casos como el mío.

Atravieso el puesto de control de camino a la salida del edificio. Al pasar junto a la vigilante de antes, Irene, siento un impulso irracional y absolutamente extraño en mí de darle las gracias. No lo hago porque ella está distraída sobando las pertenencias de otro recién llegado.

Miro los mensajes del teléfono. Aunque en California, donde está Bev, solo son las 5:30 de la mañana, veo que me ha mandado una hilera de signos de interrogación. Por un momento pienso en contarle mis avances, pero luego decido que aún no hay ningún avance que contar.

«Aún no sé nada», le contesto. Una vez más, siento el deseo egoísta de que Bev esté aquí, a mi lado. Bueno, no. En realidad, lo que querría es estar yo allí con ella, visitando universidades y

disfrutando de mi último año de instituto como hace todo el mundo a mi alrededor.

Miro el papel una vez más. «Jeremy Fitzgerald». El señor Barnes no me ha dejado llamarle desde su teléfono.

—No te hagas muchas ilusiones —me advirtió, antes de decirme tan cortés como firme que nuestra reunión había terminado.

Hecho Constatable: no es aconsejable hacerse ilusiones. Es mejor estudiar la situación y elegir la salida más factible. Pero si no hay ninguna salida factible a la vista, lo único que te queda es hacerte ilusiones.



irene

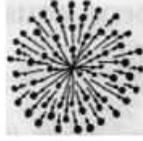
*Una tentativa de historia*

DURANTE LA PAUSA DEL ALMUERZO, Irene se descarga el disco de Nirvana y luego lo escucha tres veces seguidas. En la voz de Kurt Cobain percibe lo mismo que Natasha: un dolor perfecto y hermoso, una voz tan anhelante, tan tirante por la fuerza de la soledad, que debería romperse. Irene piensa que sería mejor que se rompiera. Mejor eso que vivir con un anhelo imposible de satisfacer, mejor eso que vivir sin más.

Irene sigue la voz de Kurt Cobain más y más y más, hasta llegar a un lugar donde siempre está oscuro. Después, busca el nombre del cantante en internet y se da cuenta de que su historia no tuvo un final feliz.

Irene traza un plan: hoy será el último día de su vida.

Lo cierto es que lleva años dándole vueltas a la idea de suicidarse, y en las letras de Kurt Cobain por fin ha encontrado las palabras para escribir una nota de suicidio que no va dirigida a nadie en particular: «Oh well. Whatever. Nevermind».



## natasha

SALGO DEL EDIFICIO y llamo al abogado antes de haber bajado dos escalones siquiera.

—Querría concertar una reunión para hoy. Lo antes posible, por favor.

La mujer que contesta parece estar en mitad de una obra. Al fondo se oyen fuertes golpes y una especie de taladro. Tengo que repetirle mi nombre dos veces.

—¿Sobre qué desea hablar? —me pregunta.

Vacilo. Lo malo de ser una inmigrante sin papeles es que hace que te acostumbres a guardar las cosas en secreto. Antes de que empezara todo este asunto de la deportación, la única persona a la que se lo había contado era Bev, aun sabiendo lo mal que se le da guardar secretos.

«Es que se me escapan», dice siempre, como si no tuviera ningún control sobre las palabras que salen de su boca.

Sin embargo, incluso ella sabía lo importante que era callarse esta vez.

—¿Oiga? ¿Podría decirme de qué desea hablar? —insiste la mujer al teléfono.

Me aprieto el móvil a la oreja y me detengo en mitad de un peldaño. Delante de mí, el mundo se mueve como una película a cámara rápida.

La gente sube y baja la escalera tres veces más deprisa de lo normal, con movimientos entrecortados. Las nubes cruzan zumbando el cielo. El sol se mueve a ojos vistas en la bóveda celeste.

—No tengo papeles —digo.

El corazón me late a toda velocidad, como si llevara un buen rato corriendo con todas mis fuerzas.

—Necesito algún detalle más —responde.

De modo que se los doy. Nací en Jamaica. Mis padres entraron ilegalmente en los Estados Unidos cuando yo tenía ocho años, y llevo aquí desde entonces. A mi padre lo arrestaron hace poco en un control de alcoholemia. Nos van a deportar. Lester Barnes me ha dicho que tal vez el señor Fitzgerald pueda ayudarnos.

Ella me da cita para las once de la mañana.

—¿Desea alguna otra cosa? —me pregunta al final.

—No, gracias —respondo.

El despacho del abogado está en el centro, cerca de Times Square. Miro la hora en el teléfono: son las 8:35. De pronto, una ráfaga de viento me levanta la falda y me agita el pelo. El tiempo es sorprendentemente bueno para mediados de noviembre.

«Tal vez me haya precipitado al sacar la cazadora de cuero», pienso, y cruzo mentalmente los dedos para que no haga mucho frío este invierno. Me doy cuenta enseguida de que, haga el frío que haga, es muy posible que yo no esté aquí para sentirlo. Si nieva en una ciudad deshabitada, ¿hace frío de todos modos?

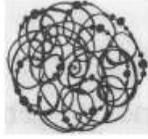
Sí. La respuesta a esa pregunta es que sí.

Me abrocho la cazadora. Me cuesta hacerme a la idea de que mi futuro no sea como yo tenía previsto.

Aún me quedan dos horas y media, y mi instituto está solo a un cuarto de hora andando. Se me pasa por la cabeza ir a echarle un último vistazo. Se trata de un centro muy exigente, especializado en ciencias, y tuve que esforzarme mucho para que me aceptaran. No me entra en la cabeza que tal vez no vuelva a verlo... Al final, decido no ir. Hay demasiada gente con la que prefiero no encontrarme, demasiadas preguntas del tipo «¿Por qué no has venido hoy a clase?» que no quiero contestar.

Así que opto por matar el tiempo dando un paseo hasta el despacho del abogado, que está a unos cuatro kilómetros de distancia. Mi tienda de vinilos favorita pillá de camino.

Me pongo los cascos y busco el disco *Temple of the Dog*. Hoy hace un día apropiado para el *rock grunge* de los noventa, lleno de angustia vital y guitarras estruendosas. La voz de Chris Cornell se eleva, y yo dejo que se lleve consigo algunas de mis preocupaciones.



## samuel kingsley

### *Una historia de arrepentimiento, parte 1*

SAMUEL, EL PADRE DE NATASHA, emigró a Estados Unidos antes que el resto de su familia. Si él se adelantaba, le resultaría más fácil abrirse paso como actor en Broadway sin tener que preocuparse por mantener a su mujer y a su hija. Así, estaría libre para ir a *castings* y audiciones de última hora, y podría moverse y establecer contactos en el mundillo teatral de Nueva York. El plan era que aquello durase solamente un año, pero enseguida pasó un año más, y hubiera pasado el tercero si la madre de Natasha no se hubiera plantado.

Aunque solo tenía seis años cuando su padre emigró, Natasha no había olvidado aquellas llamadas a Estados Unidos. Sabía cuándo su madre iba a hablar por teléfono con su padre porque marcaba muchos más números de lo normal. Al principio eran conversaciones cariñosas, normales. La voz de su padre sonaba como siempre. Luego, al cabo de un año, más o menos, empezó a cambiar. Tenía un nuevo acento entrecortado y pastoso, cada vez menos cantarín. Sonaba más triste. Natasha recordaba muy bien aquellas conversaciones. No oía lo que decía su padre, pero se lo imaginaba perfectamente.

—¿Vamos a tener que esperar mucho más?

—Pero Samuel, si tú estás allá y nosotros acá, ya no somos una familia.

—...

—Habla con tu hija.

Y luego, un día, su madre le dijo que se iban de Jamaica para siempre. Natasha se despidió de sus amigos y familiares, convencida de que volvería a verlos en Navidades, como muy tarde. Aún no sabía lo que significaba ser un inmigrante sin papeles. No sabía que no podría regresar a su lugar de origen; que su tierra dejaría de parecerle su tierra, para convertirse en un país extraño que solo salía en los libros. Ahora, cuando Natasha piensa en el día en que abandonaron Jamaica, recuerda lo preocupada que estaba por la idea de atravesar las nubes, hasta que se dio cuenta de que no eran pelotas de algodón. Se preguntaba si su padre la reconocería, si seguiría queriéndola como antes. Había pasado tanto tiempo...

Pero él sí que la reconoció, y también la seguía queriendo. Al verlas en el aeropuerto, las abrazó con fuerza.

—Cómo os he echado de menos a las dos... —dijo estrechándolas más aún.

Tenía el mismo aspecto de siempre. En aquel momento, incluso sonaba como siempre, con un acento jamaicano tan espeso como antes de marcharse. Sin embargo, olía diferente: a jabón de Estados Unidos, a ropa de Estados Unidos, a comida de Estados Unidos. Natasha estaba tan feliz de verle que no le dio importancia. Se acostumbraría a eso y a lo que hiciera falta.

Durante los dos años que había pasado solo en Nueva York, Samuel se alojó con un viejo amigo de su madre. No pagaba alquiler, de modo que no le hacía falta trabajar; con sus ahorros bastaba para cubrir los pocos gastos que tenía.

Pero cuando llegó su familia, la cosa cambió. Samuel encontró trabajo como guardia de seguridad en un edificio de WallStreet y buscó apartamento hasta encontrar uno de un solo dormitorio en Brooklyn, en la zona de Flatbush.

—Me las arreglaré —le dijo a Patricia, su mujer, y pidió que le dieran el turno de noche para seguir yendo a las audiciones.

Pero se pasaba el día muerto de sueño.

Además, no lo elegían para ninguna obra. Por más que lo intentaba, no conseguía librarse por completo de su acento. Tampoco le ayudaba el que Patricia y Natasha le hablasen siempre en dialecto jamaicano, por más que él tratase de enseñarles un inglés «correcto».

Y cada vez le resultaba más difícil aceptar las decepciones. Sabía que, para ser actor, necesitaba sobreponerse a los fracasos y seguir adelante sin dar vueltas a las cosas, pero jamás fue capaz de hacerlo. Aunque él no quisiera dar vueltas a sus fracasos, ellos parecían orbitar a su alrededor, mareándolo cada vez más. Al cabo de un tiempo, empezó a preguntarse qué duraría más, si él o sus sueños.

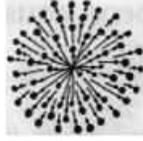


## daniel

*Chico del barrio, resignado, toma la línea 7 de metro con rumbo al final de su infancia.*

Sí, vale, me paso un poco con el dramatismo, pero de verdad me siento así. Este metro es como un maldito tren de la bruja que me saca a toda velocidad de la infancia (alegría, espontaneidad, diversión) para depositarme en la adultez (resignación, rutina, diversión igual a cero). Cuando me apee al otro lado, tendré ante mí un plan definido y un peinado decente (es decir, corto). Ya no leeré (ni escribiré) poesía, solo biografías de personajes importantes. Tendré una Opinión Fundada sobre temas serios como la inmigración, el papel de la iglesia católica en una sociedad cada vez más laica o el nivel de incompetencia de los distintos equipos de fútbol americano.

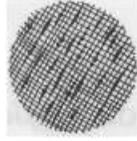
El metro aparece en el túnel y se detiene. La mitad de los pasajeros se bajan. Me dirijo a mi sitio favorito, en la esquina contigua a la cabina del conductor, y estiro las piernas hasta ocupar los dos asientos. Sí, sé que es una manía horrible. Pero tengo una buena razón para haberla adoptado, una historia que me ocurrió una noche a las dos de la madrugada (llegaba más que tarde a casa), cuando apareció un tipo con una serpiente tamaño manguera enroscada al cuello y decidió sentarse a mi lado a pesar de que había unos mil quinientos asientos libres en el vagón del metro.



natasha

EL SER HUMANO NO ES UNA CRIATURA RAZONABLE. En vez de guiarnos por la lógica, nos dejamos llevar por nuestras emociones. Si hiciéramos lo contrario, el mundo sería un lugar más feliz. Por ejemplo: a raíz de una simple llamada de teléfono, he empezado a creer que podía ocurrir un milagro.

Y ni siquiera creo en Dios.



# el conductor

## *Una historia evangélica*

EL CONDUCTOR NO LLEVA MUY BIEN SU DIVORCIO. Un día, su mujer le dijo que ya no le quería, así, sin más. No le supo explicar por qué. No es que tuviera un amante ni que quisiera estar con ninguna otra persona. Pero el amor que había sentido por él se había desvanecido sin dejar rastro.

Se podría decir que, en los cuatro años transcurridos desde que su divorcio se formalizó, el conductor ha llegado a convertirse en una especie de descreído. A menudo recuerda los votos que pronunció ante Dios y ante la gente el día de su boda. ¿Cómo se puede creer en algo cuando la persona que ha jurado amarte para siempre ha dejado de hacerlo de la noche a la mañana?

Desorientado y perplejo, el conductor ha vagado de ciudad en ciudad, de apartamento en apartamento, de trabajo en trabajo, sin apenas nada que lo ancle al mundo. Le cuesta dormir. Lo único que lo ayuda es ver la tele de madrugada, con el sonido quitado. La incesante cascada de imágenes serena su mente y le hace conciliar el sueño.

Una noche, mientras sigue este tratamiento, ve un programa que le llama la atención. Un hombre, de pie tras un atril, encara a la audiencia. A su espalda, una pantalla enorme muestra su cara en primer plano. El hombre está llorando. La cámara se mueve para enfocar a los espectadores. Muchos de ellos lloran también, pero es evidente que sus lágrimas no son de tristeza.

Esa noche, el conductor no duerme. Sube el sonido de la tele y se queda despierto toda la noche para ver el programa.

Al día siguiente, investiga en internet hasta encontrar información sobre los cristianos evangélicos. Eso le hace emprender un viaje que no era consciente de necesitar hasta ahora. Según sus averiguaciones, para convertirse en cristiano evangélico se deben cumplir cuatro requisitos. En primer lugar, hay que renacer. El conductor se siente fascinado por la idea de partir de cero, de comenzar una nueva vida libre de pecado y, por tanto, merecedora de amor y salvación. En segundo y tercer lugar, se debe creer de corazón en la Biblia y en el hecho de que Cristo murió

para expiar los pecados de la humanidad. Por último, es necesario convertirse en una especie de activista que comparta y difunda la buena nueva del evangelio.

Eso es lo que le lleva a hacer su anuncio por el sistema de megafonía. ¿Cómo no compartir su gozo recién hallado con el prójimo? Y sí, es gozoso. Hay una alegría pura en la certidumbre de la fe. En la certeza de que la propia vida tiene un propósito y un significado. En saber que, por muy dura que sea tu vida terrenal, siempre habrá un futuro mejor esperándote. En pensar que Dios tiene un plan para llevarte hasta él. Y que todo lo que te ha ocurrido en la vida, tanto las cosas buenas como las malas, tiene una razón de ser.



## daniel

HE DECIDIDO PERMITIR que el universo guíe mis pasos en este Último Día de Mi Infancia, de modo que no me molesto en esperar a que el siguiente metro me lleve a la calle Treinta y Cuatro. El conductor ha dicho que tenemos que ir en busca de Dios. Tal vez lo encontremos (o LA encontremos... Aunque no creo que Dios sea «ella», sino más bien «él»). De lo contrario, ¿cómo explicar la guerra, las epidemias y las erecciones mañaneras?) en Times Square, esperando a que alguien llegue y lo descubra.

Pero en cuanto piso la calle, recuerdo que Times Square es una especie de infierno terrenal, una sima ardiente de neones parpadeantes que anuncian los siete pecados capitales. No, ni de coña. Dios jamás andaría por allí.

Camino por la Séptima Avenida hacia el barbero, atento por si distingo alguna señal en cualquier parte. Al llegar a la calle Treinta y Siete, veo una iglesia. Subo la escalera de entrada e intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave. A Dios se le han debido de pegar hoy las sábanas. Miro a izquierda y derecha: nada, no hay señales de ninguna clase. Ni siquiera una sutil, con un melenudo que convierta agua en vino y lleve un cartelito en el que ponga que es Jesucristo y que ha venido a salvarnos.

Decido olvidarme de que llevo traje y me siento en un escalón. Al otro lado de la calle, los peatones dan un rodeo para esquivar a una chica que está parada en la acera, balanceándose levemente. Es de piel oscura, con el pelo en un peinado afro enorme y unos cascos rosas casi igual de enormes. Ese tipo de cascos que van acolchados para aislar a quien los lleva del sonido ambiente (y del resto del mundo). La chica tiene los ojos cerrados y una mano apoyada en el pecho. Parece extasiada.

Al cabo de unos cinco segundos, abre los ojos y mira alrededor. Agacha la cabeza, como si le diera vergüenza lo que acaba de pasar, y echa a andar deprisa. No sé qué estaría escuchando, pero debe de ser una pasada, si ha hecho que se abstraiga así en plena calle del centro de Nueva York. A mí, lo único que me ha hecho sentir así alguna vez es escribir poesía, y está a punto de formar parte de mi pasado.

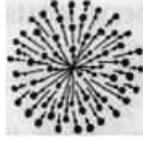
Daría cualquier cosa por desear la vida que mis padres quieren para mí. Todo sería mucho más fácil si me apasionara la idea de ser médico. La medicina es una de esas profesiones para las

que se supone que hay que tener vocación: salvar vidas y todo eso. Pero a mí me la refanfinfla.

Me quedo mirando cómo la chica se aleja. De pronto, se echa la mochila a un lado y veo lo que hay escrito con grandes letras blancas en la espalda de su cazadora de cuero: DEUS EX MACHINA. «Un dios que sale de una máquina». Por un momento, me parece oír la voz del conductor. ¿Será una señal?

No soy de esa clase de tíos que siguen a las chicas, y de todos modos, no la estoy siguiendo exactamente. Procuro mantener una distancia prudencial entre los dos.

Veo que entra en una tienda llamada Discos Resurrección. En serio. Ya no me cabe ninguna duda: esto es una Señal de las buenas. Cada vez lo tengo más claro: hoy tengo que dejarme llevar y ver hacia dónde me arrastra el viento.



## natasha

ME METO EN LA TIENDA DE DISCOS, más que nada por evitar las miradas de los que me hayan visto hacer la loca en mitad de la acera hace un momento. He tenido uno de mis momentos con la música: cada vez que oigo a Chris Cornell cantar *Hunger Strike*, algo se me mueve por dentro. Ese hombre hacía los coros como si llevase años hambriento.

El interior de Resurrección está en una suave penumbra y huele a polvo y a ambientador de limón, como siempre. Han cambiado un poco la distribución desde la última vez que vine. Antes, los discos estaban colocados por décadas, y ahora, por géneros musicales. Cada sección tiene un póster que la simboliza. *Nevermind*, de Nirvana, para el grunge; *Blue Lines*, de Massive Attack, para el trip-hop; *Straight Outta Compton*, de N.W.A., para el rap...

Me podría pasar aquí el día entero. De hecho, si hoy no fuera HOY, me pasaría aquí el día entero. Pero no tengo ni tiempo ni dinero.

Voy de camino a la sección de trip-hop cuando veo una pareja dándose el lote en la esquina del fondo, junto a los discos de las divas del pop (simbolizados por un póster de *Like a Virgin*, de Madonna). Tienen las caras tan pegadas que no los termino de distinguir, pero conozco tan bien el perfil del chico que no me hace falta verlo bien. Es Rob, mi exnovio. Y ella es Kelly, la chica con la que me engañó.

¿Por qué tengo que encontrármelos justamente hoy? ¿Qué hacen fuera del insti? Rob sabe que este es uno de mis lugares preferidos. A él ni siquiera le gusta la música.

De pronto, me parece oír la voz de mi madre: «Las cosas ocurren por algo, Tasha». Sigo sin creer que sea cierto; pero aun así, tiene que haber alguna explicación lógica para que el día de hoy sea tan horroroso. Y ni siquiera tengo a Bev a mi lado... Si la tuviera, de hecho, no habríamos venido a esta tienda. «Es un sitio viejuno y aburrido», habría dicho mi mejor amiga antes de que acabásemos en Times Square mirando a los turistas y tratando de adivinar su procedencia por su forma de vestir. (A los alemanes, por ejemplo, les gusta ir en pantalón corto, haga el tiempo que haga).

Como si toparme con Rob y Kelly en pleno sobeteo no fuera lo bastante desagradable, de pronto veo que ella estira una mano, agarra un disco y lo desliza dentro de su cazadora acolchada, perfecta-para-mangar-y-ocultar-lo-mangado.

No me lo creo.

Aunque preferiría sacarme los ojos que seguir mirando, sigo mirando. Es que no me lo puedo creer. Los dos siguen dale que te pego unos segundos más, y luego ella vuelve a estirar rápidamente la mano.

—Dan mucha vergüenza ajena. ¿Es que no se dan cuenta o qué? —mascullo sin poder evitarlo. He heredado de mi madre la tendencia a pensar en voz alta.

—¿Los va a robar así, sin más? —pregunta a mi lado alguien que suena tan alucinado como yo.

Echo una mirada de reojo para ver con quién he empezado a hablar: un chico de rasgos asiáticos, vestido con un traje gris y una corbata de un rojo absurdamente chillón. Me doy la vuelta de nuevo hacia el espectáculo.

—¿Pero es que ya no hay dependientes en esta tienda? ¿No se dan cuenta de lo que está pasando? —pregunto, más para mí que para él.

—¿No deberíamos decir algo?

—¿A ellos? —replico señalando a los mangantes.

—A los que trabajan aquí, me refiero.

Meneo la cabeza sin mirarle.

—Los conozco —digo.

—¿Manos Largas es tu amiga? —pregunta el chico en un tono levemente acusador.

—Es la novia de mi novio.

Corbata Roja deja de observar los cuerpos del delito y se vuelve hacia mí.

—¿Y cómo funciona eso exactamente?

—Quiero decir que es la novia de mi exnovio —aclaro—. De hecho, dejamos de salir porque me engañó con ella.

Supongo que ver a Rob me ha puesto nerviosa, porque si no, no me explico por qué le estoy diciendo estas cosas a un desconocido.

Corbata Roja vuelve a centrarse en la escena que nos ocupa.

—Gran pareja: él engaña y ella roba.

Suelto un bufido que casi parece una risa.

—Deberíamos decírselo a alguien, ¿no crees? —insiste.

—Ah, no. Hazlo tú, si quieres.

—Mejor dos que uno —replica.

—Si yo digo algo, parecerá que estoy celosa y quiero vengarme.

—¿Lo estás?

Me giro hacia él y veo que me observa con expresión comprensiva.

—¿No te parece una pregunta un tanto personal, Corbata Roja?

Él se encoge de hombros.

—Bueno, es que habíamos conectado.

—Para nada —le suelto.

Vuelvo la vista hacia la pareja criminal. Rob por fin se ha dado cuenta de que pasa algo raro y aparta la cara. Su mirada se cruza con la mía antes de que yo pueda desviarla.

—Me cago en la mar salada... y en todos los peces de colores —mascullo.

Rob me dedica su sonrisita-estúpida-marca-de-la-casa y me saluda con la mano. A duras

penas me aguanto las ganas de mandarlo a la mierda. ¿Cómo pude salir con este idiota durante ocho meses y cuatro días? ¿Cómo dejé a este mangante agarrarme de la mano y besarme?

Me giro hacia Corbata Roja.

—¿Viene para acá? —le pregunto.

—Sí.

—Igual tendríamos que besarnos o algo así, como los espías de las películas —le sugiero, y su cara se vuelve roja como un tomate—. Eh, que solo era un broma —añado con una sonrisa.

Él se pone aún más colorado y no dice nada. Antes de que pueda recobrase, Rob llega a nuestra altura.

—Buenas —dice, con esa voz profunda de barítono que tiene.

Su voz era una de las cosas que más me gustaban de él. Eso, y el hecho de que se pareciera a Bob Marley de joven, solo que en blanco y sin rastas.

—¿Por qué estáis robando tu novia y tú? —le espeta Corbata Roja antes de que yo pueda contestar al saludo.

Rob levanta las manos y retrocede un paso.

—Eh, tranqui, tío. No hables tan alto, ¿quieres? —dice, de nuevo con una sonrisilla estúpida en su estúpido careto.

—Estás en una tienda independiente, ¿sabes? —continúa Corbata Roja aún más alto—. No es de una empresa, sino de una familia. Estás robando a personas, no a accionistas. ¿No te das cuenta de las dificultades que tienen los pequeños negocios si hay gente que roba como tú? —añade, con un aire tan justiciero que a Rob se le cae la cara de vergüenza.

—No mires, pero me parece que acaban de pillar a tu novia —intervengo yo.

En el rincón de las divas del pop hay dos empleados que hablan con Kelly en voz baja y con aire furioso, señalando la cremallera de su cazadora.

La sonrisilla estúpida de Rob se desdibuja al fin. En vez de ir al rescate de Kelly, se mete las manos en los bolsillos y echa a andar hacia la puerta lo más rápido que puede, sin llegar a correr. Kelly le llama, pero él acelera. Uno de los empleados amenaza con llamar a la policía. Kelly le pide por favor que no lo haga y se saca los dos discos de debajo de la cazadora. Tiene buen gusto: Massive Attack y Portishead. El empleado se los arrebató.

—Si te vuelvo a ver por aquí, llamaré a la policía —le advierte.

Kelly echa a correr hacia la puerta llamando a Rob casi a gritos.

—Entretenido, ¿no? —comenta Corbata Roja cuando la puerta se cierra tras ella.

Me mira con una sonrisa de oreja a oreja y cara de felicidad. De pronto, siento un *déjà vu*. Ya he pasado por esto... Conozco esos ojos brillantes y esa sonrisa, y no es la primera vez que mantengo esta conversación. Pero la sensación se desvanece tan deprisa como ha venido.

—Daniel —dice él extendiendo la mano para que se la estreche.

Su mano, grande y cálida, agarra la mía una décima de segundo de más.

—Encantada de conocerte —respondo liberándome.

Su sonrisa es verdaderamente adorable, pero ahora mismo no tengo tiempo para chicos, por muy bonita que tengan la sonrisa. Me vuelvo a poner los cascos. Él me mira a la cara, esperando a que le diga mi nombre.

—Que tengas una buena vida, Daniel —le deseo, y luego echo a andar hacia la puerta.



daniel

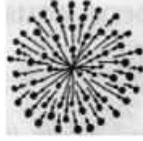
*Aspirante a Casanova estrecha la mano de chica guapa y le ofrece un préstamo personal a un tipo de interés moderado.*

Le he estrechado la mano. Así como voy, vestido con traje gris y corbata roja, le he chocado los cinco.

¿Qué soy, un empleado de banca?

¿A quién se le ocurre chocarle los cinco a una chica guapa a la que acaba de conocer?

Charlie le habría dicho algo ingenioso y encantador, y en este momento los dos estarían tomando un café a media luz en algún local bohemio y romántico. La chica ya estaría soñando con tener hijitos medio coreanos, medio afroamericanos.



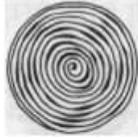
## natasha

LAS CALLES ESTÁN AÚN MÁS LLENAS DE GENTE que antes. Es una mezcla de turistas que se han alejado sin darse cuenta de Times Square y neoyorquinos en plena jornada de trabajo, deseando que los turistas vuelvan de una vez a Times Square. Al cabo de un rato, distingo a Rob y a Kelly algo más allá y me paro para no cruzarme otra vez con ellos. Ella llora mientras él le habla; supongo que estará tratando de explicarle que, a pesar de todos los indicios, no es un cretino cobarde y traidor. Me da la impresión de que acabará por convencerla: Rob puede ser muy persuasivo, y Kelly quiere que la persuada.

Lo conocí el año pasado, cuando empezó a sentarse junto a mí en Física Avanzada. Solo me fijé en él cuando me pidió ayuda con el tema de los isótopos y la semivida (la física despierta todos mis reflejos de empollona). A la semana siguiente, cuando logró aprobar el examen de la unidad, me preguntó si quería ir al cine con él.

Aunque yo nunca había tenido novio, me encontraba a gusto saliendo con él. Me gustaba quedar junto a su casillero entre clase y clase, tener planes para todos los fines de semana. Me gustaba que nos vieran como una pareja y poder salir junto a Bev y Derrick. Y, por mucho que me pese admitirlo ahora, lo cierto es que me gustaba Rob. Y entonces, va y se lía con Kelly. Recuerdo lo dolida y traicionada que me sentí. Estaba absurdamente avergonzada, como si Rob me hubiera puesto los cuernos por culpa mía. Y lo peor es que jamás llegué a comprender por qué me había engañado; si le gustaba Kelly, ¿por qué no cortó conmigo para salir con ella?

Y aun así, no me costó demasiado superarlo. Eso es precisamente lo que más me preocupa: ¿qué fue de todo lo que yo sentía? La gente se pasa la vida entera buscando el amor; escriben poemas, canciones e incluso novelas enteras acerca del tema. ¿Pero cómo se puede confiar en algo que desaparece tan repentinamente como ha comenzado?



## semivida

### *Una historia de decadencia*

LA SEMIVIDA O VIDA MEDIA DE UNA SUSTANCIA es el tiempo que tarda en perder la mitad de su actividad farmacológica, fisiológica o radiológica.

En física nuclear, este concepto define el tiempo necesario para que se desintegren la mitad de los núcleos de una muestra inicial de un radioisótopo. En biología, suele emplearse para definir el tiempo que tarda el cuerpo en eliminar la mitad de una sustancia dada (agua, alcohol, fármacos...). En química, la vida media de un reactivo es el tiempo necesario para que haya reaccionado la mitad de su concentración inicial.

En el amor, es el tiempo que tardan los enamorados en sentir la mitad de lo que sentían al principio.

Cuando Natasha piensa en el amor, lo hace en esos términos. Nada dura para siempre; igual que ocurre con el hidrógeno, el litio o el boro, el amor posee una semivida infinitesimal. Y cuando se desintegra por completo, es como si jamás hubiera estado ahí.



## daniel

LA CHICA SIN NOMBRE se ha parado delante de un paso de peatones, a cierta distancia de mí. No es que esté siguiéndola, de verdad; lo que pasa es que llevamos el mismo camino. Ha vuelto a calarse sus cascos superrosas y está balanceándose otra vez al ritmo de la música. Aunque no le veo la cara, apostaría algo a que tiene los ojos cerrados. Está tan concentrada que no se da cuenta de que el semáforo se ha puesto verde para los peatones y se salta el turno entero. Ya he llegado casi a su altura; si se da la vuelta y me ve, seguro que cree que la estoy persiguiendo. Cuando la luz de peatones vuelve al verde, baja de la acera para cruzar.

Pero sigue distraída, tanto que no ve el BMW blanco que está a punto de saltarse el semáforo en rojo. Por suerte, yo estoy muy cerca.

La agarro de un brazo y la hago retroceder de un tirón. Sus pies se enredan con los míos y los dos caemos desmadejados en la acera. Ella aterriza más o menos encima de mí; su teléfono no tiene tanta suerte y se estrella contra el suelo.

Un par de personas se acercan para preguntarnos si nos ha pasado algo, pero la mayor parte de la gente se limita a dar un rodeo para evitarnos. Solo somos una molestia más en la carrera de obstáculos que es Nueva York.

La chica sin nombre se incorpora y echa un vistazo a su teléfono. La pantalla se ha agrietado por varias partes.

—¿Pero qué narices...? —dice, y me doy cuenta de que no es tanto una pregunta como una queja.

—¿Estás bien?

—¡Ese tipo ha estado a punto de matarme!

Alzo la mirada y veo que el coche blanco se ha detenido en el siguiente cruce de calles. Me gustaría acercarme para decirle cuatro cosas, pero no quiero apartarme de la chica.

—¿Estás bien? —le repito.

—¿Sabes cuántos años hace que me regalaron esto?

Al principio pienso que se refiere al teléfono, pero enseguida veo que habla de sus cascos. No sé cómo, se han estropeado con la caída: una de las almohadillas cuelga casi desprendida, y el plástico rosa está astillado. La chica parece al borde del llanto.

—Te compraré otros —le ofrezco.

Estoy desesperado por evitar que lllore, pero no es por altruismo ni nada del estilo. Lo que ocurre es que soy una especie de llorón por imitación. Es como cuando una persona bosteza y todo el mundo empieza a bostezar a su alrededor, o cuando alguien vomita y el olor hace que te entren ganas de echar la papilla a ti también. Eso es exactamente lo que me ocurre a mí cuando alguien llora a mi lado. Pero, si puedo evitarlo, preferiría no ponerme a llorar delante de la chica guapa cuyos cascotes acabo de cargarme.

Me doy cuenta de que, aunque le gustaría aceptar mi oferta, no va a hacerlo. Aprieta los labios y niega con la cabeza.

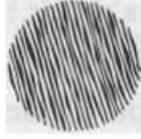
—Es lo menos que puedo hacer... —insisto, y ella por fin se digna a mirarme.

—Ya me has salvado la vida —replica.

—No creo que hubieras muerto. Como mucho, habrías perdido uno o dos miembros.

Pretendo hacerla reír, pero no hay manera. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—No sabes la mierda de día que estoy teniendo —me dice, y yo aparto la mirada para que no vea cómo se me empiezan a humedecer los ojos.



# donald Christiansen

## *Una historia de dinero*

DONALD CHRISTIANSEN conoce el precio de las cosas que no tienen precio. De hecho, tiene memorizados centenares de tablas de costes e indemnizaciones. Es consciente de cuánto vale la pérdida de una vida humana en un accidente de avión, en una colisión de tráfico, en un desastre minero... Sabe de esas cosas porque, hasta hace no tanto, trabajaba para una compañía de seguros. Su labor consistía en poner precio a las cosas inesperadas, a las desgracias.

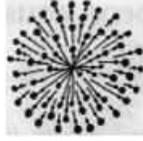
El precio de atropellar a una chica de diecisiete años que iba despistada sería considerablemente menor que el que determinaron los tasadores cuando a la hija de Donald Christiansen la atropelló un conductor que iba escribiendo en su teléfono móvil. De hecho, lo primero en lo que Donald pensó cuando le anunciaron la muerte de su hija fue en la indemnización que tendría que pagar la aseguradora del conductor.

Se detiene en el siguiente cruce, pone las luces de emergencia y apoya la frente en el volante. Se lleva la mano al bolsillo interior de la americana y roza la petaca que lleva escondida ahí. ¿Es posible recuperarse de algo así? A Donald le parece que no.

Aunque hace ya dos años que perdió a su hija, la pena sigue atenazándole y parece dispuesta a despojarlo de todo. Le ha arrebatado su matrimonio, su sonrisa, su capacidad para comer bien, para dormir bien, para sentir bien.

Le ha arrebatado su voluntad para estar sobrio. Lo cual explica que haya estado a punto de atropellar a Natasha hace un momento.

Donald no está seguro de lo que quería decirle el universo al arrebatarle a su hija. Lo único que sabe es que nadie puede poner precio a perderlo todo. Y una cosa más: todas tus historias futuras pueden quedar destruidas en un instante.



## natasha

CORBATA ROJA APARTA LA MIRADA. Me da la impresión de que se va a poner a llorar, lo que no tiene ningún sentido. Se ha ofrecido a comprarme unos cascos nuevos. Pero no sabe que, aunque aceptara, no me serviría de consuelo.

Tengo estos cascos desde justo después de llegar a Estados Unidos. Cuando mi padre me los compró, aún estaba convencido de que conseguiría grandes cosas en este país; aún pretendía convencer a mi madre de que merecía la pena haber dejado nuestra tierra, habernos separado de todos nuestros familiares y amigos. Pensaba que iba a conseguirlo, que alcanzaría el famoso sueño americano al que todo el mundo aspira en este país.

Para convencer a mi madre, nos utilizaba a mi hermano y a mí. Nos compraba regalos y los pagaba a plazos, cosas caras que apenas podíamos permitirnos, ni siquiera pagándolas así. Supongo que pensaba que, si nosotros estábamos contentos en Estados Unidos, todo habría merecido la pena.

A mí me daba igual la razón de ser de esos regalos. Aquellos cascos carísimos se convirtieron en mi posesión más preciada. Lo único que me importaba era su color —mi preferido— y su garantía de sonido perfecto. Fueron mi primer amor y conocían todos mis secretos. Sabían lo mucho que admiraba y quería a mi padre, y ahora saben el resquemor que siento hacia mí misma por no admirarlo en absoluto.

Sí, pensaba que mi padre era el mejor, y ahora me parece que hace siglos de eso. Él era como un planeta exótico, y yo, su satélite favorito. Pero mi padre no es un planeta, solo la luz mortecina de una estrella ya extinguida.

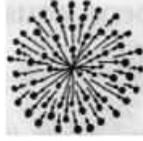
Y yo no soy un satélite. Soy chatarra espacial que flota por el espacio, tratando de escapar de su órbita con todas mis fuerzas.



daniel

NO CREO HABER VISTO NUNCA a nadie con la viveza con la que la veo a ella. La luz del sol se filtra entre sus rizos haciendo que parezcan un halo. Por su rostro pasan mil emociones mezcladas. Sus ojos son anchos y muy oscuros, con pestañas largas. Me puedo imaginar perfectamente a mí mismo embobado en ellos durante un buen rato. En este momento están tristes y apagados, pero sé qué aspecto tendrían si estuvieran brillantes y risueños. ¿Sería capaz de hacerla reír si me lo propusiera? Su piel es de un color castaño cálido, resplandeciente. Sus labios son rosados y gordezuelos, y me doy cuenta de que llevo un par de segundos de más contemplándolos. Por suerte, está demasiado preocupada para fijarse en que soy un mirón lastimoso (y muerto de ganas de ligar con ella).

Por fin, despega los ojos de sus cascos rotos. Cuando nuestras miradas se encuentran, tengo una especie de *déjà vu*. Pero en lugar de sentir que esto ya ha ocurrido, siento que va a ocurrir en el futuro. Nos veo a los dos de viejos. No distingo nuestras caras, y tampoco sé dónde estaremos ni cuándo será. Es una sensación extraña y alegre que apenas puedo describir. Es como si me supiera la letra de una canción y, aun así, me emocionara y me sorprendiera al escucharla una vez más.



## natasha

ME LEVANTO Y ME SACUDO LA ROPA. Estoy deseando que termine este día porque, sinceramente, no sé qué más puede pasarme hoy.

—¿Me estabas siguiendo? —le pregunto al chico, en un tono quizá demasiado malhumorado y retador para emplearlo con alguien que acaba de salvarme la vida.

—Ya sabía yo que ibas a decir eso...

—Entonces estabas detrás de mí por pura casualidad, ¿no? —replico mientras intento colocar la almohadilla de los cascos en su sitio.

—A lo mejor era mi destino salvarte la vida hoy.

—Vale, pues gracias por tu ayuda —respondo sin hacer caso de su comentario.

—Dime al menos cómo te llamas —me pide cuando ya estoy dándome la vuelta.

—Mira, Corbata Roja...

—Daniel.

—Vale, pues Daniel. Te doy las gracias por haberme salvado.

—Qué nombre más largo.

Le miro a los ojos y él me sostiene la mirada sin dudar. No va a darse por vencido hasta que se lo diga.

—Natasha —contesto al fin.

Por un momento pienso que va a volver a chocarme los cinco, pero se mete las manos en los bolsillos.

—Bonito nombre.

—Me alegro de que le des el visto bueno —replico con sarcasmo.

En vez de contestar, se me queda mirando con el ceño levemente fruncido, como si estuviera intentando recordar o averiguar algo. Al cabo de unos segundos, no lo puedo soportar más.

—¿Por qué me miras así?

Él se sonroja, y ahora soy yo la que se queda mirándolo fijamente. Se me pasa por la cabeza que sería divertido tomarle el pelo para sacarle los colores. Y sé que podría hacerlo fácilmente. Me detengo en su cara angulosa. Es guapo, con una belleza clásica como de galán de peli antigua. Con esa cara y ese traje, resulta fácil imaginarlo en blanco y negro, intercambiando comentarios

ingeniosos con su *partenaire* en una comedia romántica de Hollywood. Sus ojos son profundos, de un tono castaño claro. Por alguna razón, me fijo en que sonrío con frecuencia. Su pelo, espeso y muy negro, está recogido en una coleta.

Hecho Constatable: la coleta le da el empujoncito que necesita para pasar de la categoría de guapo a la de más-o-menos-*sexy*.

—Ahora eres tú la que me mira a mí —dice, y, cómo no, me pongo colorada yo también.

Carraspeo.

—¿Por qué vas tan elegante? —le pregunto.

—Tengo una reunión dentro de un rato. ¿Quieres ir a comer algo?

—¿Para qué?

—Para entrar en Yale. Es un trámite, una entrevista con un antiguo alumno. Solicité admisión temprana.

Niego con la cabeza.

—No me refiero a eso, sino a por qué quieres ir a comer algo.

—Porque... ¿porque tengo hambre? —contesta, como si no estuviera seguro de que esa sea la respuesta correcta.

—Ya... Pues es que yo no.

—¿Un café, entonces? ¿Té, un refresco, agua mineral?

No, claramente, no se va a dar por vencido.

—¿Por qué? —pregunto.

Se encoge de hombros, pero en su mirada no hay rastro de duda.

—¿Por qué no? —replica—. Además, acabo de salvarte, ¿no? Así que, ahora mismo, me debes la vida.

—Créeme, no te gustaría que te diera mi vida.



## daniel

LOS DOS ECHAMOS A ANDAR hacia la Novena Avenida. Recorremos dos manzanas en las que hay al menos tres sitios para tomar café. Dos de ellos son de una franquicia especializada en todo tipo de bollos (pero hemos quedado en que no queríamos comer). Elijo el tercero, un local que no es de ninguna cadena (porque los que vivimos de negocios familiares tenemos que apoyarnos mutuamente, ¿no?).

Se trata de una cafetería forrada de madera oscura, con muebles macizos y un aroma a café y serrín de lo más adecuado. Sus dueños parecen tomarse muy en serio la naturaleza de su local, porque las paredes están llenas de cuadros que retratan granos de café. Hasta ahora no era consciente de que existiera un género pictórico así. Tampoco me había planteado nunca lo melancólico que puede resultar un grano de café en soledad.

Apenas hay clientes, y los tres camareros que aguardan detrás de la barra parecen bastante aburridos. Intento alegrarles la vida pidiendo un café complicadísimo con espuma, tres tipos de leche, caramelo y sirope de vainilla.

Cuando acabo de explicarlo, parecen igual de aburridos.

Natasha pide un café solo sin azúcar, lo que creo que da bastantes pistas sobre su personalidad. Por un momento, pienso en hacer un chiste sobre lo oscuro que es su café, pero enseguida me doy cuenta de que podría tomarlo por una broma racista, lo que sería un comienzo Extremadamente Desastroso para nuestra relación (en una escala compuesta por Desastroso, Medio Desastroso, Bastante Desastroso, Muy Desastroso y Extremadamente Desastroso).

Natasha se empeña en pagar, diciendo que es lo mínimo que puede hacer. Mi café asciende a seis dólares con treinta y ocho centavos, y le comunico que el precio de salvar una vida asciende al menos a dos cafés complicados como este. Pero ni siquiera sonrío. Elijo una mesa del fondo, lo más lejos posible de los camareros catatónicos, y en cuanto nos sentamos, ella saca el móvil para mirar la hora. A pesar de las grietas en la pantalla, parece que no se ha estropeado. Natasha frota el cristal con el pulgar y suelta un suspiro.

—¿Tienes que ir a algún lado? —le pregunto.

—Sí —responde mientras apaga el teléfono.

Me quedo esperando a que se explique. No parece dispuesta a hacerlo. Me mira como si me

desafiara a indagar más, pero yo ya he cubierto mi cuota de osadías para hoy (1 = seguir a chica sin nombre; 2 = discutir con el exnovio de la chica sin nombre; 3 = salvarle la vida a la chica sin nombre; 4 = invitar a la chica sin nombre a tomar algo).

Durante treinta y tres segundos reina en la mesa un silencio nada cómodo. Yo me siento ultraconsciente de mí mismo, como pasa siempre que estás con alguien a quien apenas conoces y a quien quieres caer bien.

Veo todos mis gestos a través de sus ojos. ¿Pareceré un cretino por gesticular así con las manos? ¿Moveré demasiado las cejas? Esto que estoy haciendo, ¿es una media sonrisa *sexy*, o más bien parece que me va a dar un cólico?

Estoy tan nervioso que exagero sin querer todos mis movimientos. SOPLO sobre el café, lo REMUEVO y BEBO un sorbo, como un actor haciendo el papel de un adolescente real que se bebe un café de verdad.

Vuelvo a soplar sobre el café, con tanta fuerza que sale despedido un copo de espuma. Elegante, sí señor. Si yo no fuera yo, saldría conmigo sin dudarlo (en realidad, no). Aunque ella podría (solo podría) haber sonreído levemente al ver cómo la espuma sale disparada...

—¿Aún no te arrepientes de haberme salvado la vida? —me pregunta.

Doy un sorbo demasiado largo y me abraso la lengua y el esófago. La madre que... ¿Será esto una señal de que debo rendirme? Desde luego, no estoy hecho para impresionar a esta chica.

—¿Es que debería arrepentirme?

—Bueno, no te estoy tratando especialmente bien.

Decido ser tan directo como ella.

—Es cierto. Pero como no tengo una máquina del tiempo, ya no puedo echarme atrás — respondo con cara de póquer.

—¿Lo harías? —replica ella frunciendo el ceño.

—Pues claro que no —respondo.

¿De verdad creerá que puedo ser tan despreciable?

Me dice que tiene que ir al servicio y se levanta. No quiero quedarme ahí como un pasmarote, así que saco la libreta para enredar un poco más con mi nuevo poema. Aún estoy escribiendo cuando ella vuelve.

—Vaya por Dios... —gime mientras se sienta.

—¿Qué ocurre?

—No me digas que escribes poesía —responde ella señalando la libreta.

Aunque sus ojos sonrían, me apresuro a cerrarla y la guardo en el bolsillo de la americana.

Se me ocurre que tal vez esto no haya sido una buena idea... ¿En qué narices estaría yo pensando con todas esas tonterías del *déjà vu* invertido? En el fondo, lo que quiero es retrasar mi futuro.

Al final, me casaré con una chica estupenda de ascendencia coreana, como quieren mis padres.

A diferencia de Charles, yo no tengo nada en contra de las chicas coreanas. Según él, no son su tipo. A mí me trae al fresco eso de tener un tipo. Mi tipo son las chicas. Todas. ¿Por qué voy a limitar mis perspectivas de ligue?

Seré un médico excelente, un virtuoso de las visitas a domicilio.

Seré perfectamente feliz.

Sin embargo, algo en Natasha me hace sentir como si mi vida pudiera ser extraordinaria.

Aunque, la verdad, lo mejor sería que me mandara al cuerno y que cada uno siguiera su camino.

Por más vueltas que le dé, sé que mis padres (mi padre, sobre todo) se tomarían muy mal que yo saliera con una chica negra.

Aun así, decido intentarlo por última vez:

—Si tuvieras una máquina del tiempo, ¿qué harías con ella?

Por primera vez desde que nos sentamos, Natasha no parece irritada ni aburrida. Arruga el ceño y se inclina hacia delante.

—¿Podría viajar al pasado?

—Pues claro. Para eso es una máquina del tiempo.

Ella me dirige una larga mirada que parece decir: «Hay tantas cosas que no sabes...».

—El concepto del viaje al pasado presenta muchísimas dificultades.

—Bueno, imagina que las hemos resuelto todas. ¿Qué harías?

Ella deja la taza en el platillo y se cruza de brazos. Le brillan los ojos.

—Pasamos de la paradoja del abuelo, ¿no? —dice.

—Por supuesto —contesto poniendo cara de que sé de lo que me está hablando.

No cuela.

—¿Nunca has oído hablar de la paradoja del abuelo? —pregunta.

Su tono es tan incrédulo como si mi ignorancia se debiera a un tema de lo más básico (la reproducción humana, por ejemplo). ¿Será una friki de la ciencia ficción?

—Pueeeees... no.

—Vale. A ver, pongamos por caso que tu abuelo materno es malvado.

—Está muerto. Solo estuve con él una vez, cuando fuimos de vacaciones a Corea. Parecía simpático, la verdad.

—¿Eres coreano?

—Mis padres lo son. Yo nací aquí.

—Yo soy jamaicana. Nací allí.

—Pues no tienes nada de acento.

—Es que llevo bastante tiempo aquí —replica agarrando la taza con fuerza.

—¿Y la paradoja? —pregunto rápidamente para evitar que vuelva su mal humor de antes.

—Ah, sí. Imagina que tu abuelo materno estuviera vivo y que fuera un tipo despreciable.

—De acuerdo: vivo, tipo despreciable —repito asintiendo con la cabeza.

—Pero tan perverso que tú inventas una máquina del tiempo para viajar al pasado y cargártelo. Ahora bien, pongamos que te lo cargas antes de que conozca a tu abuela. Si eso ocurriera, tu madre no llegaría a nacer, tú no existirías y tampoco podrías viajar al pasado para matar a tu abuelo. Sin embargo, si te lo cargases después de que conociera a tu abuela, sí que existirías y podrías inventar una máquina del tiempo con la que viajar al pasado para matarle. Y entonces se crearía un bucle infinito.

—Ah. Vale, sí: pasamos de la paradoja del abuelo —decido.

—Entonces, tampoco vamos a tener en cuenta la conjetura de consistencia de Nóvikov, ¿verdad?

Si antes ya me parecía atractiva, ahora me lo parece todavía más. Su expresión se ha animado, su pelo se agita al compás de la cabeza, los ojos le chispean. Gesticula sin parar mientras habla

de investigadores del MIT y de la deformación del principio de probabilidad para evitar las paradojas.

—De modo que —prosigue— jamás podrías matar a tu abuelo porque algo lo impediría: la pistola se encasquillaría o tendrías un infarto o...

—... o una chica jamaicana entraría en la habitación donde estamos y me dejaría fuera de combate.

—Eso es. Ocurriría algo extraño e improbable para que lo imposible no pudiera ocurrir.

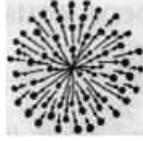
—Ajá —respondo.

—¿Solo «ajá»? ¿No tienes nada más que añadir? —me pregunta con una sonrisa.

La verdad es que me gustaría añadir muchas más cosas, pero no se me ocurre nada ingenioso o inteligente. Bastante tengo con pensar y mirarla al mismo tiempo.

En japonés existe una expresión: *koi no yokan*. No significa exactamente «amor a primera vista», sino más bien «amor a segunda vista». Es lo que sientes cuando conoces a una persona de la que te vas a enamorar. Puede que no te enamores del tirón, pero de algún modo, sabes que es inevitable.

Creo que eso es justamente lo que estoy sintiendo ahora mismo. El único (y quizá insuperable) problema es que Natasha no está sintiendo lo mismo ni de lejos.



## natasha

NO LE HE DICHO TODA LA VERDAD a Corbata Roja sobre lo que haría con una máquina del tiempo, si tuviera una. Lo que haría es retroceder al pasado y hacer que el mejor día de la vida de mi padre jamás hubiera existido. Sé que suena egoísta, pero sería la única forma de no arruinar mi futuro.

Así que, en vez de decirle la verdad, le hablo de los fundamentos científicos de viajar en el tiempo. Para cuando acabo, me mira con cara de adoración. La verdad, me sorprende que nunca haya oído hablar de la paradoja del abuelo ni de la conjetura de consistencia de Nóvikov. Me temo que supuse que sería un cerebritito solo por ser de origen asiático (lo que me da bastante vergüenza, porque odio que la gente dé por supuestas cosas sobre mí, como que me gusta el rap o que se me dan bien los deportes. Por cierto: de estas dos cosas, solo una es verdad).

Pasando por alto el pequeño detalle de que me van a deportar hoy, lo cierto es que no soy la chica adecuada de la que enamorarse. Para empezar, no me gustan las cosas temporales ni los fenómenos que no se pueden probar científicamente, y el amor romántico reúne las dos características.

Pero hay otra cosa, algo secreto que no le he contado a nadie: no estoy segura de ser capaz de amar. Ni siquiera de forma temporal. Cuando estaba con Rob, nunca me sentí como dicen las canciones que hay que sentirse. No me sentía embelesada, no le necesitaba como se necesita respirar. Me gustaba mucho, sí. Me gustaba mirarle. Me gustaba besarle. Pero siempre fui consciente de que podía vivir sin él.

—Corbata Roja... —le digo.

—Daniel —me recuerda él.

—No te enamores de mí, Daniel.

Se atraganta y escupe un poco de café (en serio).

—¿Quién dice que voy a hacerlo?

—La libreta negra en la que estabas escribiendo antes. Y también tu cara. Tienes una expresión transparente, en plan soy-incapaz-de-ocultar-mis-sentimientos.

Vuelve a sonrojarse, porque ponerse colorado constituye la esencia de su ser.

—¿Y por qué no tengo que enamorarme de ti?

—Porque yo no te voy a corresponder.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no creo en el amor.

—No es cuestión de creer —replica—. El amor existe tanto si crees en él como si no.

—¿Ah, sí? ¿Puedes probarlo?

—Lo prueban las canciones y los poemas de amor, la institución del matrimonio...

—Venga ya... Eso no son más que palabras. ¿Puedes aplicar el método científico al amor? ¿Puedes observarlo, medirlo, experimentar con él y repetir los experimentos? Claro que no puedes. ¿Puedes diseccionarlo, teñirlo y estudiarlo con un microscopio? Claro que no puedes. ¿Puedes cultivarlo en una placa de Petri o describir su secuencia genética?

—Claro que no puedes —responde imitándome, y luego suelta una carcajada.

A mí se me escapa también la risa. Es cierto: a veces me tomo todo demasiado en serio.

Daniel llena su cucharilla de espuma de leche y se la lleva a la boca.

—Aunque solo sean palabras, no puedes negar que quienes las escribieron sentían algo —dice, y yo asiento con la cabeza.

—Exacto: sentían algo... que era temporal y no se podía medir. La gente quiere creer en esas cosas. Si no lo hicieran, tendrían que admitir que la vida es solo una sucesión aleatoria de cosas buenas y malas que te pasan hasta que, un buen día, vas y te mueres.

—¿Y no te molesta creer que la vida carece de significado?

—No tengo elección; así es la vida.

Otra cucharada de espuma y otra carcajada.

—Entonces, para ti no hay nada escrito, no existe el destino ni hay cosas que vayan a ocurrirte te guste o no.

—¿Acaso me ves cara de crédula? —replico con una sonrisa, y de pronto soy consciente de que me lo estoy pasando mejor de lo que debería.

Él se afloja la corbata y se recuesta en la silla. Un mechón de pelo se le escapa de la coleta, y observo cómo se lo mete tras la oreja. En vez de echarle para atrás, mi nihilismo parece ponerle de buen humor. En este momento, se le ve hasta contento.

—No creo haber conocido jamás a nadie con una visión del mundo tan encantadoramente errónea —dice, como si yo fuera un espécimen al que estudiar.

—¿Y eso te atrae?

—Me interesa.

Miro alrededor. El local se ha ido llenando sin que me diera cuenta. Delante de la barra, una fila de gente espera a que les sirvan sus pedidos. En los altavoces suena *Yellow Ledbetter*, de Pearl Jam, otro de mis grupos *grunge* favoritos. No lo puedo evitar: tengo que cerrar los ojos para escuchar a Eddie Vedder murmurar-cantar el estribillo.

Cuando vuelvo a abrirlos, Daniel me está mirando.

—¿Qué harías si yo te dijera que puedo hacer que te enamores de mí científicamente? —me espeta, inclinándose hacia delante para posar las patas delanteras de su silla en el suelo.

—Me reiría en tu cara durante un buen rato —respondo.



# multiversos

## *Una historia cuántica*

UNA POSIBLE SOLUCIÓN para la paradoja del abuelo es la teoría de los multiversos que planteó Hugh Everett. Según esta propuesta, todas las versiones de nuestro pasado y nuestro futuro existen en un universo alternativo.

Por cada suceso que ocurre en el nivel cuántico, el universo se divide. Así pues, cada vez que nos enfrentamos a una opción, existe un número infinito de universos en los que tomamos una decisión diferente.

Esta teoría borra de un plumazo la paradoja del abuelo, ya que establece la existencia de universos separados en los que pueden coexistir distintas cadenas de acontecimientos.

De esta forma, podemos vivir innumerables vidas.

Según esta teoría, habría un universo en el que Samuel Kingsley no haría descarrilar la vida de su hija. Otro universo en el que la descarrilaría, pero ella sería capaz de volver a encarrilarla. Y otro en el que él la descarrilaría y ella no podría hacer nada por evitarlo.

Natasha no está muy segura de cuál es el universo en el que vive.



daniel

*Chico del barrio usa la ciencia para tratar de enamorar a una chica.*

Cuando dije lo de enamorarse científicamente, no iba de farol. Hace algún tiempo, leí un artículo sobre ello en el *New York Times*.

Se trata de un experimento en el que los investigadores metieron a dos personas en una sala de laboratorio y les pidieron que se hicieran un montón de preguntas íntimas. Además, les hicieron mirarse a los ojos durante cuatro minutos sin decir nada.

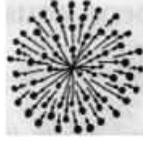
No creo que logre convencerla de lo de los cuatro minutos ahora mismo... Y, por otra parte, he de confesar que no me tomé muy en serio el artículo cuando lo leí. ¿Cómo va a hacer un científico que dos personas se enamoren? El amor es algo mucho más complejo. No puede surgir sin más, solo con que dos personas se pregunten un montón de cosas la una a la otra. La luna y las estrellas tienen que intervenir en algún momento, estoy seguro.

En fin, a lo que iba.

Según el artículo, a consecuencia del experimento, las dos personas se enamoraron y llegaron a casarse. Lo que no sé es si la cosa duró mucho o no (en realidad, prefiero no saberlo, porque si el matrimonio fue un éxito, significaría que el amor no es tan misterioso como yo me pensaba y sí que puede cultivarse en una placa de Petri; pero si el matrimonio fracasó, entonces el amor sería tan transitorio como piensa Natasha).

Saco el teléfono y busco información sobre el experimento. Descubro que consta de treinta y seis preguntas. La mayor parte son bobadas, pero hay alguna que no está mal. Y lo de mirarse a los ojos me gusta.

De vez en cuando, está bien eso de la ciencia.



## natasha

DANIEL ME CUENTA UNA HISTORIA sobre un experimento científico diseñado para producir amor. No me creo nada y se lo digo tal cual. La cosa me intriga de todos modos, pero eso no se lo digo.

—¿Cuáles son los cinco ingredientes necesarios para enamorarse? —me pregunta.

—No creo en el amor, ¿recuerdas?

Agarro la cucharilla y revuelvo mi café, aunque no hay leche ni azúcar que mezclar.

—Entonces, ¿de qué hablan las canciones de amor?

—Fácil —respondo—. De la lascivia.

—¿Y por qué se casa la gente?

—Bueno, al final el deseo se agota y hay que criar a los hijos, pagar las facturas... En cierto punto, el matrimonio se convierte en una amistad regida por intereses comunes, en beneficio de la sociedad y de las generaciones futuras.

La canción se acaba justo cuando termino de hablar. Por un momento, solo se oye el tintineo de los vasos y el siseo de las cafeteras.

—Ajá —responde con aire pensativo.

—Dices mucho «ajá», ¿no?

—Lo que quiero decir es que no podría estar más en desacuerdo contigo —explica, y luego deshace su coleta para volverla a hacer más apretada, sin dejar que el pelo le caiga en la cara.

Hecho Constatable: me encantaría verle con el pelo suelto.

Cuanto más hablo con él, más guapo se pone. Me gusta incluso lo ingenuo que parece, a pesar de que la ingenuidad suele ponerme de los nervios. Debe de ser esa coleta, que me confunde. «No es más que pelo», me recuerdo a mí misma. «Su función consiste en proteger la cabeza del frío y de los rayos ultravioleta. No hay nada inherentemente *sexy* en una melena».

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —pregunta.

—De ciencia —respondo yo.

—De amor —dice él al mismo tiempo.

Los dos nos echamos a reír.

—¿Y los cinco ingredientes? —insiste.

—Intereses compartidos y compatibilidad socioeconómica.

—¿Pero tú tienes alma?

—El alma no existe —replico del tirón.

Él suelta una carcajada, como si yo acabara de contar un chiste.

—Bueno —dice al darse cuenta de que no era una broma—, mis ingredientes son estos: amistad, intimidad, compatibilidad moral, atracción física y el factor X.

—¿Qué es eso del factor X?

—Tranquila. Tú y yo ya lo tenemos.

—Ah, me alegra saberlo —respondo sin poder contener la risa—. Aun así, no pienso enamorarme de ti.

—Dame un día —replica con seriedad repentina.

—No te lo tomes como un reto, Daniel.

Sus ojos de color caramelo se clavan en mí. Está esperando una respuesta.

—Te doy una hora —concedo al fin.

—¿Una hora? —repite frunciendo el ceño—. Y luego, ¿qué? ¿Te conviertes en calabaza?

—Luego tengo una reunión, y después me tengo que ir a casa.

—¿De qué es la reunión?

Miro alrededor sin contestarle. Uno de los camareros recita un pedido. Un cliente se ríe, otro se tropieza. Vuelvo a remover mi café a pesar de que no le hace ninguna falta.

—No te lo voy a decir.

—Vale —contesta sin amilanarse.

Ha decidido qué es lo que quiere, y lo que quiere soy yo. Me da la impresión de que sabe ser contante y paciente, y casi le admiro por ello. Pero él no sabe lo que yo sé. Mañana estaré instalada en otro país. Mañana ya no estaré aquí.



## daniel

LE ENSEÑO MI TELÉFONO y los dos debatimos qué preguntas elegir. Desde luego, no hay tiempo para las treinta y seis. Natasha pretende cargarse los cuatro minutos de mirarnos a los ojos, pero yo no estoy dispuesto a ceder. Lo de hacer ojitos es mi as en la manga. A todas mis ex (bueno, vale, a una de mis ex; bueno, sí, vale: solo tengo una ex, pues esa) les gustaban mis ojos. Grace (la ex citada anteriormente) decía siempre que le recordaban a dos piedras semipreciosas (a cuarzo ahumado, para ser exactos. Era aficionada a hacer bisutería). La primera vez que me lo dijo estábamos enrollándonos en su habitación, y paró a media sesión para enseñarme a qué se refería.

En fin, la cosa es que mis ojos parecen de cuarzo (ahumado) y a las chicas les ponen (al menos a una).

Las preguntas están distribuidas en tres categorías, cada una más personal que la anterior. Natasha pretende quedarse solo con las de la primera tanda, que son las menos íntimas, pero yo ejerzo mi derecho al veto.

De la categoría 1 (las menos personales) elegimos las siguientes:

- 1. Si pudieras elegir a cualquier persona del mundo, ¿a quién invitarías a cenar a tu casa?
- 2. ¿Te gustaría ser alguien famoso? ¿En qué ámbito?
- 3. ¿Tienes algún presentimiento sobre la forma en que morirás?

De la categoría 2 (intimidad media):

- 17. ¿Cuál es tu recuerdo máspreciado?
- 24. ¿Cómo es la relación con tu madre?

De la categoría 3 (muy personales):

- 25. Expresad cada uno tres afirmaciones ciertas sobre los dos. Por ejemplo: estamos los dos en esta sala sintiéndonos...
- 29. Revélale al otro algún momento muy embarazoso de tu vida.

- 34. Tu casa se incendia con todas tus pertenencias dentro. Tras poner a salvo a tus seres queridos y mascotas, aún tienes tiempo de entrar una vez más para salvar un objeto. ¿Cuál eliges? ¿Por qué?

Al final tenemos diez preguntas, porque Natasha se empeña en repetir la número 24, una vez para hablar de nuestra relación con nuestra madre y otra con nuestro padre.

—¿Por qué siempre son las madres las que tienen la culpa de que los hijos se echen a perder? Los padres se las apañan también de maravilla para hacernos polvo —afirma, con aire de haberlo experimentado en carne propia.

Mira la hora y se sobresalta.

—Me tengo que ir —dice, arrastrando la silla con brusquedad para ponerse en pie. La mesa se tambalea salpicando todo de café—. Mierda, mierda, mierda —masculla.

Parece extrañamente alterada. Me muero de ganas de preguntarle por esa reunión a la que debe ir y por su relación con su padre, pero sé que no es el mejor momento para hacerlo.

Me levanto, agarro un puñado de servilletas y limpio el café. Ella me dirige una mirada a caballo entre la gratitud y la exasperación.

—Vámonos —le digo.

—Sí... Gracias.

Observo cómo camina hacia la puerta, rodeando la fila de clientes ansiosos de cafeína. No debería mirar así sus piernas, pero es que me gustan mucho (son las terceras mejores piernas que he visto en mi vida). Tengo tantas ganas de mirarlas como de seguir hablando con Natasha (bueno, tengo un poquito más de ganas de tocarlas, pero me da en la nariz que ella no estaría de acuerdo).

Al salir, no sé si pretende darme esquinazo o si nos hemos metido en una competición de marcha atlética sin que yo me diera cuenta. El caso es que se cuele a toda velocidad entre una pareja que va algo más lenta que ella, y luego sale de la acera y bordea un largo andamio para no tener que esquivar a los demás peatones.

Tal vez debería rendirme. En realidad, no sé por qué no lo he hecho aún. Está claro que el universo pretende salvarme de mí mismo. Si buscase señales de que debemos separarnos, me juego lo que sea a que encontraría un montón.

—¿Adónde vamos? —le pregunto cuando se detiene frente a un paso de cebra.

Mi corte de pelo va a tener que esperar. En cualquier caso, estoy bastante seguro de que tener el pelo largo no es un impedimento para que te acepten en las universidades.

—Yo voy al centro porque tengo una reunión allí, y tú me estás siguiendo.

—Exacto —respondo pasando por alto su indirecta (por llamarla de algún modo).

Cruzamos la calzada y caminamos en silencio durante varios minutos. La mañana avanza tranquilamente. Muchas de las tiendas tienen las puertas abiertas. Hace demasiado frío aún para poner el aire acondicionado y demasiado calor para tenerlo todo cerrado. Mi padre habrá hecho lo mismo en nuestra tienda.

Pasamos frente a un escaparate iluminado por cientos de bombillas y atiborrado de cachivaches electrónicos. Todos y cada uno de ellos lucen una etiqueta roja donde pone ¡OFERTA! Hay cientos de tiendas como esta repartidas por toda la ciudad. Jamás he podido comprender cómo no quiebran.

—¿Quién narices comprará en estos sitios? —reflexiono en voz alta.

—Gente a la que le gusta buscar chollos —responde ella.

Media manzana más allá, pasamos junto a una tienda idéntica y los dos nos echamos a reír. Aprovecho el momento para sacar mi teléfono.

—Bueno, ¿estás lista para las preguntas?

—Madre mía, eres implacable —dice sin mirarme.

—Solo persistente —replico.

Ella aminora el paso y vuelve la cara para mirarme.

—¿De verdad crees que unas cuantas preguntas profundas y filosóficas van a hacer que nos enamoremos? —me suelta, haciendo comillas con los dedos (uf, cómo odio las comillas virtuales) al decir «profundas», «filosóficas» y «enamoremos».

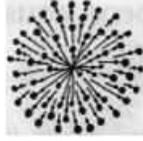
—Tómalo como un experimento —contesto—. ¿Qué era eso que dijiste antes sobre el método científico?

La pregunta hace que me gane una sonrisa.

—Que los científicos jamás deben experimentar consigo mismos.

—¿Ni siquiera por el bien de la humanidad, para avanzar en el conocimiento de nuestra propia naturaleza? —replico.

Y esta pregunta hace que me gane una carcajada.



## natasha

HE DE RECONOCER que usar la ciencia para ablandarme es una buena estrategia.

Cuatro Hechos Constatables. Uno: este chico es un payaso. Dos: es demasiado optimista. Tres: también es demasiado ingenuo. Cuatro: se le da muy bien hacerme reír.

—Veamos, la pregunta número uno es demasiado difícil —dice—. Empecemos mejor por la dos. ¿Te gustaría ser famosa? ¿Por qué?

—Tú primero.

—Yo sería un famoso poeta en jefe.

Tendría que haberlo supuesto. Hecho Constatable: este chico es un romántico sin remedio.

—Serías pobre como una rata —le digo.

—Pobre en dinero, rico en palabras —replica de inmediato.

—Como sigas así, voy a vomitar aquí mismo —digo en voz demasiado alta, y una mujer con traje de ejecutiva me oye y se aparta a toda prisa.

—Yo te limpiaría.

Su sinceridad es claramente excesiva.

—Bueno, ¿y qué se supone que hace un poeta en jefe? —le pregunto.

—Ofrece consejos sabios y poéticos. Yo sería la persona a la que acudirían los líderes mundiales cada vez que se enfrentaran a problemas filosóficos irresolubles.

—Y tú los resolverías escribiendo un poema, ¿no? —replico, sin hacer ningún esfuerzo por disimular mi escepticismo.

—O leyéndoles uno ya escrito —contesta, tan inmutablemente sincero como siempre.

Yo hago como que empiezo a vomitar.

Me empuja en broma con el hombro y, al ver que estoy a punto de perder el equilibrio, me apoya la mano en la espalda para sujetarme. Me gusta tanto su contacto que acelero un poco para evitarlo.

—Puedes ponerte todo lo cínica que quieras, pero más de una vida se ha salvado gracias a la poesía —me dice.

Le miro a los ojos para ver si está de broma. No, se lo cree de verdad. Resulta enternecedor. Un poco panoli, sí, pero sobre todo enternecedor.

—¿Y tú? ¿Por qué causa te gustaría ser famosa?

Ah, esta es fácil.

—Sería una dictadora benévola —respondo, y él suelta una carcajada.

—¿De algún país en particular?

—Del mundo entero —afirmo, y él suelta otra carcajada.

—Todos los dictadores creen que son benévolos, incluso los que gobiernan a golpe de machete.

—Ah, no. Estoy segura de que esos saben muy bien que son unos cabrones codiciosos y asesinos.

—¿Y tú no lo serías?

—Por supuesto que no. Yo sería un ejemplo de benevolencia. Decidiría lo que es mejor para todos y lo pondría en práctica.

—¿Y si lo que fuera mejor para unos no lo fuera para otros?

Me encojo de hombros.

—No se puede contentar a todo el mundo... Además, mi poeta en jefe consolaría a los perdedores con un buen poema.

—Ahí me has dado —responde con una sonrisa.

Saca de nuevo su móvil y va repasando las demás preguntas. Yo saco el mío para mirar la hora y, por un instante, me sorprendo al ver la grieta de la pantalla. Vaya día que llevo... De nuevo se me pasa por la cabeza la idea de los multiversos, y me pregunto en cuál de ellos estarán intactos mis cascos.

Hay un universo en el que me he quedado en casa haciendo las maletas, como me dijo mi madre. En él, mi teléfono y mis cascos están en perfecto estado, pero no he conocido a Daniel.

Hay otro universo en el que he ido al instituto y estoy sentada en clase de inglés, en vez de andar por la calle y estar a punto de ser atropellada. En este tampoco figura Daniel.

En otro de los universos no danielinos sí que he ido al Servicio de Inmigración, pero no he conocido a Daniel en la tienda de discos y, por lo tanto, no me he entretenido charlando con él. Y como he llegado al paso de cebra antes de que apareciera el BMW, nadie ha estado a punto de atropellarme. Y, por lo tanto, mi teléfono y mis cascos también están sanos y salvos.

Por supuesto, hay un número infinito de universos alternativos. Entre ellos, uno en el que he conocido a Daniel pero él no ha podido detenerme antes de cruzar, con lo que se ha roto algo más que mi teléfono y mis cascos.

Suelto un suspiro y compruebo cuánto me queda para llegar al despacho del abogado. Doce manzanas aún... Me pregunto cuánto costará arreglar la pantalla del móvil. Aunque puede que no merezca la pena arreglarlo. Si me voy a Jamaica, tal vez tenga que comprar uno nuevo.

Daniel interrumpe estos pensamientos, y lo cierto es que se lo agradezco. No quiero pensar en nada relacionado con nuestra posible deportación.

—Vale, vamos a la número tres —propone—. ¿Tienes algún presentimiento sobre la forma en que morirás?

—Según las estadísticas, la causa de muerte más común entre las mujeres afroamericanas de Estados Unidos es una afección coronaria, y la edad media de fallecimiento son setenta y ocho años.

Llegamos a otro paso de cebra, y Daniel me aparta con delicadeza del bordillo. Tanto su gesto

como mi respuesta me resultan familiares, como si ya nos hubiéramos acostumbrado a hacerlos. El pellizca la manga de mi cazadora a la altura del hombro y tira suavemente; yo retrocedo un poco, dejándome llevar por su gesto.

—De modo que el corazón es tu punto flaco, ¿eh? —comenta, y por un instante se me olvida que estábamos hablando de las probables causas de mi muerte.

—Eso parece —respondo tras acordarme—. ¿Y tú?

—Yo moriré asesinado. Ocurrirá en una gasolinera o una tienda de licores. Un tipo entrará y sacará una pistola para atracar el establecimiento. Entonces yo me haré el héroe, pero meteré la pata tirando con el codo una pirámide de latas, o algo así, y el atracador se pondrá histérico y convertirá lo que podría haber sido un robo normal y corriente en un baño de sangre. Lo emitirán en las noticias de las once.

—Entonces, morirás por ser un héroe incompetente.

—Bueno, por intentarlo —contesta, y los dos nos echamos a reír.

El semáforo se pone en verde y cruzamos la calle.

—Por aquí, hay que torcer a la derecha —le digo—. Vamos hacia la Octava Avenida.

El gira sobre sus talones y me mira con una sonrisa de oreja a oreja, como si acabáramos de emprender una gran aventura.

—Espera un momento —me pide mientras se quita la chaqueta.

Mirarle en ese momento me produce una absurda sensación de intimidad, así que me centro en dos señores muy mayores y muy gruñones que se pelean por un taxi a unos metros de nosotros. Hay al menos otros tres taxis libres en las cercanías.

Hecho Constatable: la gente no se comporta con lógica.

—¿Te cabe esto en la mochila? —me pregunta Daniel mientras me ofrece su chaqueta.

Sé que no me está sugiriendo que me la ponga, como si fuera su novia o algo así. Y, sin embargo, llevar su chaqueta me parece aún más íntimo que mirar cómo se la quita.

—¿Estás seguro? —replico—. Se te va a arrugar.

—Me da lo mismo —responde, conduciéndome a un lado de la acera para no dificultar el paso a los demás peatones.

De pronto, los dos estamos muy pegados. No recuerdo haberme fijado antes en sus hombros. ¿Eran tan anchos hace un segundo? Arranco la mirada de su pecho y la dirijo a su cara, pero eso no me ayuda en absoluto. Sus ojos son aún más claros y cálidos a la luz del sol. Resultan bastante bonitos, la verdad.

Me quito un tirante de la mochila y me la echo al hombro para que se interponga entre los dos.

Él retrocede un poco, dobla con cuidado la americana y la mete dentro.

Su camisa es de un blanco inmaculado. Así, sin la americana, el rojo de la corbata resalta aún más. Me pregunto qué aspecto tendrá con ropa de diario, y qué será ropa de diario para él. Vaqueros y camiseta, seguro, el uniforme de todos los chicos de este país.

¿Será también el uniforme de los chicos jamaicanos?

El humor se me estropea al pensarlo. No quiero empezar desde cero otra vez. Ya me costó bastante venir a Estados Unidos como para marcharme ahora. No quiero tener que aprender los rituales y costumbres de un instituto nuevo, hacer nuevos amigos, buscar nueva pandilla, averiguar un nuevo código de vestimenta, buscar nuevos sitios por los que salir...

Esquivo a Daniel y echo a andar.

—La causa más frecuente de muerte entre los varones de origen asiático-americano es el cáncer —comento.

Él frunce el ceño y apura el paso para ponerse a mi altura.

—¿En serio? Vaya. ¿De qué tipo? —pregunta.

—No lo sé.

—Pues deberíamos averiguarlo.

Habla en primera persona del plural, como si hubiera un «nosotros». Como si tuviéramos en perspectiva un futuro común en el que la causa de muerte de cada uno de los dos fuera a importarle al otro.

—¿De verdad crees que morirás de una enfermedad cardíaca? —me insiste—. ¿No te imaginas algo más emocionante?

—¿Emocionante para qué? Morirse es morirse.

Él se me queda mirando sin decir nada. Parece esperar una respuesta.

—Bueno, vale —cedo—. No me puedo creer que vaya a contarte esto... Aunque nunca se lo he dicho a nadie, creo que moriré ahogada.

—¿Cómo? ¿En el océano, mientras salvas a alguien?

—En el lado profundo de la piscina de un hotel.

Daniel se para en seco y vuelve a conducirme a un lado de la acera. Jamás he visto un peatón más considerado con sus semejantes. La mayor parte de la gente se detiene en mitad de la acera cuando le da la gana.

—Espera, espera —dice—. ¿Es que no sabes nadar?

Noto que la cabeza se me hunde en el cuello de la cazadora, como la de una tortuga.

—No —confieso.

Sus ojos recorren mi cara. Aunque su expresión es seria, sé que por dentro se está riendo.

—¿Pero si eres jamaicana! ¡Creciste en un país rodeado de agua por todas partes!

—Seré todo lo isleña que quieras, pero no sé nadar.

Se le nota a kilómetros que se está aguantando las ganas de tomarme el pelo.

—Yo te enseñaré —dice.

—¿Cuándo?

—Algún día, pronto. Cuando vivías aún en Jamaica, ¿sabías nadar?

—Sí. Pero luego nos vinimos aquí, y en vez de mar había piscinas. Odio el cloro.

—Ahora hay piscinas de agua salada.

—Demasiado tarde... Me parece que ya he perdido el tren.

Daniel se pone serio de repente.

—¿Y adónde se dirige ese tren? ¿A la estación de «chica nacida en una isla, es decir, un trozo de tierra rodeado de agua, no sabe nadar»? Porque no se me ocurre un nombre más adecuado.

Me echo a reír y le doy un puñetazo amistoso en el hombro. Él me agarra la mano y me estrecha los dedos. Intento reprimir el deseo de que pueda cumplir su promesa de enseñarme a nadar.



## daniel

ME SIENTO COMO UN ESTUDIOSO que está recopilando información para escribir el *Libro de Natasha*. Esto es lo que he averiguado hasta ahora: es una loca de las ciencias; es muy posible que sea más inteligente que yo; sus dedos son un poco más largos que los míos y encajan a la perfección en mi mano; le gusta la música tristona y algo depresiva; está preocupada por algo que tiene que ver con su misteriosa reunión.

—¿Por qué dices que llevas traje? —me pregunta.

Suelto un gemido largo y sincero.

—Mejor hablamos de Dios, ¿vale?

—Eh, que yo también puedo hacer preguntas.

Nos ponemos en fila para pasar por debajo de otro andamio (en cualquier momento dado, aproximadamente un 99% de Manhattan está en obras).

—He solicitado matricularme en Yale por el proceso de admisión temprana —explico—. Tengo una reunión con un exalumno dentro de un rato. Él tiene que dar el visto bueno para que me admitan.

—¿Estás nervioso? —me pregunta, caminando de nuevo a mi lado.

—Lo estaría si me importara una mierda ir a Yale.

—¿Y solo te importa media mierda?

—Un cuarto, más bien —digo con una carcajada.

—Entonces, ¿por qué te quieres matricular? ¿Por tus padres?

De pronto, un grito nos sobresalta. Miramos a nuestro alrededor, pero no es más que un taxista echándole la bronca a otro.

—Mis padres son inmigrantes coreanos de primera generación —digo.

Ella aminora el paso y me mira a los ojos.

—No sé qué me quieres decir con eso —replica, y yo me encojo de hombros.

—Quiero decir que no importa lo que yo quiera o deje de querer. Tengo que ir a Yale. Tengo que estudiar Medicina.

—¿Y no quieres hacerlo?

—No sé lo que quiero.

A juzgar por la cara que pone, no podría haberle ofrecido una respuesta peor que esa. Mira al frente y acelera la marcha.

—Bueno, pues entonces te dará igual estudiar Medicina.

—¿Por qué te has enfadado? —digo, acelerando una vez más para alcanzarla.

Ella hace un gesto de hastío.

—Tranquilo. Al fin y al cabo, es tu vida.

Me siento como si estuviera a punto de suspender un examen.

—Y tú, ¿a qué quieres dedicarte en la vida? —le pregunto.

—Quiero ser analista de datos —responde sin dudar ni por un instante.

Abro la boca para preguntar qué narices es eso, pero antes de que pueda hacerlo, ella me ofrece un discurso obviamente preparado. Deduzco que no soy el primero que le pregunta qué narices es eso.

—Los analistas de datos —explica— reúnen y sistematizan grupos de datos relacionados, separan los relevantes de los irrelevantes, detectan patrones estables, sacan conclusiones y hacen recomendaciones basadas en sus conclusiones.

—¿Tiene algo que ver con los ordenadores?

—Claro que sí. En el mundo hay una cantidad ingente de datos.

—Qué vocación más práctica. ¿Siempre has sabido que ese era tu destino? —pregunto, ocultando a duras penas la envidia que me da.

Natasha se detiene otra vez. A este paso, jamás llegaremos a su reunión.

—Mira, esto no tiene nada que ver con el destino. Yo he elegido esa profesión, no me ha elegido ella a mí. No estoy predestinada a convertirme en analista de datos. En la biblioteca de mi instituto hay una sección de libros sobre distintas carreras. Investigué lo que decían y elegí. No es el destino ni nada que se le parezca. Lo único que hice fue investigar.

—Entonces, ¿no te apasiona?

Se encoge de hombros y echa a andar.

—Encaja conmigo.

—¿Y no quieres trabajar en algo que te emocione?

—¿Para qué? —replica, como si de verdad no entendiera las ventajas de emocionarte con algo.

—La vida es demasiado larga para pasártela entera haciendo algo que no te importa —insisto, mientras rodeamos un carrito que vende pretzels y perritos calientes y que inunda el aire de olor a mostaza y chucrut (el aroma del paraíso, como todo el mundo sabe).

Natasha arruga la nariz.

—Se hace aún más larga si te pasas la vida persiguiendo sueños que jamás podrán hacerse realidad.

—Un momento —protesto, apoyando la mano en su brazo para que frene un poco—. ¿Quién dice que no pueden hacerse realidad?

—Por favor... —murmura ella mirándome de reojo—. ¿Sabes cuántas personas sueñan con dedicarse al cine, a la literatura o a la música? Millones. El 99% no lo conseguirán. El 0,9% restante se ganará la vida a duras penas con ello. Y solo tendrá éxito el 0,1%. El resto echará a perder su vida tratando de ser uno de ellos.

—No serás mi padre disfrazado de chica, ¿verdad? —le pregunto.

—¿Acaso parezco un señor coreano?

—Sí, pero sin acento.

—¿Pues sabes qué? Lo único que quiere tu padre es protegerte. Cuando seas un médico feliz y forrado, le darás las gracias por no haber dejado que te conviertas en un artista muerto de hambre que odia lo que hace para ganarse la vida y se pasa el día soñando despierto con triunfar.

Me pregunto si esta chica se dará cuenta de lo mucho que se emociona cuando defiende que no hay que trabajar en algo que te emocione. Natasha se da la vuelta y me mira con los ojos entornados.

—Por favor, dime que no vas en serio con eso de ser poeta.

—¡Dios me libre! —exclamo en plan dramático.

Pasamos junto a un hombre que pide dinero con un cartel que dice: AYÚDENME, POR FAVOR. ESTOY EN HORAS BAJAS. Un taxista pita largo y tendido a otro taxi, cuyo conductor también parece llevar prisa.

—¿De verdad crees que tenemos que saber lo que queremos hacer durante el resto de nuestra vida a la madura edad de diecisiete años?

—¿Acaso no quieres saberlo? —replica.

Está claro: a esta chica no le gusta la incertidumbre.

—Bueno, más o menos. La verdad es que me gustaría vivir diez vidas al mismo tiempo.

Ella vuelve a desechar mi comentario con un gesto despectivo.

—Lo que te pasa es que no quieres elegir.

—¡No es eso! —protesto—. No quiero quedarme atascado en algo que no significa nada para mí. Estoy a punto de empezar una trayectoria que ya conozco: ir a Yale, entrar en la facultad de Medicina, ser médico residente, casarme, tener hijos, jubilarme, ir al asilo, morirme, yacer en el cementerio, fin.

No sé si será por lo importante que es el día de hoy o por el hecho de haberla conocido, pero en este momento me parece crucial expresar exactamente lo que siento.

—El cerebro humano es algo maravilloso y potente —digo—. Podemos inventar máquinas que vuelan. ¡Qué vuelan! Y escribimos poesía. Tal vez no te guste la poesía, pero si hablamos de belleza, es difícil negársela a palabras como: «¿A un día de verano habré de compararte? Eres tú más bella y más templada». Somos capaces de construir vidas magníficas, historias magníficas. ¿Por qué conformarnos con menos? ¿Por qué limitarnos a lo práctico, a lo cotidiano? Hemos nacido para soñar y para convertir en realidad aquello con lo que soñamos.

La parrafada me sale algo más pasional de lo que pretendía, pero siento de verdad todas y cada una de las cosas que acabo de decir.

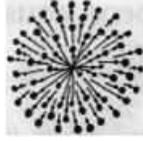
Nuestros ojos se encuentran. Entre nosotros hay algo que no estaba ahí hace tan solo un minuto.

Espero a que me responda algo cortante, pero no lo hace.

El universo se detiene y nos espera.

Natasha abre la mano y la acerca a la mía como si fuera a agarrarla. Va a hacerlo: estamos hechos para caminar por el mundo de la mano. Lo veo en sus ojos. Estábamos predestinados a encontrarnos y nos hemos encontrado. Lo sé con una certeza que no siento acerca de nada más en este mundo.

Pero ella deja caer la mano y sigue andando.



## natasha

ESTAMOS COMPARTIENDO ALGO que yo no quería compartir.

Cuando dicen que el corazón quiere lo que quiere, se refieren al corazón poético, al corazón de las canciones de amor y los soliloquios, al que puede romperse como si estuviera hecho de cristal.

No hablan del corazón de verdad, el que solo necesita comida sana y ejercicio aeróbico.

Pero no se puede confiar en el corazón poético, porque es caprichoso y traicionero. Te susurra que para vivir solo hacen falta amor y sueños. No dice nada de la comida, del agua, del alquiler, del dinero. Te dice que esa persona, la que tienes justo delante, la que te ha llamado la atención por lo que sea, es la Única. Y lo es. Es el Único o la Única... en este momento, hasta que su corazón se fije en otra persona o en otra cosa.

Al corazón poético no se le puede pedir que tome decisiones duraderas.

Sé todas estas cosas. Las sé del mismo modo en que sé que Polaris, la Estrella Polar, no es la más brillante del firmamento, sino la quincuagésima.

Y, sin embargo, aquí estoy con Daniel, en mitad de la acera, en la mañana del día que, con toda certeza, será mi última jornada en Estados Unidos. Mi caprichoso, poco práctico e inconsecuente corazón quiere a Daniel. Le da lo mismo que sea demasiado ingenuo, que no sepa lo que quiere o que albergue el sueño secreto de ser poeta, una profesión que solo lleva a la tristeza y la miseria.

Sé que no existe la predestinación y, sin embargo, aquí estoy, preguntándome si estaré equivocada.

Cierro mi mano, que quiere tocarle, y sigo andando.



# amor

## *Una historia química*

SEGÚN LOS CIENTÍFICOS, en el amor hay tres fases: deseo, atracción y apego. Y, al parecer, cada una de esas fases está regulada por sustancias químicas (neurotransmisores) que afectan a nuestro cerebro.

Como era de esperar, el deseo depende de la testosterona y los estrógenos.

En la segunda etapa, la atracción, intervienen la dopamina y la serotonina. Por ejemplo, cuando los dos miembros de una pareja afirman que se sienten indescriptiblemente felices al estar juntos, no cabe duda de que la dopamina está haciendo su trabajo.

Algunas sustancias adictivas, como la cocaína, por ejemplo, producen una euforia similar. De hecho, algunos científicos que han comparado los cerebros de parejas recién formadas con los de varios cocainómanos afirman que las diferencias son difíciles de apreciar.

La segunda sustancia que regula la fase de atracción es la serotonina. Cuando los miembros de una pareja dicen que no pueden dejar de pensar el uno en el otro, resulta que su nivel de serotonina ha bajado. El nivel de serotonina de los enamorados es similar al de las personas que sufren un trastorno obsesivo compulsivo. Si no pueden dejar de pensar en el otro es porque se encuentran literalmente obsesionados.

La oxitocina y la vasopresina controlan la tercera fase, la del apego y el compromiso a largo plazo. La oxitocina se libera durante el orgasmo y hace que la persona se sienta más cercana a aquella con la que ha hecho el amor. También se produce durante el parto para fomentar el vínculo entre la madre y el bebé. En cuanto a la vasopresina, se produce después de haber mantenido relaciones sexuales.

Natasha conoce la verdad de esos datos. Saberlos, de hecho, la ha ayudado a superar la traición de Rob. De modo que lo tiene claro: el amor no es más que una combinación de sustancias químicas y coincidencias.

Y si es así, ¿por qué siente que Daniel es algo más?



## daniel

EN MI LISTA DE COSAS-QUE-ME-APETECE-HACER, ir a la entrevista con el exalumno de Yale ocupa el último lugar. Y sin embargo... Sin embargo, son casi las once. Si quiero llegar a tiempo, tengo que ponerme en marcha pero ya.

Desde nuestro Momento Compartido, Natasha y yo nos hemos limitado a caminar en silencio. Me encantaría decir que es un silencio cómodo, pero no lo es. Me gustaría hablar con ella sobre lo que ha pasado entre nosotros, pero ni siquiera sé si ha sentido lo mismo que yo. Si algo sé sobre ella es que no cree en estas cosas.

El centro de Manhattan es muy diferente del barrio en el que nos conocimos. Aquí hay más rascacielos y menos tiendas de recuerdos. La gente también es distinta: no se ven turistas de paseo o de compras, y en la cara de los peatones no hay sonrisas, asombro ni curiosidad. Casi todos trabajan dentro de los rascacielos. Estoy casi seguro de que mi entrevista será en algún lugar de las cercanías.

Seguimos andando sin decir nada hasta llegar al pie de un monstruo gigantesco hecho de hormigón y cristal. Me asombra que haya personas que se pasan la vida metidas en sitios como este, haciendo cosas que no les gustan para personas que no les caen bien. Al menos, la vida de un médico será mejor que eso.

—Mi reunión es aquí —dice Natasha.

—Te espero fuera, si quieres —ofrezco, como si en una hora no tuviera que acudir a una cita que puede determinar el curso de mi vida.

—Mira, Daniel —responde, con ese tono severo que empleará para regañar a nuestros hijos en el futuro (porque será ella la que los regañe, seguro)—. Tú tienes que ir a una entrevista y yo tengo que... que solucionar una cosa. Ha llegado el momento de despedirnos.

Tiene razón. Aunque no me guste el futuro que mis padres han trazado para mí, lo cierto es que no se me ocurre ninguna idea mejor. Si me entretengo demasiado, mi tren va a descarrilar.

En el fondo, tal vez sea eso lo que quiero. Puede que todo lo que siento por Natasha no sea más que una excusa para perder este tren. Al fin y al cabo, mis padres jamás aceptarían que tuviese una novia como ella: no es coreana y, para colmo, es negra. Sería impensable.

Por no hablar de que, a juzgar por todos los indicios, la intensa atracción que siento hacia ella

no es correspondida. Y el amor no es amor si no es correspondido, ¿verdad?

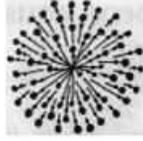
Debería marcharme.

Voy a marcharme.

Ya me estoy marchando.

—Tienes razón—digo.

Veo sorpresa en su cara, incluso una cierta decepción. ¿Pero qué más da? Para que esto funcione, ella tiene que querer que funcione. Y está claro que no quiere.



## natasha

NO ESPERABA QUE ME RESPONDIERA ESO, y tampoco esperaba sentirme decepcionada al oírlo. ¿Qué hago pensando en ligar con un chico al que nunca volveré a ver? Mi futuro se decidirá en cinco minutos.

Estamos tan cerca de la puerta del edificio que el aire fresco de dentro me acaricia la piel cada vez que alguien entra o sale.

Daniel extiende la mano para chocarme los cinco, pero se arrepiente a medio gesto.

—Lo siento —dice cruzando los brazos, colorado como un tomate.

—Bueno, pues yo ya me voy.

—Te vas —responde.

Los dos seguimos inmóviles.

Nos quedamos callados como dos pasmarotes durante unos segundos, hasta que recuerdo que aún tengo su americana en la mochila. La saco y observo cómo se la pone.

—Con ese traje, tienes pinta de trabajar en este edificio —le digo.

Es un cumplido, pero él no se lo toma bien. Se afloja el nudo de la corbata y hace una mueca.

—Lo mismo acabo haciéndolo —responde.

—Bueno —añado después de otro rato de no saber qué decir—, esto empieza a ser incómodo.

—¿Nos damos un abrazo y ya está?

—Pensaba que los tipos trajeados solo chocabais los cinco —replico.

Mi intención es hablar con ligereza, pero la voz me sale ronca y extraña.

Él esboza una sonrisa, sin esforzarse por ocultar que está triste. ¿Cómo puede importarle tan poco que se le note todo lo que siente?

Hago un esfuerzo por apartar la mirada. Por más que quiera evitar lo que está ocurriendo entre nosotros, es como tratar de evitar que llueva o haga sol.

La puerta del edificio se abre y una nueva ráfaga de aire helado me envuelve. Tengo frío y calor al mismo tiempo. Me acerco para darle un abrazo de despedida justo al mismo tiempo que lo hace él. Los dos estamos torcidos hacia el mismo lado, así que, más que abrazarnos, colisionamos. Soltamos una risita incómoda y nos quedamos quietos.

—Yo me ladeo hacia la derecha, tú hacia la izquierda —propone.

—Vale —digo.

Ahora sí que nos abrazamos. Medimos más o menos lo mismo, así que mi pómulo le roza la mejilla. Su piel es suave, tersa, cálida. Apoyo la cabeza en su hombro y me relajo. Por un momento, me permito sentir lo cansada que estoy. Es duro aferrarse a un país que no te quiere. Pero Daniel sí que me quiere; lo noto en la fuerza con la que me abraza.

Retrocedo para apartarme de sus brazos, sin mirarle a los ojos.

Él parece que va a decir algo, pero no lo hace.

Saco el móvil y miro la hora.

—Te tienes que ir —dice antes de que pueda decirlo yo.

Me doy la vuelta y entro en el frío interior del rascacielos.

Sigo pensando en Daniel mientras firmo el registro de visitantes. Pienso en él mientras atravieso el vestíbulo. Pienso en él cuando entro en el ascensor y luego, mientras avanzo por el largo pasillo, y no dejo de pensar en él ni por un segundo hasta que tengo que hacerlo porque ya he entrado en el despacho del abogado.

El ruido como de obras que oí antes por teléfono es exactamente lo que parecía: el despacho está en plena reforma. Las paredes parecen a medio pintar, y del techo cuelgan bombillas peladas. El suelo está protegido por una lona salpicada de serrín y manchurroneos de pintura. Al otro lado de la sala hay una mujer sentada tras un mostrador; tiene las manos apoyadas en el teléfono, como si quisiera hacerlo sonar con el poder de su mente. Aunque lleva los labios pintados de rojo y se ha puesto colorete en los pómulos, parece muy pálida. Su pelo negrísimo está impecable. Hay algo en ella que resulta irreal; es como un personaje secundario de un viejo corto de dibujos animados, o de una película de los años cincuenta sobre ejecutivos y secretarias. El mostrador está muy ordenado, con montones de carpetas apiladas por colores. A un lado hay una taza donde pone: ASISTENTES JURÍDICOS: IGUAL DE BUENOS, MÁS BARATOS.

Al ver que me aproximo, esboza una sonrisa triste y temblorosa.

—Perdón... No sé si me habré equivocado de sitio —digo.

Ella me mira sin decir nada.

—¿Es este el despacho del señor Fitzgerald? —pregunto, en vista de que no se ha dado por aludida.

—Eres Natasha, ¿verdad? —me pregunta.

Debe de ser la mujer con la que hablé antes por teléfono. Me acerco un poco más.

—Me temo que tengo que darte una mala noticia —dice.

El estómago me da un vuelco; no estoy preparada para oír lo que va a decirme. ¿Está todo perdido incluso antes de empezar? ¿Ya se habrá decidido mi destino? ¿De verdad van a deportarnos esta noche?

Un hombre vestido con un mono lleno de manchas entra en la sala y se pone a hacer agujeros en la pared. En la habitación contigua, alguien empieza a dar martillazos. La asistente abre la boca y sigue hablando al mismo volumen que antes, así que tengo que inclinarme sobre el mostrador para entenderla.

—Jeremy... El señor Fitzgerald tuvo un accidente hace una hora y sigue todavía en el hospital. Su mujer dice que está bien, que solo tiene algunas magulladuras, pero no vendrá al despacho hasta esta tarde a última hora.

Su voz suena tranquila, pero sus ojos delatan lo inquieta que está. Se acerca un poco más al

teléfono y lo mira fijamente.

—Pero es que teníamos una reunión fijada para esta mañana —gimo. Sé que es egoísta por mi parte, pero no lo puedo evitar—. Necesito que me ayude...

Ahora sí que me mira, con los ojos desorbitados por el asombro.

—Perdona, ¿no me has oído? Acaban de atropellarle. Aunque quisiera, no podría venir ahora.

Aparta la vista otra vez y me entrega varios impresos. Me lleva al menos un cuarto de hora rellenarlos todos. En el primero hay decenas de variantes de las mismas preguntas. ¿Soy comunista? ¿Me dedico a delinquir? ¿Tengo intención de cometer algún atentado? ¿Estoy dispuesta a empuñar las armas para defender a los Estados Unidos? (Contesto a todo que no, menos a lo último; en realidad, no estoy dispuesta, pero pongo que sí igualmente).

En otro de los impresos debo contar al detalle cómo ha transcurrido el proceso de deportación hasta el momento.

El último es un cuestionario en el que tengo que describir minuciosamente cómo es mi vida en los Estados Unidos. Me quedo en blanco, porque no sé qué pretende el señor Fitzgerald que responda. ¿Querrá saber cómo entramos en el país? ¿Cómo nos escondimos? ¿Qué sentía cada vez que escribía mi número falso de la seguridad social en algún impreso del colegio o el instituto? ¿Cómo, cada vez que anoto esas cifras, imagino a mi madre montándose en un autobús con destino a Florida?

¿Querrá saber qué se siente cuando no se tienen papeles?

¿O querrá que le hable de esa inquietud constante, esa sensación de que en cualquier momento alguien descubrirá que no tengo derecho a estar aquí?

Supongo que no. Lo más seguro es que quiera datos, no sensaciones, así que eso es lo que escribo. Entramos en Estados Unidos con un visado de turistas. Cuando se agotó nuestra estancia legal, no nos marchamos. No hemos salido del país desde entonces. Jamás hemos cometido ningún delito ni nos han detenido, hasta que a mi padre le dio por conducir borracho.

Le devuelvo los impresos, ya rellenos, y ella va directamente al último.

—En este tendrías que poner más cosas —me dice.

—¿Como qué?

—¿Qué significan los Estados Unidos para ti? ¿Por qué no te quieres marchar? ¿Cómo piensas contribuir a que avance este país?

—¿De verdad hace falta...?

—Con detalles así, Jeremy podrá dar una dimensión humana a tu caso.

Si todas las personas nacidas en Estados Unidos tuvieran que demostrar que merecen vivir aquí, no hay duda de que sería un país mucho menos poblado.

La asistente revisa los demás papeles mientras yo hablo del tipo de ciudadana que pienso ser: trabajadora, optimista, patriota... Escribo que llevo este país en el corazón, y que obtener la ciudadanía solo haría legal lo que ya siento. En suma, describo mis sentimientos de manera mucho más abierta de lo que me gustaría. Daniel estaría orgulloso de mí.

Daniel...

Supongo que ya estará en el metro, de camino a su entrevista. ¿Se portará como un chico bueno y estudiará Medicina al final? ¿Pensará en mí dentro de unos años. Se acordará de aquella chica con la que pasó dos horas un día en Nueva York? ¿Se preguntará qué me ha ocurrido? Tal vez intente rastrearne en Google usando solo mi nombre de pila, lo que no le servirá de mucho.

Pero no, lo más probable es que esta tarde ya se haya olvidado de mí, igual que yo lo olvidaré a él.

El teléfono suena mientras escribo, y la asistente lo descuelga antes de que acabe el primer timbrado.

—Jeremy, gracias a Dios... ¿Estás bien? —pregunta con los ojos cerrados, sujetando el teléfono con las dos manos como si lo acunase—. Hubiera querido ir, pero tu mujer me pidió que mantuviera abierto el despacho... —sus párpados se abren rápidamente cuando pronuncia las palabras «tu mujer»—. ¿De verdad estás bien?

Cuanto más avanza la conversación, más resplandece su rostro. Sus mejillas se ruborizan, sus ojos se llenan de lágrimas de felicidad.

Resulta tan evidente que está enamorada de él que casi espero ver corazoncitos revoloteando por la sala. ¿Estarán liados?

—Me habría gustado ir... —insiste en voz baja, y luego, tras una sucesión de murmullos de asentimiento, cuelga—. Está bien —me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me alegro mucho —respondo.

La asistente me pide el formulario con un gesto, y espero mientras lee lo que he añadido.

—Bueno. Primero, las buenas noticias —concluye, y yo asiento lentamente—. He visto muchos casos como el tuyo, y creo que no tendrás problemas.

No sé lo que esperaba oírle decir, pero, desde luego, no era esto.

—¿De verdad cree que el señor Fitzgerald podrá arreglar mi caso? —replico, en un tono que rezuma esperanza y escepticismo a partes iguales.

—Jeremy nunca pierde —contesta ella, tan satisfecha como si estuviera hablando de sí misma.

Asiento, aunque sé que eso no puede ser verdad; todos perdemos a veces. Debería pedirle que sea un poco más precisa, que me dé una ratio exacta de victorias/derrotas antes de decidir cómo sentirme.

—No pierdas la esperanza —añade ella.

A pesar de que odio la poesía, al oírla me viene a la cabeza un verso de un poema que estudiamos en Literatura: «La esperanza es esa cosa con plumas». En este momento, entiendo exactamente a qué se refiere. Algo dentro de mi pecho quiere echar a volar, quiere cantar y reírse y bailar de puro alivio.

Le pregunto a qué hora debo volver, le doy las gracias y me marcho a toda prisa, antes de que se me ocurra preguntar algo que arruine este sentimiento. Normalmente me inclino por buscar la verdad, aunque sea desagradable. No es que mi temperamento me facilite la vida. A veces, la verdad hace más daño del que cabría esperar.

Hace unas semanas, oí cómo mis padres discutían en su habitación, con la puerta cerrada. Fue una de las raras ocasiones en las que mi madre se enfadó con mi padre cara a cara. Peter me sorprendió con la oreja pegada a la puerta. Cuando terminaron de reñir, le pregunté a mi hermano si quería saber de qué discutían, y él me dijo que no. Estaba seguro de que sería algo malo, y prefería mantenerse alejado de las cosas malas. En aquel momento me enfadé con él, pero luego pensé que tal vez tuviera razón. De hecho, me habría gustado olvidar lo que acababa de escuchar.

Ya en el pasillo, me detengo y apoyo la frente en la pared. ¿Y si vuelvo a entrar para pedirle más detalles? Decido no hacerlo.

Al fin y al cabo, no sabré nada seguro hasta que no hable con el abogado. Además, estoy harta

de preocuparme. Sé que lo que me ha dicho la asistente no garantiza nada, pero en este momento necesito sentir algo que no sea una resignación teñida de temor. La esperanza es una sustitua muy digna, la verdad.

Me planteo llamar a mis padres para contarles lo que ha pasado, pero también decido no hacerlo. Al fin y al cabo, no tengo nada seguro que contarles. ¿Qué les podría decir? Que un hombre que no conozco me ha recomendado a otro hombre al que tampoco conozco. Que una asistente jurídica a la que tampoco conozco dice que todo podría salir bien. No, prefiero no darles esperanzas infundadas.

La persona con la que de verdad querría hablar es Daniel, pero ya hace rato que se marchó camino de su entrevista.

Debería haber sido más agradable con él.

Debería haberle pedido su número de teléfono.

¿Y si todo este galimatías de la deportación acaba por resolverse? Si consigo quedarme, ¿cómo podré volver a encontrarlo?

Porque, me ponga como me ponga, es innegable que hubo algo entre nosotros. Algo potente.



# hannah winter

## *Una historia de cuento de hadas, parte 1*

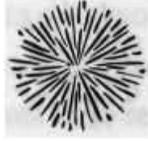
HANNAH SIEMPRE HA SENTIDO que vive dentro de un cuento de hadas en el que tiene un papel secundario. No es la princesa ni el hada madrina. No es la bruja mala ni su animal de compañía. Hannah representa un personaje menor, que solo sale en las ilustraciones a partir de la página doce o trece. La cocinera, por ejemplo, en su reino de pastelillos y confituras. O la criada bondadosa que jamás aparece en primer plano.

Fue al conocer a Jeremy Fitzgerald y trabajar en su bufete cuando Hannah empezó a imaginarse como la protagonista de una historia. En él reconoció a su Amor Verdadero, con la idea de fueron-felices-por-siempre-jamás.

Y, sin embargo, Jeremy Fitzgerald estaba casado y tenía dos niños.

Hannah jamás creyó que pudiera ser correspondida, hasta el día en que él le correspondió.

Y ese día era hoy.



## jeremy fitzgerald, abogado

### *Una historia de cuento de hadas, parte 1*

JEREMY FITZGERALD ESTABA CRUZANDO la calle tranquilamente cuando un expleado de una compañía de seguros, que conducía un BMW blanco (un hombre desconsolado y borracho), lo atropelló a una velocidad de treinta kilómetros por hora. El golpe no lo mató, pero fue lo bastante fuerte para hacerle ver la posibilidad de una muerte temprana. Fue lo bastante fuerte para que se replanteara su vida y para que admitiera ante sí mismo que llevaba ya algún tiempo enamorado de su asistente jurídica, Hannah Winter.

Más tarde, en algún momento del día de hoy, Jeremy entrará en su despacho y abrazará a Hannah sin decir nada. La estrechará contra él y, por un instante, se preguntará qué partes de su futuro tendrá que sacrificar por ese amor.



## daniel

*Chico del barrio se comporta temerariamente.*

Mi madre, siempre tan pacífica, me asesinaría si se enterase de lo que acabo de hacer. He llamado para retrasar mi entrevista. Por una chica. Y ni siquiera por una chica coreana, sino por una chica afroamericana. Una chica afroamericana a la que apenas conozco. Una chica afroamericana a la que apenas conozco y a la que no estoy seguro de gustar.

La mujer que me atendió por teléfono dijo que mi propuesta era muy oportuna y que, de hecho, estaba a punto de llamarme a mí por lo mismo. La única alternativa que podía darme eran las seis de la tarde. Así que aquí estoy todavía, en el vestíbulo del edificio donde me he separado de Natasha, leyendo el directorio de empresas y mirando con disimulo por si aparece. La mayor parte de los inquilinos son despachos de abogados y contables. Jamás he visto tantos S.L. juntos en mi vida. Daniel Jae Ho Bae, S.L. (= So Lelo = Simplemente Loco).

¿Para qué habrá venido Natasha aquí? O es una rica heredera que no sabe en qué invertir su fortuna, o tiene problemas legales y necesita un abogado.

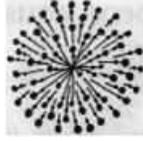
Al fondo del vestíbulo, las puertas del ascensor se abren y por fin la veo aparecer. Mientras llamaba para retrasar mi entrevista, una parte de mí se preguntaba si estaría haciendo el tonto, si merecería la pena arriesgar mi futuro por una chica que acababa de conocer. Pensar eso era fácil mientras no la tenía delante. Ahora que la veo, no logro recordar por qué dudé.

Por supuesto que merece la pena. Y no, no soy capaz de explicar por qué.

Sí, es guapa: la combinación de su pelo afro, sus ojos negros y brillantes y sus labios rosados y gordezuelos resulta innegablemente atractiva. Además, tiene las piernas más bonitas del universo conocido (tras un análisis detenido, las he trasladado del tercer puesto al primero; la objetividad ante todo). Así que me siento atraído por ella, claro que sí. Pero hay algo más, y no lo digo solo porque tenga las piernas más bonitas del universo conocido (objetivamente).

Natasha atraviesa el pasillo mirando hacia los lados, como si buscase algo o a alguien. Al no verlo, agacha la cabeza. Tiene que estar buscándome a mí, ¿no? A no ser que en estos treinta minutos haya encontrado otro amor de su vida (en potencia), claro.

Ya fuera, gira lentamente en redondo hacia un lado y después hacia el otro. Busque a quien busque, no está ahí.



## natasha

NO LO VEO EN EL VESTÍBULO ni en la explanada de fuera. Tengo que admitir dos cosas. Una: Daniel no está. Dos: yo quería que estuviera. Noto un hueco en el estómago, como si tuviera hambre. Pero no es comida lo que necesito.

Ahora hace más calor. Me quito la cazadora, la sujeto con el antebrazo y me detengo para pensar qué puedo hacer ahora. No quiero marcharme, y tampoco quiero reconocer ante mí misma que no me apetece marcharme. No es que piense que estábamos predestinados a encontrarnos ni ninguna tontería de esas, pero habría sido agradable pasar unas horas más con él. Salir con él y esas cosas. Me habría gustado comprobar si se sonroja cuando besa.

Este es el último sitio donde lo vi; si me marchó, jamás volveré a encontrarle. Me pregunto cómo irá su entrevista. ¿Dará una buena imagen, o dejará traslucir todas sus dudas y angustias existenciales? Este chico necesita entrenarse con un buen psicólogo.

Estoy a punto de marcharme cuando algo me hace echar un último vistazo. Sé que no es posible sentir la presencia de una persona concreta. Lo más seguro es que lo haya entrevisto sin darme cuenta al pasar por el vestíbulo, y ahora mi inconsciente me avisa.

La gente suele usar imágenes poéticas para describir lo que no entienden, pero si buscas una explicación científica, siempre terminas por encontrarla.

Sea como sea, ahí lo tengo delante.

Daniel está aquí.



## daniel

AVANZA HACIA MÍ. Hace un par de horas, habría descrito su expresión como impasible; pero mi conocimiento de Natasha está aumentando a marchas forzadas, y ahora sé que solo trata de parecer impasible.

Si tuviera que aventurarme a dar una opinión, diría que se alegra de verme.

—¿Qué ha pasado con tu entrevista? —me pregunta en cuanto me tiene cerca.

No hay abrazo, ni siquiera un «me alegro de que sigas aquí». A lo mejor no la conozco tan bien como pensaba.

¿Le contesto con la verdad o con los hechos? (Curiosamente, ambos conceptos no siempre coinciden). Los hechos: llamé para retrasar la entrevista. La verdad: la retrasé para pasar más tiempo con ella. Me decanto por la verdad.

—La retrasé para pasar más tiempo contigo.

—¿Pero estás loco? ¡Es algo fundamental para tu futuro!

—No he quemado el edificio ni nada así, Tash. Solo he cambiado de hora la reunión.

—¿Quién es Tash? —replica, pero veo que su comisura se curva en una sonrisa disimulada.

—Y lo tuyo, ¿qué tal? —digo señalando los ascensores con la barbilla.

La sonrisa se desvanece. Nota mental para el futuro: no hay que hablar más de esto.

—Bien. Tengo que volver a las tres y media.

Miro la hora en el teléfono: son las doce menos veinticinco.

—Así que tenemos un buen rato para estar juntos —contesto.

Estoy tan convencido de que me va a soltar un bufido que, al ver que no lo hace, me lo tomo como una pequeña victoria.

Natasha se estremece y se frota los antebrazos. Tiene la piel de gallina. Acabo de aprender algo más sobre ella: es friolera. Estiro la mano para agarrar su cazadora y le ayudo a ponérsela. Ella mete los brazos y se encoge de hombros para ajustarla. Le ayudo a colocar el cuello, pero dejo que mi mano se demore un momento en su nuca y ella echa el cuello para atrás de forma casi imperceptible. Su pelo me hace cosquillas en la nariz. Todo es de lo más normal. Lo que no sé es por qué siento como si llevara años haciéndolo...

Se da la vuelta en redondo y yo levanto los brazos para evitar contactos indiscretos. No sé

muy bien hacia dónde vamos, pero sea donde sea, aún no hemos llegado allí.

—¿Estás seguro de que no has puesto en peligro...?

—La verdad es que no me importa —la interrumpo.

—Pues debería importarte —de pronto, me mira fijamente; parece inquieta—. ¿Lo has hecho por mí?

—Sí.

—¿Y por qué estás tan seguro de que merezco que hagas algo así?

—Instinto —respondo.

No sé qué tiene esta chica, que me quita el miedo a decir la verdad.

Sus ojos se dilatan.

—Eres imposible —murmura.

—Es posible.

Se echa a reír y sus ojos negríssimos chispean.

—Bueno, ¿qué hacemos? —dice.

Yo debo cortarme el pelo, y también llevar la cartera con los justificantes bancarios a la tienda de mi padre. No tengo ganas de hacer ninguna de las dos cosas; solo quiero encontrar un sitio cómodo y calentito para acurrucarme junto a Natasha. Y sin embargo... Sin embargo, tengo que llevar esa cartera. Le pregunto si está dispuesta a ir a Harlem de excursión y ella dice que vale. En realidad, esto es lo último que debería hacer. No sé si existirá una idea peor que esta, pero, desde luego, no me viene a la cabeza. Natasha va a flipar cuando conozca a mi padre. Como se le ocurra pensar que yo seré igual que él dentro de cincuenta años, va a salir por patas. Yo lo haría, en su lugar.

Mi padre es un tipo peculiar. A ver, peculiar es una forma cortés de expresarlo. En realidad es raro, raro, raro. Para empezar, jamás conversa con nadie salvo con sus clientes. Y esto nos incluye a mi hermano y a mí, a no ser que echar broncas cuente como conversar. Si cuenta, entonces desde el verano pasado ha conversado más con Charlie que en sus anteriores diecinueve años de vida. Vale, estoy exagerando, pero solo un poco.

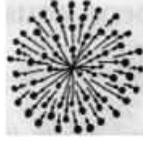
No sé cómo voy a explicarles a él y a mi hermano quién es Natasha. En realidad, Charlie no me preocupa, pero mi padre seguro que se huele la tostada. Sabrá que pasa algo, del mismo modo en que sabe cuándo un cliente va a tratar de mangar, o qué compradores son fiables con los pagarés y cuáles no.

Esta noche, durante la cena, le dirá algo a mi madre en coreano, con esa voz que pone siempre para quejarse de la gente de este país. No me apetece nada que ninguno de los dos se meta en esto aún. Ni Natasha ni yo estamos preparados para aguantar tensiones.

Ella dice que todas las familias son raras, y tiene razón. Cuando acabemos de hacer este recado, tendré que preguntarle polla suya.

Bajamos por las escaleras del metro.

—Prepárate —le digo.



## natasha

AUNQUE HARLEM SOLO ESTÁ a veinticinco minutos en metro, ir allí es como viajar a otro país. Los rascacielos son reemplazados por tiendecitas apretujadas con toldos de fuertes colores. El aire huele más vivo, menos a ciudad y más a barrio. Casi toda la gente es de piel oscura.

Daniel avanza en silencio por el bulevar Martin Luther King en dirección a la tienda de sus padres. Frena al pasar junto a un local vacío con un letrero enorme de SE ALQUILA, y camina aún más lento frente a una casa de empeños con un toldo verde. Por fin, se detiene delante de una tienda de productos de belleza y peluquería para afroamericanos.

Se llama Productos para el Cabello Afroamericano, y es idéntica a muchos comercios en los que llevo años comprando. «Ve a la tienda de la esquina y cómprame un bote de desrizante», me dice mi madre cada dos meses, más o menos.

Todo el mundo sabe que los negocios de productos de belleza para negros siempre están regentados por coreanos. Y todo el mundo piensa que es una injusticia. No sé cómo no se me ocurrió pensarlo cuando Daniel me dijo que su familia tenía una tienda.

No puedo ver el interior, porque el escaparate está cubierto de posters que muestran mujeres negras sonrientes y trajeadas, todas con el pelo perfectamente liso. Al parecer (al menos, según estos posters), a las ejecutivas afroamericanas no les está permitido lucir sus rizos naturales. Hasta mi madre lo cree, en el fondo. Cuando decidí llevar el pelo a lo afro, me dijo que lo pensara bien, que me daría un aspecto informal.

Pero yo estoy contenta con mi superafro. Y también estaba contenta con mi pelo cuando me lo alisaba y llevaba melena. Me gusta poder elegir; me gusta que dependa de mí.

A mi lado, Daniel está tan nervioso que vibra. Me pregunto si será porque estoy a punto de conocer a su padre o porque le dan vergüenza las implicaciones de poseer esta clase de tienda. Se vuelve hacia mí y se afloja la corbata con energía, como si llevara un buen rato asfixiándole.

—Bueno, pues la cosa es que mi padre es muy... —se interrumpe, menea la cabeza y empieza de nuevo—. Y mi hermano es muy...

Se queda otra vez callado, mirando a todas partes excepto a mis ojos. Su voz suena muy tensa, supongo que por el esfuerzo de hablar sin haber respirado antes.

—¿Y si me esperas aquí? —dice, al fin capaz de terminar una frase.

Al principio no le doy importancia, porque, al fin y al cabo, ¿a quién no le da vergüenza su familia? A mí, desde luego, me avergüenza la mía (al menos, mi padre). Si yo estuviera en el lugar de Daniel, haría lo mismo. Rob, el tramposo de mi ex, no llegó a conocer a mi padre. Era más fácil no tener que oírle hablar con su acento americano falso y forzado, no ver cómo buscaba cualquier excusa en la conversación que le diera pie a hablar de sus planes de futuro y de lo famoso que se haría algún día...

Aún estamos de pie junto a la puerta cuando pasan a nuestro lado dos chicas negras hablando y riéndose. Una mujer, también de piel oscura, entra en la tienda.

Entonces caigo en que tal vez lo que le dé vergüenza a Daniel no sea su familia, sino yo. A lo mejor quiere ahorrarse a sus padres el mal trago de conocerme. No sé por qué no se me ha ocurrido antes.

En realidad, este país no es ningún crisol de culturas, como dicen: es más parecido a esas bandejas de comedor con secciones distintas para poner las patatas, la carne y la verdura.

Observo a Daniel, que sigue sin dirigirme la mirada. De pronto, estamos compartiendo un momento que yo no había previsto.



## pelo

### *Una historia afroamericana*

PARA LAS CIVILIZACIONES AFRICANAS del siglo XV, el peinado era una marca de identidad. La gente lo utilizaba para expresar todo tipo de características: la tribu a la que pertenecían, su linaje, su religión, su estatus... Los peinados complejos eran seña de poder y riqueza. Un peinado discreto podía indicar que quien lo llevaba estaba de luto. Y no solo eso: el pelo, para aquellas culturas, poseía una dimensión espiritual. Dado que crece en la cabeza (la parte más alta del cuerpo y, por tanto, la más cercana al firmamento), muchos habitantes de Africa lo consideraban como una vía de entrada para los espíritus, un canal que permitía interactuar con la divinidad.

Estas creencias se desvanecieron al llegar la época de la esclavitud. En los barcos esclavistas, lo primero que se hacía era rapar a los cautivos para deshumanizarlos simbólicamente, en un acto que terminó por destruir el lazo entre el pelo y la identidad cultural de aquellas personas.

Cuando se abolió la esclavitud en Estados Unidos, el pelo de los afroamericanos cobró connotaciones complejas. El cabello «bueno» era todo aquel que se aproximaba al estándar europeo de belleza, esto es, liso y suave. El pelo rizado y crespo, el natural para la mayor parte de los afroamericanos, se consideraba «malo». El pelo liso era bonito; el pelo muy rizado, feo.

A principios del siglo XX, una mujer afroamericana llamada *Madam C. J. Walker* se hizo millonaria inventando y distribuyendo productos de belleza capilar para mujeres como ella. Su logro más famoso fue perfeccionar el «peine caliente», un aparato usado para alisar el cabello. Más tarde, en la década de los 60, George E. Johnson comenzó a vender «desrizante», un producto químico que servía para eliminar el rizo hasta de las cabelleras más encrespadas. Según los estudios, la industria de los tratamientos capilares para afroamericanos mueve más de mil millones de dólares al año solo en Estados Unidos.

Este asunto jamás ha dejado de provocar debates encendidos en la comunidad afroamericana. ¿Qué significa dejarse el rizo natural, y qué implica alisarlo? ¿Acaso alisarse el pelo es una forma

de despreciarse a uno mismo? ¿Acaso quienes lo hacen piensan que su pelo natural es feo? Si una mujer afroamericana lleva el pelo rizado, ¿implica eso necesariamente una postura política? Para las mujeres negras de Estados Unidos, el peinado va mucho más allá de la estética personal, más allá del concepto que cada una pueda tener sobre lo que le favorece o le deja de favorecer.

Cuando Natasha decide dejarse el pelo afro, no es consciente de todas estas connotaciones históricas. Lo hace pese a la insistencia de su madre sobre el aspecto militante y poco formal que le da ese peinado. Las opiniones de Patricia Kingsley hunden sus raíces en el miedo: miedo a que su hija sea dañada por una sociedad que aún trata con recelo las cuestiones raciales. En cualquier caso, Patricia jamás llega a expresar su otra objeción: que el nuevo peinado de su hija le parece un rechazo hacia ella. La madre de Natasha lleva toda la vida alisándose el pelo, y empezó a alisar el de su hija en cuanto esta cumplió diez años. Ahora, cuando la mira, ya no se ve reflejada en ella con tanta nitidez, y eso le duele.

Sin embargo, es algo normal en la adolescencia. Todos los adolescentes se separan de sus padres; crecer es diferenciarse.

Natasha tarda tres años en tener el pelo afro que lleva ahora. No se lo ha dejado así por ninguna cuestión política. De hecho, también le gustaba llevar la melena lisa, y no descarta volver a llevarla en el futuro. Se ha dejado el pelo rizado porque le apetece probar algo nuevo.

Se ha dejado el pelo a lo afro porque le sienta bien, y punto.



## daniel

*Chico del barrio resulta ser tan capullo como su hermano.*

—¿Y si me esperas aquí? —le digo como si me avergonzara de ella, como si tratara de esconderla de mi familia.

Me arrepiento al instante, sin que me haga falta reflexionar ni por un momento en cómo pueden sentarle mis palabras. No, en absoluto: son unos remordimientos inmediatos y abrumadores.

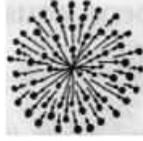
No puedo creerme lo que acabo de decir. ¿De esta pasta estoy hecho? ¿De la nada más absoluta?

Soy aún más capullo que Charlie.

No puedo mirarla. Sus ojos están fijos en mi cara y yo no me atrevo a mirarla. Necesito esa máquina del tiempo para eliminar este último minuto.

La he cagado, pero bien.

Si va a haber un Daniel + Natasha, enfrentarnos al racismo de mi padre es solo el principio. Pero los dos estamos empezando, solo empezando, y no me veo con fuerzas para abordar eso ahora. Quiero tirar por el camino más fácil, no por el más correcto. Quiero enamorarme tranquilamente, sin más tropiezos ni caídas de los necesarios. ¿Por qué tenemos que salir magullados? Lo único que pido es poder enamorarme como cualquier otra persona del mundo.



natasha

NO PASA NADA.

No pasa nada porque me quede aquí esperando un momento. Lo comprendo, de verdad. Pero una parte de mí (esa parte que no cree en Dios ni en el amor verdadero) pide a gritos que Daniel la contradiga, que le demuestre que se equivoca al no creer en esas cosas. Quiero que Daniel me elija a mí. Soy consciente de que aún es demasiado temprano en nuestra historia, soy consciente de que yo, en su lugar, no lo haría. Aun así, quiero que sea tan noble como me pareció al conocerlo. Pero, claro, no lo es. Nadie lo es. Así que le libero de la trampa que él mismo se ha preparado.

—No te preocupes, anda —le digo—. Te espero fuera sin problema.



## daniel

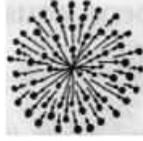
CUANDO ALGUIEN NACE, las instancias superiores (Dios, una tripulación de extraterrestres enanos o lo que sea) debería equiparlo con un talonario de cheques regalo. Un vuelva-a-intentarlo, un lo-dejamos-para-otro-día, un anulador-de-Santa-Rita, un pase-para-salir-de-la-cárcel... En este momento, necesito usar mi tarjeta de vuelva-a-intentarlo.

La miro por fin y me doy cuenta de que comprende perfectamente la situación. Si entro yo solo, le doy la cartera a mi padre y salgo, él no se enfadará. Y entonces seguiremos caminando tranquilamente, sin futuras conversaciones espinosas con mi padre («¿Quién era esa chica?») ni chistes de mal gusto por parte de Charlie («Veo muy negro tu futuro, hermano»). Esto no será más que un tropiezo incómodo en nuestra trayectoria triunfal hacia un futuro resplandeciente de pareja perfecta.

Pero no puedo hacerlo. No puedo dejarla aquí. No estaría bien. Y además, en cierto modo, Natasha y yo ya no estamos empezando.

—¿Podrías olvidar lo que te acabo de decir, por favor? —le pido, sacando a relucir mi tarjeta de vuelva-a-intentarlo.

En la cara de Natasha se dibuja una ancha sonrisa. Pase lo que pase, sé que merecerá la pena.



## natasha

UNA CAMPANA TINTINEA mientras la puerta se cierra a nuestra espalda. La tienda parece como todas las demás que he visitado: pequeña y llena de cosas, con hileras de estanterías de metal cargadas de botes y cajas que prometen grandes cosas.

La caja está justo enfrente de la puerta, así que veo al padre nada más entrar. Comprendo de inmediato por qué Daniel es tan guapo: su padre se está quedando calvo, pero tiene los mismos pómulos afilados y el mismo rostro simétrico e intensamente atractivo. Está ocupado cobrando a un cliente, así que no hace ademán de saludarnos (aunque estoy segura de que nos ha visto entrar). El cliente, un chico negro más o menos de mi edad, lleva el pelo corto y teñido de lila. Tiene tres *piercings* en el labio inferior, otro en la nariz, otro en una ceja y demasiados pendientes para contarlos. Me gustaría saber qué ha comprado, pero ya lo ha metido en la bolsa.

Daniel se saca la cartera del bolsillo y avanza hacia el mostrador. Su padre levanta la cabeza y le mira. No sé qué le habrá transmitido, pero Daniel se detiene y suelta un suspiro.

—¿Quieres ir al baño? —me pregunta—. Hay un servicio en la trastienda.

Niego con la cabeza y él retuerce la cartera como si quisiera estranglarla.

—Bueno, pues aquí es —dice—. Esta es nuestra tienda.

—¿Quieres enseñármela? —le pregunto para distraerle.

—No hay gran cosa que ver... En los dos primeros pasillos hay productos para el pelo: champús, suavizantes, extensiones, tintes, productos químicos que no sé para qué sirven... En el tercero hay maquillaje. En el cuarto, utensilios y aparatos...

Se interrumpe y mira de reojo a su padre, que sigue ocupado.

—¿Quieres algo? —me pregunta, y yo me llevo una mano al pelo.

—No, yo...

—No me refiero a algo para el pelo. Tenemos una nevera en la trastienda con refrescos y cosas así.

—Ah, estupendo —contesto, porque me intriga ver la parte no abierta al público.

Recorremos el pasillo de los tintes. En todos los envases se ven fotos de mujeres sonrientes, con peinados perfectos y resplandecientes de color. Los fabricantes no venden tinte, sino felicidad envasada.

Me detengo delante de unas cajas con colores chillones y agarro una de tinte rosa. Hay una parte de mí (una parte diminuta y nada práctica que siempre he mantenido en secreto) que se muere por tener el pelo rosa.

Daniel tarda un par de segundos en darse cuenta de que me he quedado atrás.

—¿Rosa? —pregunta al ver el envase que tengo en las manos.

Le enseño la foto de la parte frontal.

—¿Por qué no?

—No me parecía tu estilo...

Tiene toda la razón del mundo, pero me fastidia que haya pensado eso. ¿Tan predecible soy, tan aburrida? Me viene a la cabeza el chico que estaba pagando cuando entramos. Seguro que, con él, la gente no da nada por sentado.

—Pues no tienes ni idea —replico acariciándome el pelo.

Sus ojos siguen el movimiento de mi mano y, de pronto, soy plenamente consciente de mi aspecto.

«Por favor, que ahora no me diga que quiere tocarme el pelo ni me haga preguntas tontas sobre mi afro», pienso para mis adentros. Porque sí que me gustaría que me acariciase el pelo, claro que sí, pero no en plan curiosidad exótica.

—Creo que estarías guapísima con un afro rosa gigante —dice.

La sinceridad es *sexy*. Hasta mi cínico corazón lo advierte.

—No sería todo rosa. Creo que solo me teñiría las puntas.

Daniel agarra una esquina de la caja, pero yo no la suelto. Estamos frente a frente, en un pasillo en el que solo hay espacio para una persona.

—Parecerías un muffin con cobertura de fresa —añade.

Estira la otra mano y acaricia un mechón de mi pelo entre las yemas de los dedos. No me molesta ni siquiera un poquito.

—Vaya. Quién. Está. Aquí. Si es... Mi hermanito —dice alguien desde el otro extremo del pasillo.

Daniel se sobresalta y aparta la mano. Los dos soltamos al mismo tiempo el envase del tinte, que rueda por el suelo. Daniel se agacha para recuperarlo y yo me giro para encarar al espía.

Es más alto y corpulento que Daniel. En su rostro, los pómulos son aún más afilados, pero se nota la marca de la casa. El chico apoya la escoba que estaba empuñando en una estantería y se acerca a nosotros como si paseara. Sus ojos, grandes y muy negros, resplandecen de curiosidad y de una especie de regocijo perverso.

No sé si me cae bien.

Daniel se incorpora y me ofrece la caja de tinte.

—¿Cómo van las cosas, Charlie? —saluda.

—Van. Dé. Culo. Hermanito —contesta él, y la intuición me dice que lleva haciendo la misma broma desagradable toda la vida. Me mira con una sonrisa que parece más bien una mueca—. ¿Quién. Es. Esta? —pregunta sin despegar los ojos de mi rostro.

A mi lado, Daniel respira hondo y se prepara para contestar. Antes de que pueda hacerlo, yo me adelanto.

—Me llamo Natasha —digo, y Charlie se queda mirándome como si esperase algo más—. Soy amiga de tu hermano —explico.

—Ah, creí que te había pillado mangando —replica, con una cara de inocencia más falsa que la de Judas—. En las tiendas como esta hay mucho ladrón —añade, y en sus ojos brilla la burla—. Entiendes a lo que me refiero, ¿verdad?

Ahora sí que lo sé: no me cae bien.

—Ya vale, Charlie —interviene Daniel dando un paso hacia él.

Le agarro de la mano para detenerle, y él entrelaza sus dedos con los míos en un ligero apretón. Charlie observa nuestro gesto con sorpresa teatral y luego levanta la mirada.

—¿Es esto lo que creo que es? ¿Has encontrado el amooooooooor, hermanito? —se mofa, da una palmada y hace una especie de paso de baile, soltando una risita desagradable—. Esto. Es. Muy. Grande. Y sabes lo que significa, ¿verdad, hermanito? A partir de ahora, los focos dejarán de apuntarme a mí. Cuando papá y mamá se enteren de esto, volveré a convertirme en un Boy Scout, con Harvard o sin Harvard.

Suelta una carcajada perversa y se frota las manos, como un villano de película maquinando planes para dominar el mundo.

—Menudo capullo —digo sin poder contenerme.

Él me sonrío como si acabara de hacerle un cumplido, pero se pone serio enseguida. Vuelve a contemplar nuestras manos entrelazadas y luego se encara a Daniel.

—Eres todo un gamberrete, ¿sabes? —le dice—. ¿Qué te crees que vas a conseguir?

Aprieto aún más la mano de Daniel y lo acerco a mí. Quiero demostrarle a Charlie que se equivoca.

—Termina el recado y vámonos, ¿vale? —le pido.

Daniel asiente. Los dos nos damos la vuelta... y nos topamos con su padre.

Suelto su mano al mismo tiempo que él suelta la mía, pero ya es tarde: su padre nos ha visto.



## daniel

*Capullo integral se disfraza de chico adolescente, pero no logra engañar a nadie.*

Charlie es tan capullo que me encantaría prenderle fuego. Me muero de ganas por borrarle esa expresión tan satisfecha de un puñetazo. No es una emoción nueva para mí (llevo queriendo hacerlo desde que tenía diez años), pero esta vez se ha pasado de verdad. Pero mientras una parte de mi cerebro piensa en lo agradable que sería romperme los nudillos en su cara, la otra solo piensa en el calor de la mano de Natasha dentro de la mía.

Tengo que sacarla de aquí antes de que mi familia arruine mi vida justo en el momento en que empezaba a despegar.

—¿Qué estás haciendo? —me dice mi padre en coreano.

Decido ignorar la pregunta y le ofrezco la cartera.

—Mamá me pidió que te la trajera —le contesto en inglés, para que Natasha no piense que estamos hablando de ella.

Charlie se desliza a mi lado.

—¿Quieres que traduzca para tu «amiga»? —me pregunta haciendo énfasis en la palabra «amiga».

No cabe duda: la misión de Charlie en esta vida es ser un capullo en llamas.

Mi padre le lanza una mirada penetrante.

—Pensé que no entendías el coreano —le espeta.

—Me las apaño —replica Charlie encogiéndose de hombros.

Ni siquiera la ira de mi padre le quita las ganas de burlarse.

—¿Por eso te echaron de Harvard? ¿Porque solo te las apañabas? —añade, esta vez en coreano, porque ni se le pasaría por la cabeza sacar a relucir los trapos sucios de mi familia delante de una *miguk saram*, una estadounidense.

Charlie, sin hacerle caso, sigue en su papel de intérprete simultáneo, aunque ahora no sonrío tanto.

—No te preocupes —le dice a Natasha—. Aún no está hablando de ti. Solo me está llamando estúpido.

El rostro de mi padre se vuelve inexpresivo: ahora sí que está furioso. Charlie lo ha

acorrallado: sabe que va a traducir cualquier cosa que le diga, y mi padre tiene demasiado sentido del decoro para permitirlo. Su única salida es adoptar el modo comerciante-atento-y-eficaz que le he visto emplear un millón de veces con otros tantos clientes.

—¿Quieres algo antes de marcharte? —le pregunta a Natasha con su mejor sonrisa comercial, y luego se agarra las manos delante del torso y hace una inclinación.

—No, gracias, señor... —Natasha se interrumpe, dándose cuenta de que no sabe mi apellido.

—Sí, sí. Eres amiga de Daniel, llévate lo que quieras —repone mi padre en lugar de decirle cómo se llama.

Vamos de cabeza al desastre, pero no sé cómo frenar este tren.

Mi padre se palpa los bolsillos hasta encontrar sus gafas y examina las cajas de los estantes.

—No en este pasillo —murmura—. Ven.

Tal vez, si le seguimos la corriente, esto se acabe rápido. Natasha y yo echamos a andar tras él mientras mi hermano resopla de risa a nuestra espalda. Al fin, mi padre se detiene a mitad del pasillo siguiente.

—Toma: desrizante —aferra un gran tubo de crema negro y blanco y se lo ofrece a Natasha—. Desrizante —repite—. Para que tu pelo no sea tan grande.

¿Cómo he podido nacer en esta familia y, sobre todo, cómo puedo escapar de ella?

Charlie suelta una carcajada estruendosa.

Antes de que pueda decirle a mi padre que Natasha no necesita nada, ella toma la palabra.

—Muchas gracias, señor...

—Bae —completo yo, porque resulta muy sospechoso que no sepa cómo me apellido.

—Señor Bae, se lo agradezco mucho, pero no me hace falta...

—Tu pelo es muy grande —insiste él.

—Cuanto más grande, mejor —replica ella con una sonrisa.

—Pues ya puedes ir buscándote otro novio —se burla Charlie.

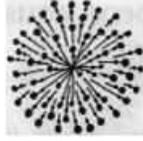
Todos nos volvemos a mirarlo, y él sube y baja las cejas para asegurarse de que hemos pillado el doble sentido. Por un momento me sorprende que no haga ningún gesto para dejarlo aún más claro, pero dejo de sorprenderme al ver que levanta la mano y separa unos tres centímetros las yemas del índice y el pulgar.

—Me parto de risa, Charlie. Sí, es cierto: tengo un pene microscópico —digo, sin molestarme en mirar la cara de mi padre.

Natasha se vuelve hacia mí, literalmente boquiabierto, y creo que está reconsiderando las decisiones que ha tomado a lo largo del día de hoy. Le entrego la cartera a mi padre con tanta energía que casi se la tiro. Las cosas no pueden empeorar más, así que decido tirar la casa por la ventana y le agarro la mano a Natasha. Por suerte, ella me permite hacerlo.

—¡Muchas gracias, esperamos volver a verlos en nuestra tienda! —berrea Charlie cuando estamos a punto de salir a la calle. Está tan satisfecho como un cerdo revolcándose en estiércol. Bueno, lo del cerdo sobra; para describirlo, basta con el estiércol.

Le saco el dedo, sin hacer ni caso del ceño tormentoso de mi padre. Ya tendré tiempo de ocuparme de eso luego.



## natasha

SÉ QUE NO DEBERÍA REÍRME, pero es que no me puedo aguantar las ganas.

Menuda escenita. Pobre Corbata Roja.

Hecho Constatable: las familias son lo peor.

Daniel camina con tanta prisa que me lleva casi a rastras. Solo se detiene cuando por fin llegamos a la boca del metro. Agacha la cabeza y se frota la nuca con la mano libre.

—Lo siento —musita en voz tan baja que lo intuyo más que oírlo.

Hago esfuerzos por contener las carcajadas (el pobre lo está pasando fatal, es evidente), pero solo lo consigo a duras penas. De pronto, me viene a la cabeza la imagen de su padre tratando de encasquetarme el tubo de desrizante y ya no me aguanto más. Se me escapa una carcajada y ya no puedo parar. Me doblo por la cintura y me aprieto los costados, sin poder respirar, mientras Daniel me mira sin decir nada. Tiene el ceño tan fruncido que creo que se le va a quedar así para siempre.

—Ha sido terrorífico —jadeo cuando al fin recobro la calma—. No se me ocurre nada peor... ¡Un padre racista y un hermano racista y machista!

Daniel se frota la nuca de nuevo y frunce un poco más el ceño todavía.

—¡Y la tienda! —sigo—. Esos posters desteñidos con ejecutivas recién peinadas... Y tu padre criticando mi pelo mientras tu hermano hace un chiste de penes pequeños... —se me escapa la risa otra vez.

Daniel sigue serio unos segundos más, pero al final sonrío y yo se lo agradezco.

—Me alegro de que te haya parecido divertido —dice.

—¿Y qué me iba a parecer si no? Las tragedias son divertidas.

—Ah, de modo que esto es una tragedia —replica, sonriendo un poco más.

—Pues claro. La vida es una tragedia, ¿no lo ves? Al final todo el mundo se muere.

—Visto así...

Se acerca un poco más, me toma la mano y se la coloca sobre el pecho.

Examino mis uñas. Analizo mis cutículas. Cualquier cosa con tal de no mirar esos ojos de color caramelo. Su corazón retumba bajo mis dedos.

Por fin, levanto la mirada y él tapa mi mano con la suya.

—Lo siento —dice—. Siento que mi familia sea así.

Asiento con la cabeza, porque el cosquilleo de sus latidos en la palma de mi mano está teniendo un efecto extraño en mis cuerdas vocales.

—Siento que todo sea así —continúa—, que el mundo sea cruel, racista e injusto.

—¿Pero qué dices? ¡No es culpa tuya! ¿Cómo vas a disculparte tú porque haya racismo?

—Pues lo hago.

Ay, Dios mío, líbrame de los chicos majos y sinceros que sienten las cosas de todo corazón.

Aunque sigo pensando que lo que ocurrió fue tronchante (de lo desagradable y surrealista que fue), entiendo que Daniel se sienta mal. Es difícil provenir de un lugar o un entorno que te avergüenzan.

—Tú no eres tu padre —le digo, pero sé que eso no le consuela.

Comprendo sus temores. Porque ¿quiénes somos, sino un producto de nuestros padres y de su historia?



## pelo

### *Una historia coreano-americana*

LA FAMILIA DE DANIEL no entró en el negocio de los productos de belleza para afroamericanos por casualidad. Cuando Dae Hyun y Min Soo llegaron a Nueva York, se encontraron con una nutrida comunidad de compatriotas dispuestos a ayudarlos. El primo de Dae Hyun les hizo un préstamo y les aconsejó abrir una tienda como la suya. Muchos de los inmigrantes coreanos tenían negocios así, y a todos les iba bien.

Tampoco es casualidad que los surcoreanos dominaran el sector de los productos capilares para afroamericanos. El fenómeno comenzó en la década de 1960, con el auge de las pelucas hechas con cabello surcoreano entre la comunidad negra. Esas pelucas se habían hecho tan populares que el gobierno de Corea del Sur prohibió la exportación de pelo sin tratar, lo cual aseguró la fabricación de las pelucas en los límites de su país. Al mismo tiempo, los Estados Unidos prohibieron la importación de pelucas hechas con cabello chino. Estas dos medidas, combinadas, consolidaron el dominio de Corea de Sur en el negocio del pelo postizo. Y, como evolución natural, los comerciantes de pelucas empezaron a vender otros productos de higiene y cuidado capilar para sus principales clientes, los afroamericanos.

Se estima que entre un 60% y un 80% de ese negocio está en manos de comerciantes surcoreanos, que llevan la distribución, la venta y un porcentaje cada vez mayor de la fabricación. Sea por razones culturales o raciales, este dominio de la industria hace casi imposible que cualquier otro grupo se establezca en el sector. Los distribuidores de origen surcoreano surten de forma preferente a sus compatriotas, expulsando a casi todos los demás del mercado.

Dae Hyun no es consciente de este trasfondo histórico. Lo único que sabe es que Estados Unidos es el país de las oportunidades. Y que sus hijos tendrán más de las que él ha tenido jamás.



## daniel

ME GUSTARÍA DARLE LAS GRACIAS por no odiarme. Después del numerito de la tienda, sería muy comprensible que lo hiciera. Y también le agradezco que se portara de una manera tan pacífica. Si se hubiera puesto a berrearles a mi padre y a mi hermano, lo habría entendido perfectamente. Que siga dispuesta a pasar el día conmigo es un milagro (de la categoría convertir-agua-en-vino), y me siento más que afortunado por ello.

En vez de soltarle todo este rollo, le pregunto si le apetece comer algo. Estamos junto a la boca del metro, y lo que más deseo ahora mismo es alejarme de la tienda. Si esta línea de metro llevara hasta la Luna, me apuntaría.

—Me muero de hambre —digo, y ella resopla con escepticismo.

—¿Te mueres? Tienes cierta tendencia a exagerar, ¿no?

—Lo hago solo para contrarrestar tu precisión —replico.

—¿Se te ocurre algún sitio?

Le propongo ir a mi restaurante favorito de Koreatown, en el centro, y ella accede.

Ya en el metro, encontramos dos asientos juntos y nos acomodamos. Tenemos por delante un trayecto de cuarenta minutos.

Saco mi teléfono para volver a las preguntas.

—¿Preparada para más? —le digo.

Ella pega su hombro al mío y mira la pantalla. Estamos tan cerca que su pelo me cosquillea en la punta de la nariz. No puedo evitar la tentación de olerlo, así que olfateo discretamente. Lo malo es que no logro ser tan discreto como pretendía...

Natasha se aparta, con los ojos abiertos de par en par y cara de vergüenza.

—¿Acabas de olerme el pelo? —pregunta.

No sé qué contestar. Si lo admito, pareceré un tipo raro y grimoso. Si lo niego, pareceré un tipo raro, grimoso y mentiroso. Natasha estira un mechón y se lo lleva a la nariz. Ah, no: ahora igual se cree que huele mal, y eso sí que no lo voy a permitir.

—No... Quiero decir, sí. Sí, lo he olfateado.

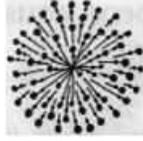
Dejo de hablar, porque sus ojos se han abierto más de lo que jamás pensé que podrían abrirse.

—¿Y...?

Me lleva un segundo comprender lo que me está preguntando.

—Y huele muy bien. ¿Sabes eso que ocurre a veces en primavera, cuando llueve cinco minutos y luego el sol sale enseguida y el agua empieza a evaporarse mientras el aire está húmedo aún? Pues huele a eso.

Me obligo a cerrar la boca, aunque seguiría hablando durante horas. Bajo la vista al teléfono y espero, deseando que Natasha se acerque de nuevo a mí.



natasha

DICE QUE MI PELO HUELE a tormenta primaveral. Estoy haciendo un verdadero esfuerzo por permanecer impasible. Me repito a mí misma que no me gusta el lenguaje poético. Que no me gusta la poesía. Que ni siquiera me gusta la gente a la que le gusta la poesía.

Pero, al mismo tiempo, tampoco estoy muerta por dentro.



## daniel

NATASHA VUELVE A PEGARSE A MÍ y yo me embalo de nuevo, porque, al parecer, así soy yo cuando estoy con esta chica. Se me ocurre que tal vez enamorarse de alguien también implique enamorarse de uno mismo. Me gusta la persona que soy cuando estoy con ella. Me gusta que me salga decir lo que pienso en cada momento. Me gusta ver que no me acobardo ante los obstáculos que ella me plantea. En condiciones normales me daría por vencido, pero hoy no.

Levanto la voz para que se me oiga por encima del traqueteo del metro.

—Vale, toca empezar la sección dos —levanto la mirada de la pantalla—. ¿Preparada? Vamos a aumentar el nivel de intimidad.

Ella frunce el ceño, pero asiente de todos modos. Leo las preguntas en alto y ella elige la número 24: «¿Cómo es la relación con tu madre (y con tu padre)?».

—Tú primero —dice.

—Vale. Bueno, a mi padre ya lo has conocido...

Ni siquiera sé por dónde empezar. Quiero a mi padre, claro que sí, pero se puede querer a alguien y aun así llevarse mal con esa persona. Me pregunto cuántos de nuestros desencuentros son los típicos conflictos padre-hijo adolescente (porque, vamos a ver, ¿dónde se ha visto que un chico de diecisiete años tenga que llegar a casa a las diez los fines de semana?) y cuántos son achacables a factores culturales (el carácter coreano-coreano opuesto al coreano-americano). Ni siquiera sé si hay una diferencia clara entre las dos cosas. A veces me siento como si estuviéramos separados por un cristal a prueba de sonidos. Nos vemos, pero no podemos oír lo que dice el otro.

—Así que no tenéis una buena relación, ¿no? —dice Natasha con un tono de burla amistosa.

Me echo a reír: acaba de hacer una descripción simple y concisa de un asunto complicado. El metro frena de repente y Natasha se pega aún más a mí. No hace ningún esfuerzo por volver a separarse.

—¿Y con tu madre? —pregunta.

—Bien —respondo, sorprendido al darme cuenta de que es verdad—. Se parece mucho a mí, más o menos. Pinta; tiene un temperamento artístico.

Es curioso, pero nunca me había dado cuenta de que nos asemejamos en eso.

—Bueno, te toca —digo, y Natasha me mira a los ojos.

—Recuérdame por qué accedí a meterme en esto —masculla.

—¿Quieres dejarlo? —le propongo, aunque sé perfectamente que no va a querer. Natasha es de esas personas que terminan lo que han empezado—. A ver, te lo pondré fácil. Basta con que apuntes con el pulgar hacia arriba o hacia abajo, ¿de acuerdo?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Tu madre? —pregunto.

Pulgar para arriba.

—¿Bien, pero bien bien?

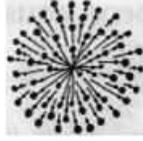
—Bueno, no exageremos. Tengo diecisiete años y soy su hija.

—¿Tu padre?

Pulgar para abajo.

—¿Mal, pero mal mal?

—Mal tirando a fatal.



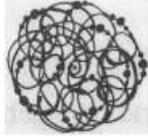
natasha

—ES DIFÍCIL QUERER A ALGUIEN que no te quiere —le digo a Daniel.

Él abre la boca y vuelve a cerrarla sin decir nada. Sé lo que está pensando: que claro que mi padre me quiere, que todos los padres quieren a sus hijos. Pero no es cierto. No existen las verdades universales. Es cierto que mi madre me quiere. Pero también es cierto que no hay nada de lo que mi padre se arrepienta más que de haberme tenido.

¿Que cómo lo sé?

Porque lo dijo él.



## samuel kingsley

### *Una historia de arrepentimiento, parte 2*

SAMUEL KINGSLEY ESTABA SEGURO de que su destino era ser famoso. Si Dios lo había dotado de semejante talento, sería porque pensaba darle la oportunidad de emplearlo.

Y entonces apareció Patricia. Si Dios ponía en su camino una esposa guapísima y dos hijos, sería porque iba a facilitarle los medios para sacar a su familia adelante.

Samuel recuerda muy bien el momento en que la conoció. Aún vivía en Jamaica, en Montego Bay. Acababa de estallar una de esas tormentas tropicales que comienzan tan repentinamente como amainan, y Samuel se había metido en una tienda de ropa para no llegar empapado a una audición a la que iba más tarde.

Patricia era la gerente, así que cuando Samuel la vio por vez primera, lucía un aspecto muy formal. Tenía una tarjeta con su nombre en la blusa. Llevaba el pelo corto y rizado, y sus ojos eran los más grandes, bonitos y tímidos que Samuel había visto en su vida. Y Samuel jamás se había podido resistir a las chicas tímidas; le atraían su cautela y su aura de misterio.

Así que se puso a hablar con ella. Citó a Bob Marley y a Robert Frost. Cantó. Patricia no tenía nada que hacer frente a la fuerza avasalladora de su encanto. La hora de la audición llegó y pasó, pero a Samuel le dio igual. No lograba despegarse de aquellos ojos que se abrían desmesuradamente cada vez que coqueteaba con su dueña.

Y aun así, una parte de él le advertía que se alejase de ella. Su faceta de clarividente veía los dos senderos que se bifurcaban en el bosque amarillo, como decía el poema. Si Samuel hubiera elegido el otro camino, si se hubiera marchado de la tienda al amainar la lluvia, tal vez todo habría sido diferente.



## daniel

—¿COMIDA COREANA? La mejor comida. Sana. Buena para el cuerpo —le digo a Natasha imitando la voz de mi madre.

Es lo que siempre dice cada vez que salimos a cenar. Charlie propone un sitio de comida americana, para variar; pero mis padres acaban optando por restaurantes coreanos, incluso aunque comamos ese tipo de platos en casa todos los días. A mí no me importa, porque da la casualidad de que estoy de acuerdo con mi madre.

¿Comida coreana? La mejor comida.

No nos queda mucho tiempo antes de que Natasha tenga que volver al edificio de antes, y la verdad es que empiezo a dudar de mi capacidad para hacer que se enamore de mí en las próximas dos horas. Tan solo espero que quiera volver a verme mañana.

Entramos en mi restaurante de *sundubu* favorito y la plantilla entera nos saluda con un «*Annyeonghaseyo*». Me encanta este sitio. Su estofado de marisco está casi tan rico como el que hace mi madre. Se trata de un local pequeño y austero, con varias mesitas en el centro y algunas más ocultas por biombos junto a las paredes. A esta hora no hay mucha gente, así que conseguimos una de las más discretas.

Natasha me pide que elija yo.

—Probaré todo lo que tú me digas.

Hago sonar la campanilla que hay sobre la mesa y una camarera aparece casi al instante. Le pido dos *sundubu* de marisco, *kalbi* y *pajeon*.

—No me puedo creer lo de la campanita —dice Natasha cuando la camarera se va.

—Mola, ¿eh? Somos un pueblo muy práctico —respondo yo, más en serio que en broma—. Elimina todo el suspense de los restaurantes. ¿Cuándo aparecerá un camarero? ¿Cuándo nos traerán la cuenta?

—¿Nadie le ha comentado esto a los gerentes de los restaurantes normales? Alguien tendría que hacerlo. Debería ser obligatorio poner campanitas en las mesas.

Me echo a reír mientras asiento con la cabeza, pero enseguida cambia de opinión.

—Ah, no, espera. ¿Te imaginas la de imbéciles que la tocarían constantemente para pedir más kétchup?

Los *panchan* (unos entrantes cortesía de la casa) llegan enseguida. De modo casi inconsciente, me armo de paciencia para las inevitables preguntas sobre qué es todo esto. Una vez, el amigo de un amigo mío hizo el típico chiste en plan «¿De qué está hecho este plato? ¿De perro?». Aunque me sentó fatal, hice un esfuerzo por reírme. Cuanto más lo recuerdo, más echo en falta la dichosa tarjeta de vuelva-a-intentarlo.

Natasha, sin embargo, no me pregunta nada.

La camarera se acerca de nuevo y nos ofrece un par de palillos a cada uno.

—Ah... ¿Podría traerme un tenedor, si no le importa? —dice Natasha.

La camarera le dirige una mirada glacial y se vuelve hacia mí.

—Enseña a tu novia a usar palillos —me suelta, y sin más, se da la vuelta y se marcha. Natasha me mira con los ojos como platos.

—¿Eso quiere decir que no me va a traer un tenedor?

Me echo a reír y meneo la cabeza. No me lo puedo creer.

—Supongo —digo.

—Bueno, pues me temo que tendrás que enseñarme a usar los palillos.

—No te lo tomes a mal. Hay gente que no está contenta hasta que todo el mundo hace las cosas como ellos dicen.

—Todas las culturas son así —dice Natasha encogiéndose de hombros—. Los estadounidenses, los franceses, los jamaicanos, los coreanos... Todo el mundo piensa que la mejor forma de hacer las cosas es la suya.

—Sí, pero no todos se acercan tanto a la verdad como los coreanos —replico con un guiño.

La camarera reaparece para servirnos dos cuencos de sopa y dos huevos crudos, y luego deja en el centro de la mesa dos cucharas envueltas en papel.

—¿Cómo se llama esto? —me pregunta Natasha cuando volvemos a quedarnos solos.

—*Sundubu*.

Observa en silencio cómo casco mi huevo, lo echo en el caldo humeante y lo entierro bajo una capa de to fu, gambas y almejas para que se cocine.

Luego hace lo mismo, omitiendo cualquier comentario sobre posibles intoxicaciones alimentarias. Hunde la cuchara en el caldo y se la lleva a la boca.

—Hummm, está de muerte —murmura con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué te defines como coreano? —pregunta después de unas cuantas cucharadas más—. ¿No decías que naciste aquí?

—Da lo mismo. Cuando la gente me conoce, todo el mundo pregunta de dónde soy. Antes decía que era estadounidense, pero entonces contestaban que no, que se referían a de dónde era «de verdad». Yo contestaba que de Corea. A veces digo que nací en Corea del Norte, y que mis padres y yo escapamos de una celda submarina llena de pirañas en la que nos había encerrado Kim Jong-Un.

En vez de sonreír como yo esperaba, ladea la cabeza y me pregunta por qué me invento eso.

—Porque da igual lo que diga —respondo—. La gente me mira y se cree lo que le da la gana.

—Pues vaya mierda —dice, y luego mete la cuchara en el cuenco de *kimchi* y se la lleva a la boca.

Podría quedarme el día entero viéndola comer.

—Bah, estoy acostumbrado. Mis padres piensan que no soy lo bastante coreano, y el resto de la gente piensa que no soy lo bastante estadounidense.

—Eso sí que es una mierda, y encima doble —asiente, dirigiendo ahora su atención a los brotes de soja—. Aun así, no deberías ir por ahí diciendo que eres coreano.

—¿Por qué no?

—Porque no es cierto. Eres de aquí.

Me encanta lo sencillo que es todo esto para ella. Me encanta que, para Natasha, la solución para todo sea decir la verdad. Mientras yo me hago un lío con mi identidad, ella llega y me aconseja que no mienta, y punto.

—No tienes por qué colaborar con los prejuicios de la gente —añade.

—¿A ti también te juzgan?

—Claro. Pero, a diferencia de ti, yo no soy de aquí, ¿recuerdas? Vinimos a Estados Unidos cuando yo tenía ocho años. Tenía acento jamaicano. La primera vez que vi nevar estaba en clase, y flipé tanto que me levanté y fui corriendo a la ventana.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Supongo que tus compañeros...

—Pues sí, no veas la que me montaron —se estremece en plan teatral—. ¿Quieres que te cuente una aún peor? La primera vez que hice un dictado en inglés aquí, el profesor me puso una falta por escribir «favourite» con u en lugar de «favorite».

—Es que es una falta.

—Para nada —replica, agitando la cuchara delante de mi nariz—. En buen inglés, se escribe con una u intercalada. Pregúntale a la reina de Inglaterra a ver qué te dice, chico americano. En fin, el caso es que yo era tan repelente que, al día siguiente, llevé a clase mi diccionario para enseñárselo al profesor y pedir que me subiera la nota.

—¿En serio?

—Por supuesto —responde con una sonrisa.

—Pues sí que te hacía ilusión sacar nota...

—Me la merecía —replica ella, y luego suelta una risita coqueta.

Me sorprende esa risita, porque no me la esperaba. Es lógico que no lo sepa todo sobre ella. Al fin y al cabo, solo la conozco desde hace unas horas. Me encanta esto de ir conociéndola poco a poco: cada nuevo dato, cada expresión diferente, parece algo mágico. No puedo concebir que se convierta en algo rutinario y aburrido. No me imagino que algún día deje de interesarme lo que Natasha tiene que decir.

—Deja de hacer eso —me dice.

—¿El qué?

—Mirarme fijamente.

—Vale —contesto. Aparto los tropezones en la sopa y veo que el huevo ya está pasado por agua—. ¿Nos los comemos a la vez? —le propongo—. Es lo mejor del plato.

Ella atrapa el suyo con la cuchara. Los dos nos miramos, cuchara en mano.

—A la de tres —digo—. Una, dos y tres.

Nos llevamos las cucharas a la boca al mismo tiempo. Observo cómo los ojos de Natasha se abren cada vez más y más. Sé cuándo la yema estalla en su paladar, porque cierra los ojos como si fuera lo más delicioso que ha probado jamás. Aunque me ha pedido que no la mire así, tengo la vista clavada en ella. Me encanta cómo reacciona ante las cosas, como si las sintiera con todo el

cuerpo. ¿Por qué una chica tan sumamente apasionada estará tan en contra de la pasión?



## la camarera

*Una historia de amor*

APRENDE A USAR PALILLOS.

Enseña a tu novia a usar palillos.

Mi hijo hizo lo mismo. Se hizo novio de una chica blanca. Mi marido se puso muy enfadado. Al principio yo también me puse así. No hablamos a nuestro hijo durante un año entero. Pensé: «No hablaremos con él. Así verá la razón, se dará cuenta».

Ya no hablamos con él, y eso me pone triste. Me acuerdo de mi niño y de sus chistes americanos y de cómo me pellizcaba los mofletes y me decía que soy la *omma* más guapa. Mi hijo, que nunca tenía vergüenza de mí cuando los otros chicos se pusieron tan americanos.

No le hablamos durante un año entero. Al final, él llamó y pensé: «Ya está. Por fin lo entiende. La chica blanca nunca nos comprenderá, nunca será coreana». Pero solo llamaba para decir que se casaba. Quería invitarnos a la boda. Oí en su voz que quiere mucho a esa chica. Oí que la quiere más que a mí. Oí que, si no íbamos a la boda, perderíamos a nuestro único hijo. Mi único hijo, que me quiere.

Pero mi marido dijo que no. Mi hijo pidió y pidió y yo le dije que no hasta que dejó de pedir.

Se casó. Vi las fotos en Facebook.

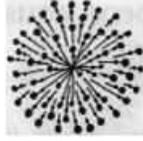
Tuvieron un hijo. Vi las fotos en Facebook.

Tuvieron otra, una niña.

Mi *sohn-jah*, y solo la he visto en el ordenador.

Ahora, cuando vienen al restaurante chicos coreanos con chicas que no se parecen a sus *omm*s, yo me enfado. Este país siempre quiere quitártelo todo. Tu lengua, tu comida, tus hijos. Aprende a usar palillos.

Este país no puede quedarse con todo.



## natasha

QUEDAN MENOS DE DOS HORAS para mi cita con el abogado, y Daniel está empeñado en que vayamos al *norebang*, que es como el karaoke pero en coreano. Siempre he pensado que, en japonés, la palabra *karaoke* significa «ponerse en ridículo desafinando delante de un montón de desconocidos que han ido al local para reírse de ti».

—No se parece en nada a la versión americana del karaoke —insiste Daniel al ver que me resisto—. Esto es mucho más civilizado.

«Civilizado», en este contexto, quiere decir que te pones en ridículo en una sala más pequeña, delante de tus amigos solamente. Resulta que el local de *norebang* favorito de Daniel está justo al lado del restaurante en el que hemos comido. De hecho, pertenece a los mismos dueños, así que ni siquiera tenemos que salir a la calle para acceder a él.

Daniel elige una de las salas más pequeñas, que aun así resulta grande. Estos sitios deben de estar preparados para grupos de seis u ocho personas, no para parejas. La sala está poco iluminada, y un largo sofá de cuero rojo y aspecto mullido ocupa tres de las paredes de la estancia. En el medio hay una mesa baja bastante grande, con un micrófono, un mando a distancia de aspecto complicado y un tomo grueso en cuya cubierta pone *Menú de canciones* en inglés y en coreano (supongo). Junto a la puerta de entrada hay una pantalla grande en la que deben de aparecer las letras de las canciones. Del techo cuelga una gran bola de discoteca.

A Bev le encantaría este lugar. Para empezar, está obsesionada con las bolas de discoteca (tiene cuatro en su cuarto, y una especie de lámpara despertador con la misma forma en su mesilla de noche). Además, canta muy bien y siempre está buscando excusas para hacerlo delante de la gente.

Saco el teléfono para ver si me ha mandado algún mensaje, pero no hay ninguno. «Estará ocupada», me digo. «No se ha olvidado de mí. Aún sigo aquí».

Daniel cierra la puerta.

—No puedo creerme que nunca hayas estado en un *norebang* —comenta.

—Es imperdonable, lo sé.

Con la puerta cerrada, la sala parece más pequeña e íntima. Daniel me mira de reojo como si estuviera pensando lo mismo.

—Voy a pedir algo de postre —dice, y aprieta un timbre que hay en la pared.

Al cabo de unos segundos, aparece la misma camarera del restaurante y toma nota del pedido sin molestarse en mirarme. Daniel pide *patbingsoo*, que resulta ser un cuenco lleno de virutas de hielo, con fruta, pastelillos de arroz y dulce de alubias rojas.

—¿Te gusta? —me pregunta, y me doy cuenta de que le importa mucho mi respuesta.

Me lo zampo de seis cucharadas. ¿Cómo no me va a gustar? Es dulce, fresquito y delicioso.

Daniel me mira con una sonrisa de oreja a oreja y yo le respondo del mismo modo.

Hecho Constatable: me gusta hacer que se ponga contento.

Hecho Constatable: no sé cuándo ha empezado a gustarme eso.

Mientras él abre el menú de canciones y hojea la sección inglesa, concentrado como si la vida le fuera en ello, yo miro los vídeos de K-pop que aparecen en la pantalla. Son tan coloridos como pegadizos.

—Elige una canción cualquiera —le digo cuando ya he visto tres vídeos.

—Esto es un *norebang* —replica—. No se trata de elegir una canción y ya está: se trata de que la canción te elija a ti.

—Dime que estás de broma.

Él me guiña un ojo y empieza a aflojarse la corbata.

—Pues sí que voy de broma, pero ten un poco de paciencia. Estoy buscando algo que me permita impresionarte con mis florituras vocales.

Se desabrocha el primer botón de la camisa y observo sus manos mientras se quita la corbata. No se está desnudando ni nada por el estilo, desde luego, pero, por alguna razón, me siento como si lo hiciera. Y eso que lo más escandaloso que tengo a la vista es la base de su cuello... Se quita la goma de la coleta y la deja en la mesa. El pelo le cae sobre la cara, y se lo sujeta detrás de las orejas con gesto ausente. No puedo quitarle los ojos de encima. Es como si llevara todo el día esperando a que hiciera esto.

Hecho Constatable: con el pelo suelto, está como un queso.

Hecho Constatable: cuando lleva coleta, está como un queso.

Aparto la mirada y hago un esfuerzo por centrarme en el aparato de aire acondicionado, sopesando la posibilidad de bajar la temperatura. Por el rabillo del ojo, veo cómo Daniel se remanga, y me da la risa. Parece como si se estuviera preparando para llevar a cabo alguna actividad física. Intento no fijarme en las líneas largas y curvas de sus antebrazos, pero mis ojos vuelven a ellas una y otra vez.

—¿Cantas bien? —le pregunto.

Él me mira con solemnidad fingida, pero el brillo de su mirada le delata.

—No te voy a engañar —contesta—: soy bueno. En plan cantante de ópera italiano, vaya.

Agarra el mando a distancia y teclea el número de su canción.

—Y tú, ¿cantas bien? —me dice.

No le respondo. Al fin y al cabo, está a punto de averiguarlo. De hecho, creo que dejaré de gustarle en cuanto me oiga cantar.

Hecho Constatable: nadie en el mundo desafina más que yo.

Daniel avanza hasta situarse delante de la pantalla. Parece que va a necesitar espacio para maniobrar. Se coloca con los pies separados, agacha la cabeza hasta que el pelo le oculta la cara y levanta la mano del micrófono, con una pose típica de estrella del *rock*. La canción empieza. Es

*Take a Chance on Me*, de ABBA. Daniel se coloca la otra mano sobre el corazón y entona con voz profunda. Como su título indica, la canción habla de atreverse a apostar por alguien (concretamente, de que yo me atreva a apostar por él).

Para cuando llega a la segunda estrofa, ya ha entrado en calor y no hace más que poner morritos y lanzarme miradas insinuantes en plan cantante *sexy*. Según la letra de la canción, podemos hacer un montón de cosas divertidas si seguimos juntos. La diversión se basa en bailar, caminar, charlar o escuchar música (curiosamente, de besar no dice nada). Daniel representa cada una de las actividades como una especie de mimo desquiciado, y yo no puedo parar de reír.

A la tercera estrofa, lo tengo de rodillas delante de mí. Ahora la letra dice no sé qué de sentirse solo cuando los pájaros echan a volar. No lo acabo de entender... ¿Se supone que el pájaro soy yo? ¿Es él? ¿Qué pintan los pájaros aquí?

El resto de la canción la interpreta de pie, agarrando el micrófono con las dos manos y cantando con toda su alma. No se inmuta ante mis carcajadas histéricas. Por otra parte, no exageraba al decir que era bueno. Canta fenomenal. Incluso se hace sus propios coros, que consisten en repetir una y otra vez *take a chance*.

Pero no está intentando parecer *sexy* ni nada por el estilo. Simplemente es divertido. De hecho, es tan divertido que resulta *sexy*. Jamás había sospechado que ser divertido pudiera causar este otro efecto. Mientras baila en plan ochentero, veo cómo se le pega la camisa al pecho. Se aparta el pelo de la cara con gesto dramático y observo lo largos que tiene los dedos. Se da la vuelta y me fijo en lo firme que parece su trasero bajo los pantalones del traje.

Hecho Observable: me encantan los chicos con el culo bonito.

Teniendo en cuenta cómo ha empezado mi día, nada de esto debería estarme produciendo los sentimientos que me produce. Y aun así... Debe de ser por lo espontáneo que es. No le importa nada hacer el ridículo. Lo único que quiere es hacerme reír.

Daniel llega al final de la canción colorado y sudoroso. Cuando la música se apaga, se da la vuelta para mirar la pantalla hasta que aparece la caricatura de un micrófono fucsia con un letrero: 99%. La pantalla se llena de confeti.

—No me dijiste que te ponen nota —gimo.

Él sonrío con expresión triunfante y se derrumba a mi lado en el sofá. Nuestros brazos se rozan, se separan, se rozan otra vez. Me siento ridícula por ser tan consciente de ello, pero no puedo evitarlo.

Daniel se inclina hacia delante y me ofrece el micrófono.

—Dispara —me dice.



## daniel

¿CÓMO NO SE ME OCURRIÓ venir al *norebang* antes? Estar con ella en una sala a media luz es como un pequeño paraíso (un pequeño paraíso discotequero). Está concentrada en el menú de canciones, pasando las hojas y gruñendo en voz baja que canta fatal. Yo la miro todo lo fijamente que puedo, porque está demasiado ocupada para darse cuenta y pedirme que deje de hacerlo.

No sabría decir qué parte de su cara me gusta más. Ahora mismo, tal vez sean sus labios. Se mordisquea el de abajo en plan demasiadas-opciones-para-elegir-una-sola.

Al final se decide. En vez de marcar el número en el mando, se inclina sobre la mesa para introducirlo con el teclado. El vestido se le levanta un poco y distingo la parte trasera de sus muslos, marcada por las costuras del sofá. Me encantaría acariciarlos y alisar las marcas con los pulgares.

Ella se da la vuelta, y me pilla tan de lleno que no sirve de nada disimular. Tampoco quiero hacerlo. Me muero de ganas de tocarla, y quiero que ella lo sepa. No aparta la mirada. Sus labios se separan (indudablemente, son los más bonitos del universo conocido) y su lengua asoma un poquito para humedecer el de abajo.

Me voy a levantar y voy a besarla. Nada puede detenerme. Nada, salvo el inicio de la canción, que es lo más triste del mundo.

Reconozco los acordes iniciales. Es *Fell on Black Days*, de Soundgarden. Al principio, el cantante del grupo, Chris Cornell, cuenta a la audiencia que todo lo que temía se ha hecho realidad. Las cosas empeoran a partir de ahí hasta llegar el estribillo, en el que el bueno de Chris repite unos mil millones de veces (una arriba, una abajo) que «ha caído en días negros». En términos objetivos, se trata de una de las canciones más deprimentes que han existido jamás.

Pero a Natasha le encanta. Estrangula el micrófono con las dos manos y cierra los ojos. Canta con todo el corazón, con muchísimo sentimiento y con absolutamente nada de oído.

No es mala.

Es malísima.

Desafina como si le fuera la vida en ello.

Si acierta alguna nota, es por pura casualidad. Se balancea de forma arrítmica de un lado a

otro, con los ojos cerrados. No le hace falta leer la letra, porque se la sabe de memoria.

Para cuando llega al estribillo final, está claro que se ha olvidado completamente de mí. Su torpeza se diluye. Se coloca una mano en el corazón y, aunque sigue sin afinar, berrea con emoción auténtica algo sobre no conocer lo que le deparará el destino.

La canción termina y yo lo agradezco en el alma. Es un antídoto contra la felicidad. Natasha me mira de reojo, tímida por primera vez desde que la conozco. Se vuelve a morder el labio y hace una mueca. Resulta adorable.

—Me gusta muchísimo esta canción —dice.

—Es un poquito deprimente, ¿no crees? —replico para picarla.

—A nadie le viene mal comerse un poquito el tarro de vez en cuando.

—Eres la persona menos dada a comerse el tarro que conozco.

—De eso nada —responde—. Lo que pasa es que lo disimulo muy bien.

No creo que tuviera intención de confesarme eso. De hecho, sospecho que no le gusta mostrar sus puntos flacos. Aparta la cara y deja el micrófono en la mesa.

Yo, sin embargo, no pienso dejar escapar el momento. Le agarro la mano y tiro de ella hacia mí. Ella no se resiste, y yo no paro hasta que estamos pegados. Solo dejo de tirar cuando siento el roce de su aliento en mi cara.

—Jamás había oído a nadie cantar tan mal —digo.

Sus ojos brillan al mirarme.

—Te dije que desafinaba.

—No me lo dijiste.

—Pero lo pensé.

—¿Acaso estoy dentro de tu cabeza?

Estamos tan cerca que noto cómo sus mejillas suben de temperatura al ruborizarse.

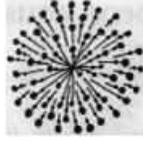
Le apoyo una mano en la cintura y entierro la otra en su pelo. En el aliento que nos separa puede ocurrir cualquier cosa. La espero, espero a que sus ojos asientan, y entonces la beso. Sus labios son como almohadas en las que me hundo. Empezamos muy tímidamente, solo con los labios, pero enseguida nos saboreamos el uno al otro. Natasha abre los labios y nuestras lenguas se enredan, se retiran, se enredan...

Me noto duro por todas partes, pero es una sensación demasiado buena, demasiado bonita para avergonzarme. Oigo los ruiditos que hace ella y me entran aún más ganas de besarla.

Me da igual todo lo que ha dicho sobre el amor y las sustancias químicas. Esto no va a desaparecer. Esto es más que simple química.

Natasha aparta la cara, y sus ojos como estrellas negras y resplandecientes se clavan en los míos.

—Vuelve —murmuro, y vuelvo a besarla como si no hubiera un mañana.



## natasha

NO PUEDO PARAR. No quiero parar. A mi cuerpo le da exactamente igual lo que opine mi cerebro. Siento este beso por todas partes: en las puntas del pelo, en el centro del vientre, en la parte de atrás de las rodillas. Quiero fundirme con él, que los dos nos derritamos juntos. Damos un paso atrás y mis piernas chocan con el borde del sofá. Él me ayuda a tumbarme lentamente hasta quedar medio encima de mí, pero con una pierna aún en el suelo.

Necesito seguir besándole. Mi cuerpo es un caos. No me sacio, no logro acercarme lo suficiente. Algo frenético e insistente se eleva en mi interior. Mi espalda se arquea para pegarse a él aún más de lo que ya estoy. Su mano estrecha mi cintura, sube y roza levemente mi pecho. Enlazo su cuello con los brazos y entierro los dedos en su pelo. Por fin... Llevo todo el día deseando hacer esto.

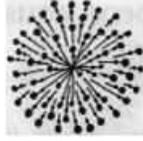
Hecho Constatable: no creo en la magia.

Hecho Constatable: somos magia.



daniel

MADRE...



natasha

... MÍA.



daniel

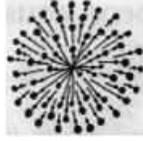
NO PODEMOS HACER EL AMOR en el *norebang*.

No.

Podemos.

Hacerlo.

Pero tengo que admitir que me gustaría. Si no dejamos de besarnos, al final se lo voy a proponer, y no quiero que piense que soy de esa clase de tíos que quieren hacer el amor en un *norebang* al final de su primera (especie de) cita, aunque me temo que sí que soy de esa clase de tíos, porque me muero me muero me muero de ganas por hacer el amor con ella aquí y ahora.



## natasha

MIS MANOS NO PUEDEN PARAR DE TOCARLO. Salen solas de entre su pelo y descienden por su espalda, dura y musculosa. Luego, sin que nadie se lo mande, se deslizan hasta su culo. Como sospechaba, es espectacular: firme, redondeado y de proporciones perfectas. El tipo de trasero que pide a gritos que lo agarren. Este chico no debería llevar pantalones jamás.

Lo rozo y es aún mejor de lo que me esperaba. Él se incorpora un poco apoyándose en los antebrazos y me mira con una sonrisa.

—No es un melón, ¿sabes?

—Me gusta —contesto.

—Pues es tuyo —me dice.

—¿Nunca has pensado en llevar solo leotardos?

—Jamás —responde con una carcajada, poniéndose colorado.

Me encanta hacer que se sonroje.

Vuelve a bajar la cabeza y me besa de nuevo. Es como si no hubiera ninguna parte de mí ajena a ese beso. Con esfuerzo, aparto las manos de su trasero y las apoyo en sus hombros. Nos estamos embalando demasiado. Si sigo besándole, voy a hacer que las cosas sean aún más difíciles... después.

Así que está claro.

Se acabaron los besos.



## daniel

NOTO QUE VACILA porque sus labios se aflojan. Lo entiendo: la verdad es que yo también estoy Hipando un poco por lo intenso que es todo esto. Me incorporo y la ayudo a sentarse. Luego le pongo la palma de la mano en la nuca y apoyo mi frente en la suya. Nuestra respiración aún va demasiado rápido, demasiado irregular. Sabía que teníamos química, pero no me esperaba algo así.

Somos yesca bajo un rayo. Somos cerillas encendidas y leña seca. Señales de peligro de incendio y un bosque esperando a que lo quemem. De todo lo que podría haber ocurrido hoy, jamás habría esperado algo así. Sin embargo, ahora estoy seguro de que todo lo que ha pasado desde esta mañana ha sido para llevarme hasta ella, para llevarnos a los dos hasta este momento, para llevar este momento hasta el resto de nuestras vidas.

Incluso el hecho de que expulsaran a Charlie de Harvard parece parte del plan para traernos hasta aquí. Si Charlie no la hubiera jodido, a mi madre no se le habría escapado lo que dijo esta mañana.

Si no se le hubiera escapado decir eso, yo no me habría marchado de casa temprano para cortarme el pelo (que no me voy a cortar, a este paso).

Y tampoco me hubiera montado en la línea 7 de metro con su conductor-predicador en busca de Dios.

Si no hubiera sido por ese conductor, no habría salido a la calle para hacer el resto del camino a pie ni hubiera visto a Natasha en plena experiencia místico-musical.

Y si el conductor no se hubiera puesto a hablar de Dios, yo no me habría fijado en la cazadora de Natasha con su letrero de DEUS EX MACHINA.

Si no hubiera sido por esa cazadora, no habría seguido a Natasha hasta la tienda de discos.

Si no hubiera sido por el manguí de su exnovio, Natasha y yo no habríamos hablado.

Tengo cosas que agradecer hasta al imbécil del BMW. Si no se hubiera saltado el semáforo en rojo, yo no habría tenido una segunda oportunidad con Natasha.

Todas y cada una de las cosas nos han empujado hasta aquí.

Cuando por fin conseguimos recuperar el aliento, le doy un beso en la punta de la nariz.

—Te lo advertí —le digo, y luego vuelvo a besarle la nariz.

—¿Y esta obsesión con mi nariz? —se ríe ella—. ¿Qué es eso que me advertiste?  
Yo se lo digo, puntuando cada palabra con un beso en la nariz.

—Que...

Beso.

—Estábamos...

Beso.

—Predestinados...

Beso.

—A...

Beso.

—Encontrarnos.

Ella se echa atrás para atrás y se desenreda de mí. Sus ojos se han convertido en nubes de tormenta. Me cuesta dejar que se aleje, como si fuéramos dos imanes. ¿La habré asustado con mis historias del destino? Se hace a un lado en el sofá y se arrellana demasiado lejos. Me resisto a dejar que se acabe el momento de antes. Hace dos segundos, pensaba que duraría para siempre.

—¿Quieres cantar otra? —le pregunto, carraspeando a media frase porque se me quiebra la voz.

Miro la pantalla. Ha sacado un 89%, un resultado desastroso, pues resulta verdaderamente difícil sacar menos de un 90% en un *norebang*.

Ella sigue mi mirada, pero no dice nada. No sé qué le estará pasando por la cabeza. ¿Por qué se resiste así a lo que hay entre nosotros? Se toca el pelo, estira un mechón y lo suelta. Estira otro y lo suelta también.

—Lo siento —dice.

Yo resbalo por el asiento hasta eliminar la distancia que ella ha puesto entre los dos. Tiene las manos agarradas sobre el regazo.

—¿Qué es lo que sientes?

—Estar así, pasando del frío al calor y del calor al frío en un momento.

—Hace un minuto no estabas tan fría —respondo yo, optando por la gracia más lamentable que podría hacer en este momento.

Las indirectas me ponen tan nervioso como los juegos de palabras. Incluso subo y bajo exageradamente las cejas mientras espero a que reaccione. La verdad es que no sé cómo se lo va a tomar...

Una sonrisa le asoma a la cara, y las nubes de sus ojos se disuelven.

—Vaya, vaya —dice con una voz tan cálida como su sonrisa—. Veo que tiene usted mucha labia.

—Llámeme don Juan, por favor —respondo yo.

Ya de perdidos, al río. Estoy dispuesto a decir cualquier chorrada con tal de hacerla reír.

Ella suelta una suave carcajada y se recuesta en el sofá.

—¿Estás seguro de que tienes madera de poeta? Porque esto es bastante lastimoso.

—¿Qué esperabas? ¿Pensabas que diría algo más...?

—... poético —remacha ella.

—¿Estás de broma? La mayor parte de los poemas tratan de sexo.

Me mira con escepticismo.

—¿Alguna encuesta que aportar? Me gustaría ver cifras que respalden esa afirmación.

—No me puedo creer que seas tan científica.

—No me puedo creer que seas tan poético.

Los dos sonreímos encantados, sin tratar de ocultar lo bien que nos lo estamos pasando.

—Casi todos los poemas que conozco tratan de amor, de sexo o de las estrellas. Todos los poetas estáis obsesionados con el asunto de los astros: estrellas caídas, estrellas fugaces, estrellas que se extinguen...

—Las estrellas son muy importantes —contesto con una carcajada.

—Pues claro. ¿Pero por qué no hay más poemas sobre el Sol? El Sol también es una estrella. La más importante para los seres humanos, de hecho. Eso debería bastar para que le dedicaran uno o dos poemas, ¿no?

—Hecho. De ahora en adelante, solo escribiré poemas sobre el Sol —declaro.

—Me alegro.

—Bueno, pero ahora en serio: de verdad pienso que casi todos los poemas hablan de sexo. Un ejemplo: Robert Herrick, un poeta inglés del siglo XVII, escribió una poesía titulada *A las vírgenes, para que aprovechen el tiempo*.

Natasha sube las piernas para sentarse a lo indio en el sofá, mientras se parte de risa.

—¡No puede ser cierto! —jadea.

—Pues lo es. El poema viene a decirles a las vírgenes que dejen de serlo a la mayor brevedad posible, no vaya a ser que se mueran antes. ¡Ay de aquella que muera siendo virgen!

—A lo mejor ese no era el mensaje —replica Natasha, repentinamente seria—. Tal vez se refiriera a que hay que vivir el momento, como si solo tuviéramos el día de hoy.

No sé por qué de pronto vuelve a parecer tan triste. Apoya la nuca en el borde del respaldo y contempla la bola de espejos.

—Háblame de tu padre —le pido.

—No me apetece mucho.

—Ya lo sé, pero me gustaría que me hablaras de él de todos modos. ¿Por qué dices que no te quiere?

Natasha alza la cabeza para mirarme a los ojos.

—Eres implacable —dice, y deja caer la cabeza de nuevo.

—Insistente, más bien.

—A ver... No sé cómo explicarlo. La emoción que predomina en mi padre es el arrepentimiento. Es como si pensara que cometió un tremendo error en el pasado, que se desvió donde no debía y que eso lo alejó de la vida que hubiera debido llevar y lo depositó en esta vida que lleva, con mi madre y mi hermano y yo.

La voz le tiembla mientras lo dice, pero no llora. Le agarro la mano que tengo más cerca y los dos contemplamos en silencio la pantalla. Su puntuación ha sido reemplazada por un anuncio de los casinos de Atlantic City, pero no se oye el sonido.

—Mi madre pinta unos cuadros preciosos —le digo—. Son impresionantes.

Recuerdo muy bien cómo los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas cuando mi padre le dio ese regalo. «Yeobo», le dijo, «no tenías por qué regalarme nada».

«Es algo para que lo disfrutes tú sola», respondió mi padre. «Antes te pasabas las horas pintando».

Eso me dejó de piedra. Yo que creía saberlo todo sobre mi madre (y sobre mi padre, de hecho), de repente oía hablar de una afición secreta que jamás había sospechado. Le pregunté a mi madre por qué había dejado de pintar, y ella hizo un ademán como si quisiera lanzar lejos las lágrimas. «Fue hace mucho», respondió.

Levanto la mano de Natasha y le doy un beso en el dorso.

—¿Sabes qué? —le digo—. A veces pienso que mi madre se desvió de su camino al tenernos a mi hermano y a mí.

—¿Pero ella piensa lo mismo?

—No lo sé —confieso—. Aunque, si tuviera que apostar, diría que está contenta con dónde la ha llevado la vida.

—Eso está bien. ¿Te imaginas pasarte la vida entera pensando que cometiste un error? —dice Natasha con un estremecimiento.

Vuelvo a besar su mano, ahora más despacio, y su respiración se acelera. Trato de darle un beso en los labios, pero ella se echa hacia atrás.

—Dime por qué quieres ser poeta —me pide.

Me apoyo en el respaldo y acaricio sus nudillos con la yema del pulgar.

—No sé... En realidad, ni siquiera sé si de verdad quiero dedicarme a eso. ¿Cómo puedo saberlo ahora? Lo único que sé es que me gusta escribir poemas. Me gusta mucho. Se me ocurren cosas que necesito escribir, y cuando lo hago, aparecen poemas. Escribir hace que me sienta a gusto conmigo mismo, igual que...

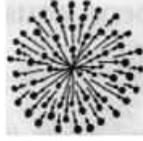
Me interrumpo: no quiero volver a asustarla.

—¿Igual que qué? —me urge, mirándome con ojos brillantes.

Creo que quiere escuchar mi respuesta.

—Igual que estar contigo. Tú también haces que me sienta a gusto conmigo mismo.

Saca su mano de entre mis dedos. Por un momento pienso que va a volver a retraerse, pero no lo hace. En vez de eso, se inclina hacia mí y me besa otra vez.



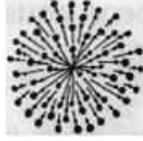
natasha

LE BESO PARA QUE SE CALLE. Si sigue hablando voy a enamorarme de él, y no quiero que eso ocurra. No me lo puedo permitir. Pero mi estrategia resulta ser un desastre. Besarse es otra manera de hablar, solo que sin palabras.



daniel

ALGÚN DÍA ESCRIBIRÉ UNA ODA a los besos. La titularé *Oda a un beso*.  
Será espectacular.



## natasha

CREO QUE AÚN SEGUIRÍAMOS BESÁNDONOS si la camarera cascarrabias no hubiera aparecido para preguntar si queríamos algo más de comer. Pues no, no queremos nada, y además ya es hora de irse.

Me gustaría llevar a Daniel al Museo de Historia Natural, mi sitio favorito de Nueva York. Se lo digo mientras salimos a la calle.

Después de la penumbra del *norebang*, el sol parece demasiado brillante. Y no solo el sol: la ciudad entera resulta excesiva. Ruidosa, atestada de gente...

Durante unos segundos me despistan las tiendas amontonadas a nuestro alrededor, todas con letreros incomprensibles. Luego recuerdo que estamos en Koreatown, claro. La gente dice que meterse en este barrio es como viajar a Seúl, pero no sé si será verdad. Con los ojos entrecerrados para protegerlos del sol, dudo si sería mejor volver a entrar. Aún no estoy preparada para enfrentarme a la realidad desbordante y caótica de Nueva York.

Pensar en la palabra «realidad» me pone los pies en la tierra. El olor a asfalto y humo de coche, el rugido del tráfico dando vueltas hacia ninguna parte, el aroma del ozono... Esta es la realidad. En el *norebang* podíamos olvidarnos de ella, pero aquí no. Es una de las cosas que más me gustan de esta ciudad: desactiva cualquier intento de mentirse a uno mismo. Volvemos la cabeza al mismo tiempo y nos miramos. Vamos de la mano, pero en este momento, hasta eso me hace huir de la realidad. Me libero para ajustarme los tirantes de la mochila. Él se queda esperando a que lo agarre de nuevo, pero aún no estoy preparada para hacerlo.



## daniel

*Chico del barrio no aprende a dejar estar las cosas de una buena vez.*

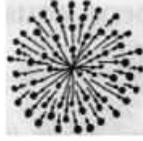
Estamos sentados en asientos contiguos del metro. Aunque las sacudidas del vagón no hacen más que juntarnos, siento cómo ella se aleja. Al otro lado no hay nadie, así que miramos nuestros reflejos en la ventanilla. Mis ojos se deslizan hasta su cara y ella aparta la vista. Sus ojos buscan los míos y yo miro para otro lado. Lleva la mochila en el regazo, abrazada con tanta fuerza como si temiera que pudiese escapársele en cualquier momento.

Podría extender la mano y agarrar la suya, pero sería forzar las cosas. Esta vez quiero que sea ella quien lo haga. Quiero que reconozca en voz alta lo que hay entre nosotros. No soy capaz de dejarlo estar de una buena vez. Quiero que me lo diga: «Estábamos predestinados a encontrarnos». Eso o cualquier otra cosa. Necesito oírlo, saber que no estoy solo en todo esto.

Debería dejarlo estar.

Voy a dejarlo estar.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —pregunto, haciendo todo lo contrario de lo que acabo de proponerme.



natasha

ODIO DISIMULAR. Y, sin embargo, lo estoy haciendo.

—No sé a qué te refieres —le digo a su reflejo en el cristal, sin querer mirarle a él.



## daniel

POR UN MOMENTO casi me creo que no sabe a qué me refiero. Nuestros ojos se encuentran en la ventanilla como si ya no pudiéramos mirarnos cara a cara.

—Estábamos predestinados a encontrarnos —insisto, pero mi voz suena mal: irritada y exigente y suplicante, todo al mismo tiempo—. Sé que tú lo sientes también.

En vez de contestar, Natasha se levanta y camina hasta la puerta. Si la ira fuera calor, podría ver el aire caliente ondulándose a su alrededor.

Una parte de mí quiere acercarse a ella para pedirle perdón. Otra parte de mí quiere preguntarle qué narices le pasa. Me obligo a quedarme sentado durante las dos siguientes paradas, hasta que al fin el metro se detiene con un chirrido en la estación de la calle Ochenta y Uno.

Las puertas se abren y Natasha avanza esquivando a la gente del andén. Sube las escaleras de dos en dos y, en cuanto llegamos a la superficie, me aparta a un lado y se encara a mí.

—No te atrevas a decirme lo que tengo que sentir —dice, susurrando tan fuerte que es como si gritara.

Parece que quiere decir algo más, pero menea la cabeza, se da la vuelta y echa a andar.

Tiene pinta de estar harta, pero es que ahora yo también lo estoy. Acelero el paso hasta alcanzarla.

—¿Se puede saber qué te pasa, Natasha? —exploto con un gesto de exasperación.

No deberíamos perder tiempo peleando. Central Park está al otro lado de la calzada, y los árboles resplandecen con sus colores otoñales. Quiero pasear por el parque con ella y escribir poemas en mi libreta. Quiero que se ría de mí al verme escribir poemas en mi libreta. Quiero que me explique detenidamente cómo y por qué cambian de color las hojas. Estoy seguro de que puede darme una explicación científica.

Ella se echa la mochila a la espalda y se cruza de brazos.

—El destino no existe. Nadie está predestinado a encontrarse.

No me apetece discutir de filosofía ahora mismo, así que lo dejo pasar.

—Vale. Pero si existiera...

—No —me corta—. Ya está bien. No existe. Y aunque existiera, no tendría nada que ver con nosotros dos.

—¿Cómo puedes decir eso? —replico, aunque sé que estoy portándome de manera irracional y poco razonable y yo qué sé qué más.

Esto no es algo que se pueda debatir.

No se puede convencer con razonamientos a otra persona de que se enamore de ti.

Una brisa fría hace susurrar las hojas a nuestro alrededor. Hace más fresco de lo que ha hecho en todo el día.

—Porque es cierto —contesta Natasha—. No estamos predestinados a encontrarnos, Daniel. Soy una inmigrante sin papeles. Me van a deportar. Hoy es mi último día en Estados Unidos. Mañana ya no estaré aquí.

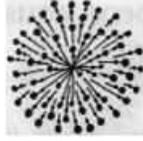
Tal vez haya otra forma de interpretar sus palabras. Mi cerebro elige las más importantes y las reorganiza en busca de otro significado. Trato incluso de esbozar un poema rápido, pero las palabras se niegan a cooperar. Se quedan ahí plantadas, demasiado sólidas para que yo las recoja y las mueva.

Último.

Sin papeles.

Estados Unidos.

No estaré.



natasha

EN CIRCUNSTANCIAS NORMALES, hacer algo así (discutir en un lugar público) me daría muchísima vergüenza. Pero ahora apenas veo nada que no sea Daniel. La verdad es que llevo toda la mañana así.

Él apoya la frente en las manos y su pelo forma una cortina alrededor del rostro. No sé qué hacer ni qué decir. Me gustaría retirar lo que he dicho. Me gustaría seguir disimulando. Es culpa mía que esto haya llegado tan lejos. Tendría que habérselo contado desde el principio, pero no sospechaba que llegaríamos tan lejos. No sabía que sentiría tantas cosas...



## daniel

—RETRASÉ MI ENTREVISTA POR TI.

Lo digo en voz tan baja que ni siquiera sé si realmente quiero que me oiga. Pero ella me oye.

Sus ojos se abren de par en par. Empieza a decir algo, se interrumpe, empieza otra frase y se vuelve a interrumpir.

—Eh, un momento —dice por fin—. ¿Me estás echando la culpa?

Es cierto: la estoy culpando de algo, aunque no sé muy bien de qué. Un ciclista se sube a la acera justo a nuestro lado. Alguien le chilla que use la calzada, que para eso está. A mí también me gustaría gritarle. «¡Respetar las normas!», querría decirle.

—Podrías haberme avisado —digo—. Podrías haberme advertido de que te ibas a marchar.

—Lo hice —replica, cada vez más a la defensiva.

—No lo dejaste claro. No me contaste que dentro de 24 horas ibas a vivir en otro país.

—No sabía que iba a...

—Sí —la interrumpo—. Cuando nos conocimos, sí que sabías lo que te iba a ocurrir.

—En ese momento no era asunto tuyo.

—¿Y ahora sí? —replico.

Aunque la situación resulta desesperada, que admita que ahora sí lo es me da un poco de esperanza.

—Traté de decírtelo —insiste.

—Pero no llegaste a hacerlo. Mira, así es como se hace: abres la boca y dices la verdad, en vez de chorradas sobre lo poco que crees en el amor y en la poesía. «Daniel, voy a irme del país», por ejemplo. O «Daniel, no te enamores de mí».

—Eso sí que te lo dije —replica.

Aunque no está gritando, tampoco está siendo especialmente discreta.

Un niño pequeño que lleva un chaquetón marinero de lo más elegante nos mira boquiabierto y tira de la mano de su padre. Los turistas armados con guías que pasan a nuestro lado frenan y nos observan como si fuéramos una atracción.

—Es cierto —contesto—, pero entonces no creí que fueras sincera.

—¿Y tengo yo la culpa?

No tengo nada que responder ante eso. Nos quedamos callados, mirándonos fijamente.

—No creo que te estés enamorando de verdad —dice en voz más baja, en un tono a medio camino entre la angustia y la incredulidad.

Sigo sin tener nada que decir. Incluso a mí me sorprende lo intensos que son mis sentimientos hacia ella. Lo malo de enamorarse es que pierdes los frenos en una cuesta abajo y resulta imposible controlar tu propia trayectoria.

—¿Y por qué crees que no me estoy enamorando? —replico con suavidad, en un intento de calmar la tensión.

Ella agarra con fuerza los tirantes de su mochila.

—Porque sería una estupidez por tu parte. Te dije que no...

Ahora sí que no aguanto más. Llevo todo el día con el corazón al aire, y a estas alturas está bastante arañado.

—Ah, estupendo. Entonces, ¿tú no sientes nada por mí? ¿Con quién me estuve besando hace un rato? ¿Connmigo mismo?

—¿Te crees que unos cuantos besos significan «para siempre»?

—Esos besos, sí.

Ella cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, me parece ver un destello de pena en su mirada.

—Daniel... —comienza a decir.

—No —la interrumpo; no quiero su lástima—. No. Paso, no quiero oírlo. Ya lo he pillado: tú no sientes lo mismo. Te vas a marchar. Que tengas una buena vida.

Retrocedo dos pasos. Voy a darme la vuelta cuando ella replica:

—Eres igual que mi padre.

—Ni siquiera conozco a tu padre —digo mientras me pongo la chaqueta, que ahora parece más opresiva.

—Da lo mismo —responde cruzándose de brazos—. Eres como él: egoísta.

—Eso no es cierto —replico, y ahora soy yo quien está a la defensiva.

—Sí que lo es. Crees que el mundo entero gira a tu alrededor. Alrededor de tus sentimientos. De tus sueños.

Abro los brazos, exasperado.

—¿No hay nada malo en tener sueños! Puede que sean tontos o poco realistas, pero al menos los tengo.

—¿Y por qué supones que eso es una virtud? Toda la gente como tú piensa que el universo existe para albergarlos a ellos y a sus ilusiones.

—Mejor tener demasiados sueños que no tener ninguno.

Ella entrecierra los ojos, lista para entablar batalla.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

No me lo puedo creer. ¿De verdad se lo tengo que explicar?

—Porque esa es nuestra razón de ser: tener sueños.

—En absoluto —replica meneando la cabeza—. Nuestra razón de ser es contribuir a la supervivencia y la evolución de nuestra especie. Punto.

Sabía que iba a echar mano de la ciencia. Sin embargo, estoy seguro de que no piensa eso en realidad.

—Eso no te lo crees ni tú —digo.

—¿Cómo lo sabes? Apenas me conoces. Además, soñar es un lujo que no todo el mundo se puede permitir.

—Tú sí que podrías. Lo que pasa es que te da miedo que te ocurra lo mismo que a tu padre. No quieres equivocarte en tus elecciones, así que pasas de elegir.

Sé que debe haber una manera mejor de decirle esto, pero no estoy en mi mejor momento.

—Ya sé lo que quiero elegir. Sé lo que quiero hacer con mi vida —dice.

No puedo contener un bufido irónico.

—¿Ser analista de datos? Eso no es una pasión, sino un trabajo. Tener sueños nunca ha matado a nadie.

—Venga ya, por favor... —replica—. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo?

—¿Sabes qué? Prefiero ser ingenuo a ser... lo que sea que seas tú. Solo ves las cosas que tienes delante.

—Te aseguro que es mejor que ver cosas inexistentes.

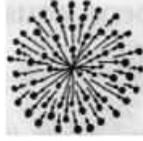
Hemos llegado a un punto muerto.

El sol se oculta tras una nube y nos golpea una ráfaga de viento helado. Nos seguimos mirando unos segundos más. Ahora que se ha ido el sol, me parece distinta. Supongo que a ella le pasará lo mismo conmigo. Le parece que soy un ingenuo. Y, lo que es peor, cree que soy un cantamañanas.

Quizá sea mejor así. Tal vez es preferible que nuestra historia acabe con un final trágico y repentino en vez de con un final largo y tortuoso, donde nos demos cuenta de que nuestras diferencias son mayores que nuestro amor.

Pienso todas estas cosas, pero no me creo ninguna.

El viento arrecia y remueve el pelo de Natasha. La imagino claramente con un afro de puntas rosas. Me habría encantado verla así de verdad.



## natasha

—SERÁ MEJOR QUE TE VAYAS —le digo.

—Entonces, ¿ya está? ¿Se acabó? —contesta él.

Me alegro de que se esté poniendo así de desagradable. Hace que todo sea más fácil.

—¿Se te ha ocurrido pensar por un momento en mí? Por ejemplo: «Me pregunto cómo se sentirá Natasha. ¿Cómo es que no tiene papeles? ¿Querrá irse a vivir a un país que ya apenas recuerda? ¿Estará destrozada por todo lo que le está ocurriendo?».

En sus ojos aparece una mirada de culpabilidad. Da un paso hacia mí, pero yo retrocedo.

Él se detiene.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le digo—. Que estás esperando a que alguien te rescate. ¿Que no quieres ser médico? Pues no lo seas y ya está.

—No es tan sencillo —murmura.

Le lanzo una mirada furiosa.

—Por citar algo que me han dicho hace cinco minutos, así es como se hace: abres la boca y dices la verdad. «Mamá, papá, de mayor no quiero ser médico. Quiero ser poeta porque estoy un poco tonto y no se me ocurre nada mejor que hacer». Punto.

—Sabes que no es tan fácil —dice en voz aún más baja.

Me ajusto los tirantes de la mochila. Es hora de terminar con esto; solo estamos retrasando lo inevitable.

—¿Sabes lo que no aguanto de verdad? —le pregunto—. La poesía. Me pone de los nervios.

—Lo sé.

—Cállate. No aguanto la poesía, pero una vez leí un poema de un autor llamado Warsan Shire. Decía que nadie podía convertir a otro ser humano en su hogar, y que alguien debería decírnoslo.

Espero a que me diga que no es cierto. En el fondo, hasta deseo que replique. Pero él no lo hace.

—Tu hermano tenía razón: esto no va a ninguna parte. Además, tú no estás enamorado de mí, Daniel. Lo que estás buscando es alguien que te rescate. ¿Y sabes qué? Rescátate tú solo.



## daniel

*Chico del barrio se convence de que su vida es una mierda sin paliativos.*

Me encantaría que Natasha tuviera razón. Me encantaría no estar enamorado de ella.

Contemplo cómo se aleja sin hacer nada por detenerla.

Me he portado como un imbécil. Parezco uno de esos chalados que creen en la magia de los minerales y cosas así. Eso es precisamente lo que ha ocurrido. Tantas tonterías... Que si el destino, que si estaba escrito, que si teníamos que conocernos...

No, Natasha está en lo cierto. La vida no es más que una sucesión absurda de decisiones, indecisiones y coincidencias a las que queremos dotar de sentido.

¿Que en la cafetería del insti no queda tu pastel favorito? Será porque el universo quiere que mantengas la línea.

¡Gracias, universo!

¿Qué has perdido el metro? Tal vez sea porque justo en ese tren va montado el Paciente Cero de alguna gripe aviar letal contagiada por los patos o los gansos o los pterodáctilos, y menos mal que no te llegaste a subir.

¡Gracias, universo!

Pero lo cierto es que nadie se molesta en seguirle el rollo al destino.

Los camareros de la cafetería del insti simplemente se olvidaron de que había una caja más al fondo del almacén, y de todos modos, un amigo te dio un trozo de bizcocho.

Te tiraste diez minutos esperando a que llegara el siguiente metro, hasta que al final llegó y te montaste. Nadie se murió en el tren que perdiste. Nadie estornudó siquiera.

Queremos convencernos de que las cosas ocurren por alguna razón, pero lo único que hacemos es inventar cuentos y contárnoslos a nosotros mismos. Nada significa nada.



# destino

## *Una historia*

EL DESTINO SIEMPRE HA SIDO patrimonio de los dioses, aun cuando ellos mismos estaban sometidos a él.

En la mitología griega, las tres Parcas comenzaban a hilar el destino de los recién nacidos a los tres días de vida.

Imagina que acabas de tener un bebé y que este duerme en la cunita del hospital. Todo está envuelto en una suave y cálida penumbra. Es muy tarde, entre las dos y las cuatro de la madrugada, unas horas que solo parecen predestinadas a los recién nacidos y los agonizantes.

Cloto, la primera hermana, aparece junto a ti. Es una doncella joven y hermosa. Porta el huso en el que hila la hebra de la vida de tu bebé.

A su lado está Láquesis, mayor y más majestuosa que su hermana. Ella sostiene la vara con la que determina cuánto han de extenderse los hilos de la vida. El destino de tu bebé está en sus manos.

Por último aparece Átropos, anciana y andrajosa. Inevitable. Ella empuña las terribles tijeras con las que corta la hebra de la vida. Y es ella quien decidirá cómo y cuándo morirá tu criatura.

Trata de imaginarte una escena tan sobrecogedora: las tres hermanas apiñadas sobre la cuna de tu bebé, decretando su futuro ya en ese momento.

Hoy día, las tres Parcas casi han desaparecido del inconsciente colectivo. La idea del destino, sin embargo, permanece. ¿Por qué seguimos creyendo en él? Tal vez sea porque, al pensar que no podemos cambiar nuestra vida, sabemos que no podemos evitar las tragedias, y esto las hace más soportables. Al fin y al cabo, estaba escrito que sería así.

«Las cosas ocurren por algo», repite la madre de Natasha. Lo que quiere decir es que el destino ocurre por algo y que, aunque uno no conozca las razones que hay detrás, le consuela pensar que existe un plan maestro.

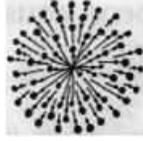
Natasha no comparte su opinión. Ella cree en el determinismo: causa y efecto. Cada acción lleva a otra que lleva a otra más. Las acciones de cada persona determinan su destino. En lo que

respecta al destino, Natasha piensa de modo muy parecido al del padre de Daniel.

Daniel, sin embargo, se mantiene en un espacio difuso entre las dos posturas. Quizá no estuviera predestinado a conocer hoy a Natasha. Sí, tal vez fuera una cuestión de puro azar.

Pero...

Pero una vez que se conocieron, todo el resto, el amor que hay entre ellos, era inevitable.



## natasha

NO VOY A PERMITIR que lo que acaba de pasarme con Daniel estropee mi visita al museo. Me encanta esta zona de la ciudad. Los edificios no son tan altos como los del centro de Manhattan, y entre uno y otro se ven grandes pedazos de cielo.

Diez minutos más tarde, estoy en mi rincón favorito del museo: la sección de los meteoritos. La mayor parte de los visitantes recorren esta sala sin detenerse, de camino hacia la sección de piedras semipreciosas, llena de brillos y de colores. Pero a mí me gusta más esta: oscura, fresca y austera. Me gusta que casi nunca haya nadie. Todas las paredes están forradas de vitrinas con focos que muestran fragmentos de meteoritos bajo nombres como «Joyas del espacio», «Planetas en construcción» o «Los orígenes del Sistema Solar».

Voy directa a mi meteorito preferido: el Ahnighito. En realidad, solo es un pedazo de un meteorito mucho más grande que cayó en el cabo York, en Groenlandia. El Ahnighito, un peñasco de hierro de 34 toneladas, es el mayor meteorito expuesto al público en todo el mundo. Me subo a la plataforma sobre la que se encuentra y lo acaricio con las manos. Noto el frío metálico de la superficie, marcada por miles de cráteres minúsculos. Cierro los ojos y dejo que las yemas de mis dedos entren y salgan de las hendiduras. Me resulta difícil creer que este trozo de hierro viene del espacio exterior, y más difícil aún convencerme de que forma parte de los orígenes del Sistema Solar. Esta sala es mi templo, y esta plataforma, el pilar que sustenta mi fe. Jamás he estado tan cerca de creer en Dios como cuando toco este cachito de metal.

Aquí es donde habría traído a Daniel. Le habría dicho que escribiera poemas sobre rocas espaciales y cráteres de impacto. La cantidad de acciones y reacciones que han hecho falta para formar nuestro sistema solar, nuestra galaxia, nuestro universo... es demasiado mareante para poder llegar a imaginarla. Es inconcebible el número de cosas que han tenido que ocurrir exactamente de la forma en la que han ocurrido para llegar a esto.

Comparado con eso, ¿qué es enamorarse? Una serie de pequeñas coincidencias a las que damos un enorme significado, porque queremos creer que nuestras diminutas vidas tienen importancia en una escala galáctica. Pero enamorarse no es comparable a la formación del universo.

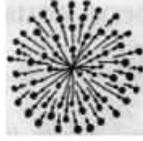
No es ni remotamente comparable.



daniel

*«Simetrías», un poema de Daniel Jae Ho Bae.*

Yo  
seguiré en  
mi lado. Tú  
seguirás en  
el otro.



## natasha

HACE AÑOS, mi padre y yo éramos uña y carne. Cuando vivíamos en Jamaica, e incluso después de mudarnos a Estados Unidos, éramos inseparables. La mayor parte del tiempo, parecía como si nosotros dos fuéramos un equipo (los soñadores) que se opusiera al de mi madre y mi hermano (los no soñadores).

Veíamos juntos el críquet por la tele. Cuando él ensayaba para una audición, yo era su público. Siempre decía que, cuando por fin se hiciera famoso en Broadway, reservaría para mí todos los papeles de niña pequeña de sus obras. Yo no me cansaba de escuchar sus historias acerca de la vida que llevaríamos cuando triunfara. De hecho, seguí escuchándolas mucho tiempo después de que mi madre y mi hermano dejaran de hacerlo.

Las cosas empezaron a cambiar hace apenas cuatro años, cuando yo cumplí los trece. Mi madre se hartó de vivir en un apartamento de un solo dormitorio, cuando todos sus amigos de Jamaica tenían casa propia. Se hartó de que mi padre siguiera trabajando en lo mismo que al principio y cobrando lo mismo que al principio. Se hartó de oírle contar lo que ocurriría cuando por fin llegara su tren. Sin embargo, nunca se lo dijo a él; solo se quejaba delante de mí.

«Tu hermano y tú sois demasiado mayores para dormir en el salón. Necesitáis vuestro espacio».

«A este paso, nunca voy a tener una cocina de verdad con una nevera de verdad. Ya es hora de que tu padre se olvide de esas tonterías».

Y entonces, mi padre se quedó sin trabajo. No sé si hubo más despidos en la empresa o si lo echaron solamente a él. Mi madre me dijo una vez que creía que había sido él quien se había marchado, pero era solo una impresión.

—No hay mal que por bien no venga —dijo mi padre el día en que ocurrió—. Así tendré más tiempo para dedicarme a mi carrera de actor.

No sé con quién estaría hablando. Solo sé que nadie le respondió.

Nos aseguró que, ahora que no tenía trabajo, iría a muchos más *castings*. Pero lo cierto es que apenas iba a ninguno. Siempre tenía alguna excusa.

«No me pega ese papel».

«Seguro que no les gusta mi acento».

«Me estoy haciendo mayor. Para dedicarse a esto hay que ser más joven».

Cuando mi madre llegaba a casa por la noche, después de todo el día en el trabajo, mi padre le decía que se estaba esforzando. Pero mi hermano y yo sabíamos que no era verdad.

Aún recuerdo la primera vez que lo vi desaparecer en una obra de teatro. Peter y yo habíamos vuelto a pie del instituto. Nos dimos cuenta de que pasaba algo extraño porque, al llegar a casa, vimos la puerta abierta de par en par. Nuestro padre estaba en medio del salón (del lado de nuestro cuarto). No sé si no nos oiría llegar, pero el caso es que no reaccionó. Sostenía un libro en la mano. Más tarde, me fijé en que era una obra de teatro: *Un lunar en el Sol*.

Vestido con una camisa blanca y pantalones de algodón, paseaba por el salón recitando el texto. Ni siquiera sé por qué sostenía el libro, cuando se sabía la obra de memoria. Aún recuerdo parte del monólogo. El personaje decía que veía cómo el futuro se extendía ante él, pero no era más que un espacio vacío.

Cuando mi padre se percató de nuestra presencia, nos regañó por espiarle. Al principio creí que simplemente se había sobresaltado. Al fin y al cabo, a nadie le gusta que lo pillen desprevenido. Más tarde, sin embargo, me di cuenta de que era algo más. Estaba avergonzado, como si lo hubiéramos pillado robando o engañando a mi madre.

Después de aquello, no volvimos a pasar tiempo juntos. Él dejó de seguir el críquet por la tele. Rechazaba todos mis ofrecimientos para ayudarlo a memorizar los textos. El lado del dormitorio en el que guardaba sus cosas se fue llenando de libros amarillentos, ejemplares de segunda mano de obras de teatro famosas. Se sabía todos los papeles, no solo los protagonistas.

Al final, incluso dejó de hacer como que iba a audiciones o buscaba trabajo. Mi madre dejó de hacer como si creyera que alguna vez tendría casa propia con más de un dormitorio. Le pidió a su jefe que le diera horas extra para llegar a fin de mes. El verano pasado, en vez de pasarme las vacaciones de voluntaria en el Hospital Metodista de Nueva York como había hecho hasta entonces, me busqué un trabajo en McDonalds para ayudar.

Mi padre lleva así desde hace tres años. Cuando mi hermano y yo llegamos de clase, siempre está encerrado recitando textos para sí. Sus personajes favoritos son los que tienen monólogos largos y dramáticos, como Macbeth y Walter Lee Younger, de *Un lunar en el Sol*. Se queja amargamente de este o aquel actor por su falta de talento o alaba sin medida a los que le parecen buenos.

Hace dos años, de pura casualidad, consiguió un papel en una obra. Alguien a quien había conocido años atrás en una audición iba a poner en escena *Un lunar en el Sol*. Cuando se lo dijo a mi madre, lo primero que respondió ella fue: «¿Cuánto te pagan?».

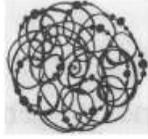
No le felicitó. No le dijo que estaba orgullosa de él. No le preguntó qué papel le habían dado ni cuándo sería el estreno ni si le hacía ilusión. Lo único que le dijo fue: «¿Cuánto te pagan?».

Y mientras se lo preguntaba, lo miraba con ojos vacíos. Ojos decepcionados. Ojos cansados por haber trabajado dos turnos seguidos.

Creo que a todos nos estremeció un poco oírle hablar así, incluso a ella misma. Aunque todos nos dábamos cuenta de que llevaba años acumulando frustraciones, solo vimos en ese momento lo mucho que se había alejado de mi padre. Incluso Peter, que normalmente se pone del lado de mi madre en todo, dio un respingo.

Y, sin embargo, no puedo culparla. En el fondo, la comprendo. Mi padre llevaba años encerrado en sus sueños. En lugar de vivir en el mundo, vivía en sus obras de teatro. Aún lo hace.

Mi madre, en cambio, ya no tiene tiempo para soñar.  
Y a mí me ocurre lo mismo.



## samuel kingsley

### *Una historia de arrepentimiento, parte 3*

LA VERDAD ES QUE A SAMUEL le asusta un poco Natasha. Esas cosas que le interesan ahora: la química, la física, las matemáticas... ¿De dónde las habrá sacado? A veces, cuando le ve hacer los deberes en la cocina, le parece que no es su hija. Su mundo es más grande que el de él, sus intereses sobrepasan con mucho las cosas que él le enseñó. Samuel no sabe muy bien cuándo su hija se ha vuelto más madura que él.

Una noche, cuando Peter y ella ya estaban en la cama, Samuel fue a la cocina a por agua. Natasha se había dejado en la mesa su libro de matemáticas y su cuaderno. Llevado por un impulso repentino, Samuel encendió la luz, se sentó y hojeó el libro. Estaba lleno de lo que parecían jeroglíficos, una especie de idioma antiguo inventado en un pasado remoto por un pueblo desconocido. Verlo lo llenó de un temor difuso; se sentía incapaz de comprenderlo. Se quedó allí sentado un largo rato, rozando los símbolos con las yemas de los dedos, deseando que toda la sabiduría y la historia del mundo pudiera entrar por los poros de su piel.

Después de esa noche, cada vez que Samuel mira a su hija, le embarga la vaga sensación de que alguien ha entrado en casa y se ha llevado a su niñita.

Otras veces, sin embargo, aún ve destellos de la Natasha de siempre.

En ocasiones, ella le mira como lo hacía cuando era pequeña. Con una mirada que le demanda algo; una mirada que le pide que sea más, que haga más, que ame más.

En cierto modo, a Samuel le produce resentimiento que lo mire así. Que sea así. ¿Es que no ha hecho ya bastante? Natasha es su primera hija. Ya ha sacrificado todos sus sueños por ella.



daniel

NO SÉ QUÉ HACER CONMIGO MISMO. Se suponía que me iba a dejar llevar por el viento, pero el viento ya no sopla. Quiero encontrar un disfraz de sin techo y un cartel para escribir bien en grande: «¿Y ahora qué, universo?».

Aunque tal vez sea el momento de admitir que el universo no me hace ni caso.

En este momento, podría decirse que odio todo y a todos.

El universo es un capullo, igual que mi hermano Charlie.

Charlie...

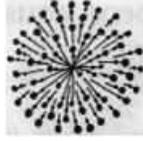
Ese saco de mierda...

Charlie, que le dijo a la chica de la que me estaba enamorando que no teníamos nada que hacer. Charlie, que la acusó de estar mangando. Charlie, que le soltó que tengo el pene pequeño. Charlie, al que llevo once años queriendo dar un puñetazo.

Tal vez este sea el viento: el odio que siento hacia Charlie.

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Y hoy ya no me queda nada más que perder.



## natasha

LA ASISTENTE DEL ABOGADO ya no parece tan perfecta como antes. Se le ha salido un mechón del moño, y ahora le tapa las cejas. Los ojos le resplandecen como si fueran de purpurina y se le ha borrado el pintalabios rojo de la boca. Parece como si la hubieran besado.

Compruebo la hora del teléfono por si llego demasiado pronto, pero no: es la hora en punto.

—Me alegro de volver a verte, Natasha. Sígueme, por favor —dice mientras echa a andar—. Jeremy... Quiero decir, el señor Fitz... Quiero decir, el abogado Fitzgerald te espera en su despacho.

Da un par de golpecitos suaves en la puerta y se queda ahí de pie, con los ojos aún más brillantes que antes.

La puerta se abre de par en par.

De pronto siento que me he vuelto invisible, porque los ojos de señor Fitzgerald me traspasan como si yo no estuviera ahí. Mira a su asistente de tal modo que estoy a punto de pedirles disculpas por haber venido. Carraspeo con fuerza. Por fin, el abogado consigue despegar los ojos de ella.

—Gracias, señorita Winter —le dice, en un tono tan entregado como si le estuviera declarando su amor.

Le sigo hasta la mesa, y él se sienta al otro lado y se aprieta las sienes con los dedos. Tiene un pequeño vendaje sobre una ceja y otro en la muñeca. En general, parece una versión con más años y preocupaciones que la foto que hay en su web. Lo único exactamente igual en ambas versiones es el color de su piel (blanco) y de sus ojos (verdes).

—Siéntate siéntate siéntate —dice sin tomar aliento—. Siento mucho el retraso. Esta mañana tuve un pequeño accidente... Pero el tiempo apremia, así que vayamos al grano. Cuéntame cómo empezó todo.

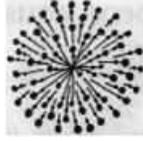
No sé por dónde empezar. ¿Le tengo que contar toda la historia de mi familia desde el principio? ¿Qué incluyo? Siento que, para explicarlo todo, tengo que retroceder en el pasado.

¿Le hablo de los sueños frustrados de mi padre? ¿Le digo que, en mi opinión, los sueños no terminan siquiera cuando ya están muertos? ¿Le confieso que la vida que mi padre se ha montado dentro de su cabeza es mejor que la real? En esa vida, todos lo conocen y lo respetan. Sus hijos lo

admiran. Su mujer es la envidia de todos, tanto hombres como mujeres.

A mí también me gustaría habitar en ese mundo.

Como no sé por dónde empezar, comienzo por la noche en la que mi padre nos arruinó la vida.



# natasha kingsley

## *Una historia filial*

EL TEATRO ERA AÚN MÁS PEQUEÑO de lo que esperábamos Peter y yo. El cartel de la entrada decía AFORO MÁXIMO: 40 PERSONAS. Las entradas costaban quince dólares para cubrir el alquiler del local aquella noche de miércoles. La compañía no les había proporcionado invitaciones a los actores, así que tuvimos que comprar tres entradas.

A mi padre le encantan los rituales y las ceremonias, pero normalmente tiene muy pocas ocasiones en las que ejercitar esa afición. Ahora que sí que tenía algo (la obra y las entradas), no se pudo contener. Primero, salió a comprar comida china: pollo agridulce y arroz frito con gambas para todos. Luego se empeñó en que nos sentásemos alrededor de la mesa de la cocina. No solemos comer ahí porque la mesa se hace pequeña en cuanto hay más de dos personas, pero mi padre insistió tanto en que cenásemos como una familia que accedimos. Incluso nos sirvió una ración a cada uno, algo que yo jamás le había visto hacer.

—¿Ves? He comprado platos de cartón —le dijo a mi madre con un perfecto acento inglés—. Así no tendrás que lavarlos luego.

Mi madre no le respondió. Visto ahora, está claro que tendríamos que habernos alarmado.

En cuanto terminamos de cenar, mi padre se levantó y nos mostró un sobre blanco como si fuera un trofeo.

—A ver qué tenemos de postre... —dijo.

Fue mirándonos a los ojos de uno en uno. Mi madre, que fue la primera, apartó enseguida la vista, pero mi padre continuó con Peter y luego conmigo.

—Familia mía —comenzó a decir con voz grave—, os pido que me hagáis el honor de asistir a la representación de *Un lunar en el Sol* a cargo de la compañía Village Troupe, en la que actuaré en el papel de Walter Lee Younger.

Entonces abrió el sobre con ademanes parsimoniosos, cual presentador de la ceremonia de los Oscar. Sacó las entradas y nos ofreció una a cada uno. Parecía tan orgulloso de sí mismo... Pero, más que eso, parecía estar presente: durante unos minutos había descendido a la Tierra, no estaba

perdido en sus pensamientos, en una obra de teatro o en alguna ensoñación. Estaba allí mismo, con nosotros, y no deseaba estar en ningún otro lugar. Me di cuenta de que había olvidado que mi padre podía ser así, que era capaz de mirarte como si te viera de verdad.

Cuando yo era pequeña, mi padre me quería con locura. Por un momento, eché de menos aquellos tiempos. Y, más aún, eché de menos los tiempos en que yo lo quería con locura, en los que no concebía que pudiera equivocarse. Por aquel entonces, estaba convencida de que nosotros, su familia, éramos suficientes para hacerlo feliz. Hay una foto de cuando yo tenía tres años en la que llevo una camiseta que pone MI PAPÁ ES EL MÁS GUAY. Debajo hay un dibujo de un padre pingüino que lleva de la mano a una pingüinita, los dos rodeados de corazones de hielo azul.

Me gustaría seguir sintiendo lo mismo. Madurar y darte cuenta de los fallos que tienen tus padres es como perder la fe. Ya no creo en Dios. Tampoco creo en mi padre.

Cuando le dio la entrada a mi madre, ella chasqueó los labios. Fue un gesto tan despectivo como si le hubiera dado una bofetada.

—Tú y tus tonterías —dijo mientras se levantaba de la mesa—. Quédate con la entrada. Yo no voy a ir a ninguna parte.

Luego salió de la cocina, y los demás escuchamos cómo taconeaba los veinte pasos que había hasta el cuarto de baño antes de que cerrara de un portazo.

No sabíamos qué decir. Peter se acurrucó en su silla y agachó la cabeza hasta ocultar la cara tras las rastas. Yo me quedé mirando el espacio vacío donde acababa de estar mi madre. Los ojos de mi padre volvieron a perderse tras un velo de fabulaciones.

—No os preocupéis por mamá —dijo, en una muestra típica de su evasión de la realidad—. No lo ha dicho en serio.

Pero sí que lo había dicho en serio. De hecho, no acudió a la función con nosotros. Ni siquiera Peter fue capaz de convencerla. Una y otra vez, mi madre le aseguró que comprar aquella entrada había sido malgastar un dinero que le había costado mucho ganar.

La noche de la función, Peter y yo fuimos en metro hasta el teatro. Mi padre había ido antes para prepararse. Los dos nos sentamos en la primera fila, sin hacer comentarios sobre el asiento vacío que quedaba a nuestro lado.

Me gustaría poder decir que mi padre no lo hizo bien, que era un actor mediocre. Al menos, la mediocridad explicaría todos sus años de fracasos. Explicaría por qué se dio por vencido y abandonó la vida real para refugiarse en su mente.

Aunque, en realidad, no estoy segura de haberlo valorado con justicia. Tal vez, a pesar de todo, aún lo estuviera mirando con mis antiguos ojos de hija entregada. En cualquier caso, lo que vi fue impresionante.

Era un actor excelente.

Su actuación trascendía del escenario.

Allí, en aquel teatro, estaba mucho más en su elemento de lo que jamás había estado con su familia.



## daniel

*Chico del barrio afirma que su día no puede empeorar, pero se equivoca.*

Cuando entro en la tienda, mi padre está atendiendo a un cliente. Su mirada me dice que tiene muchas cosas de las que hablar conmigo.

Ya puesto, voy a darle un tema más.

A esta hora del mediodía, la tienda está bastante tranquila. Solo hay otra clienta, una mujer que mira los secadores.

No veo a Charlie ocupado en los estantes, así que deduzco que estará descansando en la trastienda.

Ni siquiera estoy nervioso. Me da exactamente igual que me dé una paliza, siempre y cuando escuche primero lo que tengo que decirle. Dejo la americana a un lado y trato de girar el picaporte, pero el cuarto está cerrado con llave. ¿Qué estará haciendo ahí dentro?

Estoy a punto de aporrear la puerta cuando Charlie la abre de golpe. En vez de poner su mueca de desprecio habitual, me mira con una mezcla de cansancio y actitud defensiva. Debió de pensar que era mi padre quien llamaba.

En cuanto ve que soy yo, su rostro adopta una sonrisita aún más ofensiva que de costumbre. Otea sobre mi hombro con ademán teatral.

—¿Dónde está tu novia? —dice, exagerando la palabra «novia» como si fuera un chiste o un término tonto, como «moco» o «pedo».

Lo miro fijamente. Por una vez, no me pregunto en qué nos parecemos, sino por qué tenemos que parecemos. Él se asoma por el umbral, apartándose de un codazo deliberado.

—¿Ya se ha cansado de ti? —pregunta tras cerciorarse de que Natasha no está en el pasillo, con su expresión de cretino come— mierda firmemente asentada en la cara.

Me está provocando, lo sé. Lo sé, pero aun así estoy mordiendo el anzuelo como un pez imbécil que ha picado mil veces y aún no ha sido capaz de deducir qué es lo que falla cuando lo hace.

—Vete a la mierda, gilipollas —le digo.

Eso lo pilla desprevenido. Su sonrisa se desdibuja y sus ojos se detienen en mi rostro. No llevo la corbata ni la americana. La camisa se me ha salido del pantalón. No parezco una persona

que va a mantener la entrevista-más-importante-de-su-vida dentro de un par de horas. Si tengo pinta de algo, es de buscar camorra.

Charlie se hincha como un pez globo, tan orgulloso como siempre de los dos años y cinco centímetros que me saca. Estamos los dos solos, y eso lo envalentona.

—¿Qué. Pintas. Aquí. Hermanito? —pregunta.

Avanza un paso hacia mí, hasta que las punteras de nuestros zapatos se rozan, y acerca su cara a la mía.

Espera que yo recule.

Y no lo hago.

—He venido a preguntarte una cosa.

Charlie aparta la cara una fracción de milímetro.

—Sí, claro que me la tirarías —responde—. ¿Es eso lo que ha ocurrido? ¿Le pongo yo más que tú?

Lo malo de morder un anzuelo es que, cuanto más tratas de liberarte, más te lo clavás. El anzuelo se hunde en la carne, y la sangre empieza a brotar. Es imposible sacarlo por donde ha entrado; la única posibilidad es que salga por otro lado. En otras palabras: tienes que dejar que el anzuelo te atraviese, y te va a doler como un demonio.

—¿Por qué eres así? —le digo.

Si mi pregunta le sorprende, no lo demuestra. Su actitud sigue siendo tan asquerosa como de costumbre.

—¿Cómo? ¿Más grande, más fuerte, más listo y, en general, mejor que tú?

—No. ¿Por qué eres tan capullo conmigo? ¿Qué te he hecho yo?

Ahora sí que le he sorprendido, no puede ocultarlo. Recula hasta salir de mi espacio vital.

—Yo qué sé —responde—. ¿Para eso has venido? ¿Para lloriquear porque me porto mal contigo? —me mira de arriba abajo—. Estás hecho una mierda, hermanito. ¿No tenías hoy una reunión para intentar que te admitan en la segunda mejor universidad del país?

—Me da lo mismo. No quiero estudiar allí —aunque lo digo en voz muy baja, me sienta bien soltarlo de una vez.

—Habla. Más. Alto. Hermanito. No te he entendido.

—No quiero estudiar allí —repito en voz más clara, y de pronto me doy cuenta de que mi padre ya no está junto a la caja registradora y puede oírme.

Lo miro. Él empieza a decir algo, pero lo interrumpe la campanilla de la puerta. Se da la vuelta para atender al cliente recién llegado.

Una vez más, me giro hacia Charlie.

—Llevo años dándole vueltas —le digo—. ¿Es que te hice algo cuando éramos pequeños, algo de lo que no me acuerdo?

Él suelta un bufido de desdén.

—¿Qué me ibas a hacer tú a mí? Siempre has sido patético, ¿acaso no lo sabes?

—Entonces, ¿es que eres un capullo y ya está? ¿Has nacido así y punto?

—Soy más fuerte. Más listo. Mejor que tú.

—Si tan listo eres, ¿qué pintas aquí, Charlie? ¿Te deprimiste al ver que en Harvard había gente más brillante que tú? ¿No pudiste soportar verte como uno más, uno del montón?

—Cuidado con lo que dices, hermanito —masculla cerrando los puños.

He pinchado donde duele. Y he dado justo en el clavo.

—Es eso, ¿verdad? Allí no eras el mejor. ¿Y sabes qué? Resulta que ya no lo eres aquí tampoco. ¿Qué tal llevas lo de ser el segundo mejor hijo?

Ahora soy yo quien le ha hecho morder el anzuelo. Está acalorado, en pleno modo pez globo otra vez. Pega su nariz a la mía, con la mandíbula tan apretada que temo que se le astillen los dientes.

—¿Quieres saber por qué me caes mal? Porque eres igual que ellos —dice, señalando con la barbilla la dirección por la que se ha alejado mi padre—. Siempre con tu comida coreana, con tus amigos coreanos, con tus clases particulares de coreano... Eres patético. ¿No lo pillas, hermanito? Eres igual que todos los demás.

Un momento... ¿Lo he entendido bien?

—¿Me odias porque tengo amigos coreanos? —pregunto, asombrado.

—Porque no eres más que coreano —dice con desprecio—. ¿Y sabes qué? Ni siquiera hemos nacido allí, joder.

Y la cosa es que lo entiendo, de verdad que lo entiendo. A veces, el simple hecho de vivir en Estados Unidos se hace difícil. Hay días en que me siento como si viviera a medio camino entre la Tierra y la Luna, atrapado en una órbita extraña.

De pronto se me pasan las ganas de pelear: mi hermano me da pena. Y me parece que eso es lo peor que puedo hacer por él.

Al ver la compasión en mis ojos, se enfurece tanto que me agarra de la pechera.

—Vete a la mierda, imbécil. ¿Te crees que la gente te va a tratar de otro modo solo porque te has dejado el pelo largo y te gusta la poesía? ¿Crees que eres distinto porque te has traído aquí a una chica negra? ¿O prefieres que la llame afroamericana? O, ya puestos, podemos llamarla...

No le dejo terminar la frase. Para mi sorpresa, ni siquiera tengo que pensarlo dos veces.

Sin más, le doy un puñetazo en toda la cara.

Mi puño aterriza bajo la cuenca ocular, así que los nudillos golpean el pómulo. Me duele mucho más de lo que debería, teniendo en cuenta que, en teoría, soy yo quien le ha pegado a él. Charlie se tambalea dos o tres pasos hacia atrás, pero no cae al suelo como en la películas.

En conjunto, la cosa resulta un tanto decepcionante. Aun así, la cara que se le queda me compensa todos los huesos que estoy seguro de haberme roto. Desde luego, le he hecho daño. Me refiero a daño físico, como era mi intención. Quería que se enterase de una vez de que yo, su hermanito, también puedo devolvérsela. De que no solo sé encajar los golpes. Ahora sabe que puedo herirle y que no estoy dispuesto a seguir tragando.

Sin embargo, parece que no le he hecho suficiente daño. Ante mis ojos, su expresión va del dolor a la rabia, pasando por la sorpresa. Se abalanza sobre mí, con los cinco centímetros y los diez kilos de músculo que lleva de ventaja.

Primero me da en el estómago, y siento como si me atravesara la tripa y me partiera la columna vertebral. Me doblo y, por un momento, considero quedarme en esta posición. Lo malo es que Charlie no está de acuerdo. Me agarra por el cuello de la camisa y me levanta. Yo trato de taparme la cara con las manos porque sé que es su objetivo, pero el dolor de estómago me hace lento de reflejos.

El puño me golpea a un lado de la boca, y el labio se me parte por dentro al chocar con los dientes. Por fuera también se parte, porque el mierda de mi hermano lleva un anillo gigante de una

de esas asociaciones de universitarios pijos. Esto me va a dejar marca (para siempre, sospecho).

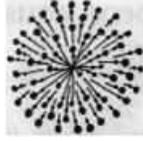
Con el cuello de mi camisa aún agarrado, se prepara para pegarme de nuevo. Pero ahora estoy preparado: mientras me protejo la cara con las manos, subo la rodilla para darle en la entrepierna. Lo hago con energía, pero no como para dejarle incapaz de concebir en el futuro una prole de pequeños capullos como él.

Soy así de majo.

Charlie cae al suelo y se agarra las joyas de la familia, esa familia que desearía que no fuera coreana. Yo me palpo la mandíbula para comprobar si tengo todos los dientes en su sitio. En ese preciso instante aparece mi padre.

—*Museun iriya?* —dice.

Lo que, poco más o menos, puede traducirse por «¿SE PUEDE SABER QUÉ PASA AQUÍ?».



## natasha

EL SEÑOR FITZGERALD ME MIRA FIJAMENTE, con los codos apoyados en la mesa y las manos pegadas. Se inclina un poco hacia delante. No sé si me está escuchando o si está haciendo como que me escucha. ¿Cuántas historias como la mía habrá oído a estas alturas de su vida?

Me asombra que no me pida que vaya al grano. Termino de contarle todos los detalles de la noche en cuestión.

El reparto salió tres veces a saludar, y habrían salido una cuarta si el público no se hubiera levantado para salir del teatro.

Peter y yo nos quedamos sentados, esperando a que nuestro padre nos recogiera. Tardó media hora en aparecer, y no creo que recordara siquiera que estábamos allí. Se asomó entre los cortinajes rojos del telón y caminó hasta llegar al centro del escenario. Y luego se quedó al menos un minuto observando la sala vacía.

Aunque no creo en la existencia del alma, en ese momento me pareció ver el alma de mi padre en su cara. Jamás lo había visto tan feliz, y sé que no volveré a verlo tan feliz nunca más.

Fue Peter quien rompió el hechizo, porque yo no tenía fuerzas para hacerlo.

—¿Estás listo, papá? —gritó.

Mi padre nos contempló con su mirada ausente de siempre. Cada vez que nos mira de ese modo, no sé a quién echa de menos: si a sí mismo o a nosotros.

Peter se puso nervioso, como le ocurre siempre que mi padre se pone así.

—¡Eh, papá! ¿Nos vamos?

Cuando mi padre al fin respondió, lo hizo sin un solo rastro de su acento jamaicano. Su voz sonaba como la de un desconocido.

—Id yendo vosotros. Os veré más tarde.

El final de la historia lo cuento a toda prisa. Mi padre se pasa el resto de la tarde y parte de la noche bebiendo con sus nuevos amigos teatreros. Bebe demasiado. De camino a casa, estampa el coche contra un coche patrulla aparcado en la calzada. Borracho perdido, les cuenta a los policías con pelos y detalles cómo entramos en el país. Supongo que se embarcó en uno de sus monólogos, con los agentes como público. El caso es que les dice que somos inmigrantes ilegales y que este país jamás le ha brindado la oportunidad que se merece. Los policías le detienen y llaman al

Servicio de Inmigración.

El abogado me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué crees que hizo eso tu padre? —pregunta.

Y yo sé la respuesta.



# samuel kingsley

*Una historia paternal*

## PERSONAJES

Patricia Kingsley, 43

Samuel Kingsley, 45

## ACTO II

### Escena III

*Interior de un dormitorio. Una cama de matrimonio con cabecero de madera domina el espacio. En las paredes hay una o dos fotos enmarcadas. En el lado de Samuel, el suelo está atestado de libros. A la derecha del escenario hay una puerta por la que se atisba el pasillo. La hija adolescente de Samuel y Patricia escucha por la abertura, pero ninguno de ellos lo sabe. Aunque, si lo supieran, no es seguro que les importara.*

PATRICIA: Que Dios nos ampare, Kingsley.

*Está sentada en el borde de la cama, con la cara oculta entre las manos. Sus palabras suenan amortiguadas.*

SAMUEL: No va a pasar nada, mujer. Conseguiremos un buen abogado.

*Samuel Kingsley se queda de pie en su lado de la habitación. Está encorvado, con la cara medio oculta por las sombras. Un foco ilumina directamente la hoja de papel que sostiene en la mano izquierda.*

PATRICIA: ¿Y cómo quieres que paguemos un abogado, Kingsley?

SAMUEL: Vamos, Patsy. Ya nos las arreglaremos, mujer.

*Patricia levanta la cara y mira a su marido como si lo viese por primera vez.*

PATRICIA: ¿Recuerdas el día en que nos conocimos?

*Samuel estruja el papel con gestos lentos y sigue haciéndolo durante el resto de la escena.*

PATRICIA: ¿Ya no te acuerdas, Kingsley? Entraste en la tienda por casualidad y empezaste a venir todos los días. Era divertido... Comprabas una prenda y al día siguiente la devolvías, así una vez tras otra, hasta que me di por vencida.

SAMUEL: No te diste por vencida, Patsy. Lo que pasó es que te conquisté.

PATRICIA: ¿Recuerdas todas las promesas que me hiciste, Kingsley?

SAMUEL: Patsy...

PATRICIA: Decías que todos mis sueños se harían realidad. Que tendríamos hijos, dinero y una mansión. Que mi felicidad te importaba más que la tuya. ¿Te acuerdas, Kingsley?

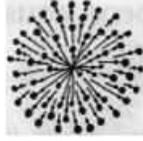
*Se levanta de la cama y el foco la sigue mientras deambula por el cuarto.*

SAMUEL: Patsy...

PATRICIA: ¿Sabes qué? Al principio no te creía. Sin embargo, al cabo de un tiempo me convenciste. Eres un buen actor, Kingsley: hiciste que me creyera todas las cosas bonitas que me decías.

*El papel que arruga Samuel está hecho una bola. El foco se mueve hasta iluminarle la cara. Ya no se muestra pesaroso, sino enfadado.*

SAMUEL: ¿Sabes de qué estoy hartos? De oírte hablar de tus sueños. ¿Y los míos? Si no fuera por ti y por los niños, tendría todo lo que quiero. Tú te quejas de la casa y de la cocina y de que no tenemos más que una habitación. ¿Y yo qué? Yo no tengo nada de lo que deseaba. No puedo usar el talento que Dios me ha dado. No sabes cómo me arrepiento de haber entrado en esa tienda aquel día... Si no fuera por ti y por los niños, mi vida sería mucho mejor. Estaría haciendo lo que he nacido para ser, lo que Dios me brindó. No quiero volver a oír hablar de tus sueños. Comparados con los míos, no son nada.



## natasha

ESA PARTE NO SE LA CUENTO al abogado: que mi padre se arrepiente de haber conocido a mi madre y de habernos tenido a Peter y a mí, porque nos hemos interpuesto entre él y la vida que siempre había soñado. Así que remato mi historia de otra forma.

—Unas semanas después de que le detuvieran, recibimos una citación del Departamento de Seguridad Nacional.

El abogado me mira por encima de una de las hojas que rellené antes y saca un bloc de notas de un cajón.

—Ajá. Entonces os citaron para una comparecencia preliminar, ¿no es así? ¿Os acompañó un abogado?

—Fueron solo mis padres, sin abogado.

Mi madre y yo discutimos mucho sobre ello antes de la comparecencia. ¿Qué sería mejor: contratar unos servicios que no nos podíamos permitir, o esperar a ver qué pasaba? Habíamos leído en una página web que no era realmente necesario llevar un abogado a aquella primera cita. Además, mi padre seguía insistiendo en que todo terminaría por arreglarse. No sé... Quizá mi madre y yo albergábamos la misma esperanza.

El señor Fitzgerald menea la cabeza y anota algo en el bloc.

—Supongo que, en la comparecencia, el juez les daría a elegir entre aceptar voluntariamente la deportación o solicitar que se revocara la orden de expulsión —echa un vistazo a los papeles—. ¿Tu hermano pequeño es ciudadano de Estados Unidos?

—Sí —contesto, y me quedo mirando cómo lo anota.

Peter nació nueve meses exactos después de que viniéramos. Por aquel entonces, mis padres aún estaban felices por haberse conocido.

En la comparecencia preliminar, mi padre rechazó la deportación voluntaria. Aquella noche, mi madre y yo buscamos en internet qué hacía falta para que se revocara la orden de expulsión. Para solicitar este trámite, mi padre tenía que llevar al menos diez años en el país con un comportamiento intachable y demostrar que nuestra deportación produciría efectos muy penosos en su esposa, hijos o parientes, siempre y cuando estos fueran ciudadanos estadounidenses. En aquel momento creímos que la nacionalidad de Peter nos salvaría a todos. Contratamos una

abogada, la más barata que pudimos encontrar, y acudimos a la segunda citación armados con esa nueva estrategia. Pero, como pudimos comprobar más tarde, resulta muy difícil probar que una deportación va a tener «efectos muy penosos». Retornar a Jamaica no pondría la vida de Peter en peligro, y a nadie le importa el daño psicológico que puede causar el desarraigo en un menor (sobre todo, teniendo en cuenta que al que menos le importaba era al propio Peter).

—Y luego, en la comparecencia de alegaciones, el juez denegó la solicitud y tu padre aceptó la deportación voluntaria —concluye el abogado sin preguntar, como si el resultado hubiera sido inevitable.

Asiento con la cabeza, porque si hablo no creo que sea capaz de contener las lágrimas. Las pocas esperanzas que me quedaban se están desvaneciendo a toda velocidad.

Después de aquello, yo me empeñé en que volviéramos a apelar, pero nuestra abogada nos aconsejó que no lo hiciéramos. Dijo que no teníamos ningún argumento válido y que ya no nos quedaban otras opciones, y que lo mejor sería marcharnos de forma voluntaria para no cargar con un historial de expulsión forzosa. Así al menos podríamos regresar en algún momento del futuro.

El señor Fitzgerald deja el bolígrafo en la mesa y se reclina en la silla.

—¿Por qué fuiste hoy al USCIS? Vuestro caso ya ni siquiera les compete.

Antes de contestar, carraspeo para tragarme las lágrimas que se me están acumulando en la garganta.

—No sabía qué otra cosa podía hacer.

¿La verdad? Aunque no creo en los milagros, esperaba que ocurriera alguno.

El abogado guarda silencio durante un rato que se me hace eterno.

—No importa —digo cuando ya no puedo soportarlo más—. Sé que no se puede hacer nada. Ni siquiera sé por qué he venido.

Hago ademán de levantarme, pero él me detiene con un gesto. Apoya los codos de nuevo en la mesa, junta las yemas de los dedos y mira a su alrededor. Sigo su mirada hasta la hilera de cajas que se alinea frente a la pared de su derecha. A su espalda hay una escalera apoyada en una estantería vacía.

—Acabamos de mudarnos a este despacho —dice—. La reforma tendría que haber terminado hace semanas, pero ya sabes lo que dice la gente acerca de los planes... —sonríe y se acaricia el vendaje de la frente.

—¿Se encuentra bien, señor Fitz...?

—Sí, sí —responde sin dejarme terminar. Agarra una de las fotos enmarcadas que hay en la mesa y la contempla—. Esto es lo único que he desempaquetado hasta ahora.

Gira la foto para que yo la pueda ver. Sale él junto a una mujer y dos niños. Parecen felices.

Sonríe por pura cortesía. Él deja la foto donde estaba y me mira.

—Siempre se puede hacer algo, Natasha.

Me lleva un segundo darme cuenta de que habla de nuestra deportación. Me inclino hacia delante.

—Entonces, ¿cree que puede arreglarlo?

—En esta ciudad hay pocos abogados con más experiencia que yo en casos de inmigración.

—¿Pero qué podemos hacer? —pregunto apoyando las manos en la mesa.

—Esta misma tarde iré a ver a un juez con el que tengo bastante relación. Él puede revertir la petición de deportación voluntaria. Así, al menos, no tendréis que marcharos esta noche. Cuando

eso esté solucionado, acudiremos a la Junta de Apelaciones de Inmigración —comprueba la hora en su reloj—. En un par de horas podré darte noticias.

Abro la boca para pedirle datos concretos, porque conocer los hechos me tranquiliza.

De pronto, el poema de antes me vuelve a la mente: «La esperanza es esa cosa con plumas». Cierro la boca. Por segunda vez en el día de hoy, voy a prescindir de los detalles concretos. Tal vez no los necesite. Me apetece dejar que sea otra persona quien cargue con el peso de los hechos, para variar.

La esperanza es esa cosa con plumas que me hace cosquillas en el corazón.



## daniel

MI PADRE ME ESCRUTA de la cabeza a los pies. Bajo su mirada, me siento como el vago irresponsable que siempre ha pensado que soy. Para él siempre seré el segundo hijo, haga lo que haga Charlie. Reviso mentalmente mi aspecto: debo de tener una pinta aún más lastimosa que cuando entré. Me falta el botón superior de la camisa (Charlie lo arrancó al agarrarme) y en la tela hay una mancha de sangre. Estoy sudoroso y desgredado. Todo un aspirante a entrar en Yale, sí señor.

—Ve por algo de hielo para ese labio y vuelve aquí —me ordena mi padre, y sin perder un segundo se vuelve hacia Charlie—. ¿Has pegado a tu hermano pequeño? ¿Eso te ha enseñado América? ¿A pegar a tu familia?

Me dan ganas de hacerme el remolón para ver adónde va a parar esto, pero el labio se me está hinchando por momentos. Entro en la trastienda, saco una lata de refresco de la nevera y me la aprieto contra la zona dolorida.

Nunca me ha gustado esta habitación. Es demasiado pequeña y siempre está desordenada, llena de cajas a medio abrir. No hay ninguna silla, así que me siento con la espalda apoyada contra la puerta para que no pueda entrar nadie. Necesito cinco minutos de respiro para hacer frente a mi vida.

El labio me late al mismo ritmo que el corazón. Tal vez debería ir al hospital para que me den puntos. Aprieto más la lata y espero para ver si se me adormece un poco.

Para una vez que me dejo llevar por el destino, he acabado con el labio partido, sin novia y sin futuro.

No sé cómo se me ocurrió llamar para retrasar la entrevista.

Tampoco sé cómo pude permitir que Natasha se marchara así sin más.

Quizá tuviera razón cuando me dijo que solo estoy buscando a alguien que me salve. Tal vez, en el fondo, lo único que quiero es encontrar a alguien que me aparte del rumbo que ha tomado mi vida, porque no soy capaz de hacerlo yo solo. Quiero dejarme arrastrar por cosas como el amor y la predestinación para no tener que tomar decisiones sobre mi futuro. De ese modo, no seré yo quien desafíe a mis padres, sino el destino.

Ya no siento el labio, así que el truco de la lata fría debe de haber funcionado. Menos mal que

Natasha ya no está, porque no me veo con fuerzas para besar a nadie. Al menos, hoy. Y con Natasha no hay un mañana.

En cualquier caso, no creo que quisiera volver a besarme nunca más.

Mi padre llama a la puerta y me ordena que salga. Devuelvo el refresco a la nevera, me remeto la camisa y abro la puerta.

Está de pie al otro lado del umbral, solo.

—Quiero preguntarte algo —dice inclinándose hacia mí—. ¿Por qué piensas que lo que tú quieres es importante?

Por la forma en que me lo pregunta, me da la impresión de que está verdaderamente perplejo. «¿Qué es eso de “anhelar” y “desear” de lo que tanto habláis?». Creo que no comprende por qué nos importan esas cosas.

—¿Qué más da lo que tú quieras? —insiste—. Lo único que importa es lo que te conviene. Tu madre y yo solo pensamos en lo que te conviene. Estudia, hazte médico, consigue una buena posición. Así nunca tendrás que trabajar en una tienda como esta. Así tendrás dinero y respeto, y entonces vendrán todas esas cosas que quieres. Encontrarás una buena chica y tendréis hijos y conseguiréis el sueño americano. ¿Por qué vas a estropear tu futuro para obtener cosas temporales que solo deseas ahora?

Es la primera vez que mi padre conversa tanto conmigo. Ni siquiera parece enfadado; tan solo habla como si estuviera tratando de explicarme algo básico. «Hijo mío, es así de sencillo: uno más uno, dos».

Llevo queriendo mantener una conversación como esta con él desde que le compró los óleos a *omma*. Me gustaría saber por qué quiere las cosas que quiere para nosotros, qué es lo que las hace tan importantes para él. Querría preguntarle si cree que la vida de *omma* sería mejor si no hubiera dejado de pintar. Si le entristece que mi madre abandonara su vocación por él y por nosotros.

Tal vez todo el día de hoy nos haya conducido hasta esta conversación. Quizá pueda empezar a entenderle. Quizá pueda empezar a entenderme él a mí.

—*Appa*... —comienzo a decir, pero él levanta la mano para acallarme.

Se extiende a nuestro alrededor un silencio metálico. La mirada de mi padre se posa en mí y me atraviesa hasta llegar a otro lugar, a otra época.

—No —me detiene—. Déjame acabar. A lo mejor pongo las cosas demasiado fáciles para tu hermano y para ti. A lo mejor es culpa mía. No conocéis vuestra historia. No sabéis lo que puede hacer la pobreza. Nunca os lo he contado porque creo que es mejor así. Mejor no saber. A lo mejor me equivoco.

Nos encontramos tan cerca... Noto que estoy a punto de empezar a conocerle. Estamos a punto de empezar a conocernos el uno al otro.

Me gustaría decirle que yo no quiero las cosas que él quiere para mí. Me gustaría decirle que me irá bien de todos modos.

—*Appa*... —comienzo de nuevo, pero su mano se eleva otra vez para silenciarme.

Sabe lo que voy a decir y no quiere oírlo.

Mi padre es quien es por el peso de unos recuerdos que jamás me va a contar.

—Basta. Si no vas a Yale para estudiar Medicina, tendrás que buscarte un trabajo para mantenerte.

Sin más, se da la vuelta y regresa al mostrador.

He de admitir que, en cierto modo, me alivia que plantee las cosas de esta forma. Futuro o no futuro.

Mi americana sigue en el suelo junto a la puerta, hecha un guiñapo. La agarro y me la pongo. La solapa casi tapa la mancha de sangre.

Busco a Charlie con la mirada. No se le ve por ninguna parte.

Echo a andar hacia la salida. Mi padre, tras el mostrador, tiene la mirada perdida. Estoy a punto de salir cuando me dice una última cosa.

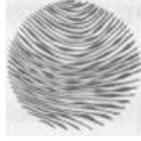
—Vi cómo mirabas a esa chica. Eso no puede ser.

—Creo que te equivocas —replico.

—No importa lo que tú creas. Pórtate bien.

Nos sostenemos la mirada por un momento. El hecho de que no la desvíe me dice que no está seguro de cómo voy a reaccionar.

Yo tampoco lo estoy.



# dae hyun bae

## *Una historia paterna*

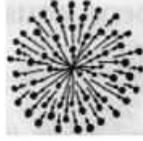
DAE HYUN BAE ABRE LA CAJA REGISTRADORA y la cierra. La vuelve a abrir y la cierra una vez más. Tal vez sí que tenga la culpa de que sus dos hijos sean como son. Nunca les ha hablado de su pasado. No lo ha hecho porque los quiere con toda su alma, y de esa forma cree protegerlos. Siempre ha concebido la pobreza como una especie de enfermedad contagiosa que bajo ningún concepto querría transmitir a sus hijos.

Abre la caja, saca los billetes de más valor y los guarda en la cartera. Charlie y Daniel piensan que el dinero y la felicidad no están conectados. Pero no saben lo que es ser pobre. No saben que la pobreza es un filo de navaja que desuella a quien la padece. No saben lo que les hace a los cuerpos, a las mentes.

Cuando Dae Hyun tenía trece años y aún vivía en Corea del Sur, su padre comenzó a adiestrarlo para que se hiciera cargo del mísero negocio familiar: un puesto de venta de cangrejos. El negocio apenas daba dinero. Cada año era una lucha por la supervivencia, y a duras penas lograban salir a flote. Durante la mayor parte de su infancia, Dae Hyun no albergó ninguna duda sobre su futuro. Era el mayor de los tres hermanos y estaba destinado a heredar el negocio. Su familia marcaba su futuro.

Aún recuerda cuándo se encendió la chispa de la rebelión en su mente. Por primera vez, su padre lo había sacado a pescar con él. A Dae Hyun le horrorizó. Atrapados en los fríos cestos de alambre, los cangrejos formaban una masa furiosa y búllente de pura desesperación. Se debatían y trepaban unos sobre otros, ansiosos por llegar al borde y escapar.

El recuerdo de aquel día aún se le aparece en los momentos más insospechados. Dae Hyun preferiría olvidarlo. Durante un tiempo, creyó que el nuevo país le ayudaría a hacerlo. El recuerdo, sin embargo, sigue ahí: aquellos cangrejos que luchaban sin darse por vencidos, debatiéndose hasta morir... Habrían hecho cualquier cosa por escapar.



## natasha

NO SÉ CÓMO DEBO SENTIRME AHORA. No acabo de crearme lo que acaba de ocurrir. Tal vez me haga falta un poco más de tiempo para procesarlo.

Compruebo si me ha llegado algún mensaje. Bev me ha escrito por fin; al parecer, Berkeley le encanta, le encanta, le encanta. Dice que está predestinada a estudiar allí, y que los chicos californianos están buenos de un modo diferente al de los neoyorquinos. En su último mensaje me pregunta cómo estoy, con una ristra de corazones partidos.

Decido llamarla para contarle lo que me acaba de decir el abogado, pero no contesta al teléfono.

«Llámame», le escribo.

Empujo la puerta giratoria del edificio y salgo a la explanada. Me detengo. Unas cuantas personas almuerzan en los bancos que rodean la fuente. De vez en cuando, grupos de hombres y mujeres trajeados pasan caminando a grandes zancadas. Junto a la acera se alinean varios taxis negros de lujo, cuyos conductores charlan y fuman en la calle.

¿Cómo pueden estas personas estar viviendo el mismo día que yo? Es tan extraño que se ocupen de sus cosas, sin percibir en absoluto lo que me está ocurriendo a mí... A veces, la vida te da unas sacudidas tan fuertes que resulta inconcebible que no las sientan también los demás.

Me sentí igual cuando llegó la primera citación a casa, y también cuando me enteré de que Rob me estaba engañando con otra.

Saco el móvil de nuevo y busco el número de Rob, hasta que recuerdo que lo borré. En realidad no importa, porque no suelo olvidar los números así como así. Lo marco de memoria. Ni siquiera sé muy bien por qué le estoy llamando hasta que oigo su voz.

—Eeeeh, Nat, ¿cómo va la cosa? —dice, sin molestarse siquiera en fingir que está sorprendido.

—No me llamo Nat —replico.

Ahora que ya estoy hablando con él, no me siento muy segura de querer hacerlo.

—Lo que hicisteis tu tronco y tú hoy estuvo un poco feo —me suelta.

Su voz suena tan grave, lenta y perezosa como siempre. Por un momento, me hace gracia pensar en cómo algunas cosas que te parecían atractivas pueden convertirse en irritantes. Cuando

nos enamoramos de alguien, pensamos que queremos estar con esa persona todo el tiempo del mundo, pero tal vez lo mejor sea justamente lo contrario. Quizá haya que estar juntos un periodo limitado para no perder el interés. ¿Y si el acto segundo y el tercero estuvieran de más? Tal vez el amor solo merezca la pena en el primer acto.

Hago un esfuerzo por ignorar su reproche, aunque me gustaría señalar que era él quien estaba mangando, ergo fue ÉL quien hizo algo feo.

—Quiero preguntarte una cosa —le digo.

—Dispara.

—¿Por qué me pusiste los cuernos?

Oigo que algo cae al suelo al otro lado de la línea. Rob farfulla algo incomprensible.

—Tranquilo —le calmo—. Ni llamo para discutir ni quiero volver a salir contigo. Lo único que quiero es información. ¿Porqué no cortaste conmigo y ya está? ¿Por qué seguiste sin decirme nada?

—No... sé —responde, consiguiendo atascarse en una frase de dos palabras.

—Vamos, hombre —insisto—. Alguna razón tendrías, ¿no?

Se queda pensativo un par de segundos.

—De verdad que no lo sé —confiesa.

Me quedo callada.

—Eres una tía genial —prosigue—. Y Kelly también. No quería hacer daño a ninguna de las dos.

Parece sincero, pero su respuesta me descoloca.

—Pero ella tenía que gustarte más, ¿no? —digo—. Si no, no me habrías puesto los cuernos.

—No. Me gustabais las dos por igual.

—¿Y ya está? ¿Era solo que no querías elegir?

—Ya está —responde, como si eso lo explicara todo.

Es una contestación tan tonta, tan increíblemente poco satisfactoria, que me dan ganas de colgarle el teléfono. Daniel jamás se sentiría así. Su corazón sabe lo que quiere.

—Una pregunta más: ¿crees en el amor verdadero y esas cosas?

—Ya sabes que no. Y tú tampoco —me recuerda.

¿Yo tampoco?

—Vale. Gracias —contesto.

Estoy a punto de despedirme cuando él vuelve a hablar.

—¿Puedo decirte que lo siento, al menos?

—Sí.

—Vale. Lo siento.

—Me alegro —respondo—. No le pongas los cuernos a Kelly.

—No lo haré.

Aquí también parece sincero, al menos mientras lo dice.

Debería llamar a mis padres para contarles lo que me ha dicho el abogado. Sin embargo, en este momento lo que quiero es contárselo a otra persona.

Daniel.

Tengo que encontrarlo.

Rob dice que yo no creo en el amor verdadero, y tiene razón.

Pero a lo mejor me gustaría empezar a creer.



## daniel

SALGO DE LA TIENDA. Frente al local de empeños que hay al lado, una chica toca el violín de pie sobre una caja de plástico. Tiene un aspecto tan demacrado y harapiento que casi resulta literario, como si fuera un personaje de *David Copperfield*. El violín, sin embargo, está impecable. Me quedo escuchándola unos minutos, pero no sabría decir si es buena o mala. Sé que hay una forma objetiva de juzgar estas cuestiones: ¿está tocando todas las notas en el orden correcto y con la entonación adecuada?

Pero también existe otra forma de juzgarlas: ¿le importa a alguien esta música que está sonando aquí y ahora?

Decido que a mí sí que me importa, vuelvo corriendo hasta la chica y echo un dólar en la gorra que tiene en el suelo. Junto a la gorra hay un cartel que no me entretengo en leer. No necesito saber su historia: lo que quiero es la música, el momento.

Mi padre opina que Natasha y yo jamás podremos estar juntos. Quizá tenga razón, pero no por lo que él se piensa.

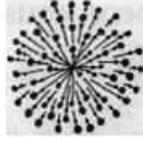
He sido un idiota. Ahora mismo debería estar junto a ella, aunque solo tengamos el día de hoy. O, más bien, precisamente porque tal vez solo tengamos el día de hoy.

Increíblemente, y a pesar de que vivimos en la era del teléfono móvil, no tengo su número. Ni siquiera sé cómo se apellida. Sintiéndome estúpido, tecleo «Natasha Facebook Nueva York» en Google y obtengo 5.780.000 resultados. Compruebo los cien primeros o así. Todas las Natashas que veo son guapas, pero ninguna es mi Natasha.

Jamás hubiera imaginado lo popular que es ese nombre.

Son las cuatro y cuarto, y las calles empiezan a llenarse otra vez de gente que sale del trabajo y se dirige al metro. Casi todos parecen tan hechos polvo como yo. Salgo de la acera para ir más deprisa y avanzo a grandes zancadas por el bordillo.

Solo tengo un plan: encontrarla. Y mi único recurso es volver al lugar donde la vi por última vez: el despacho del abogado, en la calle Cincuenta y Dos. Una vez allí, solo puedo confiar en que el destino esté de mi lado.



## natasha

UNA CHICA Y UN CHICO, los dos con crestas azules, discuten frente a la boca del metro de la calle Cincuenta y Dos. Hablan en esa especie de susurros gritados que suelen usar las parejas para reñir en público. Aunque no oigo lo que dicen, me basta con ver sus gestos. Ella está furiosa con él. Él está harto de ella. Desde luego, no se encuentran en los inicios de su relación; los dos parecen agotados. La forma en la que se inclinan el uno hacia el otro habla de la historia que llevan a la espalda. ¿Será esta la última vez que se peleen? ¿Será esta discusión la que termine con todo?

Vuelvo la cabeza para observarlos de nuevo. Alguna vez sí que estuvieron enamorados, seguro. Tal vez aún lo estén, pero eso no se nota solo con mirarlos.



## daniel

BAJO AL METRO y dedico una plegaria a los dioses del transporte público (sí, dioses; seguro que hay más de uno) para pedir que este trayecto esté libre de fallos eléctricos y conductores iluminados.

¿Y si llego demasiado tarde? ¿Y si ya se ha ido? ¿Y si al detenerme para echar un dólar en la gorra de la violinista he iniciado una cadena de acontecimientos que va a desembocar en que no nos encontremos?

El tren en el que voy montado entra en la estación. Al otro lado del andén, el que viene del centro se detiene al mismo tiempo. Las puertas del vagón se cierran, pero no nos movemos.

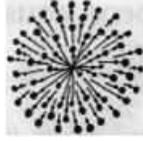
De pronto, en el andén aparece un grupo de unas veinte personas vestidas con mallas de cuerpo entero y colores muy vivos. Rodeados por la penumbra gris del metro, hasta parecen aves tropicales. Se alinean y se quedan inmóviles como si aguardaran una señal convenida.

Es un *flashmob*. El otro tren tampoco se mueve. Uno de los bailarines (un tipo con una malla de color azul eléctrico y un paquete descomunal) aprieta el botón de un equipo de música.

Al principio todo parece caótico, con cada bailarín moviéndose a un ritmo distinto, hasta que me doy cuenta de que todos van haciendo lo mismo, solo que con varios segundos de diferencia. Es como un canon de música clásica, pero con baile.

Comienzan con movimientos de *ballet*, cambian a baile disco y siguen con *break dance*, hasta que llegan corriendo varios guardias jurados y los dispersan. Los bailarines echan a correr entre los aplausos entusiasmados de la gente.

El metro reemprende la marcha, pero ahora el ambiente ha cambiado. Las personas que van en el vagón se miran, sonrían y comentan lo chulo que ha sido. Pasan al menos treinta segundos hasta que vuelven a ponerse su máscara de estoy-en-un-vagón-lleño-de-desconocidos. Me pregunto si sería eso lo que se proponían los bailarines: hacer que todo el mundo conectara, aunque solo fuera por un momento.



## natasha

ESTOY SENTADA DE ESPALDAS AL ANDÉN, así que no llego a ver cómo empieza todo. Lo único que me indica que está pasando algo raro es que todos los viajeros del metro tienen la mirada fija en algo que hay a mi espalda. Me doy la vuelta y descubro un *flashmob* de bailarines vestidos de colores chillones. Bailan al ritmo de una canción disco (*Only in New York City*, me parece). Saco el teléfono para hacerles una foto. La gente se pone a animarlos y a aplaudir. Un tipo de mi vagón hasta empieza a bailar por su cuenta.

La cosa no dura mucho, porque enseguida llegan varios guardias jurados y espantan a los artistas. Algunas personas silban como protesta, pero al cabo de unos segundos todo el mundo vuelve a impacientarse porque no nos movemos.

En circunstancias normales, me estaría preguntando por qué esos bailarines habrán montado semejante espectáculo. ¿No tendrán trabajo ni nada mejor que hacer? Pero si Daniel estuviera aquí, me diría que eso es precisamente lo que tenían que hacer: llevar un poco de emoción y asombro a la vida de la gente. ¿Y acaso no es una razón tan válida como otra cualquiera?

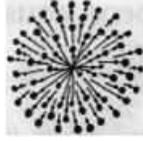


## daniel

SALGO DE LA ESTACIÓN de la calle Cincuenta y Dos, tan deprisa que casi me estampo contra un chico y una chica que se están dando el lote como posesos. Incluso aunque no llevaran el pelo azul, sería difícil no fijarse en ellos, porque jamás he visto dos personas más enredadas. Necesitan una habitación, pero ya. Vamos que si la necesitan... Es como un encuentro amoroso a vida o muerte, en medio de la acera. Cada uno se aferra al otro como si fuera un clavo ardiendo.

Un hombre de expresión agria masculla algo al pasar junto a ellos. Un niño los mira boquiabierto y su padre le tapa los ojos.

A mí, verlos enrollándose así me produce una felicidad desmedida y absurda. Supongo que la gente tiene razón cuando dice que los enamorados quieren que todo el mundo esté enamorado también. Espero que esos dos sigan siempre juntos.



## natasha

GIRO A LA DERECHA en el bulevar Martin Luther King y enfilo la calle donde está la tienda de los padres de Daniel. Justo al lado, frente a la casa de empeños, hay una chica que toca el violín subida a una caja de plástico. Es blanca, con una larga melena oscura que no ha debido de lavarse en bastante tiempo. Tiene la cara muy delgada, no en plan modelo sino en plan de pasar hambre. Conforman una imagen tan triste y tan peculiar que me detengo a mirarla durante un rato.

Delante de ella hay una gorra para pedir dinero, con un cartel en el que pone «AYÚDAME, POR FAVOR. NECESITO DINERO PARA RESCATAR MI VIOLÍN DEL USURERO». Las letras van acompañadas de una flecha negra que apunta a la tienda de empeños. Trato de imaginar cómo habrá sido la vida de esta chica para traerla hasta aquí, pero no soy capaz. Me saco un dólar del bolsillo y lo echo a la gorra. Ahora tiene un total de dos dólares.

La puerta de la casa de empeños se abre, y un tipo gordinflón con un chándal de color crema se acerca a nosotras. Su ceño es tan profundo como abultados sus mofletes.

—Se acabó el tiempo —dice, extendiendo una manaza enorme hacia la muchacha.

Ella deja de tocar y baja de un salto de la caja. Recoge el dinero y se lo ofrece. Luego le entrega la propia gorra.

El tipo del chándal se guarda el dinero y se cala la gorra.

—¿Cuánto me falta? —pregunta la chica.

Él se saca del bolsillo un cuaderno pequeño y un lápiz, y luego anota algo.

—Ciento cincuenta y un dólares con veintitrés centavos —responde, y luego chasquea los dedos para indicar que le entregue el violín.

Ella abraza el instrumento antes de cedérselo.

—Volveré mañana. ¿Me prometes que no lo venderás? —le pregunta.

Él asiente con un gruñido.

—Si vuelves, no lo vendo —accede.

—Te prometo que vendré.

—Las promesas no valen una mierda —responde él antes de darse la vuelta y entrar en la tienda.

La chica se queda un rato largo mirando el escaparate. No le veo la cara, así que no sé si

piensa lo mismo que él.



daniel

AUNQUE NATASHA SIGUIERA dentro de este monstruo de hierro y cristal, no sabría por dónde empezar a buscarla. Examino el directorio de empresas en busca de inspiración. Sé que tenía que ver a un abogado, pero los nombres no me ofrecen demasiadas pistas. Por ejemplo, no pone nada del estilo de «Abogado tal-y-cual, especializado en detener deportaciones de chicas de diecisiete años llamadas Natasha». Me devano los sesos sin ningún resultado.

Saco el móvil y compruebo que queda poco más de una hora para mi cita con el destino. De pronto, se me ocurre que debería mirar por dónde queda la nueva dirección que me dio la mujer que me atendió por teléfono. Si está demasiado lejos para llegar a tiempo, tengo la excusa perfecta para no ir.

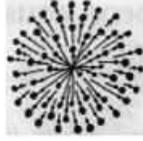
Pero, según Google Maps, ya he llegado a mi destino.

No sé quién está sufriendo una crisis existencial, si Google o yo. Compruebo otra vez la dirección y luego le echo otro vistazo al directorio.

Alucino.

Mi entrevista es aquí, en este edificio.

Ya estoy en el lugar al que debía ir.



## natasha

ABRO LA PUERTA DE LA TIENDA y la campanilla suelta un tintineo optimista. Yo no soy tan optimista acerca de las probabilidades de encontrar aquí a Daniel, pero tengo que intentarlo.

Para mi sorpresa, a quien veo detrás del mostrador no es al padre de Daniel, sino a Charlie, su hermano. Está ocupado escribiendo algo en el teléfono y ni siquiera me mira. Me pregunto con cuál de los dos tendría más posibilidades. Sea como sea, no tengo elección, porque no hay rastro del padre de Daniel por ninguna parte.

—Hola —saludo acercándome al mostrador.

Él sigue escribiendo durante unos segundos antes de dejar el móvil en la encimera con un golpe seco. La verdad, dudo que esta sea la mejor manera de recibir a una potencial cliente.

—¿Qué desea? —pregunta cuando al fin levanta la mirada.

Me quedo asombrada al ver que tiene un ojo rojo e hinchado. Mañana por la mañana, se volverá morado del todo. Al ver que le observo, levanta la mano y se toca el párpado. También tiene magullados los nudillos.

—Eh, espera —dice al reconocermelo—. ¿Tú no eres la novia de mi hermanito?

Sospecho que ensaya su mueca de desprecio frente al espejo todas las mañanas.

—Sí —respondo.

Levanta la vista y otea sobre mi hombro en busca de Daniel.

—¿Dónde está ese mierda?

—No lo sé. De hecho, esperaba que... —comienzo a decir.

Él me interrumpe con un gesto y esboza una sonrisa lenta. Creo que está tratando de mostrarse seductor. De hecho, si no lo conociera, tal vez incluso podría colármela; pero como ya lo conozco un poco, lo único que me hace sentir su sonrisa son ganas de hincharle el otro ojo.

—Has vuelto a buscar al hermano bueno, ¿eh? —dice.

Intenta guiñarme el ojo malo y da un respingo de dolor.

Hecho Constatable: no creo en el karma.

Pero podría empezar a creer de un momento a otro.

—¿Podrías darme su número? —pregunto.

Él se recuesta en la silla y coge su teléfono.

—¿Os habéis peleado, o qué?

Por mucho que me fastidie contarle nada, tengo que seguirle un poco la corriente.

—Algo así. ¿Me lo podrías dar?

Él empieza a dar vueltas al móvil.

—¿Te ponen los tíos coreanos?

A pesar de su sonrisa burlona, sus ojos me examinan con atención. Al principio pienso que me está provocando, pero enseguida me doy cuenta de que lo pregunta en serio. Le importa mi respuesta. Ni siquiera sé si será consciente de lo mucho que le importa.

—¿Por qué tienen que gustarme todos? —replico—. ¿Es que no puede gustarme solo tu hermano?

Él resopla con desdén.

—Vamos, hombre... ¿Qué te va a gustar de él? No es más que un pringado del montón.

Y en ese momento veo con claridad por qué Daniel le pone tan nervioso. Charlie no soporta ver que su hermano no se odia a sí mismo. Pese a todas sus inseguridades, Daniel está mucho más cómodo en su pellejo de lo que Charlie estará jamás.

Siento pena por él, pero me esfuerzo por no demostrarlo.

—¿Puedes ayudarme, por favor? —insisto.

—Dime por qué debería hacerlo.

Ya no sonrío, ni siquiera con expresión burlona. Tiene la sartén por el mango, y los dos lo sabemos. No lo conozco lo bastante para apelar a su parte buena. De hecho, ni siquiera sé si tiene una parte buena.

—Piensa en todos los problemas que voy a causarle —le suelto—. Tu hermano está enamorado de mí y, por mucho que tus padres se empeñen, no va a renunciar a estar conmigo. Así que tú puedes relajarte y disfrutar del espectáculo.

De pronto, levanta la cara y se echa a reír. No, este chico no es buena persona. A ver, tal vez tenga alguna parte buena, porque no creo que haya alguien que no la tenga. Pero su parte mala pesa mucho más que la buena. Por un momento trato de figurarme qué le habrá hecho ser como es, pero enseguida decido que las causas no importan.

Hay personas que existen para hacer que la vida de los demás sea mejor. Y otras personas existen para hacer que sea peor.

Y aun así, Charlie hace algo bueno por su hermano: darme su número.



## daniel

MI TELÉFONO EMPIEZA A SONAR. Me da tal susto que estoy a punto de dejarlo caer, como si estuviera poseído.

No reconozco el número, pero respondo de todos modos.

—¿Sí?

—¿Eres Daniel?

—¿Natasha? —pregunto, aunque sé muy bien que es ella.

—Sí, soy yo —responde con una voz que sonrío—. Tu hermano me ha dado tu número.

De pronto parece que me han gastado una broma pesada. Mi hermano jamás haría algo así por mí.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Daniel, soy yo. Soy yo de verdad.

—¿Charlie te ha dado mi teléfono?

—A lo mejor no es tan malo, al fin y al cabo.

—Ni de coña —replico, y los dos nos echamos a reír.

La he encontrado.

Bueno, ha sido ella quien me ha encontrado a mí.

No me lo creo.

—¿Dónde estás?

—Acabo de salir de tu tienda. ¿Y tú?

—En el edificio de tu abogado.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Es el único sitio en el que se me ocurrió que podría encontrarte.

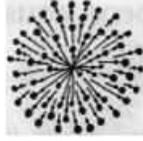
—¿Me has estado buscando? —pregunta con voz tenue.

—¿Me perdonas por haberme portado como un idiota antes? —No pasa nada. Tendría que habértelo dicho antes.

—No era asunto mío.

—Sí que lo era.

No es lo que más me gustaría oírle decir, pero se acerca mucho.



## natasha

ESTÁ SENTADO EN UNO DE LOS BANCOS que rodean la fuente, escribiendo algo en su libreta. Aunque sabía que me alegraría al verlo, no me esperaba sentir esta euforia. A duras penas logro aguantar las ganas de pegar saltos, dar palmadas e incluso bailar girando sobre mí misma.

Euforia.

No me pega nada.

Así que me contengo.

Pero la sonrisa que me sale mide kilómetros, no centímetros.

Me siento a su lado y golpeo su hombro con el mío.

Él levanta la libreta hasta taparse la boca y luego se gira hacia mí. Sus ojos, muy abiertos, parecen danzar. Creo que no he visto nunca a nadie tan contento de ver a alguien.

—Hola —dice desde detrás de la libreta.

Extiendo la mano para apartarla, pero él se echa hacia atrás y me lo impide.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Es posible que me haya metido en una pequeña pelea —responde.

—¿Te has metido en una pequeña pelea y por eso no puedo verte la cara?

—Solo quería avisarte.

Vuelvo a extender la mano y esta vez me permite que aparte la libreta. Tiene el lado derecho de la mandíbula magullado e hinchado, como si hubiera estado en un combate de boxeo.

—Te has peleado con tu hermano —deduzco.

—Se lo estaba buscando —responde en tono neutral, y entiendo que prefiere quitarle importancia para no estropear el momento.

—Creí que los poetas no os peleabais.

—¿Estás de broma? Somos tipos pendencieros —esboza una sonrisa que termina en una mueca dolorida—. No te preocupes, estoy bien —añade—. Parece peor de lo que es.

—¿Por qué os peleasteis?

—Eso no importa.

—Sí, sí que...

—No importa —me corta con tono firme, y me doy cuenta de que no me lo va a contar.

—¿Fue por mi culpa? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Él asiente y yo decido dejarlo estar. Me basta con saber que me aprecia tanto como para indignarse por algo que digan sobre mí.

—Antes me puse furiosa contigo —murmuro, porque necesito soltarlo antes de seguir.

—Lo sé. Lo siento. Es que no me lo podía creer...

—¿El qué? ¿Que no te lo hubiera contado?

—No. Que después de todas las cosas que han tenido que ocurrir para que nos conociéramos hoy, pasara algo más que nos separase.

—Contigo no hay manera...

—Es lo que hay —replica, risueño.

Apoyo la cabeza en su hombro y le hablo de mi visita al museo, del Ahnighito y de todas las coincidencias que han tenido que ocurrir para que se formaran el Sistema Solar, la Vía Láctea, el universo. Le digo que, comparado con eso, enamorarse tan solo se reduce a una serie de coincidencias minúsculas. Él no lo ve así, y yo me alegro por ello. Extiendo el brazo y le rozo el labio con los dedos. Él atrapa mi mano, gira la cara hacia la palma y la besa.

Jamás había entendido la expresión «tener química con alguien» hasta ahora. Al fin y al cabo, todo es química, combinaciones y reacciones. Pero los átomos de mi cuerpo se alinean con los átomos del suyo. Es así como supe hace un rato que aún estaba en el vestíbulo del edificio.

Vuelve a besarme en la palma y yo suspiro. Tocarle es orden y caos, como si me despiezaran y me ensamblaran al mismo tiempo.

—Antes me dijiste que tenías buenas noticias —dice.

En su rostro, tan transparente como siempre, asoma la esperanza. ¿Y si el abogado no me hubiera proporcionado una solución? ¿Cómo habríamos podido soportar separarnos? Porque a estas alturas ya no puedo pensar en que no estamos hechos el uno para el otro. Y, sin embargo, habríamos sobrevivido, por supuesto. Nadie se muere por separarse de otra persona.

Sea como sea, me alegro de no tener que comprobarlo.

—El abogado dice que no le parece difícil arreglarlo. Según él, no tendré que marcharme.

—¿Está seguro? —pregunta, y me sorprende al ver que es más pesimista que yo.

—No te preocupes. Me pareció que lo tenía bastante claro —respondo permitiendo que se me caigan las lágrimas.

Son de felicidad y, por una vez, no me da vergüenza llorar.

—¿Lo ves? Estábamos predestinados a encontrarnos. Vamos a celebrarlo.

Me estrecha contra él, y yo le quito la goma de la coleta y hundo los dedos en su pelo. Él hace lo mismo en el mío y se inclina para besarme, pero de pronto se me ocurre algo. Le apoyo un dedo en los labios para detenerle.

—Aguanta ese beso un minuto —le pido.

Acabo de pensar en que me gustaría hacer una llamada. Es un impulso tonto, pero Daniel casi me tiene convencida de todo esto de la predestinación.

La cadena de acontecimientos que nos ha traído hasta aquí comenzó con la vigilante que me retrasó esta mañana. Si no se hubiera entretenido tocando mis cosas, yo habría llegado a tiempo a mi cita. Y entonces no habría conocido a Lester Barnes ni al señor Fitzgerald. Ni a Daniel.

Rebusco en mi mochila hasta encontrar la tarjeta de Lester Barnes. Como me salta el buzón de voz, le dejo un mensaje caótico en el que le agradezco que me haya ayudado y le pido que le dé

las gracias a la vigilante en mi nombre.

—Tiene el pelo largo y castaño, y los ojos tristes, y siempre toca las cosas de todo el mundo —digo a modo de descripción. Justo cuando voy a colgar, recuerdo su nombre—. Creo que se llama Irene. Por favor, dele las gracias de mi parte.

Daniel me mira con cara de extrañeza.

—Luego te lo explico —le digo colándome de nuevo entre sus brazos—. ¿Volvemos al *norebang*? —pregunto con los labios pegados a los suyos, notando que el corazón se me sale del pecho.

—No —responde—. Tengo una idea mejor.



## daniel

—NO TE LO VAS A CREER —le digo a Natasha mientras entramos en el edificio—, pero mi entrevista también es aquí.

—¿En serio? —responde, tan asombrada que se detiene por un momento.

Le dedico una sonrisa de oreja a oreja, muriéndome por saber cómo se las va a apañar su mente científica con este nivel sobrenatural de casualidades.

—Alucinante, ¿verdad?

Ella se echa a reír.

—Te lo estás pasando de muerte, ¿a que sí?

—¿Lo ves? Te lo llevo diciendo todo el día: estábamos destinados a encontrarnos. Si no nos hubiéramos conocido antes, tal vez lo haríamos ahora.

Aunque mi razonamiento tiene mil fallos lógicos, ella no se entretiene en buscar ninguno. En vez de eso, me agarra de la mano y sonrío. Al final, creo que voy a convencerla.

Mi plan consiste en colarnos en la azotea para poder enrollarnos tranquilamente. Pasamos el control de seguridad con la excusa de mi entrevista, y el guardia nos señala los ascensores. Nos montamos en uno que debe de ser el que usan los oficinistas, porque se detiene en casi todas las plantas. No para de entrar y de salir gente trajeada que habla de Cosas Muy Importantes. A pesar de lo que dijo antes Natasha, yo jamás podría trabajar en un sitio así. Cuando llegamos por fin al último piso, salimos, buscamos una escalera y subimos un tramo que nos lleva directamente hasta una puerta metálica con un letrero en el que pone NO HAY ACCESO A LA AZOTEA.

Me niego a creerlo: está clarísimo que la azotea se encuentra al otro lado de la puerta. Agito el picaporte con la esperanza de que ocurra un milagro, pero no hay forma porque está cerrada con llave.

Apoyo la frente en el metal.

—Ábrete, sésamo —susurro.

La puerta se abre.

—¿Pero qué...? —mascullo, tambaleándome hasta caer en los brazos del mismo vigilante que nos ha atendido en el vestíbulo. A diferencia de nosotros, ha debido de coger el ascensor de las visitas.

—Chicos, no podéis estar aquí —gruñe, y noto que su camisa huele a tabaco.

Agarro el brazo de Natasha y tiro suavemente de ella hasta que está junto a mí en el umbral.

—Solo queríamos disfrutar de las vistas —digo, con mi mejor tono respetuoso-con-una-pizca-de-súplica-pero-sin-gimotear.

Él enarca las cejas con ironía. Está empezando a replicar algo cuando, de pronto, le da un golpe de tos que lo deja doblado. Se golpea el pecho con el puño, pero no hay manera de que deje de toser.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunta Natasha.

El vigilante asiente. Ya se le ha pasado un poco. Ahora está encorvado, con las manos apoyadas en los muslos. Natasha le apoya una mano en el hombro.

—Esta tos... —dice el hombre, con voz rasposa.

—No debería fumar —le advierte ella.

El vigilante se endereza y se enjuga los ojos.

—Suenas igual que mi mujer.

—Bueno, pues hágale caso a su mujer —replica Natasha de inmediato.

La miro con cara de «no te metas con este señor aunque tenga hechos polvo los pulmones, porque se le van a inflar las narices y no va a dejar que nos colemos en la azotea para hacer nuestras cosas tranquilamente». Si me comprende, no me hace ni caso.

—He trabajado varios años como voluntaria en la sección de neumología de un hospital —explica—. Créame, esa tos no suena nada bien.

Los dos nos la quedamos mirando. Yo me la he imaginado vestida con el uniforme de enfermera que suelen llevar las chicas voluntarias, y acto seguido me la he imaginado sin él. Me da la impresión de que esta va a ser mi nueva fantasía nocturna preferida.

No sé por qué la mira el vigilante. Espero que no sea por lo mismo que yo.

—Deme los cigarrillos, ¿quiere? —dice Natasha extendiendo la mano—. Tiene que dejar de fumar ya mismo.

No sé cómo se las arreglará para que su voz suene al mismo tiempo preocupada y mandona, pero el caso es que lo logra. El vigilante se saca una cajetilla del bolsillo de la cazadora.

—¿Crees que no lo he intentado? —protesta.

Lo observo, ahora con más atención. Es demasiado mayor para estar trabajando en esto. Tendría que estar jubilado, mimando a sus nietos en algún lugar de Florida.

Natasha lo sigue mirando con firmeza hasta que él le entrega la cajetilla.

—Ten cuidado con esta buena pieza —me dice el vigilante con una sonrisa.

—No se preocupe, lo tendré.

Él se ajusta la cazadora y se gira de nuevo hacia Natasha.

—¿Cómo sabes que no voy a comprarme otro paquete en cuanto baje? —le pregunta.

—No lo sé —responde ella encogiéndose de hombros.

Él la contempla un par de segundos más.

—La vida no siempre marcha como uno había planeado —dice al fin.

Por la cara que pone Natasha, me doy cuenta de que no está de acuerdo. Él se da cuenta también, pero lo deja pasar.

—No os acerquéis al borde —nos indica con un guiño—. Y pasáoslo bien.



joe

*Una historia de planes*

LA CHICA LE HA RECORDADO UN POCO a su Beth: directa pero dulce. En realidad, esa ha sido la razón por la que les ha permitido quedarse en la azotea. Sabe perfectamente de qué vistas quieren disfrutar aquellos dos. Pero justo eso, piensa, nunca le ha hecho daño a nadie.

Su Beth y él también eran así. Y no solo en los inicios de su matrimonio, sino todo el tiempo. A los dos les gustaba decir que les había tocado la lotería cuando se habían conocido.

Beth murió hace un año, justo seis meses después de que los dos se jubilaran. De hecho, los médicos le diagnosticaron el cáncer el primer día de su jubilación. Tenían tantos planes... Un crucero por Alaska para ver la aurora boreal (plan de Beth). Un viaje a Venecia para beber grappa y navegar por los canales (plan de Joe).

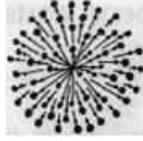
Eso es lo que le sigue haciendo daño aun ahora. Pensar en todos los planes que hicieron. En tantos años de ahorro, de esperar a que llegase el momento perfecto.

Y todo, ¿para qué? Para nada.

La chica tiene razón, por supuesto. No debería fumar. Cuando Beth murió, él solicitó reincorporarse al trabajo y empezó a fumar de nuevo. Sabía que el trabajo o el tabaco acabarían por matarle, pero le daba igual. No le quedaba nada por lo que vivir, ninguna razón por la que hacer planes.

Antes de cerrar la puerta, echa un último vistazo a los dos jóvenes. Se están mirando como si no hubiera ninguna otra cosa en el mundo. Su Beth y él también eran así, en tiempos.

En fin. Tal vez deje de fumar. A lo mejor es hora de hacer planes nuevos.



## natasha

DANIEL SE ACERCA al borde de la azotea y contempla la ciudad. Su pelo se agita con la brisa, y lleva puesta su cara de poeta. El lado de su boca que no está magullado sonríe.

Me acerco a él y deslizo mi mano dentro de la suya.

—¿No vas a escribir nada, chico poeta? —pregunto para picarle.

Su sonrisa se hace más ancha, pero no se da la vuelta para mirarme.

—Desde aquí la ciudad parece muy distinta, ¿verdad? —dice.

¿Qué estará viendo? Yo solo veo kilómetros de tejados, casi todos vacíos. En algunos hay trastos abandonados: aparatos de aire acondicionado llenos de polvo, muebles de oficina rotos... En unos pocos hay plantas, y me pregunto quiénes las cuidarán.

Daniel, ahora sí, saca su libreta, y yo me acerco un poco más al borde.

Antes de que estos edificios se convirtieran en edificios, solo estaban sus esqueletos. Pero antes de que fueran esqueletos, no había más que vigas y encofrados; metal, cemento y cristal. Y antes de eso eran planos en estudios de arquitectura. Y antes eran solo una idea de ciudad que alguien había concebido.

Daniel guarda su libreta, me agarra del brazo y tira de mí para alejarme del abismo.

—¿Se puede saber qué escribes ahí? —le pregunto.

—Planes —dice apoyándose una mano en la cintura.

Sus ojos brillan, fijos en mis labios, y a mí empieza a costarme pensar. Doy un paso atrás, pero él me sigue como si bailáramos.

—Yo... Madre mía —farfullo—. ¿Llevas todo el día siendo así de *sexy*?

Él se sonroja y se echa a reír.

—Me alegro de que pienses que soy *sexy* —dice sin dejar de mirarme los labios.

—¿Te dolerá si te beso? —le pregunto.

—Será un dolor estupendo.

Me apoya la otra mano en la cintura, como si quisiera inmovilizarnos así, y mi corazón empieza a galopar. Besarle no puede ser tan maravilloso como recuerdo. Cuando nos besamos por primera vez, pensaba que también sería la última. Estoy segura de que fue eso lo que lo hizo tan intenso. Este beso será más normal. No habrá fuegos artificiales ni caos, solo dos personas que se

gustan mucho y quieren besarse.

Me pongo de puntillas y me pego más a él. Sus ojos por fin se elevan hasta encontrarse con los míos. Levanta la mano de mi cintura y la apoya sobre mi corazón, que parece que late para él.

Cuando nuestros labios se tocan, intento mantener los ojos abiertos tanto como puedo. Me esfuerzo por no rendirme a la absurda entropía que se desata cuando nos tocamos. No lo entiendo. ¿Por qué con él? ¿Por qué con Daniel, y no con cualquiera de los chicos con los que he estado antes? ¿Y si no nos hubiéramos conocido? ¿Habría sido este un día normal y corriente, en el que yo no llegara a darme cuenta de que me faltaba algo?

Enredo su cuello entre mis brazos y me apoyo en su cuerpo, pero quiero acercarme todavía más. Vuelve a invadirme esa sensación de caos. Quiero cosas que sé nombrar y cosas que no sé decir con palabras. Quiero que este momento dure para siempre, pero no quiero perderme todos los momentos que están por venir. Quiero todo un futuro de estar juntos, pero lo quiero aquí y ahora.

Es tan abrumador que rompo el beso con esfuerzo.

—Ve... Hacia... Allá —le indico, puntuando cada palabra con un beso.

Señalo un punto situado a unos cuatro metros de mí, fuera del alcance de mis labios.

—¿Aquí? —pregunta tras retroceder un solo paso.

—Da al menos cinco pasos más.

Me mira con guasa, pero obedece.

—¿Van a ser así todos nuestros besos? No, ¿verdad? —le pregunto.

—¿Así, como?

—Ya sabes... Delirantes.

—Me encanta lo directa que eres —me confiesa.

—¿En serio? Mi madre opina que me paso.

—Puede ser. Aun así, me encanta.

Bajo la mirada y cambio de tema.

—¿Cuánto tiempo falta para tu entrevista?

—Cuarenta minutos.

—¿Tienes alguna pregunta más de esas que querías hacerme?

—Ah, ¿es que aún no te has enamorado de mí? —pregunta con incredulidad fingida.

—Pueeeees... no —contesto con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tranquila, tenemos tiempo de sobra.



## daniel

ES COMO UN MILAGRO poder estar sentados aquí arriba, como si formáramos parte de una ciudad aérea secreta. El sol empieza a ocultarse tras los edificios, pero aún no se ha puesto. Pronto oscurecerá; pero, por ahora, solo flota en el aire la idea de la noche.

Natasha y yo estamos sentados a lo indio, con la espalda apoyada junto a la puerta. Tenemos las manos agarradas y su cabeza reposa en mi hombro. Noto la suavidad de su pelo en mi mejilla.

—¿Estás preparada ya para contestar a la pregunta de la cena? —le digo.

—¿Cuál? ¿La de decir a quién invitaría?

—Esa misma.

—Uf... No. Tú primero.

—Fácil —contesto—. A Dios.

Ella levanta la cabeza de mi hombro para mirarme a la cara.

—¿De verdad crees en Dios?

—Sí.

—¿En un señor con superpoderes que vive en el cielo? —insiste, en un tono que no es burlón sino intrigado.

—Bueno, no. No creo en eso exactamente.

—Entonces, ¿en qué crees?

Le aprieto la mano.

—Mira, la forma en la que nos sentimos ahora mismo... Esta conexión entre los dos que no comprendemos y que no queremos cortar jamás... Para mí, esa es una de las formas en las que se expresa Dios.

—Uf, madre mía —exclama—. Los poetas tenéis mucho peligro, ¿sabes?

Tira de mi mano hasta apoyarla en su regazo y la encierra entre las suyas. Yo levanto la cara al cielo e intento encontrar formas en las nubes.

—Mira, esto es lo que creo —explico—. Creo que todas las personas de la Tierra estamos conectadas.

—¿Incluso las malas personas? —pregunta ella mientras me acaricia los nudillos.

—Sí. Porque todos tenemos una parte buena, aunque sea pequeña.

—De eso nada.

—Bueno, igual no —concedo—. Pero todo el mundo hace al menos una cosa buena a lo largo de su vida. ¿Eso te vale?

Natasha reflexiona unos segundos y luego asiente lentamente.

—Bueno —prosigo—, pues yo creo que todas las partes buenas de la gente se conectan en un cierto nivel. Me refiero a esa parte que nos hace compartir la última galleta de chocolate, o donar dinero a entidades benéficas, o darle un dólar a una artista callejera, o hacer de voluntario en un hospital, o decir «te quiero» o «te perdono». Creo que eso es Dios: la conexión que existe entre lo mejor de nosotros mismos.

—¿Y crees que esa conexión posee conciencia propia?

—Sí. La tiene, y las personas la llamamos «Dios».

Ella suspira y se ríe bajito.

—¿Siempre eres tan...?

—¿... erudito? —completo yo.

Se vuelve a reír, ahora más alto.

—Iba a decir «cursi» —replica.

—Pues sí. Mi cursilería goza de una bien merecida fama en los alrededores.

—Era broma —repone dándome un codazo amistoso—. En el fondo, me gusta que se te ocurran esas cosas.

A mí también me gusta. Aunque no es la primera vez que reflexiono sobre estas cosas, sí que es la primera vez que logro darles una forma coherente. Hay algo en Natasha que me hace ser mi mejor yo.

Me llevo su mano a los labios y le beso las yemas de los dedos.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿No crees en Dios?

—Me gusta la idea que tienes tú. Desde luego, no creo en ese Dios vengativo en el que cree mucha gente.

—Pero crees en algo, ¿no?

Ella frunce el ceño y titubea.

—Pues la verdad es que no lo sé. Supongo que me intriga más la razón por la que la gente siente que necesita creer en esas cosas. ¿Por qué no les basta con la ciencia? La ciencia es asombrosa. El cielo nocturno, por ejemplo, es algo alucinante. El interior de una célula humana es algo maravilloso. Pero un concepto que afirma que nacimos en pecado, y que la gente utiliza para justificar sus prejuicios y discriminaciones... No sé. Supongo que creo en la ciencia. Con eso me basta.

—Ya... —murmuro.

Los rayos del sol poniente se reflejan en los rascacielos y tiñen la tarde de naranja. Aunque estamos al aire libre, me siento tan protegido como si esto fuera un nido.

—¿Sabes que aproximadamente un 27% del universo es materia oscura? —pregunta Natasha.

He aquí otra cosa más de esas que Natasha sabe y yo desconozco por completo.

—¿Qué es la materia oscura?

Mi pregunta le encanta, se le nota en la cara. Me suelta la mano, se frota las palmas y se zambulle en la explicación.

—A ver, aunque no existe un consenso científico al respecto, se suele decir que la materia

oscura es la diferencia entre la masa de un objeto y esa misma masa calculada según su efecto gravitacional.

Se interrumpe y me mira con las cejas enarcadas, como si acabara de hacer una afirmación profunda y estremecedora.

Me temo que no estoy nada estremecido.

Natasha suelta un suspiro teatral.

—Estos poetas... —refunfuña con una sonrisa—. A ver, esas dos masas deberían coincidir —levanta un dedo en plan profesora—. Deberían hacerlo; pero en los casos de cuerpos muy grandes, como los planetas, por ejemplo, no coinciden.

—Ah, qué interesante —comento, porque de verdad me lo parece.

—¿Verdad que sí? —repite, con una sonrisa de mil vaticios que me hace colarme aún más por ella—. Y resulta, además, que la masa visible de las galaxias no posee suficiente gravedad para explicar por qué no se disgregan.

Meneo la cabeza para indicarle que no lo comprendo.

—Vamos a ver: si calculamos la fuerza gravitacional de todos los objetos que podemos detectar —explica—, el resultado no es suficiente para mantener las galaxias juntas y las estrellas en órbita. Eso quiere decir que tiene que existir más materia de la que detectamos. Y esa es la materia oscura.

—Ah, vale, ya lo pillo —digo.

Natasha me dirige una mirada escéptica.

—No, en serio —insisto—. Lo entiendo. Dices que esa materia oscura compone el 27% del universo, ¿verdad?

—Aproximadamente.

—Y que es la razón por la que los cuerpos celestes no salen despedidos por el espacio, ¿no? Que es lo que une y da cohesión al universo.

Su escepticismo deja paso a la suspicacia.

—¿Se puede saber adónde quiere ir a parar esa mente mística de poeta que tienes?

—Si te lo digo, me vas a odiar.

—Es posible.

—La materia oscura es el amor. Esa es la fuerza que cohesiona todas las cosas.

—Ah, no, ni hablar. Puaj. Voy a vomitar. Eres lo peor.

—¡De eso nada! Soy buenísimo —replico echándome a reír.

—Lo peor, créeme —insiste ella, pero ya se está riendo conmigo.

La agarro de la mano.

—Tengo razón y lo sabes —afirmo cuando recupero el aliento.

Ella gime en plan dramático, pero en el fondo sé que le está dando vueltas. No creo que esté tan lejos de creerlo como ella misma piensa.

Levanto el teléfono y abro la pantalla de las preguntas.

—Vamos a ver... Venga, ahí va otra. Completa la siguiente frase: «Estamos los dos en esta sala sintiendo...».

—... ganas de hacer pis.

—No te gusta nada hablar de cosas serias, ¿eh?

—¿Nunca has tenido muchísimas ganas de hacer pis? —protesta—. Es algo muy serio. Si

aguantas demasiado, la vejiga podría llegar a...

—¿De verdad tienes ganas?

—Bueno, no.

—Pues contesta a la pregunta, anda —le pido, porque no estoy dispuesto a permitir que se escaquee con un chiste.

Ella suspira.

—Tú primero —dice.

—Yo siento ilusión, emoción y calentón.

—Ah, en verso. Buen poema.

—Te toca. Tienes que ser sincera —le exijo, y ella me saca la lengua.

—Estoy... un poco desorientada. Y asustada.

Tiro de su mano hasta apoyarla en mi regazo.

—¿Qué te asusta?

—Ha sido un día muy largo. Esta mañana aún creía que me iban a deportar. Llevaba dos meses tratando de hacerme a la idea. Y ahora parece que podré quedarme... —gira la cara para mirarme a los ojos—. Y luego estás tú. Esta mañana, ni siquiera te conocía, y ahora no logro recordar cómo era no conocerte. Me siento... No sé, fuera de control.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Me gusta prever las cosas, planearlas de antemano.

La entiendo, claro que la entiendo. Estamos programados para hacer planes. Forma parte de nuestro ritmo vital. El sol se alza todos los días y se rinde ante la luna todas las noches.

—Pero, como dijo antes el vigilante —replico—, las cosas no siempre funcionan de acuerdo a nuestros planes.

—¿Crees que eso es cierto? A mí me parece que, en general, sí que se pueden prever las cosas. Es raro que la vida dé un giro y te atropelle.

—Seguro que los dinosaurios pensaban lo mismo, y mira lo que les pasó —respondo en tono risueño.

Me mira con una sonrisa tan sincera que tengo que acariciarle la mejilla. Ladea la cabeza y me besa la palma de la mano.

—Pese a la existencia de extinciones en masa y otros acontecimientos igual de dramáticos, creo que casi siempre se pueden hacer planes de antemano —afirma.

—Hoy han estado a punto de atropellarte —le recuerdo, y ella se encoge de hombros—. Bueno, veamos. Hasta ahora solo has dicho dos cosas: desorientada y asustada.

—Vale, venga. Te regalaré los oídos: también me siento feliz.

Suelto un suspiro exagerado.

—Ya podías haberlo dicho en primer lugar —protesto.

—Me gusta el suspense.

—De eso nada.

—Bueno, vale, es verdad: odio el suspense.

—¿Estás feliz por haberme conocido?

—Y porque no vayan a deportarme. Pero, sobre todo, por haberte conocido.

Se lleva mis manos a la boca y las cubre de besos. Podría estar así todo el día, interrumpiendo la conversación con besos y los besos con conversación.

—¿Cuándo vamos a hacer lo de mirarnos a los ojos? —pregunto.

Ella enarca las cejas con impaciencia fingida.

—Luego —dice—. Después de tu entrevista.

—No tienes nada que temer —le digo para picarla.

—¿Por qué voy a temer nada? Lo único que veremos son nuestros iris y pupilas.

—Los ojos son las ventanas del alma.

—Paparruchas.

Compruebo la hora en el teléfono, aunque no me hace ninguna falta. Sé que ya casi es la hora de mi entrevista, pero me apetece quedarme un rato más aquí arriba, en la ciudad aérea.

—Aún tenemos tiempo para un par de preguntas más —digo—. Vamos con una tanda rápida. ¿Cuál es tu recuerdo favorito?

—La primera vez que me tomé un helado de cucurucho —contesta sin vacilar.

—¿Cuántos años tenías?

—Cuatro. Era un helado de chocolate y yo estaba estrenando un vestido blanco de domingo.

—¿Y a quién se le ocurrió la idea?

—A mi padre —responde con una sonrisa—. Por aquel entonces, yo era la niña de sus ojos.

—¿Ya no lo eres?

—No.

Espero a que se explique, pero ella no quiere detenerse en el tema.

—¿Y tu recuerdo preferido? —me pregunta.

—Cuando tenía siete años, mis padres nos llevaron a Disney World. Charlie estaba empeñado en probar la montaña rusa más alta, la Space Mountain, pero mi madre no le dejaba montarse solo y tampoco quería que fuera yo con él porque pensaba que tendría miedo. Y ni ella ni mi padre estaban dispuestos a acompañarle.

Natasha me aferra las manos en un gesto inconsciente que me resulta enternecedor, porque está claro que sobreviví a la experiencia.

—¿Y qué ocurrió?

—Convencí a mi madre de que no estaba asustado. Le dije que llevaba meses deseando montar en aquella atracción.

—¿Y no era cierto?

—Para nada. En realidad, estaba muerto de miedo. Lo hice por Charlie.

—Eh, no hace falta que fuerces la nota —dice ella dándome un puñetazo juguetón en el hombro—. Ya me gustas, ¿sabes? No tienes por qué demostrarme que eres un santo.

—Ahí está la cosa: no lo hice por bondad. En el fondo, ya me daba cuenta de que nuestra amistad se terminaba. Lo que quería era convencerle de que yo valía la pena. Y en aquel momento funcionó. Al acabar, me dijo que era muy valiente y me dejó terminar sus palomitas.

Levanto la cara y observo las nubes. Apenas se mueven.

—¿No te parece curioso que nuestros recuerdos favoritos tengan que ver con las dos personas que peor nos caen ahora mismo? —pregunto.

—Tal vez sea por eso por lo que no nos caen bien. La distancia entre cómo eran antes y cómo son ahora resulta tan grande que ya no tenemos ninguna esperanza de recuperarlos.

—Puede ser —asiento—. ¿Sabes qué es lo peor de mi historia?

—¿Qué?

—Desde aquel día, no soporto las montañas rusas.  
Natasha se echa a reír y yo la acompaño.



# ojos

## *Una historia evolutiva*

SEGÚN LAS ÚLTIMAS HIPÓTESIS CIENTÍFICAS, los primeros «ojos» no eran más que una mancha pigmentada y sensible a la luz en la epidermis de alguna criatura primitiva. Aquella mancha permitía a su poseedor distinguir la luz de la oscuridad, lo que suponía una ventaja evolutiva, ya que la ausencia de luz podía indicar que un depredador cercano la bloqueaba. De este modo, dichas criaturas sobrevivían más tiempo, se reproducían más y transmitían su herencia genética a sus descendientes. Poco a poco, las mutaciones fortuitas crearon una depresión cada vez mayor en la mancha sensible a la luz. Esto mejoró la «visión» de las criaturas, lo que a su vez incrementó sus posibilidades de supervivencia. A lo largo del tiempo, aquellas manchas se transformaron hasta convertirse en ojos como los de los seres humanos, por ejemplo.

¿Cómo hemos podido pasar de la idea de los ojos como mecanismos de supervivencia a la del amor a primera vista? ¿O a la noción de que los ojos son las ventanas del alma? ¿O al tópico de los amantes que se pierden en los ojos de su ser amado?

Algunos estudios demuestran que las pupilas de las personas que se sienten atraídas se dilatan debido a un aumento de la dopamina.

Otros estudios sugieren que la disposición de los filamentos del iris puede responder a distintos rasgos de personalidad, lo que corroboraría la idea de que los ojos son una especie de ventana del alma.

¿Y qué hay de los amantes que se pasan horas mirándose a los ojos? ¿Es, en el fondo, una demostración de confianza mutua? «Permito que te acerques, y confiaré en que no me harás daño mientras estoy en esta situación de vulnerabilidad». Si la confianza es uno de los pilares del amor, puede que mirarse a los ojos sea una forma de crearla o de reforzarla.

Aunque tal vez las cosas sean más sencillas. Quizá se haga simplemente para establecer una conexión.

Para ver.

Para ser vistos.



## daniel

EL DESPACHO DEL SEÑOR FITZGERALD, el abogado con el que tengo que entrevistarme, está al final de un pasillo largo, gris y anónimo. Me esfuerzo por no interpretarlo como una premonición de mi futuro (y no lo consigo). En la puerta no hay más que un número. Nadie responde cuando llamo. ¿Se habrá marchado ya a su casa? Desde luego, eso sería ideal. Así, si no entro en Yale para estudiar Medicina, no será culpa mía. Me da igual haber llegado diez minutos tarde a la cita por quedarme un poco más con Natasha. No me arrepiento.

Giro el pomo, empujo la puerta y veo a una mujer que llora desconsolada. Ni siquiera oculta la cara entre las manos, como suele hacer la gente en esas circunstancias. Está de pie en mitad de la sala, respirando a trompicones, con la cara empapada por las lágrimas. El rímel le cae en churretes por las mejillas y tiene los ojos hinchados y enrojecidos, como si llevara llorando un buen rato.

Cuando advierte mi presencia, se enjuga las lágrimas con el dorso de las manos. Ahora tiene toda la cara manchada de rímel, no solo las mejillas.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto.

Es la pregunta más tonta que podría hacerle, porque la respuesta es evidente.

—Sí —responde.

Mordisqueándose el labio inferior, se atusa el pelo con las manos. Como le ha ocurrido con el maquillaje, sus esfuerzos no hacen más que empeorar las cosas.

—Eres Daniel Bae, ¿verdad? —dice—. Vienes por la entrevista de admisión en Yale.

Doy un paso hacia ella.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua o unos pañuelos? —digo mirando de reojo la caja de pañuelos vacía que hay en el mostrador, junto a una taza que pone ASISTENTES JURÍDICOS: IGUAL DE BUENOS, MÁS BARATOS.

—No te preocupes, no hace falta. Pasa, por favor. El señor Fitzgerald está ahí dentro —me indica señalando la puerta que hay a su derecha.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Bueno, tengo que irme. Por favor, dile al señor Fitzgerald que es la persona más maravillosa que he conocido en mi vida, pero que me tengo que marchar.

—De acuerdo —respondo, aunque no tengo ninguna intención de hacerlo.

Además, la sala es bastante pequeña. Sospecho que el señor Fitzgerald ha debido de oír la declaración.

La asistente se acerca al mostrador y recoge la taza.

—Dile también que preferiría quedarme, pero que no puedo. Es lo mejor para los dos —añade, y acto seguido se echa a llorar de nuevo.

Noto que los ojos se me inundan de lágrimas.

Ya estamos.

Ella deja de sollozar y me mira asombrada.

—¿Estás llorando? —pregunta.

—Sé que es una tontería, pero me pasa siempre —contesto—. Cuando veo llorar a alguien, me contagio.

—Qué tierno... —repite, y ahora su voz tiene un timbre musical.

—En realidad, es un marronazo.

—Eh, ese lenguaje —exclama ella con el ceño fruncido.

—Lo siento —digo sorprendido.

¿A quién se le ocurre ofenderse por una expresión tan inofensiva como esa?

Ella acepta mis disculpas con una inclinación de cabeza.

—Acabábamos de mudarnos a este despacho, y ahora no volveré a verlo nunca más —se sorbe las lágrimas y se limpia la nariz con un pañuelo que se saca de la manga—. Si hubiera sabido que esto iba a terminar así, no habría empezado.

—A todos nos gustaría poder ver el futuro —respondo.

Ella asiente con la cabeza, de nuevo al borde del llanto.

—Cuando era pequeña, mis libros favoritos eran los cuentos de hadas. Ya antes de abrirlos sabías cómo iban a terminar: «Y fueron felices para siempre jamás» —susurra, ladea la cabeza para mirar la puerta, cierra los ojos y los vuelve a abrir al cabo de un par de segundos—. En los cuentos de hadas, las princesas nunca se equivocan.

Oigo un ruido. La puerta de la derecha acaba de abrirse. Me giro, intrigado por ver qué aspecto tiene la persona más maravillosa del mundo. Salvo por el vendaje que le oculta la ceja derecha, tiene una pinta de lo más normal.

—¿Daniel Bae? —me pregunta, sin desviar la mirada ni por un momento hacia su asistente.

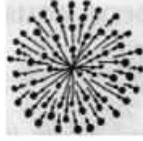
Extiendo la mano para darle un apretón.

—Buenas tardes, señor Fitzgerald. Encantado de conocerle.

—Has llegado tarde —dice sin estrecharme la mano.

Sin más, se da la vuelta y entra en su despacho.

Vuelvo la cabeza para despedirme de la asistente, pero ya no está.



## natasha

SACO EL TELÉFONO DE LA MOCHILA y compruebo los mensajes. Aún no hay noticias de Bev. ¿Estará visitando alguna otra universidad? Recuerdo que también quería ir a ver la Universidad de California, en San Francisco.

Debería llamar a mi madre. En realidad, debería haberla llamado hace horas. Tengo otras tres llamadas perdidas suyas desde que Daniel y yo subimos a la azotea.

Le contesto con un mensaje: «Vuelvo a casa en un rato».

El teléfono zumba en respuesta casi de inmediato. Debe de llevar toda la tarde esperando noticias mías.

«Llevo 2 h tratando de hablar contigo».

«¡Lo siento!», contesto.

Sé que mi madre no soporta no tener la última palabra, así que me quedo esperando la inevitable contestación: «Nada nuevo, ¿verdad? Espero que no te hayas hecho ilusiones».

Guardo el móvil sin molestarme en responder.

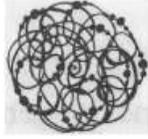
A veces pienso que el mayor temor de mi madre es que las cosas la decepcionen.

Para evitarlo, se esfuerza por no hacerse ilusiones jamás e insiste en que los demás hagamos lo mismo.

No siempre lo consigue. En cierta ocasión, trajo a casa un folleto de un *casting* para un montaje teatral en una sala independiente y se lo dio a mi padre. No sé de dónde lo habría sacado; ni siquiera recuerdo qué obra era. Mi padre lo aceptó e incluso le dio las gracias, pero estoy convencida de que no hizo ningún esfuerzo por presentarse.

Decido esperar a la llamada del abogado antes de decirle nada. Mi madre ya ha tenido que superar demasiadas decepciones.

Lo malo de hacerse ilusiones es que, si no se cumplen, parte de ti se deshace también.



## samuel kingsley

### *Una historia de arrepentimiento, parte 4*

ALGUNAS PERSONAS ESTÁN DESTINADAS a ser grandes en lo que hacen. Al nacer, Dios dota a unos pocos afortunados de talento y luego los echa al mundo para que lo usen. Eso me ocurrió a mí.

Sin embargo, solo he podido emplear mi talento en dos ocasiones: hace dos meses, cuando representé *Un lunar en el Sol* en Manhattan, y hace diez años, cuando lo hice en Montego Bay.

Hay algo especial entre esa obra y yo, una especie de predestinación. En Jamaica, el periódico *Daily* calificó mi actuación de «milagrosa». El público se puso en pie para ovacionarme.

A mí. No a los otros actores, sino a mí solo.

Es curioso que la obra que me trajo hasta Estados Unidos sea la misma que ahora me envía de vuelta a Jamaica.

Patricia me pregunta una y otra vez por qué les hablé a los policías de nuestros problemas. «No son sacerdotes», me dice. «¿Por qué te confesaste con ellos?».

Yo le digo que estaba borracho y recién salido del subidón del escenario. Lo más noble que puede hacer una persona en la vida es dedicarse a aquello para lo que Dios la trajo a este mundo. Le digo a Patricia que lo hice sin querer. Es cierto, aunque lo contrario también lo es. Quizá lo hiciera a propósito. No se trata de una confesión; solo una idea que me ronda por la mente.

Es posible que lo hiciera a propósito. Ni siquiera habíamos sido capaces de vender todas las entradas para la obra.

Ni los Estados Unidos pueden sacar nada más de mí, ni yo puedo sacar nada más de Estados Unidos. Eso me quedó muy claro la noche en que representamos *Un lunar en el Sol*. En Jamaica, el público me ovacionó. Aquí ni siquiera tengo público.

No sé. Tal vez sí que lo hiciera a propósito. Uno puede perderse en su propia mente como si fuera un país extraño. De pronto, tus pensamientos están en una lengua que no conoces, y no puedes leer las señales aunque estén por todas partes.



## daniel

LO PRIMERO QUE VEO en la mesa del abogado es una carpeta en la que pone «Natasha Kingsley». Tiene que ser ella, claro; no puede haber tantas Natashas Kingsley en las cercanías. Es alucinante. ¡Ahora resulta que no solo teníamos que venir al mismo edificio, sino que su abogado y mi exalumno de Yale son la misma persona! Las probabilidades de que esto ocurra deben de ser de una entre no sé cuántos millones. No veo el momento de decírselo a ella para ver qué cara pone.

Miro al abogado y luego echo un vistazo alrededor.

—¿Está usted especializado en casos de inmigración? —pregunto.

Él deja de leer el papel que tiene en las manos (mi solicitud de ingreso en la universidad, supongo).

—En efecto. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que conozco a una de sus clientas —digo agarrando la carpeta.

Él me la arrebató.

—¡No toques eso! —exclama mientras la deja en el lado más lejano de la mesa—. Contiene información confidencial.

Yo lo miro con una sonrisa de oreja a oreja y él, perplejo, arruga el ceño.

—Ya, lo siento —digo—. Es solo que hoy me ha salvado usted la vida.

—No te sigo. ¿De qué me estás hablando? —replica.

Veo que se está masajeando la muñeca, y me doy cuenta de que la tiene vendada. Claro, su asistente me dijo antes que había sufrido un accidente. Señalo la carpeta.

—Hoy la he conocido... Me refiero a Natasha —explico.

El abogado frunce aún más el ceño. No entiende lo que quiero decir.

—Cuando la conocí, pensaba que la iban a deportar —añado a modo de explicación—. Luego vino aquí y usted hizo no sé qué magia jurídica... La cosa es que ya no se tiene que marchar.

El señor Fitzgerald apoya la mano del vendaje en el escritorio.

—¿Y en qué medida te ha salvado eso a ti? —pregunta.

—Es la mujer de mi vida.

Increíblemente, su ceño se arruga aún un poco más.

—¿Pero no has dicho que la has conocido hoy?

—Sí —respondo, incapaz de disimular mi cara de felicidad.

—¿Y es la mujer de tu vida?

Aunque sus manos no se elevan para poner comillas virtuales a la expresión «la mujer de tu vida», su tono se basta para hacerlo. Son comillas virtuales sonoras (y me disgustan tanto como las gestuales).

Apoya los codos en la mesa, junta las yemas de los dedos y me mira con fijeza durante un rato bastante largo.

—¿Para qué has venido? —pregunta al fin.

¿Será una pregunta con trampa?

—Para... para mantener una entrevista de admisión en Yale, por supuesto.

Su mirada se tiñe de escepticismo.

—No. Me refiero a la verdadera razón por la que estás hoy aquí. ¿Para qué has venido a este despacho? Es evidente que la entrevista te da lo mismo. A juzgar por tu aspecto, cualquiera diría que has estado en una riña de taberna. Te lo pregunto en serio: ¿por qué has venido?

Solo me deja una salida: la sinceridad.

—Porque mis padres me han obligado a hacerlo.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

Vuelve a examinar mi solicitud de admisión.

—Aquí pone que estás interesado en realizar estudios de la rama sanitaria. ¿Es así?

—Pues... no del todo.

—¿No o no del todo? —insiste, porque a los abogados les gustan las certezas.

—No.

—Bien, ya vamos aclarando las cosas. ¿Estás realmente interesado en estudiar en Yale?

—Ni siquiera estoy seguro de querer ir a la universidad.

Se inclina hacia delante. Me siento como si estuviera en un interrogatorio.

—¿Y cuál es tu sueño?

—Ser poeta.

—Ah, estupendo —repite—. Muy práctico.

—No se lo va a creer, pero no es la primera vez que me lo dicen.

Se acerca aún más a mí.

—Te lo voy a preguntar una vez más: ¿por qué estás aquí? —Porque tengo que estar.

—Eso no es cierto —replica—. Puedes levantarte y salir. Nadie te detiene.

—Se lo debo a mis padres.

—¿Por qué?

—No lo entendería.

—Ponme a prueba.

Dejo escapar un suspiro largo y sentido.

—Mis padres son inmigrantes. Vinieron a este país porque querían tener una vida mejor. Trabajan día y noche para que mi hermano y yo podamos alcanzar el sueño americano. Y no conozco ninguna versión de este sueño que no incluya ir a la universidad para convertirse en un artista muerto de hambre.

—El sueño americano tiene tantas versiones como personas.

—En mi familia, no —respondo con sarcasmo—. Si no entro en Yale, se acabó lo que se daba. Mi padre no me pagará la matrícula de otra universidad ni me mantendrá más.

Esto, al menos, lo deja callado por un momento. Se recuesta en el asiento.

—¿De verdad lo haría? —pregunta.

Aunque estoy seguro de la respuesta, me cuesta decirla en voz alta. Recuerdo la expresión con la que me miró mi padre hace apenas unas horas. Lo que más desea en el mundo es que Charlie y yo tengamos una vida mejor que la suya. Lo desea tanto que está dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

—Sí —respondo—. Lo haría.

Pero que conste que mi padre no lo hace por maldad ni por ser el Típico Padre Coreano. Simplemente, no es capaz de ver más allá de su propia historia, y eso no le deja ver las nuestras.

A mucha gente le pasa lo mismo.

El señor Fitzgerald suelta un silbido tenue.

—De modo que no quieres decidirte hasta no estar seguro de que la poesía es tu verdadera vocación.

Ahora soy yo quien se inclina hacia él.

—¿Nunca ha hecho usted nada por obligación o porque haya prometido hacerlo?

Él aparta la mirada. Por alguna razón que ignoro, esta pregunta ha cambiado la dinámica entre nosotros. De pronto parece que vamos en el mismo barco.

—Ser adulto consiste en cumplir con tus obligaciones, muchacho. Si quieres cometer errores y romper promesas, este es el momento —se interrumpe, mueve la muñeca mala y hace una mueca—. Aprovecha para meter la pata ahora, cuando las consecuencias no son tan graves. Cuanto más esperes, peor será. Créeme.

A veces, la gente te cuenta cosas a base de no contártelas. Echo un vistazo a su mano izquierda y veo una alianza.

—¿Lo dice por experiencia? —le pregunto.

Él separa las manos y hace girar la alianza en el dedo.

—Estoy casado. Tengo dos hijos.

—Y se ha liado con su asistente.

Se lleva la mano a la ceja y acaricia el vendaje.

—Todo empezó hoy —murmura, mirando hacia la puerta como si esperase verla ahí—. Y también ha terminado hoy —añade en voz aún más baja.

La verdad es que no esperaba que lo reconociese. Me quedo sin saber qué decir.

—Pienso que soy un sinvergüenza, ¿verdad? —dice.

—Pienso que es usted un exalumno de Yale que me tiene que entrevistar —respondo, porque empieza a darme la impresión de que esto se ha ido de madre.

Se tapa los ojos con las manos.

—La conocí demasiado tarde. Jamás he sabido hacer las cosas en su momento.

No sé qué puedo contestarle a eso. Ni siquiera creo que quiera que le dé un consejo. En circunstancias normales, le diría que hiciera caso a su corazón. Pero es un hombre casado y, en este asunto, peligran otros corazones aparte del suyo.

—¿Y qué va a hacer? ¿Dejar que se vaya? —le pregunto.

Él me mira y reflexiona.

—Tú vas a tener que hacer lo mismo —confiesa al cabo de un rato, agarrando el expediente de Natasha—. No he podido solucionarlo. Creí que podría, pero me ha sido imposible.

—¿A qué se refiere?

—A la deportación.

Lo miro, incapaz de procesar lo que acaba de decirme.

—Tu Natasha va a tener que marcharse esta noche —explica lentamente—. He tratado de evitarlo, pero no he podido. El juez se ha negado a anular la solicitud de deportación voluntaria.

No sé qué es una solicitud de deportación voluntaria. Pero aquí tiene que haber un error. No puede ser. Por un momento, me limito a pensar que se trata de otra Natasha Kingsley.

—Lo siento, hijo —remacha.

Desliza la carpeta por la mesa y me la ofrece, como si eso pudiera solucionar algo. La abro y veo un impreso. Lo único que distingo con claridad es su nombre: Natasha Katherine Kingsley. No sabía que Katherine fuera su segundo nombre. Le pega.

Cierro la carpeta de golpe y se la devuelvo.

—Estoy seguro de que usted puede hacer algo para solucionarlo.

Me mira, de nuevo acodado en la mesa, y se encoge de hombros.

—Lo he intentado todo.

La forma en que lo dice me pone furioso. Esto no es ninguna tontería. No es un «lo siento, se le ha pasado la hora de la cita, vuelva usted mañana». Es la vida de Natasha lo que está en juego. Y la mía.

Me pongo en pie.

—No ha puesto todo su empeño —le digo en tono acusador.

Me apuesto lo que sea a que el lío con su asistente tiene algo que ver con esto. Estoy seguro de que se ha pasado el día quebrantando las promesas que les había hecho a su mujer e hijos, y las que le hizo a Natasha también.

—Entiendo que esto te afecte —dice con voz átona, como si estuviera tratando de calmarme.

Pero yo no quiero tranquilizarme. Apoyo las manos en la mesa y me inclino hacia delante.

—¿Tiene que haber algo que pueda hacer! Natasha no tiene la culpa de que su padre la haya jodido.

Él arrastra la silla hacia atrás y se pone en pie.

—Lo siento. A los del Departamento de Seguridad Nacional no les gusta que la gente abuse de sus visados.

—¿Solo era una niña pequeña cuando vino! No fue una decisión suya. No podía decir: «Mamá, papá, nuestros visados han caducado. ¿Nos volvemos a Jamaica?».

—Eso no es relevante. La ley tiene que trazar la línea en alguna parte. Su última apelación fue rechazada. Su única esperanza era el juez, y no ha querido cooperar. Si se marchan esta noche, tal vez puedan conseguir nuevos visados dentro de cuatro o cinco años.

—¿Pero es que este es su país! —replico casi a gritos—. ¿Qué más da dónde naciera?

Me callo el resto de la frase: que el lugar de Natasha está junto a mí.

—Nada me gustaría más que poder ayudarla —responde el abogado acariciándose el vendaje, con aspecto de sentirlo de verdad.

Puede que me haya precipitado al juzgarlo. Tal vez sea verdad que ha hecho todo lo que ha

podido.

—Cuando termine esta entrevista, la llamaré para comunicárselo —añade.

Esta entrevista... Se me había olvidado que el propósito de esta conversación era conseguir que me admitan en Yale.

—¿Va a decírselo por teléfono, así, sin más?

—¿Qué importa cómo se entere? —replica enarcando las cejas.

—¡Pues claro que importa!

No quiero que oiga la peor noticia de su vida por teléfono, de boca de alguien a quien apenas conoce.

—Lo haré yo —resuelvo—. Yo se lo diré.

Él niega con la cabeza.

—No puedo permitirlo. Al fin y al cabo, es mi trabajo.

Me vuelvo a sentar, indeciso. El labio vuelve a latirme. Me duele el punto de las costillas en el que me pegó Charlie. Me duele el punto del corazón en el que está alojada Natasha.

—Lo siento, hijo —repite el señor Fitzgerald.

—¿Y si no se monta en ese avión? ¿Y si se queda?

Estoy desesperado. Cometer una ilegalidad parece un precio razonable, si a cambio puede quedarse.

Él vuelve a menear la cabeza.

—No os lo recomiendo, ni como abogado ni como amigo.

Tengo que contárselo antes de que lo haga él. No quiero que esté sola cuando se entere.

Salgo del despacho a la recepción.

La asistente no ha regresado.

El abogado me sigue.

—¿Te marchas ya? —pregunta—. ¿No quieres terminar la entrevista?

—Lo ha dicho usted mismo —contesto sin detenerme—: en realidad no quiero ir a Yale.

Me agarra del brazo y me hace girarme sobre mí mismo.

—Mira, hijo, aunque antes te dije que aprovecharas ahora para cometer errores, lo cierto es que ir a Yale no es ninguna tontería. Estudiar allí podría abrirte muchas puertas, y lo digo por experiencia.

Tal vez tenga razón. Puede que me esté portando como un imbécil.

Recorro la sala con la mirada, preguntándome cuándo estará terminada la reforma. Cuándo habrá una nueva asistente sentada tras el mostrador. Lo señalo con la barbilla.

—Usted ha hecho todo lo que tenía que hacer y, aun así, no es feliz.

Él vuelve a frotarse la ceja, evitando seguir mi mirada. Parece cansado, y no creo que se le pase durmiendo más.

—Si no me voy ahora, lo lamentaré siempre —le digo.

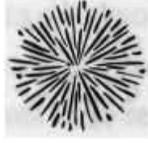
—¿Qué más te da esperar media hora más? Es lo que falta para terminar la entrevista.

¿De verdad necesita que le diga que todos los segundos cuentan, que el universo en el que existimos apareció en menos tiempo del que se tarda en tomar aliento?

—El tiempo importa, señor Fitzgerald —le aseguro.

Lentamente, aparta la vista y la fija en el mostrador vacío.

—Pero eso usted ya lo sabe —remato.



## jeremy fitzgerald

### *Una historia de cuento de hadas, parte 2*

JEREMY FITZGERALD no le ha contado la verdad a Daniel. No ha podido evitar la deportación de Natasha porque ha faltado a la cita con el juez que habría revocado la deportación voluntaria. Ha faltado porque está enamorado de Hannah Winter y, en lugar de ir al juzgado, ha pasado la tarde con ella en un hotel.

En la soledad de su despacho en obras, Jeremy pensará en Daniel una y otra vez a lo largo de la semana siguiente. Se repetirá todo lo que ha dicho sobre el tiempo y su importancia. Imaginará con una claridad perfecta el labio partido y la camisa ensangrentada del chico. Y recordará la expresión desolada de Daniel cuando le dijo que Natasha tendría que marcharse, como si una granada le hubiera reventado su vida entera.

En algún momento del mes siguiente, Jeremy le dirá a su mujer que ya no la quiere. Que lo mejor para ella y para los niños es que él se vaya de casa. Llamará a Hannah Winter, le hará promesas. Estas no las romperá jamás.

Su hijo no llegará a casarse, tener hijos ni formar una familia, y jamás perdonará a su padre por haberlos traicionado. Su hija se casará con Marie, su primera novia, y pasará casi todo su matrimonio anticipando y luego causando su fin. Después de eso, volverá a casarse dos veces, pero nadie la querrá tanto como la quería Marie, y tampoco ella llegará a querer tanto a ninguna otra persona.

Jeremy y Hannah tendrán hijos, que crecerán y aprenderán a amar a otras personas. Lo harán del modo simple y fácil en que ama la gente que sabe de dónde viene el amor y no teme que se acabe.

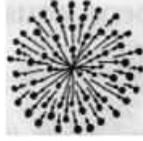
Lo cual no quiere decir que Jeremy Fitzgerald haya hecho lo que debía. Tampoco quiere decir lo contrario. Lo único que quiere decir es que el amor siempre lo cambia todo.



hannah winter

*Una historia de cuento de hadas, parte 2*

Y VIVIERON FELICES para siempre jamás.



## natasha

TRAS LA PUESTA DEL SOL, el aire se ha enfriado muy deprisa. Resulta fácil imaginar que el invierno está a la vuelta de la esquina. Tendré que sacar del trastero mi anorak negro y mis botas.

Me cierro la cazadora y me planteo entrar al vestíbulo, donde al menos hace calor. Estoy entrando en el edificio cuando las puertas se abren y aparece Daniel.

Me mira y me sorprende al ver que no sonrío. Está muy serio. ¿Tan mal le habrá ido la entrevista?

—¿Qué ha pasado? —pregunto en cuanto lo tengo cerca, imaginando lo peor.

Tal vez se haya peleado con el entrevistador y ya no pueda entrar en Yale ni en ninguna otra universidad...

Me apoya una mano en la mejilla.

—Te quiero —me dice.

No va de broma. Esto no tiene nada que ver con la apuesta tonta que hemos hecho. Lo dice como se lo diría a alguien que se va a morir o a alguien a quien no va a volver a ver nunca más.

—Daniel, ¿qué ocurre? —insisto, apartándole la mano y estrechándola.

—Te quiero —repite, y me acaricia la cara con la otra mano. Me da igual que tú me digas lo mismo o no. Solo quiero que lo sepas.

Suena mi teléfono. Lo saco: es el abogado.

—No contestes —dice.

Claro que voy a contestar.

El intenta detenerme.

—No, por favor —suplica.

Cada vez más inquieta, rechazo la llamada.

—Cuéntame qué ha pasado allí dentro.

Él cierra los párpados con fuerza. Cuando vuelve a abrirlos, sus ojos están anegados en lágrimas.

—No puedes quedarte aquí —dice.

Al principio, no lo entiendo.

—¿Por qué? ¿Es que van a cerrar ya el edificio? —pregunto, mirando alrededor en busca de algún guardia que quiera echarnos.

Dos lágrimas resbalan por sus mejillas. De pronto, me invade una certeza que no quiero sentir. Libero mi mano de la suya.

—¿Cómo se llamaba el tipo que te iba a entrevistar? —pregunto en un susurro, y él asiente.

—Era tu abogado.

—¿Fitzgerald?

—Sí.

Saco el móvil otra vez y compruebo el número. No quiero rendirme a la evidencia.

—Llevo un buen rato esperando a que me llame. ¿Te ha comentado algo de lo mío?

En realidad, sé la respuesta. Claro que la sé.

Daniel empieza a hablar un par de veces, pero solo lo consigue a la tercera.

—No ha sido capaz de revocar la deportación.

—¡Pero si me aseguró que podía!

Me agarra la mano e intenta atraerme hacia él, pero yo me resisto. No necesito que me consuele: necesito saber.

Retrocedo un paso.

—¿Estás seguro? De todos modos, ¿qué hacíais hablando de mí?

Daniel se frota la cara con ademán cansado.

—El ambiente era muy raro, ha debido de pasar algo entre él y su asistente. Y tu expediente estaba encima de su mesa.

—Eso sigue sin explicar que...

Vuelve a agarrarme la mano, y ahora la libero de un tirón.

—¡Para! ¡Para de una vez! —chillo.

—Lo siento —dice dejando caer los brazos.

Doy otro paso atrás.

—Lo único que quiero es que me cuentes qué te ha dicho exactamente.

—Que la orden de deportación sigue en vigor, y que lo mejor es que tu familia y tú os marchéis esta noche.

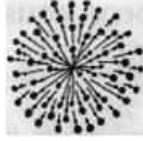
Me doy la vuelta, me llevo el teléfono a la oreja y escucho el buzón de voz. Hay un mensaje del señor Fitzgerald. Me pide que le llame. Dice que tiene que darme malas noticias.

Cuelgo y miro a Daniel en silencio. Él empieza a decir algo, pero yo solo quiero que pare. Quiero que se pare el mundo entero. Hay demasiadas piezas móviles que escapan a mi control. Me siento como si estuviera metida en un mecanismo intrincado que ha diseñado otra persona. No sé dónde está el interruptor. No sé qué va a pasar ahora. Solo sé que todo ha empezado a derrumbarse y no hay forma de pararlo.



daniel

*Los corazones no se rompen.  
Eso solo son cosas de poetas.  
Los corazones no son  
de cristal  
ni de hueso  
ni de algún otro material que  
se astille  
o se rompa  
o se agriete.  
No pueden  
hacerse añicos.  
No pueden  
deshacerse.  
Los corazones no se rompen.  
Solo dejan de funcionar.  
Un reloj antiguo que nadie puede reparar porque no quedan piezas de repuesto.*



## natasha

ESTAMOS SENTADOS JUNTO A LA FUENTE. Daniel me agarra de la mano. Me ha echado su americana sobre los hombros.

Ya no cabe duda: este chico es un buen partido. Pero yo no estaré aquí para jugarlo.

—Tengo que irme a casa —le digo.

Son las primeras palabras que pronuncio en media hora.

Él intenta abrazarme, y por fin estoy preparada para permitirselo. Sus hombros son anchos y sólidos. Apoyo la cara en uno de ellos. Encaja a la perfección. Me fijé en ello esta mañana, y ahora vuelvo a comprobarlo.

—¿Qué vamos a hacer? —susurra.

Podemos seguir en contacto con correos electrónicos y llamadas de Skype y mensajes de texto, incluso con viajes a Jamaica. Pero aún no he terminado de pensarlo cuando me doy cuenta de que no podemos actuar así. Nuestras vidas van a separarse. No puedo dejar mi corazón aquí si mi vida está allá. Y no puedo llevarme su corazón conmigo si todo su futuro está aquí.

Levanto la cabeza.

—¿Qué tal fue el resto de la entrevista?

Él me acaricia el pómulo y luego empuja mi cabeza para volver a apoyarla en su hombro.

—Dijo que me recomendaría.

—Qué bien —respondo sin ningún entusiasmo.

—Sí —dice él con tanto entusiasmo como yo.

Aunque tengo frío, no quiero moverme. Irme de aquí pondrá en marcha una reacción en cadena que termina conmigo a bordo de un avión.

Pasan otros cinco minutos.

—Ahora sí que me tengo que marchar —digo—. El vuelo sale a las diez.

Él saca su teléfono.

—Nos quedan tres horas —dice—. ¿Tienes hecho el equipaje?

—Más o menos.

—Voy contigo.

El corazón me da un vuelco. Por un segundo delirante, he pensado que se refería a venir

conmigo a Jamaica. Él me mira y se da cuenta.

—A tu casa —aclara.

—Ya lo sé —respondo en tono brusco, porque estoy avergonzada y furiosa conmigo misma—. No creo que sea una buena idea: mis padres estarán allí, y yo tengo muchas cosas que rematar. No harías más que estorbar.

Se pone en pie y extiende la mano para que se la agarre.

—Esto —dice— es lo que no vamos a hacer. No vamos a discutir. No vamos a hacer como si lo que está ocurriendo no fuera lo peor del mundo, porque lo es. No vamos a separarnos hasta que no nos quede más remedio, pero de verdad. Voy a ir contigo a casa de tus padres. Me los presentarás y les caeré bien, y no le daré un puñetazo a tu padre. Lo que haré será comprobar si te pareces más a él o a tu madre. Tu hermano pequeño se portará como se portan todos los hermanos pequeños. Tal vez incluso tenga la oportunidad de oír ese acento jamaicano que llevas ocultando todo el día. Conoceré el lugar donde duermes y comes y vives, y desearé haberme enterado un poco antes de que estabas allí.

Trato de interrumpirle, pero él sigue hablando.

—Te acompañaré a tu casa y luego cogeremos un taxi para ir al aeropuerto los dos solos. Después, me quedaré mirando cómo te montas en un avión mientras siento que me arrancan el corazón del pecho, y más tarde me preguntaré durante el resto de mi vida qué es lo que habría ocurrido si el día de hoy no hubiera sido exactamente tal y como ha sido.

Se interrumpe para tomar aliento.

—¿Te parece bien? —pregunta.



## daniel

NATASHA ACCEDE. Aún no estoy preparado para despedirme de ella. Y no creo que llegue a estarlo jamás. Le aferro la mano y los dos echamos a andar en silencio hacia la boca del metro.

Lleva la mochila enganchada en un solo hombro, lo que deja visible el letrero de DEUS EX MACHINA. ¿De verdad nos conocimos esta misma mañana, cuando yo andaba por ahí dispuesto a dejarme llevar por el viento? Daría lo que fuera para que de verdad saliera un dios de alguna máquina.

Titular: *Chico del barrio derrota a la Sección de Inmigración y Aduanas del Departamento de Seguridad Nacional y vive feliz para siempre jamás con la mujer de su vida gracias a una triquiñuela legal que nadie había descubierto hasta el momento, lo que acaba en una escena de persecución con coches para impedir que la chica se monte en el avión.*

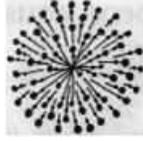
Pero eso no va a ocurrir.

Llevo todo el día pensando que estábamos destinados a encontrarnos. Que todas las personas con las que nos cruzábamos, todos los lugares, todas las coincidencias colaboraban para unirnos para siempre. Pero tal vez no sea así.

¿Y si esto que hay entre nosotros solo tuviera que durar un día?

¿Y si somos como una estación de paso el uno para el otro, una etapa transitoria en nuestro viaje hacia otra parte?

¿Y si no somos más que una trama secundaria en la historia de otras personas?



## natasha

—¿SABES QUE JAMAICA es el sexto país del mundo en porcentaje de asesinatos por habitante? —le pregunto a Daniel.

Estamos montados en el metro Q hacia Brooklyn. En hora punta, los vagones están llenos de gente que sale del trabajo, así que los dos vamos de pie, agarrados a una barra. Daniel apoya la otra mano en mi espalda. No ha dejado de tocarme desde que salimos del edificio. Como si, al no soltarme, no me fuera a marchar.

—¿Cuáles son los cinco primeros? —pregunta.

—Honduras, Venezuela, Belice, El Salvador y Guatemala. —Ah.

—¿Y sabías que Jamaica sigue siendo miembro de la Commonwealth? De hecho, soy súbdita de su majestad la reina de Inglaterra —añado sin esperar a que responda.

Si tuviera sitio para hacer una reverencia, la haría.

El metro frena con un chirrido y se detiene en una estación. Se monta más gente de la que se baja.

—¿Qué más puedo contarte? En el país hay un total de dos millones novecientos mil habitantes. Entre un 1% y un 10% dicen creer en el rastafarismo. El 20% de la población vive por debajo del umbral de pobreza.

Daniel se pega un poco más a mí hasta rodearme casi por todas partes.

—Dime algo bueno que recuerdes —me pide—. No me des datos.

No quiero ser optimista. No quiero adaptarme a este nuevo futuro.

—Cuando me fui, solo tenía ocho años —digo—. No recuerdo demasiado.

—¿Ni siquiera a tu familia? —insiste—. No sé, tus primos, tus amigos...

—Recuerdo que los tenía, pero ya no los conozco. Mi madre nos obliga a mi hermano y a mí a hablar por teléfono con ellos todas las Navidades. Siempre se ríen de mi acento.

—Algo bueno —repite, mirándome fijamente con unos ojos que ahora se ven casi negros—. ¿Qué fue lo que más echaste de menos cuando viniste aquí?

Solo tengo que pensarlo un momento.

—El mar. Aquí el océano es extraño. Tiene un azul feo. Está helado. Se mueve demasiado. Jamaica está en el Caribe, y allí el agua es de un azul verdoso y apenas hay olas. Puedes caminar

media hora mar adentro sin que el agua te llegue más allá de la cintura.

—Suenan fenomenal —comenta Daniel con voz un poco temblorosa.

Me da miedo mirarle a la cara; no quiero que los dos nos pongamos a llorar en medio del vagón.

—¿Quieres terminar las preguntas de la tercera sección? —propongo, y él saca su teléfono.

—Número 29 —lee—. Revélale al otro algún momento muy embarazoso de tu vida.

El metro se detiene en otra parada, y esta vez se baja más gente de la que se sube. Ahora hay más sitio, pero Daniel sigue tan pegado a mí como si nada hubiera cambiado.

—Lo de hoy en la tienda de discos con Rob me dio bastante vergüenza —digo.

—¿En serio? Parecías enfadada, no avergonzada.

—A diferencia de alguien que yo me sé, soy capaz de ocultar mis sentimientos —digo dándole un codazo.

—De todos modos, no entiendo por qué sentiste vergüenza.

—Rob me puso los cuernos con esa chica. Cada vez que los veo juntos, siento que yo no daba la talla y que por eso me engañó.

—Ese tío es un pichabrava; no tiene nada que ver contigo —replica Daniel con una convicción encantadora.

—Ya, si lo sé. Hace un rato le llamé por teléfono para preguntarle por qué lo hizo.

Me mira, sorprendido.

—¿De verdad? ¿Y qué te contestó?

—Que le gustábamos las dos.

—Será gilipollas... Como le vuelva a ver, le parto la cara.

—Madre mía, qué sanguinario te ha vuelto tu primera pelea —me río.

—Haz la guerra, no el amor; eso es lo que digo siempre. ¿Qué opinaban tus padres de que salieras con un chico blanco?

—No llegaron a conocerle.

Nunca me hice a la idea de presentárselo a mi padre. Solo de imaginármelos charlando me daban escalofríos. Además, tampoco quería que viera lo pequeño que era nuestro apartamento. En el fondo, supongo que no quería dejar que me conociera.

Con Daniel es diferente. Quiero que lo sepa todo sobre mí.

Las luces parpadean un momento y luego vuelven a brillar con energía renovada. Daniel enlaza sus dedos con los míos.

—Mis padres solo quieren que mi hermano y yo tengamos novias coreanas —dice.

—Pues no les estás haciendo ni caso.

—Bueno, no es que haya tenido muchas novias. Solo una antes que tú, y sí que era coreana. Charlie, sin embargo... Parece que le dan alergia las chicas que no son blancas.

El metro da una sacudida repentina y me agarro a la barra con las dos manos para no caerme.

—¿Quieres saber cuál es el secreto de tu hermano? —digo.

Daniel pone una mano encima de las mías.

—¿Cuál?

—No se cae bien a sí mismo.

—¿De verdad lo crees? —replica pensativo.

Está claro que prefiere que haya una razón para que Charlie sea como es.

—Créeme, es por eso —le aseguro.

El tren traza una curva cerrada. Daniel me sostiene apoyando una mano en mi espalda y la deja ahí.

—¿Por qué quieren tus padres que salgáis con chicas coreanas? —pregunto.

—Creen que, si son coreanas, las entenderán. Incluso a las que han nacido aquí.

—Pero esas chicas son mitad estadounidenses, mitad coreanas.

—No digo que mis padres tengan razón —replica con una sonrisa—. ¿Y a los tuyos? ¿Les importa el color de piel de tus novios?

Me encojo de hombros.

—Nunca se lo he preguntado. Supongo que, en el fondo, prefieren que me acabe casando con un chico negro.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que los tuyos. Creen que se entenderán mejor con él y que él los entenderá a ellos.

—Pero hay gente negra de muchas procedencias y muy distinta entre sí...

—También serán distintas entre sí las chicas coreanas, supongo.

—Los padres no tienen ni idea —suspira, y me doy cuenta de que el comentario va más en serio que en broma.

—Es su forma de protegernos —explico.

—¿De qué? En serio, no me puedo creer que a estas alturas la gente se preocupe por esas cosas. Deberíamos haber aprendido...

—Tal vez nuestros hijos sean distintos —digo, arrepintiéndome del comentario cuando aún no he acabado de decirlo.

Las luces vuelven a parpadear hasta apagarse, y el tren frena hasta detenerse en medio del túnel. Fijo la mirada en el resplandor amarillento de las luces de seguridad.

—No me refería a los hijos de los dos —aclaro en la oscuridad—. Hablaba de la próxima generación de niños.

—Sí, ya me di cuenta —responde Daniel en voz baja.

Ahora que lo he pensado y lo he dicho, la idea se queda dando vueltas en mi cabeza. ¿Cómo serían los hijos de Daniel y míos? Siento la pérdida de algo que ni siquiera sabía que anhelaba.

El metro arranca y llega enseguida a la estación de Canal Street, la última parada antes de pasar por el puente de Manhattan. Las puertas se cierran y los dos nos giramos hacia las ventanillas. Al salir del túnel, lo primero que veo es el puente de Brooklyn. Ya ha oscurecido, y en los tirantes del puente lucen los focos. Sigo con la mirada los largos arcos que se recortan en el cielo. De noche, el puente es precioso, pero lo que me fascina cada vez que lo veo es el perfil de la ciudad. Parece una escultura imponente de cristal y metal, una mezcla de mecanismo y obra de arte. A esta distancia, la ciudad parece un lugar planeado y organizado, como si lo hubieran creado de una sola vez para un propósito concreto. Cuando estás dentro de ella, sin embargo, es puro caos.

Me viene a la mente el rato que pasamos antes en la azotea. En ese momento, me figuré cómo podía ser la ciudad mientras la construían. Ahora la imagino en un futuro apocalíptico. Las luces se apagan y los cristales caen hechos añicos, dejando solo los esqueletos metálicos de los edificios. Con los años, incluso eso acaba por corroerse hasta que se deshace. Las calles están

levantadas, llenas de vegetación verde y salvaje, habitadas por animales silvestres. La hermosa ciudad en ruinas.

El metro vuelve a moverse en el túnel. Sé que siempre compararé el perfil de todas las ciudades con el de Nueva York, del mismo modo en que compararé a todos los chicos con Daniel.



## daniel

—¿Y TÚ? ¿Cuál ha sido el momento más vergonzoso de tu vida? —me pregunta Natasha cuando perdemos el puente de vista.

—¿Estás de broma? Tú lo presenciaste. ¿Se te ha olvidado la escena de antes, con mi padre diciéndote que te alisaras el pelo y mi hermano haciendo chistes sobre el tamaño de mi pene?

Ella se echa a reír.

—La verdad es que fue terrible —asiente.

—Aunque viva mil vidas, jamás sentiré tanta vergüenza como durante ese rato.

—¿Tú crees? Yo creo que tu padre y Charlie aún pueden superarse a sí mismos.

Me acaricio la nuca, preocupado por la idea.

—Al nacer —digo—, todos deberíamos recibir una tarjeta para cambiar de familia. Cuando cumpliéramos dieciséis años, podríamos evaluar nuestra situación y decidir si preferimos quedarnos en nuestra familia de origen o empezar desde cero con una nueva.

Natasha agarra la mano que tengo en la nuca. Tira de ella hasta que la bajo, pero no la suelta.

—¿Y se podría conocer a la familia de repuesto? —pregunta.

—No. Habría que arriesgarse.

—Así que, un buen día, te presentas sin más en la casa de una gente a la que no conoces.

—Bueno, todavía no he ajustado todos los detalles —admito—. A ver, si tomas la decisión de cambiar, podrías nacer de nuevo en la otra familia, por ejemplo.

—¿Y tu familia antigua? ¿Pensaría que te has muerto?

—Sí.

—¡Pero eso es una faena! —protesta.

—Bueno, vale. Quizá valdría con que se olvidaran de tu existencia. De todos modos, no creo que se cambiara mucha gente.

Natasha meneaba la cabeza.

—No estoy de acuerdo. Creo que lo harían muchísimas personas. En el mundo hay familias terribles.

—¿Tú pedirías el cambio? —le pregunto.

Ella se queda callada, y yo escucho el traqueteo rítmico del tren mientras le doy tiempo para

pensar. Hasta hoy, jamás se me había ocurrido desear que el metro fuera más lento.

—¿Podría ceder mi tarjeta a alguien que la necesitara más que yo? —pregunta, y sé que está pensando en su padre.

Le doy un beso en el pelo.

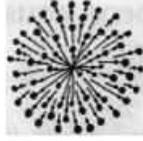
—¿Y tú? ¿Te quedarías en tu familia? —me pregunta.

—¿Puedo usar la tarjeta para expulsar a Charlie?

Natasha suelta una carcajada.

—¿Sabes qué? Esas tarjetas tuyas no son tan buena idea. ¿Te imaginas lo que pasaría si todos tuviéramos el poder de enredar en las vidas de los demás? Sería un desastre.

En realidad, ese es el problema: que todos tenemos ese poder.



## natasha

RESULTA EXTRAÑO estar con Daniel en mi barrio. Mientras camino, trato de verlo con sus ojos. Tras la relativa riqueza del centro de Manhattan, la zona de Brooklyn en la que vivo parece aún más pobre. En las seis manzanas de la calle por la que siempre voy a casa se ven los mismos tipos de tiendas: restaurantes jamaicanos especializados en carne ahumada, restaurantes chinos con cristales a prueba de balas, tiendas de licores tan blindadas como los restaurantes chinos, tiendas de ropa barata, peluquerías... En cada manzana hay al menos uno de esos negocios de conveniencia que también venden tabaco, con el escaparate lleno de posters de marcas de cerveza y cigarrillos. Y también uno de esos sitios en los que se puede enviar dinero o pedir pequeños préstamos que salen muy caros. Los locales se apiñan unos contra otros, compitiendo por los escasos metros disponibles.

Agradezco mentalmente que la calle esté tan oscura, porque así Daniel no puede ver lo deteriorado que está todo. Pero me avergüenzo enseguida de haberlo pensado.

Él me agarra de la mano y, durante unos minutos, caminamos en silencio. Noto las miradas curiosas de la gente. De pronto, soy consciente de que esto se habría convertido en la norma para los dos.

—La gente nos mira —digo.

—Porque eres guapísima —replica de inmediato.

—Ah, por fin te has dado cuenta.

—Pues claro.

Me detengo en el umbral iluminado de una lavandería de autoservicio. Estamos rodeados de una nube con aroma a detergente.

—Sabes por qué nos miran, ¿verdad?

—Sí: porque yo no soy negro o porque tú no eres coreana.

Las sombras ocultan sus rasgos, pero su voz sonrío.

—Eh, que voy en serio —insisto—. ¿Es que no te molesta?

No sé por qué me estoy empeñando en esto. Tal vez necesite comprobar que, si tuviéramos la oportunidad de seguir juntos, resistiríamos la presión de las miradas.

Él se coloca frente a mí y me agarra también la otra mano.

—Puede que me moleste —reconoce—, pero de manera secundaria. Es como un moscardón que va por ahí zumbando: resulta incómodo, pero no es verdaderamente peligroso.

Eso no me parece suficiente. Necesito alguna respuesta.

—¿Pero por qué crees que lo hacen? —digo, y él tira de mí para abrazarme.

—Sé que esto es importante para ti, y no sabes cuánto me gustaría tener una buena razón científica para darte. Pero la verdad es que me da igual por qué lo hacen. Puede que sea demasiado ingenuo, pero me la refanfinfla la opinión que pueda tener cualquiera sobre nosotros dos. Me importa un comino que les parezcamos exóticos. Paso de todo el entramado de relaciones raciales que nos estamos cargando. Paso de lo que opinen tus padres al respecto, y no te imaginas lo poco que me importa lo que opinen los míos. Lo único que me importa eres tú, y estoy seguro de que el amor es suficiente para superar todas esas estupideces. Porque no son más que estupideces. Tanto retorcerse de manos, tanto hablar de choques de culturas y de conservar las tradiciones y de lo que pasará cuando nazcan niños... Son estupideces como una casa y me niego rotundamente a dejar que me importen.

Sonrío, con la cara pegada a su pecho. Ay, mi chico poeta de pelo largo... Jamás se me había ocurrido pensar que la indiferencia hacia algo pudiera ser un acto de rebelión.

Torcemos para salir de la calle ancha a otra menos comercial. De nuevo, me esfuerzo por ver el barrio con los ojos de Daniel. Pasamos junto a una hilera de casitas adosadas de madera. Son antiguas y pequeñas, pero sus colores vivos delatan el cariño que les tienen sus dueños. Los porches me parecen aún más atestados de adornos y plantas colgantes de lo que recordaba.

Hace algún tiempo, el mayor deseo de mi madre era conseguir una de esas casas. A principios de año, antes de que empezara todo este lío, incluso nos llevó a Peter y a mí a visitar una que se vendía. La casa tenía tres dormitorios y una cocina grande. También había un sótano gigante, que mi madre planeaba amueblar para alquilarlo a alguien y redondear nuestros ingresos. Peter, que adora a mi madre, se dio cuenta enseguida de que jamás podríamos permitirnos comprarla, así que empezó a sacarle fallos.

—El patio de atrás es enano y todas las plantas están secas —decía, sin apartarse de su lado en ningún momento.

Gracias a él, cuando nos marchamos de la casa, mi madre no estaba más triste que al entrar.

Pasamos junto a otra hilera de casas parecidas, y luego el barrio vuelve a cambiar. Ahora estamos rodeados de edificios de ladrillo con apartamentos de alquiler. Miro a Daniel.

—La casa está hecha un desastre con la mudanza —le digo.

—Vale.

—Y es muy pequeña —añado.

No le explico que solo tiene un dormitorio. Al fin y al cabo, está a punto de descubrirlo. Y, de todas formas, en un par de horas dejará de ser mi casa.

Cuando llegamos al portal, las niñas del segundo C están sentadas en la escalera de entrada. Al ver a Daniel, les da vergüenza y agachan la cabeza en lugar de charlar conmigo como hacen siempre. Me detengo junto a los buzones metálicos que hay en la pared de la izquierda. No tenemos correo. Solo el menú de un restaurante chino encajado en la ranura. Es del sitio favorito de mi padre, donde compró comida el día que nos dio las entradas para ir a su obra.

En esta casa siempre hay alguien cocinando, y ahora mismo el portal huele a gloria: mantequilla, cebolla, *curry* y decenas de otras especias... Mi casa está en el tercero, así que

empiezo a subir por la escalera. Como de costumbre, las luces del primero y del segundo no funcionan. Avanzamos sin decir nada en la oscuridad hasta llegar al tercero.

—Aquí es —digo cuando al fin vemos la puerta.

Si las cosas fueran de otro modo, no se me ocurriría mostrarle a Daniel mi casa y mi familia. Si tuviéramos más tiempo, le contaría antes todas las anécdotas que dan forma a mi vida: le hablaría de la cortina que hay en medio del salón y que separa la «habitación» de Peter y la mía; le describiría mi mapa estelar, mi posesión más preciada; le diría que, si mi madre le ofrece algo de comer, tiene que aceptarlo y comérselo todo por muy lleno que esté.

Pero no sé cómo hacerle comprender todas esas cosas en el tiempo que tenemos, así que repito:

—La casa está hecha un desastre.

Ver a Daniel en el rellano me produce una disonancia extraña. Encaja y no encaja al mismo tiempo. Lo conozco desde siempre, pero nos acabamos de conocer.

Nuestra historia está demasiado comprimida. Pretendemos encajar una vida entera en un solo día.

—¿Me quito la chaqueta? —pregunta—. Vestido así, me siento como un idiota.

—Da igual. No tienes por qué ponerte nervioso.

—Voy a conocer a tus padres; es un momento excelente para ponerme nervioso.

Se desabrocha la americana, pero no se la quita. Le acaricio la magulladura del labio.

—¿Sabes lo mejor? Puedes meter la pata todo lo que quieras, porque es muy posible que no vuelvas a verlos.

El esboza una sonrisa triste. Estoy tratando de buscar el lado bueno de nuestra situación, y él lo sabe.

Saco la llave de la mochila, me acerco a la puerta y abro.

Están todas las luces encendidas, y en el equipo de música de Peter suena una canción de *reggae* dancehall. La música está tan alta que noto cómo el bajo me retumba en el pecho. En medio del vestíbulo hay tres maletas cerradas, y otras dos que aún están abiertas.

Entonces aparece mi madre y me mira.

—Apaga la música —le dice a Peter.

Él la obedece y se hace un silencio repentino y ensordecedor.

—Tasha, por Dios —exclama mi madre—. No sé cuántas veces te he lia...

En ese momento, distingue a Daniel y se interrumpe en seco. Durante unos segundos eternos, sus ojos oscilan entre él y yo.

—¿Quién es este? —pregunta.



## daniel

NATASHA ME PRESENTA A SU MADRE.

—Es un amigo —dice.

Todos nos damos cuenta de que vacila antes de pronunciar la palabra «amigo». Ahora, su madre me escruta como si yo fuera un bicho del espacio exterior.

—Siento mucho conocerla en estas circunstancias, señora Kingsley —digo, extendiendo la mano para saludarla.

Ella le lanza a Natasha una mirada del tipo cómo-has-podido-hacerme-esto, pero se seca la mano en la falda y me saluda con un apretón breve y una sonrisa aún más breve.

Natasha me indica que la siga, atraviesa el minúsculo vestíbulo en el que estamos apiñados y entra en el salón. Al menos, eso me parece. En el suelo hay un retal grande de tela azul, y una cuerda de tender divide la estancia. Miro alrededor y me doy cuenta de que todos los muebles están repetidos: dos sofás cama, dos cómodas, dos escritorios. Es aquí donde duerme Natasha. Comparte la estancia con Peter. Cuando me dijo que su casa era muy pequeña, no comprendí lo que quería decir en realidad: que son pobres.

Hay tantas cosas que aún no sé de ella...

Su hermano se acerca a mí con la mano extendida y una ancha sonrisa. Lleva el pelo con rastas, y su rostro es uno de los más amistosos que he visto en mi vida.

—Es la primera vez que Tasha trae un chico a casa —dice, y su contagiosa sonrisa se hace aún más grande.

Sonriendo a mi vez, le estrecho la mano bajo la mirada atenta de Natasha y de su madre.

—Tasha, tengo que hablar contigo —dice la madre.

Durante un momento, Natasha continúa mirándonos a Peter y a mí. Me pregunto si estará imaginando un futuro en el que su hermano y yo nos hacemos amigos. Yo, desde luego, me lo estoy imaginando. Luego se gira para encarar a su madre.

—¿Es sobre Daniel? —pregunta.

Los labios de la mujer se afinan aún más, como si alguien les hubiera sacado todo el aire.

—Tasha...

Incluso yo percibo el mamá-está-a-punto-de-estallar implícito en su tono. Natasha, sin

embargo, decide ignorarlo.

—Porque, si es sobre Daniel, podemos hablarlo aquí mismo. Sí, es mi novio —me lanza una mirada de soslayo y yo asiento.

En ese preciso instante, su padre aparece por la puerta que hay al otro lado de la sala.

*Debido a una anomalía en el continuo espacio-temporal, a lo largo del día de hoy todos los padres de la ciudad han hecho acto de presencia justo en el momento menos adecuado para sus hijos.*

—¿Novio? —pregunta—. ¿Desde cuándo tienes novio?

Me vuelvo hacia él y lo examino de cerca. Ya sé a quién ha salido Natasha: es igual que su padre, solo que en una versión de chica guapa.

Y sin el ceño fruncido. De todos los ceños fruncidos que he visto en mi vida, el del padre de Natasha es, de lejos, el más fruncido.

—¿Eso es lo que llevas haciendo todo el día, en lugar de ayudar a tu familia a hacer el equipaje? —dice, con un acento jamaicano tan espeso que tardo un poquito en procesar las palabras.

Lo único que sé de su relación padre-hija es lo poco que me ha contado ella. Sin embargo, cuando la miro puedo leer la historia entera en su expresión. Está enfadada, dolida, estupefacta. Aun así, mi pacifismo innato no quiere verlos pelear. Apoyo la mano en la cintura de Natasha.

—No te preocupes —me susurra, y sé que se está preparando para decir algo importante—. No, no es eso lo que he estado haciendo —dice encarándose con él—. He estado tratando de arreglar lo que tú has estropeado. Llevo todo el día intentando evitar que nos echen del país.

—Pues no es eso lo que parece —replica él, y se vuelve hacia mí con el ceño incomprensiblemente aún más fruncido—. Sabes lo que ocurre, ¿verdad?

Me sorprende tanto que se dirija a mí que no puedo contestar, así que asiento con la cabeza.

—Entonces —prosigue—, te darás cuenta de que este no es el mejor momento para que vengan desconocidos a nuestra casa.

La espalda de Natasha se pone rígida.

—No es un desconocido —insiste—. Es mi invitado.

—Y esta es mi casa —contesta su padre enderezando los hombros.

—¿Tu casa? —replica ella casi gritando, en un tono que rezuma incredulidad.

Hasta ahora ha estado comedida, pero me doy cuenta de que se está poniendo furiosa por momentos. Avanza hasta el centro del salón, extiende los brazos a los lados y da una vuelta sobre sí misma.

—Este apartamento en el que llevamos viviendo nueve años porque, según tú, cualquier día de estos llegaría tu oportunidad... ¿Esta es tu casa? ¿La tuya?

—Hija, no merece la pena volver a discutir por eso —dice su madre desde el umbral.

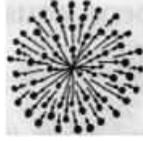
Natasha abre la boca para replicar, pero la cierra antes de hacerlo. De pronto, parece desinflarse.

—Vale, mamá —murmura, y me pregunto cuántas veces habrá hecho algo así por su madre.

Por un instante, pienso que la cosa va a acabar aquí. Pero me equivoco.

—Ah, no —dice su padre—. De ningún modo. Quiero saber lo que tiene que decirme.

Separa los pies un poco, cruza los brazos y mira fijamente a su hija. Ella hace lo mismo, como si fuera su imagen en el espejo.



## natasha

LO HABRÍA DEJADO ESTAR, aunque solo fuera por mi madre. Siempre lo hago. Ayer noche, sin ir más lejos, ella nos dijo que los cuatro teníamos que hacer piña.

«Al principio será difícil», señaló. Y yo sé que es cierto: hasta que ahorremos algo, vamos a tener que vivir en la casa de mi abuela. «Nunca pensé que mi vida se convertiría en esto», añadió mi madre antes de irse a la cama.

Sí, lo habría dejado estar... si no hubiera conocido a Daniel. Si el número de cosas que voy a perder hoy no se hubiera incrementado exponencialmente con él. Lo habría dejado estar si mi padre no me hubiera hablado otra vez con ese acento jamaicano tan forzado. Para él, esto solo era una actuación más. Al oírlo, cualquiera podría pensar que jamás nos habíamos marchado de Jamaica, que los últimos nueve años no habían sido reales. Para mi padre, la vida no era más que una representación. Ahora lo sé.

Y estoy harta de verle representar su papel.

—Oí lo que le dijiste a mamá después de la obra. Dijiste que te arrepentías de habernos tenido.

Sus hombros parecen hundirse y su ceño desaparece. No sabría poner nombre a la emoción que lo sustituye, pero parece genuina. Por fin, algo real.

Abre la boca para contestar, pero yo aún no he terminado.

—Siento que la vida no te diera todo lo que querías de ella —afirmo.

Y, mientras lo digo, me doy cuenta de que lo siento de verdad. Ahora sé lo que es la decepción. Sé que puede teñir toda una vida.

—No lo decía en serio, Tasha. Era una forma de hablar. No eran más que...

Levanto la mano para cortar sus disculpas, porque no es eso lo que necesito de él.

—Aquel día, en el teatro, estuviste increíble. Fue una actuación maravillosa. Trascendente.

Las lágrimas asoman a sus ojos, pero no sé si es por el cumplido, porque le duele lo que le digo o por otra causa.

—Tal vez tuvieras razón —añado—. Puede que no hubieras debido tenernos. A lo mejor fue una jugarreta del destino.

Él sacude la cabeza para rechazar mis palabras.

—Tasha, hija, solo era una forma de hablar. No lo sentía de verdad.

Pero yo sé que sí que lo sentía. Lo sentía y al mismo tiempo no lo sentía: las dos cosas al mismo tiempo.

—Da igual, papá —replico—. Lo que importa es que ESTA es tu vida. No es temporal, no es una obra de teatro y no puedes volver al punto de partida para intentarlo de nuevo.

Sueno igual que Daniel.

Lo peor de haber oído aquella conversación entre mis padres es que estropeó todos los recuerdos bonitos que tenía de él. ¿Cuando veíamos juntos los partidos de críquet, ya lamentaba haberme tenido? ¿Y cuando me abrazó en el aeropuerto, el día en que mi madre y yo nos reunimos con él por fin? ¿Y el día en que nací?

Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas. Verle llorar me duele más de lo que hubiera podido imaginar. Aun así, me queda una cosa por decir.

—No tienes derecho a arrepentirte de nosotros.

Él gime y, al oírlo, sé cómo suena el dolor de toda una vida.

La gente comete errores constantemente. Errores pequeños, como ponerte en la cola más lenta del supermercado; la cola en la que hay una viejecita con pocas cosas en la cesta, pero con decenas de cheques descuento complicadísimos.

Otras veces se cometen errores medianos. Por ejemplo, estudiar Medicina en vez de dedicarte a lo que de verdad te apasiona.

Y otras, se cometen errores garrafales. Como rendirse, por ejemplo.

Me siento en mi sofá cama. Estoy mucho más cansada y menos enfadada de lo que creía.

—Cuando lleguemos a Jamaica —digo—, al menos tienes que intentarlo. Busca *castings* y preséntate. Y pórtate mejor con mamá. Lleva mucho tiempo ocupándose de todo y está cansada. Y además, nos lo debes a los tres. No tienes derecho a seguir viviendo dentro de tu cabeza.

Mi madre también se ha puesto a llorar. Peter se acerca a ella y la abraza. Mi padre avanza, los mira y mi madre lo acepta con un gesto de asentimiento. Los tres se vuelven hacia mí como uno solo y me llaman con las manos. Yo me vuelvo primero hacia Daniel, y él me abraza tan fuerte como si ya nos estuviéramos despidiendo.



## daniel + natasha

EL TAXISTA METE LA MALETA de Natasha en el portaequipajes. Sus padres y Peter se han marchado al aeropuerto en otro taxi.

Ya en el coche, Natasha apoya la cabeza en el hombro de Daniel. El arruga la nariz porque sus rizos le hacen cosquillas. Le encantaría poder acostumbrarse a esa sensación.

—¿Crees que nos habría ido bien? —pregunta ella.

—Sí —responde él sin dudar. ¿Y tú?

—Sí.

—Vaya, por fin has entrado en razón —responde él con voz risueña.

—¿Cómo crees que se lo habrían tomado tus padres? ¿Les habría costado mucho aceptarlo?

—Mucho, especialmente a mi padre. No creo que hubieran venido a nuestra boda.

Por la mente de Natasha pasa una imagen de ese día inexistente. Ve el mar. Daniel, muy guapo de esmoquin. La mano de ella acariciando su cara para borrar la tristeza por la ausencia de sus padres. La alegría en la cara de él cuando ella dice: «Sí, quiero».

—¿Cuántos hijos quieres tener? —pregunta Natasha cuando por fin consigue amortiguar la pena que le produce esa imagen.

—Dos. ¿Y tú?

Ella levanta la cabeza y duda por un momento.

—No sé si quiero tener hijos —confiesa—. ¿A ti te habría importado mucho?

Él no se esperaba esa respuesta, y tarda un momento en contestar.

—Creo que lo habría aceptado. No sé... Puede que al final tú cambiaras de idea. O que lo hiciera yo.

—Tengo que decirte una cosa —afirma ella de pronto, apoyando de nuevo la cabeza en su hombro.

—¿Qué?

—No estudies Medicina.

Él vuelve la cara y esboza una sonrisa que queda oculta por los rizos de ella.

—¿No se suponía que tengo que ser pragmático?

—El pragmatismo está sobrevalorado.

—¿Y tú sigues queriendo ser analista de datos?

—No lo sé. Tal vez no. Estaría bien dedicarme a algo que me apasione.

—Cuántas cosas pueden cambiar en un solo día... —susurra él.

Los dos se quedan callados, melancólicos. ¿Qué van a decir? Ha sido un día muy largo.

Es Natasha quien rompe el silencio.

—¿Cuántas preguntas nos quedan?

Él saca el teléfono.

—Dos de la tercera sección. Y aún tenemos que mirarnos a los ojos durante cuatro minutos.

—¿Qué hacemos? ¿Terminamos el experimento, o nos enrollamos aquí mismo?

El taxista, que se llama Miguel, los interrumpe desde su asiento.

—Eh, chicos, sabéis que se os oye desde aquí, ¿verdad? —dice mirándolos por el retrovisor—. Y también se os ve —añade con una carcajada contagiosa—. Algunos clientes se deben pensar que soy sordo y ciego, pero no soy ni lo uno ni lo otro. Lo digo por si no os habíais dado cuenta...

Se ríe otra vez, y ahora Natasha y Daniel se ríen con él.

Pero sus carcajadas se amortiguan enseguida, porque la realidad del momento es demasiado sólida para olvidarla. Daniel toma la cara de Natasha entre las manos y los dos se besan suavemente una y otra vez. La química sigue ahí. Los dos están inquietos, sin saber qué hacer con unas manos que parecen creadas para acariciar al otro.

Miguel no dice nada. A él también le han roto el corazón en el pasado. Sabe lo que es que la vida te lastime.

Es Daniel quien rompe el momento.

—Pregunta 34 —dice—. ¿Qué rescatarías de un incendio?

Natasha reflexiona. Parece como si un saqueador hubiera vaciado todo su mundo hoy. Al final solo hay una cosa que le importa de verdad, y esa no puede salvarla.

—No te sé contestar ahora —responde—, pero me lo pensaré.

—De acuerdo —concede él—. Yo lo tengo fácil: mi libreta —dice, rozando el bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que no la ha perdido—. La última pregunta: de todas las personas de tu familia, ¿cuál sentirías más que se muriera, y por qué?

—Mi padre.

—¿Por qué? —pregunta Daniel, sorprendido por la rapidez de la respuesta.

—Porque aún tiene mucho que hacer. ¿Y tú?

—Tú.

—Yo no soy de tu familia.

—Claro que lo eres —replica él, recordando lo que dijo antes Natasha sobre los universos múltiples.

En otro universo, Natasha y él están casados y tienen dos hijos, o quizá ninguno.

—Te quiero —dice Daniel—. No tienes por qué decírmelo tú también. Solo quiero que lo sepas.

Natasha tiene cosas que decirle, pero no sabe por dónde ni cómo empezar. Quizá sea por eso por lo que Daniel quiere ser poeta: para encontrar las palabras adecuadas.

—Yo también te quiero, Daniel —dice.

El sonrío.

—Parece que el experimento ha funcionado. Ella sonrío.

—Viva la ciencia —se jacta.

Pasa un momento.

—Lo sé —dice Daniel por fin—. Ya lo sé.



## cuatro minutos

### *Una historia de amor*

DANIEL AJUSTA EL CRONÓMETRO de su móvil para que suene a los cuatro minutos y agarra a Natasha de las manos. ¿Se supone que tienen que tocarse para esta parte del experimento, o no? No está seguro. Según el estudio, este es el último paso que hay que dar para enamorarse.

¿Y si la pareja ya está enamorada?

Al principio, los dos se sienten cohibidos. Natasha está a punto de decir que esto es una bobada. Los dos se sonríen con incomodidad, casi con vergüenza. Ella aparta la mirada, pero Daniel le aprieta las manos. «Aguanta conmigo un poco más», parece decirle.

Para cuando empieza el segundo minuto, ya no son tan conscientes de sí mismos. Sus sonrisas se borran poco a poco, y los dos empiezan a examinar con atención el rostro del otro.

Natasha piensa en sus clases de Biología, y en lo que ha aprendido sobre los ojos y su funcionamiento. Su retina recibe una imagen de la cara de Daniel y la convierte en impulsos eléctricos, que su nervio óptico transmite al córtex visual. Sabe que nunca olvidará esta imagen. Siempre recordará el momento exacto en el que empezaron a gustarle los ojos de color caramelo.

Daniel, por su parte, está tratando de encontrar las palabras adecuadas para describir los ojos de ella. Son brillantes y oscuros al mismo tiempo, como si alguien hubiera tendido un espeso telón negro frente a una estrella.

Al tercer minuto, Natasha empieza a revivir lo que ha ocurrido a lo largo del día y todos los acontecimientos que los han traído hasta este momento. El edificio del USCIS, la peculiar vigilante que acaricia la funda de su teléfono, la amabilidad de Lester Barnes, Kelly y Rob robando discos, la aparición de Daniel, el momento en que evita que la atropellen, su padre y su hermano, el *norebang*, los besos, el museo, la azotea, más besos, la cara de Daniel mientras le dice que se tiene que marchar, las lágrimas de arrepentimiento de su padre, estos instantes en el taxi...

Daniel no está pensando en el pasado, sino en el futuro. ¿Podría ocurrir algo que volviera a acercarlos?

Durante el minuto final, la pena se adueña de sus huesos, coloniza su organismo, se extiende por sus tejidos, sus músculos, su sangre, sus células.

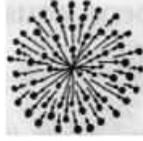
El móvil zumba. Los dos se susurran promesas que, en el fondo, saben que no podrán cumplir: llamadas de teléfono, correos electrónicos, mensajes de texto, incluso viajes en avión, por caros que sean.

—Este día no puede acabar aquí —dice Daniel, y luego lo repite más lentamente.

Natasha no dice lo que ha empezado a sospechar: que «destinados a encontrarse» no tiene por qué ser lo mismo que «destinados a estar juntos».

Se besan, vuelven a besarse. Cuando por fin se separan, los dos saben cosas que antes no sabían. Saben que la duración de un día puede variar, y que es imposible divisar el final cuando estás en el principio. Saben que el amor lo cambia todo todo el tiempo.

Porque para eso sirve el amor.



## natasha

MI MADRE ME AGARRA de la mano mientras miro por la ventanilla. «Todo saldrá bien, Tasha», me dice. Las dos sabemos que es más un deseo que una garantía, pero asiento de todas formas.

El avión se eleva y el mundo que conozco se difumina. Las luces de la ciudad se convierten en chispas hasta parecer estrellas pegadas a la Tierra. Una de esas estrellas es Daniel.

Me recuerdo a mí misma que mirar las estrellas encierra algo más que un acto poético.

Si lo necesitas, puedes encontrar el camino fijándote en ellas.



## daniel

MI TELÉFONO SUENA OTRA VEZ. Son mis padres, que me llaman por millonésima vez. Estarán furiosos cuando llegue a casa, pero no pasa nada.

A estas alturas del año que viene, viviré en otra parte. No sé dónde, pero no aquí. No estoy seguro de que quiera ir a la universidad. Al menos, a Yale. Al menos, de momento.

¿Me estaré equivocando? Puede ser. Pero tengo derecho a cometer mis errores.

Alzo la vista al cielo y me parece distinguir la luz del avión de Natasha.

Nueva York tiene demasiada contaminación lumínica. Nos oculta las estrellas, los satélites, los asteroides. A veces, al mirar al firmamento no vemos nada.

Pero he aquí una verdad indudable: casi todos los cuerpos celestes que pueblan el cielo nocturno emiten luz.

Y, aunque no podamos verla, la luz está ahí.



## tiempo y distancia

### *Una historia medida*

NATASHA Y DANIEL SE ESFUERZAN por seguir en contacto, y durante algún tiempo lo consiguen. Intercambian correos electrónicos, llamadas, mensajes de texto.

Pero el tiempo y la distancia son los enemigos naturales del amor.

Y sus días se llenan de ocupaciones.

Natasha se matricula en un instituto de Kingston. Aquí, está en sexto curso en vez del curso sénior de Estados Unidos. Para entrar en la universidad tiene que pasar una reválida, los llamados Caribbean Advanced Proficiency Exams. El dinero escasea en casa, así que empieza a trabajar de camarera para echar una mano a su familia. Se esfuerza por hablar con acento jamaicano hasta que le sale sin querer. Encuentra un círculo de amigos que la quieren. Aprende a disfrutar e incluso a amar el país en el que nació.

No es que Natasha quiera renunciar a Daniel, es que no le queda más remedio que hacerlo. Le resulta imposible vivir en dos mundos simultáneos, con el corazón en un sitio y el cuerpo en otro. Renuncia a Daniel para evitar partirse en dos.

Daniel, por su parte, termina sus estudios en el instituto, pero rehúsa ir a Yale. Se marcha de casa de sus padres, encuentra dos trabajos y se matricula en el Hunter College, la universidad pública de Nueva York, para estudiar a media jornada. Se licencia en Inglés y escribe poemas cortos y tristes. Incluso los que no hablan de ella hablan de ella.

No es que Daniel quiera renunciar a Natasha. De hecho, se aferra a ella tanto como puede. Pero nota la tensión que rasga su voz en la distancia. En su acento nuevo, Daniel percibe que la cadencia de Natasha cambia y se aleja de él.

Pasan algunos años más. Natasha y Daniel se adentran en un mundo adulto de responsabilidades y obligaciones.

La madre de Natasha enferma cinco años después de su vuelta y muere antes de que pase el sexto. Tras el funeral, Natasha piensa en llamar a Daniel. Pero ha pasado demasiado tiempo. Ya no confía en el recuerdo que guarda de él.

Su hermano Peter florece en Jamaica. Hace decenas de amigos, feliz de encajar por fin. En algún momento del futuro, mucho después de la muerte de su madre, se enamorará de una mujer jamaicana y se casará con ella. Tendrán una hija a la que llamarán Patricia Marley Kingsley.

Samuel Kingsley se muda de Kingston a Montego Bay y se mete en una compañía de teatro aficionado. Tras la muerte de Patricia, comprende al fin que no se equivocó en su elección.

Los padres de Daniel venden la tienda a una pareja afroamericana. Se compran un apartamento en su ciudad natal y empiezan a pasar medio año allí y el otro medio en Nueva York. Con el tiempo, dejan de esperar que sus hijos sean solo coreanos. Al fin y al cabo, los dos nacieron en Estados Unidos.

Charlie sale del bache académico y se doctora en Harvard *summa cum laude*. Tras la ceremonia, apenas vuelve a hablar con ninguno de los miembros de su familia.

Daniel rellena como puede el vacío que deja su hermano en el corazón de sus padres. Aunque no le echa mucho de menos, la verdad.

Pasan más años, y Natasha deja de estar segura de lo que significó para ella aquel día en Nueva York. Incluso llega a pensar que se imaginó la magia de estar con Daniel. Cuando recuerda ese día, supone que lo ha idealizado, como hace todo el mundo con su primer amor.

El tiempo que pasó con Daniel, sin embargo, sí que tiene un resultado positivo. Natasha busca una pasión y la encuentra en la física. Algunas noches, en los suaves e indefensos momentos que preceden al sueño, recuerda la conversación que mantuvieron en la azotea sobre el amor y la materia oscura. Daniel dijo que las dos cosas eran lo mismo, y que gracias a ellas no se dispersa el universo. El corazón de Natasha se acelera cada vez que piensa en ello. Luego, sonrío en la penumbra de su cuarto y devuelve el recuerdo al cajón mental donde guarda las cosas viejas, sentimentales e imposibles.

Ni siquiera Daniel sabe ya lo que significa para él aquel día, a pesar de que en su momento lo significó todo. Recuerda todas las pequeñas coincidencias que hicieron falta para que los dos se encontraran y se enamoraran: el conductor religioso, el entusiasmo de Natasha con la música que iba escuchando, la cazadora de DEUS EX MACHINA, el robo de su exnovio, el conductor imprudente, el vigilante que había salido a fumar a la azotea...

Por supuesto, si Natasha hubiera podido escuchar sus pensamientos, habría recalcado que al final no terminaron juntos, y que las mismas cosas que contribuyeron a que se encontraran fueron las que los separaron.

Daniel también recuerda otro momento. Acababan de reencontrarse después de la discusión. Ella le habló de todos los acontecimientos que tuvieron que ocurrir justo tal y como lo hicieron para que se formara el universo. Luego dijo que, comparado con eso, enamorarse era algo diminuto.

Daniel siempre ha pensado que Natasha se equivocaba en eso.

Porque, mirado de cerca, todo parece caótico. Para Daniel es una cuestión de distancia: si te apartas lo suficiente y esperas lo bastante, al final el orden emerge.

Tal vez el universo de ellos dos esté tardando más en formarse.



## epílogo

### *Irene, una historia alternativa*

HAN PASADO DIEZ AÑOS, pero Irene no ha olvidado el momento (ni a la chica) que le salvó la vida. Por aquel entonces, trabajaba como guardia de seguridad en la sede del USCIS en Nueva York. Uno de los funcionarios, un hombre llamado Lester Barnes, se detuvo junto a ella a la salida y le dijo que alguien había dejado un mensaje para ella en su buzón de voz. Era una chica que quería darle las gracias. Irene nunca supo qué tenía que agradecerle aquella chica. Su mensaje, sin embargo, llegó justo a tiempo.

Porque Irene tenía pensado suicidarse aquella misma noche. Había escrito su nota de despedida a la hora del almuerzo, y había repasado punto por punto la ruta hasta la azotea del edificio donde vivía.

Pero aquel mensaje de agradecimiento...

El hecho de que alguien la hubiera visto de verdad empezó a cambiarlo todo.

Aquella tarde, Irene volvió a escuchar el disco de Nirvana. En la voz de Kurt Cobain había una desesperación perfecta y hermosa. Era una voz tan desgastada por la soledad y el anhelo de cosas imposibles que parecía quebrarse a cada nota. Pero no llegaba a romperse, y también encerraba cierta alegría muy peculiar.

Irene imaginó a aquella chica desconocida haciendo el esfuerzo de contactar con ella para dejarle un mensaje, y esa idea cambió algo en su interior.

No fue bastante para curarla, pero sí para hacer que llamara a un teléfono para personas con tendencias suicidas. El servicio de ayuda la desvió a un terapeuta. Y la terapia que emprendió sigue salvándole la vida cada día.

Dos años después de esa noche, Irene se despidió del USCIS. Había recordado que, de pequeña, siempre había soñado con ser auxiliar de vuelo.

Ahora lleva una vida sencilla y feliz que transcurre a bordo de aviones. Y como Irene es consciente de que los aviones pueden ser lugares muy solitarios, y sabe lo desesperante que es la soledad, trata con mucho tacto a sus pasajeros. Los cuida con más dedicación que cualquiera de

sus compañeros. Consuela a los que vuelven a casa para asistir a entierros, tan tristes que la infelicidad parece salir por todos los poros de su piel. Da la mano a los que sufren de acrofobia o de agorafobia. Ahora se ve a sí misma como un ángel de la guarda con alas metálicas.

Y en ello está ahora mismo, comprobando los últimos detalles antes del despegue y localizando a los pasajeros que tal vez necesiten algo de ayuda. En el asiento 7A hay un veinteañero que escribe en un cuadernito negro. Es de origen asiático, con el pelo corto y negro y una mirada amable pero seria. Mordisquea el bolígrafo, piensa un momento, escribe y luego vuelve a mordisquear. Irene admira su actitud ausente, la forma en la que actúa, como si estuviera solo en el mundo.

Sus ojos recorren los asientos contiguos y se enganchan en la joven negra del 8C. Lleva unos auriculares sobre un abultado peinado a lo afro con las puntas teñidas de rosa. Irene se queda petrificada. Conoce ese rostro. El tono cálido de la piel, las largas pestañas, los labios llenos y rosados, la intensidad que emana... Pero no puede ser la misma. No, es imposible.

¿Cómo va a ser la chica que le salvó la vida, la que lleva diez años buscando para darle las gracias?

El comandante anuncia el despegue e Irene se ve obligada a sentarse en su sitio. Desde el asiento plegable, observa a la pasajera hasta que no le queda ninguna duda.

En cuanto el avión se estabiliza, Irene se acerca a la mujer y se arrodilla a su lado en el pasillo.

—Perdone —le dice, con voz trémula pese a sus esfuerzos.

La mujer se quita los cascos y le dirige una sonrisa de extrañeza.

—Esto va a parecerle extraño... —comienza Irene.

Y luego le habla de aquel día en Nueva York: la bandeja de plástico gris, la funda de Nirvana, todas aquellas mañanas en que la veía llegar...

La mujer la observa con expresión cautelosa, sin decir nada. En cierto momento, algo que podría ser dolor crispera sus rasgos. Irene se da cuenta de que ahí hay una historia, pero continúa.

—Me salvó usted la vida —dice para cerrar el relato.

—Pero no lo entiendo... —replica ella.

Habla con un deje musical, un acento caribeño mezclado con otra cosa.

Irene le toma la mano y la joven se tensa por un momento, pero se lo permite. Los pasajeros de alrededor las miran de reojo, intrigados.

—Le dejó un mensaje a un compañero de trabajo en el que le pedía que me diera las gracias. Ni siquiera sé qué tenía que agradecerme.

El joven del 7 A asoma un ojo entre los respaldos. Irene lo ve y le dirige una mirada de reproche. Él se retira e Irene se vuelve otra vez hacia la mujer.

—¿Se acuerda de mí? —le pregunta.

De pronto, el que aquella chica (esta mujer) la recuerde cobra una importancia vital. En cuanto pronuncia la pregunta, se convierte de nuevo en la Irene de antes, un ser solitario y aterrado, una criatura a la que le afectan mucho las cosas, pero que no afecta a nadie.

El tiempo da un respingo e Irene se encuentra dividida entre dos universos. Imagina que el avión se desintegra, empezando por el suelo y siguiendo por los asientos y el fuselaje. Los pasajeros y ella están suspendidos en el vacío, sin nada a lo que aferrarse salvo posibilidades. Los propios pasajeros comienzan a desdibujarse hasta desaparecer. Uno por uno, se borran con un

último parpadeo, fantasmas de una historia diferente.

Las únicas que quedan son Irene y la mujer.

—Te recuerdo —dice ella por fin—. Me llamo Natasha, y sí que te recuerdo.

El joven del 7 A se asoma sobre el respaldo.

—Natasha —dice.

Su rostro está abierto de par en par, su mundo está lleno de amor.

Natasha levanta la cara y le mira.

El tiempo se tambalea hasta volver a su sitio. El avión y los asientos reaparecen. Los pasajeros se solidifican hasta convertirse en carne, en hueso, en sangre, en corazón.

—Daniel —dice Natasha—. Daniel.

# agradecimientos

Emigrar a otro país es un acto de esperanza, de coraje y, a veces, de desesperación. Me gustaría dar unas gracias enormes a todas las personas que, por la razón que sea, han hecho viajes que los han llevado hasta tierras extrañas y lejanas. Os deseo que todos encontréis lo que buscabais. Y jamás olvidéis que el país al que habéis llegado es mejor gracias a vuestra presencia.

También quiero dar las gracias a mis padres, los dos inmigrantes y soñadores. Todo lo que he conseguido ha sido gracias a ellos.

A los equipos de Alloy Entertainment y Random House Children's Books: gracias por haber creído en este libro imposible. Gracias por haberos arriesgado conmigo. Wendy Loggia, Joelle Hobeika, Sara Shandler, Josh Bank y Jillian Vandali, sois mi equipo de ensueño. Soy la escritora más afortunada del mundo por teneros junto a mí. Y un agradecimiento gigante para John Adamo, Elaine Damasco, Felicia Frazier, Romy Golan, Beverly Horowitz, Alison Impey, Kim Lauber, Barbara Marcus, Les Morgenstein, Tamar Schwartz, Tim Terhune, Adrienne Waintraub y Krista Vitola, porque nada ocurre sin vosotros.

Una de las mejores cosas de escribir es que puedes conocer a tus lectores. Para todas y cada una de las personas que han leído mis libros, que han acudido a un encuentro, que me han enviado un correo o han contactado conmigo en las redes sociales. Para todos los bibliotecarios, profesores, libreros, dependientes de librería y bloggers: GRACIAS, GRACIAS y GRACIAS. Sois lo que me permite tener el trabajo que siempre he soñado. No sabéis cuánto agradezco vuestro cariño y apoyo.

A lo largo de los últimos dos años, he conocido a algunos escritores maravillosos que se han convertido en amigos maravillosos. David Arnold, Anna Carey, Charlotte Huang, Caroline Kepnes, Kerry Kletter, Adam Silvera y Sabaa Tahir, gracias por vuestro generoso apoyo y vuestra amistad. Sin vosotros, no podría haber sobrevivido a este viaje enloquecido. También quiero recordar a la panda literaria de Los Ángeles y al grupo de escritores noveles Fearless Fifteneers. ¡2015 fue un año verdaderamente delirante! Ha sido estupendo conoceros a todos, y brindo porque nos esperen muchos más años de novelas.

Quiero mandar unas gracias muy sentidas a Yoon Ho Bai, Jung Kim, Ellen Oh y David Yoon por contestar a mis inacabables preguntas sobre la cultura coreana y coreano-americana. Vuestras opiniones me han servido muchísimo.

Por último, debo nombrar a mis dos amores, David y Penny. Vosotros dos sois mi pequeño universo. Mi razón para todo. Y no hay nada en el mundo que quiera más.



NICOLA YOON (1972, Jamaica) Autora de literatura juvenil, nacida en Jamaica y criada en Brooklyn (Nueva York). Su primera novela, *Todo todo* debutó en el número 1 de la lista de libros más vendidos del New York Times, y ya se ha publicado en 22 países y traducido a 21 idiomas. Nicola comenzó a escribir el libro cuando su hija contaba tan solo cuatro meses de edad, ayudada por su marido, David Yoon, ilustrador del libro. Ambos son miembros del grupo prodiversidad racial We Need Diverse Books.

La productora de cine MGM ha comprado los derechos de *Todo todo*, con vistas a llevarla a la gran pantalla próximamente, con guión adaptado de J. Mills Goodloe y producción de Les Morgenstein y Elysa Dutton de Alloy Entertainment Features. La novela opta a los premios Goodreads Choice Awards 2015 en dos categorías y fue uno de los Buzz Books del año en la última Book Expo America.

A Nicola le gusta escribir a mano los primeros borradores de sus historias y tiene la curiosa manía de guardar todos los bolígrafos vacíos que ha usado. Nicola vive en la actualidad en Los Ángeles junto a su marido y su hija, donde ya ha empezado a escribir su segunda novela.